



R O S A C H A C E L

DESDE EL
AMANECER

ÚLTIMOS CLÁSICOS



Lectulandia

En *Desde el amanecer*, obra publicada por primera vez en 1972, la autora Premio Nacional de las Letras Españolas relata los primeros diez años de su vida. Novela que va de la mano de su posterior trabajo *Barrio de maravillas*.

Sólo una escritora de gran talla y mucho ingenio puede pensar en escribir un libro de memorias que se ocupe sólo de los primeros diez años de su vida, pero Rosa Chacel sabía muy bien lo que se proponía y quiso dejarlo claro ya en las primeras páginas de este libro: «Yo tengo la culpa de haber nacido porque siento el principio de mi vida como voluntad. Ganas me dan de decir: si yo no hubiera querido, nadie habría podido hacerme nacer».

Esa Rosa, un personaje que se impone delante del lector aunque sea una niña en una casa modesta de Valladolid, tiene muy claro su destino e incluso puede describir con fuerza los años que precedieron su llegada a este mundo. *Desde el amanecer* en seguida muestra su manera peculiar de ver la vida, su forma de despachar con las personas y los objetos, su hambre de todo y su forma de construir verdades a partir de las palabras a menudo incomprensibles de los adultos.

Estos primeros años de la vida de esta gran autora están aquí, vivos y claros aun después de más de cuarenta años de su primera publicación, y son una muestra espléndida de lo que ahora llamamos narrativa del yo: una lección magistral para las nuevas generaciones.

Lectulandia

Rosa Chacel

Desde el amanecer

ePub r1.0

Titivillus 24.10.2018

Rosa Chacel, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

El río del recuerdo
va del mar a la fuente.

MIGUEL DE UNAMUNO

Deseado he desde niño
o antes, si puede ser antes.

FRANCISCO DE QUEVEDO

A BLANCA,
mi hermana, que llegó después del primer acto.

Empiezo por confesar mi orgullo más pueril, el de haber nacido en el 98. Aunque ese adjetivo, pueril, es por mi parte, demasiada precaución. Prefiero decir, simplemente, mi orgullo, que puede parecer pueril. A mí no me lo parece, en mi auténtico fondo, porque yo rechazo esos tópicos vigentes en nuestros días, tales como, «Me trajeron al mundo sin consultarme». «Yo no tengo la culpa de haber nacido.» etc. Todo esto me es ajeno. Yo tengo la culpa —si esto es culpa, y hace tiempo *dijimos* que es delito— de haber nacido porque siento el principio de mi vida como voluntad. Ganas me dan de decir: si yo no hubiera querido, nadie habría podido hacerme nacer. Pero es demasiado obvio que sin *ser* no hay *querer*, y viceversa. Lo que no es imaginable es que semejante cosa —no *querer*, no *ser*— me pasase a mí. En consecuencia, nací en el 1898 y esto me complace. La fecha es suficientemente señalada para que no sea necesario explicarlo. Por aquel entonces unos cuantos españoles pensaban, hablaban, escribían, luchaban; otros, engendraban criaturas que tenían sentido y misión de compensaciones. Ya se ha señalado que en ese año fueron muchos los *trabajadores* que nacieron en España: todos con más méritos que yo: ninguno con más ganas —ganas, entiéndase bien, de acudir—. Así, pues, nací en Valladolid ese año, el tres de junio, día de santa Clotilde, por eso es ése el segundo de mis cuatro nombres, Rosa, Clotilde, Cecilia, María del Carmen. La fecha exacta de mi nacimiento es ésta, pero mis recuerdos datan de quince o veinte años antes. Alcanzan, además, algunos de ellos, a otro continente y otra latitud, y en esas cualidades radica su profundidad: no son recuerdos de hechos lejanos *en mí*, sino que yo misma era ya un hecho *en ellos*. En ellos, pues, consisto: vengo de su lejanía.

En la época de las lluvias el agua caía a raudales —Caracas era entonces una ciudad en la que se podía encontrar un cangrejo debajo de una butaca— y la escuela estaba en la misma calle de casa, dos manzanas más arriba. El agua, como digo, caía a raudales y a la salida de clase las cunetas, en forma de artesa, rebosaban —veo cómo el agua formaba en el centro un cordón: era tal la violencia con que resbalaba de la calzada que se enrollaba sobre sí misma, al quedar contenida por la cuneta—, iba limpia, transparente y con una velocidad alocada porque la calle estaba un poco en cuesta y ya cerca del mar.

Las chicas salieron bajo el torrente que caía del cielo y a una de ellas, Rosa-Cruz, de no más de siete años, se le ocurrió meter los libros en el paraguas, sentarse en la cuneta y, apoyando de cuando en cuando la contera del paraguas en el borde de la acera, levantarse un poco sobre el agua y dejarse llevar por la corriente. Otras la imitaron: cuando llegó a su casa saltó afuera y dijo adiós a las que seguían calle abajo.

Esto debió de ocurrir, más o menos, por el ochenta y cuatro, pero las fechas de entonces no tienen realidad para mí. Creo que nunca las supe o no las tuve en cuenta porque de aquello sólo me interesaba lo que seguía —y sigue— actuando.

Igual que aquella tarde de invierno, en Valladolid, en una casa viejísima de la Corredera de San Pablo. Una señora pequeñita, vivaz, llena de hijos; desasosegada porque va cayendo la luz —son las cinco de la tarde— y no está ni empezada a hacer la cena. Tiene a un chico en la cama, el asistente fue a buscar a las niñas al colegio, la criada a la farmacia y no vuelven. Sale al balcón, ve venir a su hijo pequeño —poco más de siete años— que vuelve de la escuela: cuando llega abajo le dice: Paquito, hijo, mira a ver si ahí junto al portal, está la señora Josefa en su puesto. Sí, mamá, dice el chico, ahí está. La madre le echa una moneda: —Toma, dile que te dé una cebolla. —¿Una cebolla?, ¡qué asco!, dice Paquito y se queda clavado en el suelo. Pero del balcón cae sobre él una mirada inexorable. Va hacia la vendedora, le pregunta si tiene cebollas y le da la moneda. La viejecita le ofrece una gran cebolla, que él no acepta. Le dice: —Póngamela... haga el favor de ponérmela ahí, señalando el umbral. La vieja está sentada junto al quicio de la puerta y, aunque con asombro, pone la cebolla en el poyo de entrada. El chico le da suavemente con el pie y rodando la lleva hasta colocarla frente a la escalera, a menos de un metro de distancia del primer escalón. Una vez allí, calcula bien el impulso y el lugar en que hay que darle el golpe —en la semiesfera inferior— para hacerle subir la escalera. Le da un puntapié y la cebolla sube cinco o seis escalones, pero no se queda quieta en el punto de llegada; rueda y vuelve a bajar. Paquito la espera y, antes que llegue abajo, le da otra patada y la hace avanzar otros tantos escalones. Así, en varias acometidas, logra alcanzar el primer descansillo: allí es fácil hacerla rodar hasta el otro tramo y emprender nuevamente la ascensión. Pero la escalera es de madera y la cebolla no baja en silencio: los coscorrones que va dándose retumban en la escalera y la madre de Paquito sale a la puerta, enfurecida.

Esto es todo lo que se quiera, menos anecdótico. Es, en realidad, una fórmula química. Lo que esto es, eso es lo que soy. Los dos hechos son recuerdos míos porque no recuerdo que me los hayan contado: los veo como cosas vividas. Conozco la casa en la ciudad tropical, con losas de mármol en el patio y criadas indias y negras. Conozco también la vieja casa sobre los soportales de la Corredera de San Pablo, pero esto no es lo más importante; lo decisivo es que cuando se hablaba de eso —y digo *se hablaba* porque no se relataba nada, no se daba ninguna noticia, no se me contaba una historia, como cuando se dice: «te voy a contar lo que pasó una vez»— cuando *se hablaba* de eso, de esas cosas que hacían aquellos chicos, claro está que los que habían sido aquellos chicos estaban delante de mí en forma muy diferente, pero yo no tenía que hacer el esfuerzo de imaginarlos tal como fueron: yo *los era*. Porque lo que tenía sustancia en todo aquello era el modo, el quid de aquellos chicos que yo, no diré *asumía* porque no era necesario: yo constataba, sentía su respuesta como si fuese algo —alguien— a quien llamaban por su nombre. Sólo a eso es comparable esa respuesta; a ese movimiento en el que el ser se incorpora al sentirse llamado. Y eso era lo que ocurría en mí cuando *hablaban de eso*: una alegría, un retozo, un chapuzón en agua tibia sobre losas lavadas por la corriente, bajo palmeras. Un

orgullo, un crepúsculo irreductible, un ingenio, una habilidad o puntería para salvar una situación difícil. Estas cosas se levantaban dentro de mí cuando *hablaban de eso*. Y, si hablaban celebrándolo, yo me sentía halagada; si hablaban con cierto retintín, como cuando se dice: «El que es capaz de subir a patadas una cebolla...» se ponía en pie dentro de mí la afirmación: ¡Claro que soy capaz!

Podría haber empezado por decir quiénes fueron mis abuelos, y lo diré, por supuesto, pero no he querido dar a esto el primer lugar porque aun teniendo importancia, como sin duda tiene, no es lo decisivo en mi historia. Claro está que heredé las fórmulas familiares, religión, moral y costumbres de mis antepasados, pero eso no informo más que el cimiento de mi sistema personal. Lo básico, claro está, eso no puedo negarlo, pero aunque básico y soterrado, su categoría es la de apoyo, no la de fórmula, como todo lo anterior. Con aquella fórmula y sobre esos cimientos, el edificio, todo lo que edificábamos día tras día o minuto tras minuto, estaba regido por circunstancias especialísimas, que tenían su principio y fin en *nosotros tres*. Circunstancias que hoy puedo llamar felices, aunque no era mi casa eso que se llama un hogar feliz. Nada de eso; era un hogar sobre el que se cernía un nublado pesadísimo: la pobreza. Pero a ese nublado, aunque no se dejaba de darle importancia, se le aceptaba como fuerza mayor: era lo gigantesco, lo cósmico, pero no se hablaba mucho de ello; no hacía perder la serenidad ni el buen humor, cuando el buen humor brotaba de por sí como otra gran fuerza. También se cernía, bueno, no se cernía porque no era nada que planease con más o menos calma: era como una ráfaga recurrente, como un torbellino arbitrario —podría decir, trivial— que estallaba con subitaneidad pirotécnica: la intemperancia de mi padre.

Pero no, esto es ya un juicio mío desde aquí, y me he propuesto al anotar estos recuerdos no juzgarlos; exponerlos al juicio ajeno. Para esto tengo que hacerlos presentes, simplemente, como fueron. Puede parecer, sin embargo, que lo relatado en un principio está ya sometido a una elaboración, pero no es así. Lo que relaté al principio no es, como ya dije, ni anécdota ni teoría: es *lo que era entonces, tal como era*. Por esto empecé quince o veinte años antes de mi nacimiento, para hablar de cosas en las que no cuenta mi opinión, sino mi ser: lo que estaba en mí antes de tener opinión alguna. Es decir, que si ahora me pongo a buscar mi recuerdo más lejano, consigo vivir un día, en el segundo año de mi vida, en que me herí en una mano. Recuerdo claramente el rasguño dolorosísimo y me recuerdo a mí misma sufriendolo; sé cómo era yo en aquel momento y sé que yo era alguien que ya sabía todo aquello. ¿Que ya me habían contado la historia? No, no; que ya era yo su resultado activo.

En cambio, de otras muchas cosas que me contaron como hechos de mi vida no conservo clara la vivencia, aunque una de ellas es sumamente importante: mi padre me *hizo hablar* a los cinco meses. No me enseñó, *me hizo hablar* mediante una presión continua, insistente, implacable. Él me contó mil veces el sistema que había

seguido, dando importancia a lo que él consideraba el prodigio, que yo hubiera roto a hablar. Pero es el caso que en su sistema hubo algo mucho más importante y decisivo para la constitución de mi mente, de todas mis facultades y mis inclinaciones.

La cosa había sido así. Un amigo nos había hecho una foto en su jardín, teniendo yo tres meses. Mi madre estaba sentada conmigo en brazos y mi padre de pie, al lado. La foto, de quince o veinte centímetros, estaba puesta en la pared y mi padre me llevaba ante ella, cogía mi mano derecha y me hacía ir poniendo el índice en cada una de las tres figuras, repitiéndome una y otra vez: «Papá, mamá, nena». A este ejercicio me sometió durante más de dos meses, cuatro o cinco veces al día. Uno de ellos, llevándome mi madre en brazos se paró ante el espejo —el espejo oval de marco dorado, que tanto lugar ocupa en mi recuerdo—, mi padre se acercó por detrás; yo señalé con el índice extendido y dije las tres palabras. Pero esto, para mí es leyenda. No lo pongo en duda, porque, dada la obstinación de mi padre, creo que podría haber hecho hablar a un gato. Y resulta que lo que hizo, sin saber, pero con tan decisivo trazo en mi destino, fue enseñarme a mirar. *Me hizo mirar*, podría decir; estableció un istmo o un cable conductor con mi brazo extendido hasta la imagen, haciendo que mi índice tocase tres puntos, tres breves contactos, que junto a mi oído se convertían en palabras, como si cada una de las tres voces fuera el ruido del roce de mi dedo en el papel.

Consignar estas leyendas familiares resulta pueril, pero el caso es que lo que querría fijar aquí, ahora es, precisamente, lo pueril. Querría remontarme hasta aquel momento o estado de mi puerilidad en que, dentro de ella, yo era yo, tal cual soy: tal como seré siempre, mientras sea.

Recuerdo infinidad de hechos relatados, comentarios de mi formidable apetito que no puede alcanzar mi memoria, pero la lejanía de ese apetito, su calidad de nota fundamental en mi principio puedo, desde aquí, constatarla allí, en aquel entonces. Yo era un ser dotado de un apetito formidable, pero, además, el movimiento espontáneo de echar la mano a toda cosa comestible y devorarla, tenía algo de razonamiento lógico y de sentido práctico. Mi madre me criaba con dificultad y yo procuraba hacerle fácil la situación: yo estaba siempre dispuesta a comer todo lo que pusieran a mi alcance. Sobre todo, estaba siempre dispuesta a hacer todo lo que hiciesen los otros porque nunca, ni un momento, entre el légamo de mi puerilidad, admití que mis facultades no les igualaran.

Estoy hablando de los dos primeros años de mi vida y digo que *no admití* tal cosa. Parece hiperbólico, pero no lo es porque no digo que mis facultades fuesen como yo las sentía: lo que aseguro es que así las sentía. Y todavía puedo asegurar algo más complejo: sentía, al mismo tiempo, su falla o su impotencia, con una inconformidad angustiada y colérica.

Alrededor de todos esos actos que se pueden ejecutar en el comienzo de la vida, como comer y dormir, por ejemplo, alcanzo a distinguir un conato de conciencia que, más tarde, llegué a formularme a mí misma y que se manifestaba en la lucha —una lucha por la vida, semejante a la del naufrago o más bien a la del que se hunde en un tremedal— contra mi infancia. Mi infancia, quiere decir mi ser infantil o, más exactamente, mi «dificultad de ser», definición más apropiada para el comienzo que para el final de la vida. El fenómeno tenía dos o más aspectos porque mi conciencia era intermitente. Ya he dicho que no recuerdo ninguno de esos hechos que llamo leyendas familiares, pero al confrontarlos con hechos posteriores, quedan enhebrados en el mismo hilo como cuentas de un collar que, exentas, se corresponden en rigurosa progresión. Así, puedo suponer que las súbitas iluminaciones que fulguraban en mis primeros años empezaron, en forma sumamente leve, por supuesto, con mi vida.

Es muy difícil hablar de estos chispazos, que no eran más que como una lucha desesperada por la afirmación. La otra cara del hecho, hoy no puedo considerarla negativa porque conservo su huella como algo precioso, pero era sin duda como una cesación de la lucha, como un hundimiento, o vencimiento, o extravío. Y, esto es lo importante, esta faceta pasiva que es la que viene de más lejos, no se repite en progresión, sino en disminución. Sus primeros momentos representan las perlas más gruesas, imagen que no trata sólo de sugerir metafóricamente la sucesión en escala, sino la calidad misma de cada unidad: esos momentos eran conclusos en sí mismos como esferas y tenían una irisación perlada, un oriente —las perlas más gruesas son tan lejanas que alcanzar la más gruesa sería alcanzar el principio, y esto es demasiada pretensión—. Pero puedo muy bien llegar a algunas de dimensiones aterradoras, que se manifestaban en el sueño o el entresueño y que, a veces, lograba suscitarlas despierta. Digo que lo lograba porque me entregaba voluntariamente a aquel abandono, que sólo podría definirlo con la palabra *terror*. Nada de voluptuosa dad en ese *terror*, nada de recreo: era una especie de silencio, una especie de fascinación, en la que había algo de veneración. Imposible recordar en qué tiempo logré tener una imagen clara de ello, pero cuando llegué a tenerla consistía, simplemente, en *un hilo*. Era un hilo de vidrio que estaba delante de mí, vertical: yo no veía su principio ni su fin, no veía dónde se apoyaba: era una columna de vidrio finísima que estaba inmóvil, pero yo sabía que fluía. No sé cómo lo sabía porque lo más atroz era su inmovilidad. Y nada más, no puedo añadir el más pequeño detalle porque todo consistía en eso, en que no había ningún detalle: era solamente la visión de aquel hilo, que permanecía delante de mí, indeciblemente próximo, tan próximo como si fuese yo misma. Y, esto es lo más importante: cuando a los cuatro o cinco años la visión era enteramente clara tenía siempre, en toda ocasión, el carácter de un recuerdo muy antiguo. Su aparición siempre me hacía decir: «¡Ya está aquí esto, lo de siempre!»

Las súbitas iluminaciones que correspondían a la faz positiva, a la lucha por la claridad y la conciencia, eran más irregulares porque su causa, emocional generalmente, las disparaba como respuestas a la realidad. Si no fuese porque algunas

de ellas quedaron señaladas por fechas inconfundibles, desconfiaría de mi memoria. Pero no puedo engañarme, aunque a cada una de ellas siga un nublado o un ocaso. La más intensa ocurrió cuando tenía, exactamente, tres años y poco más. Fue provocada por un hecho exterior hartamente dramático, es cierto, pero lo que llamo mi iluminación ante el hecho consistió en que, en un momento de enorme tensión emocional, mi criterio para juzgar lo que pasaba no difería en nada de lo que sería ante el mismo hecho en el día de hoy.

No quiero relatarlo como escena dramática; llegaré a ello por sus pasos contados. En ese comienzo de mi cuarto año estaba viviendo algo que dejó en mí una huella profunda, que inclinó mis preferencias y afectos, tanto como mi mente, en un determinado sentido, y en esa época yo tenía ya recuerdos. Un año antes, en el 900, fui con mis padres a Madrid, a pasar unos días en casa de mi abuela materna. Fuimos para que me conocieran ella y mis tías. No sé, ni tiene importancia, cómo se ocasionó el viaje, ya que gastos superfluos quedaban fuera de nuestras posibilidades, pero el caso es que fuimos. Entonces fue cuando ocurrió lo de mi herida en la mano derecha. Conservé la cicatriz hasta los veintitantos años, como una línea casi imperceptible que me cruzaba el dorso. Creo que sin esa herida mi estancia en Madrid se habría borrado porque sólo recuerdo lo que tiene relación con ella y con el lugar donde ocurrió; algunas cosas de otra índole, pero con el mismo fondo, que son algo así como su estela. El hecho, un momento culminante y, arrastradas por él, unas cuantas imágenes que destacó al surcar la llana monotonía.

La cosa fue así. Me llevaba en brazos Julieta, la más querida de mis tías maternas. Íbamos por el pasillo y al entrar en su cuarto —recuerdo su tocador vestido: una consola cubierta con sabanilla de organdí y encajes. Un espejo con marco blanco, colgado junto a él un botecito para poner el cepillo de dientes, metido en una malla de perle amarillo, que tenía en el asa por donde estaba colgado un grupo de madroños también amarillos. Claro que esto puedo recordarlo porque ya antes de aquel momento había tenido en la mano los madroños, en cuya suavidad de terciopelo se hundía la mirada y se extasiaba el tacto —detalles, anecdóticos no: componentes, constituyentes—, sobre el tocador estaba el esenciero de porcelana rosa. Era enteramente de la forma de un botijito, pero sin pitorro y tenía en la curva de su pechuga una pequeña rosa de porcelana, con un capullo y hojitas verdes. El tapón de corcho estaba perforado por un tubito de metal rematado arriba por una pequeña corona que se aflojaba para echar la esencia. Concentrándome mucho puedo recordar la esencia, pero no puedo describirla. Al ir a entrar con mi tía en el cuarto fue cuando ocurrió. Estábamos en la misma puerta, yo percibía ya su aura de paraíso, cuando al hacer un movimiento rápido me rasgué la mano con una aguja prendida en la blusa de mi tía. Lloré desesperadamente y no sólo por el dolor: en mi llanto había una gran inconformidad —semejante a un desengaño— por haberme pasado aquello al entrar en aquel cuarto.

Tal vez las imágenes que conservo como estela del hecho se unen bien a él porque están envueltas en otra inconformidad o rechazo, en otro vago sentimiento de injusticia o desafinación. A aquel botecito de porcelana, mi madre y mis tías lo llamaban «Don Pijota». Y Don Pijota era el padre de mi madrina, el señor Arredondo, que era pequeño y tenía una gran panza casi a partir de la garganta, lo que le daba aire de botijito. Era, repito, en 1900, de modo que yo tenía poco más de dos años, pero aquella asociación tan torpe me dejaba desconsolada. ¿Por qué llamar a aquel botecito delicioso Don Pijota?

¡Qué estúpida palabra! Al señor aquel le llamaban así porque ésa era su interjección favorita, que soltaba a troche y moche. Pero ¿por qué asociar a aquel señor con el esenciero? De más está decir que estas reflexiones no pasaban en aquel momento por mi cabeza, pero la inconformidad, el malestar que me causaba todo ello, eso sí estaba allí. ¿Valdría la pena de decir que estaba, si hubiera quedado allí? No, lo anoto porque es una base, un comienzo de algo que no terminó todavía.

De aquellos días sólo recuerdo, además de esto, haber llorado en casa de un fotógrafo que me aterrorizó bajo el paño negro y de haber cantado encima de una mesa una de aquellas canciones tan *novecento*: «Tengo yo una bicicleta / que costó dos mil pesetas / y que corre más que el tren».

De nuevo en Valladolid, en nuestra casa de la calle de Núñez de Arce, antes calle de la Cárcava. Pero yo no nací en esa casa: yo había nacido en la calle de Teresa Gil, nada más entrar de los soportales. En la planta baja había un zapatero y aún sigue habiéndolo. No sé cuándo nos mudamos a la calle de Núñez de Arce: ésa fue *mi casa* hasta que salí de Valladolid, en 1908.

En junio del 900 cumplí los tres años, y no recuerdo si poco antes o poco después nació mi hermano. Tampoco recuerdo en absoluto pormenores en torno a su nacimiento. Es sumamente importante comprobar que no lo recuerdo, que todo lo que pasó durante unos cuantos meses: la alteración física de mi madre, la agitación de la casa, con entradas y salidas de médicos y familiares, todo me pasó inadvertido. Trato de reconstruirlo y no logro sacar nada de la nebulosa que me parece que era mi conciencia en aquella fecha. Algunos objetos, algunas escenas destacadas, inconexas, es todo lo que recuerdo: un jarro de vidrio rosado, con leche, sobre la mesilla de noche y mi madre en la cama. Luego, mi madre lavando al niño, desnudito sobre sus rodillas. Luego, más tarde, como yo quería tenerle en brazos y no podía con él, mi madre puso en el suelo la manta de viaje y allí me senté yo y pude tenerle en la falda. El recuerdo de todo esto es sumamente vago, a pesar de que en mi casa hubo grandes innovaciones. Mi madre tampoco pudo criar al niño y, como él no era tan fuerte como yo, hubo que ponerle un ama. Apenas la recuerdo: todo ello pasaba a mi lado como, según se cree, pasan las cosas al lado de un niño. Seguramente había delante de mí largas conversaciones sobre la salud de mi hermano, seriamente amenazada. También

las habría —mucho más tarde, todavía se comentaba— sobre las dificultades de traer un ama a casa: era muy costoso, pero absolutamente necesario. A mí nada de esto me tocaba: eran problemas de las personas mayores, sobre las que yo no tenía opinión. Pero la vida de mi hermano no duró más que seis meses y, tal vez en el penúltimo, ocurrió un hecho que entendí perfectamente.

Una tarde nos vestimos para salir de paseo mis padres y yo, con el ama que llevaba al niño. Salimos y ya en la puerta mi padre propuso entrar un momento en casa de mi abuela, que vivía enfrente con mis tres tías, Casilda, Eloísa y Carmen. Mi abuela y mis tías empezaron a prodigar a mi hermano y a mí sus caricias; mi padre desapareció hacia el fondo de la casa y volvió en seguida, trayendo una palangana con agua. La depositó en medio de la mesa, con asombro de todos menos mío, creí que iba a exhibir algún truco o experimento curioso porque era muy dado a los juegos de magia, pero no era eso. El ama estaba de pie en un rincón: como le habían quitado al niño de los brazos se había quedado allí quieta, con la bolsa donde llevaba los pañales al brazo. Mi padre fue hacia ella, sacó un pañal, hizo con él una pelota, la mojó en la palangana y, sujetando a mi madre por la barbilla, le frotó la cara de un lado y de otro, con fuerza. Luego —todo ello fue muy rápido y, aunque hubo exclamaciones de asombro, no dio tiempo a que nadie interviniera—, el pañal, hecho un rollo y chorreando agua, se lo tiró a mi tía Casilda a la cara, diciendo: Toma, examínalo.

Mi tía tiró el pañal al suelo y salió corriendo por el pasillo. Mi padre lo recogió y salió detrás de ella; la agarró por un brazo y, como no se dejaba traer al gabinete, creo que le dio algún pescozón porque mi tía gritaba y lloraba desesperadamente.

Todo este drama estuvo claro para mí desde el primer momento y no sólo la escena, que sigo recordando con todo detalle, sino su sentido. Mi tía Casilda había insinuado que mi madre se pintaba. Mi tía no era nada bonita; tenía veinte años más que mi madre y estaba amenazada de soltería incurable; mi madre rebosaba de juventud y de todas las gracias concebibles. Mi padre, sumamente celoso y desconfiado, tenía en aquella ocasión la seguridad de que podía someter a mi madre a aquella prueba. Mi nebulosa no me impidió registrar, pegada a la pared, todo el desarrollo del drama: observé y juzgué todo claramente. La mezquindad de las intrigas femeninas, la lamentable fealdad de mi tía, aumentada por el llanto —un lloriqueo cómico—, la brutalidad de mi padre, tan censurada siempre por toda la familia y, sin embargo, saliendo airosa aquella vez, complaciendo inclusive a mi madre que tanto la lamentaba de ordinario, que se disponía a censurarla en cuanto saliésemos de allí, aunque en aquel momento experimentase cierto orgullo, cierto triunfo. Y, por supuesto, también era consciente del orgullo mío y de mi desprecio por la estúpida suposición de que mi madre pudiera pintarse. Todo ello duró unos quince minutos: salimos de casa de mi abuela y volvió a cerrarse la niebla, pero dentro de ella se conservó la impronta de todo, invulnerable al tiempo.

Muy poco después murió mi hermano y seguramente me impidieron presenciar toda escena que pudiera impresionarme. Ya desde los primeros años tuvieron muy en cuenta en mi casa mi excesiva sensibilidad, que iba en aumento cada día y que tan decisivamente influyó sobre mi educación, creándome tabúes y puntos amurallados, adonde no se me permitía acercar. El caso es que no presencié nada que pudiera dejarme un recuerdo, pero no se me ocultó el hecho de su muerte. No se disfrazó su desaparición con ausencias más o menos fantásticas: se me dijo que había muerto. Seguramente fue mi madre quien me lo dijo —es cierto que la vi llorar por esa causa más de una vez, pero no era raro verla llorar por otras causas—, no sé si en casa de mi abuela me habrían preparado, pero fue mi madre la que me hizo comprender que no volvería a verle, y desde entonces se creó entre nosotras algo como una reconstrucción de lo que había sido su vida y más de lo que habíamos proyectado que fuese. Recuerdo claramente que la manta de viaje —la manta era por un lado a cuadros blancos y negros; por el otro roja, peluda—, la manta de viaje fue ya siempre la manta que mi madre había puesto en el suelo para que yo estuviera allí con mi hermanito; la que pensaba haber seguido poniendo delante del balcón para que jugásemos los dos, la que ya no podría volver a poner: la que siempre nos haría imaginar cómo habrían sido nuestros juegos sobre ella, cómo habríamos crecido allí y estudiado juntos.

Empezó entonces algo que ocupó un lugar de preferencia en mi estética; fui frecuentemente al cementerio con mi madre: descubrí el cementerio con sus imágenes solemnes y sus olores acres. Los cipreses caldeados por el sol, a media tarde, despedían como una especie de aliento, su perfume denso, oscuro, profundo y sin embargo emparentado con el olor ligero y límpido de la artemisa que brotaba al borde del camino y entre las tumbas. Mi madre y yo íbamos a rezar a la de mi hermano y a la de Zorrilla. A la del tío Zorrilla. Y Zorrilla estaba enterrado en el panteón de hombres ilustres, de modo que siempre me hice la idea de que aquél era el panteón de la familia de mi madre. Mi hermano estaba en una pequeña sepultura de mi familia paterna y aquella diferencia yo la atribuía, simplemente, a la edad: mi hermano no había tenido tiempo de hacer méritos. El tío Zorrilla, en cambio, había hecho viajes fantásticos y había escrito versos: además, era *el tío*. Es decir, que el personaje ilustre, glorificado a la entrada del Campo Grande sobre un pedestal, al que está adosada una ninfa encantadora con alitas de mariposa —en una actitud absolutamente estúpida, que no puedo recordar en qué época de mi vida empecé a juzgarla, así, pero creo que muy pronto: la actitud de escuchar con la mano en la oreja, como si fuera sorda— ese personaje no tenía para mí aire imponente, al contrario, era un ser muy próximo, muy conocido en su vida, en sus dichos y ocurrencias. Por esto, el encumbramiento, la solemnidad de bronces y mármoles me parecía el efecto natural de su carácter y de sus andanzas. Que no lo pensaba así en aquel tiempo es evidente, pero no lo es menos que lo sentía así, como se siente ante un retrato que así es el que está en él representado.

Retrocederé nuevamente al siglo anterior para señalar un poco la trayectoria de mis gentes, para explicar por qué y cómo aquellos niños separados por el Océano acabaron coincidiendo en una ciudad castellana, en ciertos versos, en ciertas aspiraciones, diversiones, aficiones, juegos que decidieron mi destino con más rigor que cualquier disciplina. En realidad, disciplina era revestida de juego, enriquecida, endulzada con golosinas de la imaginación.

Mi abuelo, Gervasio Mariano Chacel, era del Cuerpo Jurídico Militar, y no pasó de coronel porque pidió el retiro muy joven y se puso a ejercer la abogacía. Cuando se casó con mi abuela, Sinfioriana Barbero, ya tenía un hijo de su primer matrimonio, Alejandro, militar como él, de su mismo Cuerpo, creo. Con mi abuela tuvo seis hijos: Casilda, Emilio, Mariano, Eloísa, Francisco —mi padre— y Carmen. Mi tío Emilio fue militar también, Mariano no; supongo que a causa de su estatura: era, como mi abuela, pequeño de talla y muy activo. Mi padre iba también para militar; ingresó en la academia, pero a la muerte de mi abuelo —cuando él tenía dieciséis años— colgó los hábitos. No sé por qué ni creo que él mismo lo supiese; argumentaba que su carácter le impedía ceñirse a la disciplina militar, que era demasiado violento y no aguantaba órdenes de nadie. Tenía, además, inclinaciones literarias y artísticas, que apenas trató de poner en práctica.

Mi abuelo, José Arimón, era ingeniero de caminos. Había nacido en Puerto Rico, en el exilio de su padre, ya emigrado político. Mi abuelo vino a estudiar a España, hizo amistad con Zorrilla, que tenía tal vez quince o veinte años más que él: una amistad que era un verdadero culto literario. Zorrilla estaba en plena gloria y mi abuelo se contaba entre sus jóvenes satélites. Por el mil ochocientos y tantos Zorrilla conoció a una bonita muchacha, Juana Pacheco, que tenía una hermana menor, Julia, igualmente bonita. Zorrilla se casó con la mayor y mi abuelo con la pequeña.

Me es difícil omitir opiniones recibidas muchos años más tarde, fuera ya de lo que abarcan estas memorias como, por ejemplo, la de mi tío Joaquín, hermano mayor de mi abuelo, al que oí decir muchas veces: «Mi hermano era un niño bonito, lleno de vanidad, que se casó con tu abuela para poder Mamarse hermano de Zorrilla». No lo dudo: los Arimón eran un poco fatuos, aunque de una gran bondad, generosos y de carácter alegre. Yo, en mis primeros años, sólo oí hablar de aquella gran amistad, que quedó corroborada por los hechos. Mi abuelo murió muy joven: una pulmonía se lo llevó a los cuarenta y dos años, y Zorrilla recibió íntegra su herencia: una viuda y cinco niñas. La protección de Zorrilla no debió de ser pesada para ellas porque su recuerdo les era tan querido como el de su padre.

A la muerte de mi abuelo, mi madre, que ocupaba el tercer lugar entre sus hermanas, tenía catorce años. Aparecieron en Valladolid en el 92, creo, y mi abuela empezó a pensar en el porvenir de sus hijas. Blanca, la mayor, no tenía problema porque era ahijada de Zorrilla y vivía desde pequeña con sus tíos. Julieta y mi madre estaban en la edad de prepararse para lograr una independencia económica, pues mi

abuela, y sin duda su hermana y el mismo Zorrilla, eran partidarios de que *la mujer* no tuviera que buscar como medio de vida el matrimonio. Así, pues, Julieta empezó a estudiar música y mi madre la carrera de maestra, para la que tenía decidida vocación. Pero claro está, mi abuela, que no quería de ningún modo buscar maridos para sus hijas, todas bonitas, altas, opulentas, trató sin embargo de formar en su casa reuniones, grupos de muchachos que, en torno a un piano, charlaban, cantaban, bailaban. Sus hijas habían tenido en América —mi abuelo, una vez casado se volvió allá y todas nacieron en el otro continente— la educación de las familias criollas cultas: profesores de canto, de baile, de idiomas. Además no era la primera vez que venían a España; ya antes habían hecho algunos viajes y conocían las fiestas de a bordo al cruzar la línea, las noches sobre cubierta; eran, en fin, aves raras entre las muchachas de clase media en Valladolid.

En aquellas reuniones hizo mi padre sus primeros y únicos ensayos literarios. Aparte lo que se pudiera llamar un noviazgo de amor, había entre mis padres una verdadera afinidad de gustos y aspiraciones. Más exactamente inclinaciones porque mi padre no era hombre de ideas: su carácter le tiraba hacia una cosa u otra, manteniendo el criterio y las costumbres de su casa como un mero orden de afectos. Claro que con una particularidad —la particularidad más común a todos los españoles—, mi padre *creía* que lo que él *quería* era lo que *debía ser* o, más bien, *lo que era: lo único que era*. Pero ya digo, esto no era cosa de ideas: era, simplemente, su *modo de ser*. Mi madre sí tenía ideas y, cosa curiosa, ella *no era* esas ideas, pero las profesaba y anhelaba ejercerlas. Cuando empezó a estudiar pensaba llegar a la Escuela Superior del Magisterio; leía a Rousseau y creía tener una orientación propia en pedagogía. Al mismo tiempo, cantaba, tocaba el piano, bailaba las sevillanas —académicamente, por supuesto—, todos los bailes de sociedad y todos los bailes populares americanos, aprendidos de sus niñeras indígenas. Tenía una memoria excelente y podía recitar versos sin cuento. En esto mi padre la igualaba, si no la aventajaba, y los dos tenían el culto de la dicción perfecta.

Sobre este cañamazo se trazó mi vida. Necesito, ante todo, describir mi casa de la calle de Núñez de Arce. Viniendo de la glorieta del Museo, quedaba en la acera de la derecha y era el segundo portal. Un portal grande, con una puerta al fondo que daba al patio: puerta cochera, tal vez, porque en el patio amplio y no enlosado, sino enarenado y herboso, había una pequeña cuadra como para dos caballos. Los dos entresuelos quedaban un poco levantados sobre el nivel de la calle: uno tenía un balcón y el otro dos. El nuestro, el de la izquierda, era el más pequeño. Se daba acceso a él por cuatro o cinco escalones, empotrados en la pared del portal; la antesala era muy pequeña, un cuadrilátero del ancho de la puerta, anejo al pasillo que iba de un lado a otro de la casa. Delante tenía solamente una gran sala con alcobas; al fondo el comedor que daba al patio y que tenía otro cuarto contiguo, interior. Ante la puerta del comedor el pasillo se doblaba hacia la izquierda; en el lado que daba el fondo estaba la cocina y en el otro una alcoba de servicio muy espaciosa. La cocina

era grande y tenía un pequeño rellano enlosado, casi una terracita, levantada como medio metro del suelo arenoso por un par de escalones y allí, en el rincón, había un cuartito que era el W. C. Así, exactamente, porque mis padres a su llegada instalaron ese *adelanto* y la luz eléctrica. No recuerdo el momento en que se llevaron a cabo esas innovaciones, pero recuerdo otras que tienen una fecha: la gran transformación de nuestra casa fue en 1905, y en ese tiempo yo ya tenía una historia tan larga, había vivido tanto que me abruma la idea de relatar punto por punto las etapas de mi camino.

No sé —o no puedo— dar prioridad a las cosas que parecen más importantes, como es mi educación —llevada a cabo con intensidad maniática por mis padres—, sobre los pequeños hechos de mi experiencia. Y no puedo darles prioridad porque, en última instancia, no los diferencio. Sé, aunque no lo recuerdo, que empecé a leer a los tres años. A los cuatro, poco después de morir mi hermano, empezó mi madre a sistematizar mis estudios. Sentadas junto al balcón por las mañanas, mi madre me leía las primeras páginas del catecismo, de la gramática, de la geografía, de la Historia. Siempre empezaba leyéndome ella porque quería comprobar mi comprensión: no quería enseñarme a memorizar las lecciones sin penetrar en las cosas. Y lo mismo que me leía las lecciones me leía los cuentos —los pequeños cuentos de Calleja— poniendo a prueba mi comprensión con preguntas y comentarios. Esta etapa duró tal vez un año, tal vez más. Cuando mi madre me creyó suficientemente preparada o, acaso, cuando vio que yo me abandonaba al deleite de escuchar y no me esforzaba en leer, pudiendo hacerlo, decidió obligarme a estudiar sola una hora todas las mañanas. Me encerraba en el comedor y sentada en mi silla alta, a la camilla, estudiaba a veces. Bueno, estudiaba siempre, pero no siempre en los libros. Estudiaba, por ejemplo, cómo moría una mosca pegada al cristal de la ventana. Había quedado allí, colgando sólo de una pata, y en el cristal se había formado a su alrededor una mancha, como si fuese un vaho que ella hubiera desprendido. Yo veía que aquello era la huella de su calentura porque yo entonces conocía muy bien la fiebre. Con harta frecuencia tenía indigestiones que me llevaban a los cuarenta grados: deliraba, cantaba, me ponía de pie en la cama a medianoche.

Hasta sin tener fiebre los sueños eran mi padecimiento. Soñaba cosas tan atroces que su impresión no podía borrarse durante varios días. Mi terror a los sueños era tal que decidí psicoanalizarme yo misma todas las noches. Rezaba diez padrenuestros para no soñar con fuego, diez para no soñar con la muerte de mis padres, diez para no soñar con fieras y otras cuantas cosas, que eran de las más terribles. Los contaba por los dedos; cuando llevaba diez hacía un pliegue en la sábana; rezaba otros diez y hacía otro pliegue: así, incansablemente, repasando bien todas las cosas en que era peligroso soñar. Las noches que les pasaba revista a todas no soñaba: cuando se me olvidaba rezar, actualizándolas bien —quién sabe si esas noches coincidían con comilonas exageradas— soñaba cosas que hasta el día de hoy no he podido olvidar. Este padecimiento, tenido como tal por toda mi familia, dio un giro especial a toda mi

educación, no sólo a mis estudios, sino al trato mismo con mis Familiares. Se evitó rigurosamente todo lo que pudiera impresionarme. En consecuencia, jamás se puso ante mí la idea del infierno. Mi educación religiosa era, sin embargo, bastante completa y no dulcificada por estampas de color de rosa. No, se me enseñaba la Doctrina Cristiana y la Historia Sagrada, que yo escuchaba con pasión. Luego, se me tranquilizaba haciéndome poner mi confianza en mi propia fe, más o menos en esta forma: «Con el que cree en Dios y adora a sus padres, el demonio no tiene nada que hacer». Por esta razón el demonio no figuró nunca en mis sueños terribles y no le di realidad hasta que mi pensamiento adquirió más firmeza e independencia.

Mi vida religiosa, en esos primeros años, fue muy distinta de lo que es común porque fue absolutamente libre y secreta: no me fue impuesta jamás. Fui iniciada en ella, pero nadie sospechó nunca la dimensión que pudiera alcanzar en mi fondo. A mi familia no le era difícil mantener esa actitud. Por mi línea materna, los hombres eran librepensadores. Mi abuelo había sido masón —no sé si Zorrilla lo fue, creo que no—, mi abuela, que se creía inteligente, era católica, claro está, pero moderada, racionalista; «lo principal es ser bueno», etc. En casa de mi padre la cuestión era muy otra. Mi abuela no racionalizaba la religión que había recibido de sus padres, como cualquier otra vieja señora de Valladolid. Iba a su misita, hacía sus novenas y tenía especial devoción por algunas imágenes: las más bonitas —mi abuela, que no había sido una mujer bonita, tenía una adoración mística por la belleza— y jamás se detuvo a pensar si lo que le habían enseñado era cosa de creer o de dudar. Pero mi familia paterna, y especialmente mi abuela, conservaba la huella de una herida atroz, que había llegado a convertirse en rencor y en aversión. La huella de un drama íntimo, entremezclado a las guerras del Norte, que había dado como resultado el matrimonio de mi tío Emilio con Guadalupe Aguinaga, vasca, de familia carlista y el retiro de mi abuelo, aceptado por él en forma de expiación. De modo que en casa de mi padre se profesaba un decidido repudio de los beatos, de los carcas. No conocí el doble fondo de esa historia hasta los veinte años, pero siempre percibí o presentí como un clima dramático en torno al matrimonio de mi tío Emilio.

En primer lugar, mi tía Guadalupe era detestada por todos; sin embargo, no se pensaba siquiera en evitar su trato ni en calumniarla con defectos de carácter o de conducta, como si en el fondo todos estuviesen de acuerdo en que ella no tenía la culpa de lo ocurrido. Se la respetaba porque era la mujer de mi tío Emilio, que había muerto muy joven y al que todos adoraban. Ella seguía en Vitoria y había puesto a mi primo en el seminario en cuanto murió su marido. Contaban que había ido a Roma, a pedir permiso al papa para meterse en un convento y que el papa se lo había negado diciéndole que cuando se hubiese ordenado su hijo se lo daría. Mi primo José Mari tenía diez años más que yo, y en mi mente ocupaba el lugar que había dejado mi hermano. Acaso por haberse llamado Emilio mi hermano siempre sentí que tenía algún vínculo con aquella casa, y esperaba conocerle, como si con eso algo fuera a serme devuelto.

Tal vez en 1903, yo, poco más de cinco años, mi tía Eloísa me enseñaba un día retratos de familia que tenía en una caja. Había una gran fotografía de mi tío Emilio con su mujer y su hijo. Él, de uniforme, espléndido, alto, con barba negra. Ella, muy elegante, muy delgada, vestida de negro, con cinturita muy estrecha. Tenía puesto un pequeño sombrero —una toca— con un grupo de plumas de avestruz al lado. Mi primo, de unos tres o cuatro años, sentado en sus rodillas. Sobre el retrato se cernieron las glosas de mi tía Eloísa ilimitadamente: su hermano llevaba el uniforme como nadie, tenía un pecho tan ancho que parecía que iban a estallarle los botones... En este estilo largo rato. Mi tía Guadalupe: «bueno, ya la ves»... Mi primo se parecía extraordinariamente a mí, decía mi tía, cuando estábamos callados, escuchando, dejábamos el labio superior un poco levantado y esto nos daba una expresión de atención y de inocencia, al mismo tiempo.

Mi tía quería que sus hermanas lo comprobasen; les hacía mirar el retrato y luego mirarme a mí; les hacía recordar un retrato mío hecho poco antes que, en efecto, era idéntico. Luego, se ponía a explicarme: mi primo ya no era un niño pequeño, como en aquel retrato: ahora era un seminarista que pronto estaría hecho todo un sacerdote, como el padre Aguinaga, el hermano de su madre, que venía a casa de cuando en cuando. Mi tía Eloísa echaba a volar su fantasía, que era enorme: «El padre Aguinaga, por supuesto, tenía mucho talento, pero José-Mari seguramente le aventajaría. Su madre estaba muy orgullosa porque los profesores le habían dicho que era un chico de grandes dotes». Mi tía ya no hablaba conmigo; se dirigía a Casilda, que estaba bordando junto al balcón: «Ya ves el primo de las de Hortigüela a dónde ha llegado... No puedes figurarte qué cosas les ha traído de Filipinas... Tienen sobre el piano un mantón de Manila que es una preciosidad». Yo, sentada sobre la camilla, las fotografías extendidas a mi lado; mi tía hablando, hablando y yo viviendo sus descripciones. Todo lo que ella contaba tenía más realidad para mí que aquel gabinete donde ya pronto se iba a encender la luz: todo tenía la fuerza descomunal de una profecía. Probablemente yo levantaba el labio superior, absorta en el relato, hasta que no pude más: me sentí henchida de todo aquello como de una marejada de angustia y me eché a llorar con todas mis fuerzas.

Mis tías no podían comprenderlo y, sobre todo, no podían consolarme, ni hacerme callar, ni hacerme explicar lo que me había pasado. No sé cuánto tiempo lloré; debió de ser bastante porque se comentó como algo extraordinario y hoy día sigo recordándolo como algo extraordinario, realmente: sigo contándolo como una de las veces en que he llorado en mi vida con verdadera congoja. Entre mi llanto oía las preguntas y los comentarios de mis tías. A las preguntas: «¿por qué lloras, qué es lo que te ha ocurrido?», no hacía caso. Los comentarios me parecían estúpidos y fuera de lugar. Decían: «¿Qué puede haberle pasado por la cabeza?... No se comprende, en una niña que no es en absoluto envidiosa». Yo pensaba: ¿qué tendrá que ver la envidia con esto? Pensaba al mismo tiempo que lloraba porque yo también quería

comprender lo que me estaba pasando y la idea de la envidia se atravesaba en mi cabeza, como una explicación absurda y al mismo tiempo aclaradora.

Pero no, no; es imposible describir, cuanto menos explicar lo que no era un proceso lógico, sino una especie de dialéctica muda: el sentido de algo, frente al sentido de algo. Yo lloraba con un desconsuelo indecible y hablaban de envidia; esto ponía ante mí la idea de lo envidiable. ¿El obispado de mi primo?... ¡Ridículo!... Pero lo envidiable debía de existir, puesto que hablaban de envidia y debía de ser por aquello por lo que yo lloraba, pero no de envidia. Algo parecido a esto era la dialéctica que se debatía bajo mi angustia, sin esperanzas de llegar a conclusión alguna. Había, además, en mi llanto cierta sensación de sorpresa: no era comparable a nada de lo conocido hasta tanto. Ahora puedo decir que en aquel momento lloré por primera vez como se llora por las grandes pérdidas o los grandes desengaños. Ahora puedo decirlo porque eso es lo que me propongo ahora: seguramente lo he contado a algunas personas de mi intimidad, pero solamente como se cuentan las cosas lejanas, que quedaron sin explicación. Ahora trato de explicármelo y lo único que percibo con toda certeza es el matiz, el tono o la calidad de aquel llanto: no que llorase mucho o muchísimo. Veo de dónde salía mi llanto, constato todo lo que iba en él de mi persona; era lo que se llama un llanto inconsolable: el llanto que acomete ante lo irreparable.

Al año siguiente o poco más apareció un día mi primo en casa de mi abuela. Había saltado las tapias del seminario y se había venido a pie por los caminos, a sus diecisiete años, con los pantalones que había llevado a los doce. El triunfo que experimentó mi familia era difícil de explicar. Cuando no había nadie de fuera se daba rienda suelta a la alegría. Sin embargo —o por ello mismo— se telegrafió en seguida a su madre, se trató de tranquilizarla y consolarla, ofreciéndole —mi tío Mariano, por supuesto— costear los estudios del chico: podría hacer Derecho, o lo que quisiera, ya que *estaba visto* que para sacerdote no tenía vocación. Mi tía Guadalupe vino en seguida y se instalaron en una casita cerca del Prado de la Magdalena, que siempre irradió un infinito misterio para mí.

¿Por qué irradiaban misterio ellos dos y su casa? No sé, nunca pude saberlo, pero nunca pude acercarme a ellos. Ni su aspecto exterior ni su actitud conmigo me decepcionaron; en primer lugar porque no eran decepcionantes. Bueno, no; esto en segundo lugar. En primer lugar, porque no quedaba en mí lugar libre para la decepción. Más grave, más dramático que la decepción es, todavía, el desengaño, y eso es lo que yo había sentido —tocado, como quien toca un hierro ardiendo— cuando estallé en llanto. ¿Premonición? ¿Profecía?... ¿Se puede tocar el futuro? No, porque el futuro no existe, no *es*. Pero ¿se puede tocar la posibilidad o imposibilidad de que algo sea? Es una pretensión desmedida; además, es poco verosímil.

Yo no sé si creo o no creo en la telepatía porque no me paré nunca suficientemente a pensarlo, nunca me incliné a esas experiencias. Y, precisamente, lo que más me hace pensar que fue un fenómeno telepático es que no se repitió jamás. Su singularidad es lo que hace posible que ahora, después de siglos y desde mis antípodas —¿dónde estoy yo ahora de mí misma, en relación con donde estaba entonces?— pueda analizarlo, destejerlo hilo por hilo hasta percatarme de su trama. Aquel momento de desengaño fue un *choc* tan contundente como cuando se abre una puerta y se encuentra uno con la traición, con lo que niega y destruye toda esperanza.

Pero bueno, ¿con qué es con lo que yo choqué? Choqué con la onda de la verdad. Sería ridículo creer que yo, a los cinco años, encontrase desmedidas las ilusiones de mi tía y viese poco probable su realización. Al contrario, las encontraba tan fulgurantes que las asumí; me zambullí en ellas, más bien porque no es que las tomase sobre mí, sino que me lancé en su órbita, las recorrí hasta sus confines. Pero mi excursión o navegación por su piélago no fue temporal, sino espacial. Yo no vi el futuro: vi —toqué— el presente. Mis sentidos, en una hiperestesia indecible, tantearon, como cuando se recorre el dial de una radio, hasta encontrar lo que iba a ser, sino lo que era. Yo salté sobre media España, traspasé los muros del seminario y me encontré aquello. Tampoco puedo deducir de esto que yo desease ardientemente, en contra de toda mi casa, que mi primo fuera sacerdote. No; lo que lloré fue la llamarada de ilusión que mi tía había hecho brotar con sus sugerencias de obispos y de mantones de Manila. Esta es otra piedra de toque del fenómeno: su huella, la cicatriz del *choc* fue tan profunda, tan singular en mi vida que a los veinte y treinta años nunca pude ver un mantón de Manila sin angustia. Era todo esto —y otras muchas cosas— lo que irradiaba misterio en aquella casita de junto al Prado de la Magdalena que mi tía Guadalupe esteró con la esterilla fina de los conventos; pulcra, amarilla, tan delicada que no se atrevía uno a pisarla.

Todavía había algo más en la impresión que me hizo oír decir a mis tías que yo no era envidiosa: ya antes de aquel día había yo presenciado la aparición de ese monstruo, la envidia. Yo no tenía más primos que José-Mari, los amigos y parientes de mis padres no tenían hijos; yo no jugué jamás con chico o chica. Mi tío Mariano estaba casado con una mujer feúcha y estéril, encastillada en una orgullosa antipatía. Tenían con ellos a una niña, ahijada suya, que acababa de perder a su madre. Mis padres y yo íbamos con frecuencia a pasear a San Isidro y siempre nos deteníamos en la Fuente de la Salud. Una tarde —en pleno verano, el campo calcinado— estando allí vimos venir hacia nosotros a mi tío con su mujer y Carmencita, que tenía un año menos que yo. Era una criaturita preciosa, rubia, con un torrente de bucles dorados. Como acababa de morir su madre la llevaban con un vestido y un sombrero de organdí negro. Era la primera vez que yo la veía y quedé deslumbrada. Había oído hablar mucho de ella y de su madre, que había sido infinitamente desgraciada en su

matrimonio y que se llamaba África, nombre para mí fascinador. Todo esto se me apareció a la primera ojeada y eché a correr hacia ellos. Pero yo, más dada a las explosiones de afecto que a los modales discretos, salté al cuello de mi tío y le di un beso. No vi cómo sucedía la cosa porque pasó a mi espalda y muy rápidamente, pero oí un alarido y vi que Carmencita se revolcaba en el suelo pataleando, hecha un mar de lágrimas. No había medio de contenerla: se acercaban a ella y era una pantera. En la carretera había diez centímetros de polvo blanco, molido por las ruedas de los carros y allí se revolcaba, con su sombrero y su vestido negro; arrastrando sus bucles y su cara color de rosa por el suelo, tan pronto boca arriba como boca abajo.

Mis padres tiraron de mí y me explicaron: «Es mejor que nos vayamos porque tiene envidia». ¡Tiene envidia de mí esa chica maravillosa!, me dije yo; o es idiota o la envidia es una enfermedad atroz. Y me inclinaba más a creer lo segundo porque en aquel acto de revolcar su vestido negro en el polvo de la carretera yo veía una especie de enajenación. Carmencita se había puesto hecha una fiera, pero sin embargo a mí me inspiraba una gran compasión su debilidad, al mismo tiempo que una gran admiración su arranque. No la desautoricé por ello: sentí en el fondo un deseo de reprenderla, de hacerle entender lo que había de pueril —no era ésta la palabra, sino infantil; para mí lo más destacado— en su acto. Mi sentimiento era parecido al de un día en que vi a mi madre destrozar un abanico en el Campo Grande.

No hacía mucho que había ocurrido. Los tres juntos, como siempre; yo un poco delante. Al salir de casa ya había surgido una disputa, contenida en los límites de lo que se puede hacer por la calle. Yo apenas oía lo que se decían: mi padre la llevaba cogida por el brazo y le asestaba frases cortantes, que parecían exigir respuesta. Por el tono de mi padre yo esperaba que mi madre contestase claro y rotundo, pero no; casi saltándosele las lágrimas, decía cosas vagas, nada terminantes, y mientras tanto destrozaba el abanico, clavando las uñas en el país de papel y arrancándolo de las varillas. Los celos de mi padre no eran un secreto para nadie; se decía de él que era muy celoso como se decía que era muy delgado. Nadie, ni él mismo creyó nunca que sus celos tuviesen fundamento; lo que pasaba era que era muy celoso. ¿Por qué?, no sé: porque le daba la gana. Los celos de él no tenían carácter de enajenación ni de debilidad: eran —esto no es lo que yo entonces pensaba, sino lo que ahora afirmo—, eran como una especie de necesidad de actividad psíquica. Eran como una lucha, como un desafío a la mortecina cotidianeidad. El sentimiento de enajenación me lo inspiraba más mi madre, que quedaba apabullada ante su violencia, que no sabía hacerle frente y se desahogaba rompiendo un objeto inerte, como si patalease en su impotencia para responder.

Yo juzgaba a mis padres implacablemente, constantemente: mis padres eran lo único que yo estudiaba con constancia y con sistema. No quiero decir con esto que sólo a ellos les prestase atención y no a los libros, sino que a ellos les estudiaba con

una técnica superior. De los libros sacaba la enseñanza que me daba la lección de cada día y, sin impaciencia, suponía que cuando llegase a la última página me habría incorporado todas las noticias que había en ellos, sobre lo que yo no podía inventar ni descubrir por mí misma. Del estudio en vivo que hacía de mis padres no admitía más que mis propias conclusiones; las claves de su carácter que yo encontraba y que se corroboraban a cada momento. Para esto, mi sistema era retener siempre ante mí a sus más mínimos rasgos, no olvidar una sola de sus palabras, uno solo de sus actos o gestos y confrontar, medir y pesar. Además, medir sus alcances, es decir, adonde se puede llegar siendo así, tal como ellos son. Adonde pueden llegar ellos y adonde puedo llegar yo por ese camino. Esto no eran reflexiones conscientes, de más está decirlo, era ese juego o ensayo de la vida que se hace ante el espejo con las ropas de los mayores. Yo sabía que mi madre era perfecta; tenía todas las habilidades, sabía de todo: era tal como yo *quería* ser, tal como *debía* ser. Mi padre era inaguantable, violento, disparatado; tal como yo *era*: reconociéndole también ciertos valores, que también me reconocía a mí misma. De modo que seguir las huellas de mi padre era para mí lo fácil; seguir las de mi madre era lo difícil, que tal vez pudiese lograr con ayuda de la suerte. A veces desconfiaba de su ayuda, pero pocas veces. Tal vez sólo cuando se trataba de la música y, de la música, principalmente en una región, el baile, ¡dificultad insuperable! No hubo medio de enseñarme el paso más elemental de la jota. Para el solfeo mi inutilidad no era tan patente, pero yo presentía que en el fondo también era inútil. Podía cantar, eso sí, tenía muy buen oído y repetía en el acto las lecciones que mi madre solfeaba, pero siempre sentí como un misterio en eso de leer la música. Leerla, bueno, la medida me era muy fácil, pero entonarla partiendo de aquella escritura pautaada... Siempre supe que ahí no estaría nunca en mi elemento.

Yo no sé por qué me fue tan imposible la música como disciplina, cuando las canciones fueron para mí la historia universal. No, el universo: la voz del universo. Todos los climas, todas las pasiones y todos los tormentos se me habían revelado en las canciones de mi madre. Canciones de cuna españolas, danzones y habaneras americanos; la ópera italiana, en total; las zarzuelas en boga... todo lo cantable. Lo que se cantaba en el teatro, lo que se cantaba en el campo, las romanzas que cantaban las señoritas en los salones, las coplas que se oían por el patio a las criadas: todo lo cantaba mi madre. Y cantaba en las más distintas situaciones. Me había cantado a mí para dormirme, probablemente desde el segundo día de mi nacimiento, si no desde el primero; cantaba a diario por la casa, mientras despachaba las pequeñas faenas caseras y cantaba, algunas veces, al piano, muy seriamente, en casa de las de Lacort.

En casa de las de Lacort yo retrocedía a quince años antes de mi nacimiento. Quedaba allí el aura de la juventud de mis padres. La juventud de que ellos me hablaban porque cuando yo tenía cinco años mi madre tenía veinticinco, pero entonces a esa edad ya se hablaba de la juventud como del pasado. Y su juventud había sido, como ya dije, aventuras en torno a un piano. El piano se había ido a Madrid con la casa de mi abuela —mi madre me enseñaba el solfeo a secas, sentadas

junto al balcón, con el método sobre sus rodillas—, sólo en casa de las de Lacort tenía mi madre acceso a un piano. También en casa de las vecinas del otro entresuelo, pero a éstas las frecuentaba muy poco: eran tres viejas beatas, enlutadas. Aurita Lacort era de la edad de mi madre y había pertenecido a su grupo; tenía otras dos hermanas, Consuelo y Mariña, y eran sobrinas de mi antipática tía Mariquita, así que había cierta relación familiar entre las dos casas y mi madre se sentía muy bien con ellas porque eran alegres y artistas de temperamento. También se mantenía estrecha esa relación porque su tío, don Pablo Lacort, con quien vivían, era nuestro médico; el que me había visto nacer, decían, el que me curaba con aceite de ricino, si era cosa de la tripa; con miel rosada, si era cosa de la garganta.

Estrechamente, indisolublemente unidos estaban estos dos elementos, mis frecuentes indisposiciones y las aventuras artísticas de mis padres. El *trait d'union* era el clima de Valladolid. Yo tenía fiebres gástricas a cada momento; también me acatarraba en cuanto empezaba a hacer frío. Al primer estornudo me metían en la cama y se alzaba el telón. Todo brotaba ante mí, tal como había sido cuando yo aún no era. Las comedias o zarzuelas escritas por mi madre —cantadas e inspiradas: ella era diva y protagonista al mismo tiempo— y por sus amigas, algunas desconocidas de mí, pero inolvidables, vivas hoy en mi recuerdo... Pura Torres, en aquella zarzuela, «La niña romántica» —lo que entonces era la muchacha *à la page*, la chica de *la nouvelle vague*, cosa que yo he ignorado hasta hace muy poco—, la niña romántica que imponía sus caprichos y genialidades, que demostraba su carácter varonil con su afición a la caza. Todo esto daba ocasión a poner a su lado otra figura de cazadora fallida, cómica —«Tartarín de Tarascón» era en mi padre casi una idea fija que, mucho más tarde ¡y siempre! personificaba en Pancracio, «porque a fuerza de andar de cerro en cerro / de cada tiro destripaba un perro»—. Pura Torres era la cazadora fallida, gorda, ingenua, desmañada, que por equivocación pegaba un tiro al perro de la protagonista —el perro era «Ciutti», un falderito de la tía Juana— y la ingenua cazadora salía a escena ocultando al perro entre su chaquetón y cantando desesperada: «¡La herida es mortal, la herida es mortal! / ¿Qué sería de mí si muere este animal?...» Pura Torres estaba incomparable en su papel; demostraba la emulación que le inspiraba Pepita, la protagonista, su esfuerzo por imitarla y su temor de ser censurada por ella, con todos los recursos de una gran actriz. Pura Torres murió muy joven, años antes de nacer yo, pero su sombrero de cazadora, medio derribado por la agitación y el temor, es una de las imágenes más netas que conservo en mi memoria.

Todo lo que pasaba allí, en mi alcoba, tenía la dimensión de un esquema cultural, de un proyecto o, más bien, de un semillero de vida literaria. Era algo que se desarrollaba en sí mismo, encerrado en su ley, pero su ley era la de una especie. Quiero decir que pertenecía a algo mayor: *lo mayor*. Estaba allí la cultura viviente, la que palpitaba en el mundo y lanzaba su polen. Todo lo que pasaba allí era continuable, tenía la fuerza de lo que va a insistir, de lo que no va a callarse nunca.

Entraban en ello los elementos que más tarde había de conocer en todo su esplendor, recordando los atisbos iniciales: ¡Ah, esto es aquello!... No sé cómo sugerir la grandiosidad de lo que allí pasaba, sobre todo porque tengo el mismo empeño en sugerir su elementalidad, su inocencia, su intimidad de juego. Su clima ¿de hogar?, no, de madriguera. Todo ello era entrañablemente irracional, diré, si con esto logro dar a entender que era como un amor abismal, corporal, hacia el espíritu. Pero había algo todavía más difícil de sugerir; el modesto —no, el paupérrimo— nivel literario no ahogaba los gérmenes. Allí estaban los *cocoteros ausentes* de Baudelaire, en torno a un negrito con alma blanca. Es decir, que cuando más tarde me encontré con Baudelaire, tuve que exclamar: ¡Ah, esto es *aquello*! Porque la primera visión —¿premonición?— la había obtenido en *aquello*, que se llamaba «En San Juan de Puerto Rico» o algo así, donde había una canción tristísima, en la que alguien evocaba ante el negrito las bellezas de su país. Y aquí la cosa se complicaba, se armaba un conflicto ético-estético, que yo tenía que afrontar, porque la canción decía: «Aquel cielo tan hermoso que miraste al nacer». A este verso se conectó una especie de timbre de alarma. No digas nunca *mirastes*, sino *miraste*, me dijeron. Y entonces ¿por qué en la canción se dice?... Larga explicación que lo aclara todo. Pero el miedo al error podía nublarme la luz, causarme un terror cósmico, como el eclipse a los bichos, de modo que jamás, jamás en muchos años dejé de sentir, al recordar la canción, la transgresión de la norma que representaba, jamás dejé de percibir el tropezón. ¡Esto es algo que no se debe hacer!

Creo que lo que me propongo no es factible: es como querer representar el ave Fénix o el Grifo, en plumón.

Mi padre, esto debo consignarlo, no concedía el menor valor a sus comedias. Por qué no se esforzó en escribir seriamente teniendo, como tenía, un gran dominio de la lengua; teniendo, como tenía, un verdadero culto de la literatura, nunca pude explicármelo. Las dos cosas que más respetaba, la milicia y las letras; las dos cosas en que se había iniciado y cuyas puertas estaban francamente abiertas para él, las dos las dejó caer. Un pesimismo lleno de orgullo, o tal vez de temor, o tal vez de apatía, de escepticismo —el escepticismo que se respiraba en su época, el que llenaba la literatura y teñía la vida España— le llevaba a zanjar todo intento con su estribillo: «El que se mete a hacer lo que no puede / lo mismo que a Pancraccio le sucede». Así, las comedias musicales se me daban como puro juego; luego venían las grandes cosas: Calderón, Quevedo y, sobre todo, Zorrilla.

Los dramas de Zorrilla pasaban íntegros por mi alcoba. Las decoraciones surgían de una palabra, de un gesto; realistas, expresivas. Yo tenía predilección por «El puñal del godo» precisamente porque era pura visión. Primero el ermitaño en su choza, diciendo: «Qué tormenta nos amaga, / qué noche, válgame el cielo. / Y esta lumbre se me apaga, / y está lloviznando hielo». Luego venía el diálogo entre Don Rodrigo y el conde. Generalmente Don Rodrigo era mi madre, envuelta en un capote —una colcha—, y el conde, que era mi padre, venía subiendo la montaña y decía: «Gracias al

diablo que llegué a la cumbre». Don Rodrigo, ansiosamente: «¿Quién es? ¿Dó va? ¿Qué busca? ¿Qué le trae?» El conde, tajante: «¡Rápido preguntar! Mas si es costumbre, / oíd, un hombre, a Portugal y lumbre / con que secarse el turbión que cae». El diálogo largo, de una precisión extraordinaria, no tiene ni un ripio. A veces lo interrumpían para comentarlo, repetían algún verso, deteniéndose a estudiar la expresión justa que exigía.

Otras veces eran las óperas. Mi madre cantaba muy bien el aria de Orfeo: su voz era de contralto y con ella se lucía en las reuniones —únicas supervivientes, las de casa de Lacort— que a veces se organizaban con motivo de un santo o de una fecha señalada. Mi padre no cantaba, pero canturreaba con poca voz y excelente oído. Su caballo de batalla era, en el «Fausto», aquello de «Suo ministro e Belcebú». Pero el «Fausto» culminó en una noche en que no lo oí. Y culminó porque quedaba en la zona de mis tabúes. Luego, llegamos al 1904. Sí, en aquel año, de los seis a los siete, pasaron cosas decisivas. Pasaban, más que todos los días, todas las noches. Era la época de mis sueños atroces: puedo recordar tres con toda exactitud.

Nuestro paseo en las tardes de sol era San Isidro. Nos gustaba detenernos en el paso a nivel para ver llegar el expreso. Acercándonos a la barrera le veíamos venir de frente: cuando todos los hierros empezaban a trepidar nos alejábamos. Yo no había dicho nunca que el terror que me producía era casi inaguantable, y no lo había dicho porque no quería consentirme esa debilidad. Era tan maravilloso, las nubes de humo que envolvían la locomotora, la violencia con que avanzaba hacia nosotros me extasiaba. Pero lo más atroz era el pito, el grito, más bien, porque era como un lamento, que tenía tanto de amenazador como de doloroso. Yo lo contemplaba aterrada, pero lo contemplaba.

En ese tiempo, mi padre trajo a casa una máquina de escribir: un amigo se la había prestado. Era la primera que veíamos de cerca. Mi padre, que jamás se había ejercitado, se puso a copiar apuntes para los alumnos de la Universidad. No sólo apareció la máquina: el papel carbón, papel simpático se le llamaba, también era algo nunca visto, y mi padre no nos permitía tocarlo ni a mi madre ni a mí porque tenía la chifladura de que las manos de las mujeres no se manchasen. Manía llevada al extremo de no dejarnos tocar un cenicero porque si en las manos de una mujer quedaba un cierto olor a tabaco era, poco más o menos, como si hubiera rodado en el fango. Esta chifladura no se podía saber si tenía carácter moral o estético, o las dos cosas. Más tarde llegó a traer una multiplicadora y aquello fue infinitamente más sagrado, más peligroso porque la tinta, que extendía con un rodillo, era untuosa, espesa, del negro de humo más puro. Y había papeles encerados, transparentes, que al desenrollarse hacían un ruidito delicioso, y todo aquello había que mirarlo con las manos atrás porque el menor contacto podía originar una catástrofe. Pero antes de

esto, cuando no se trataba más que de una máquina de escribir, fue cuando el tren se precipitó en mi alcoba, irrumpiendo de la misma pared.

Me acostaba pronto, no muy pronto, en general, pero en aquellos días, precisamente por saber que ellos se quedaban escribiendo a la máquina —mi padre escribía con un dedo y mi madre dictaba— me dejaba acostar sin protestas; desde mi alcoba les oía. Eran apuntes de medicina, con palabrejas raras que mi madre al día siguiente aplicaba a los objetos caseros, a los personajes conocidos, a los actos o situaciones cotidianos. Yo les estaba oyendo; no dormía, o creía no dormir, cuando vi venir el tren, con tanta realidad como en el paso a nivel: de frente hacia mi cama, envuelto en sus humos y lanzando su alarido. Grité, me tiré de la cama: vinieron corriendo, me tranquilizaron. Al día siguiente se llamó a don Pablo Lacort.

Ese sueño, entre los sueños horribles, lo recuerdo por lo simple y por lo intenso: seguramente otros tan horribles como ése se me han olvidado. Poco después fue el otro, que no era ni simple ni violento. El Campo Grande fue invadido por una exposición industrial y me llevaron a verla. Había un *stand* de una fábrica de materias colorantes que tenía un enorme aparato de hierro como una torre que terminaba, a la altura de tres o cuatro metros, en una especie de pala o cogedor muy ancho, de allí caía un chorro, extendido en forma de sábana, de un líquido rojo que se recogía en un recipiente puesto abajo. Pregunté a mi madre dónde podía haber tanto líquido que no se acabase, si estaba así todo el día, y me explicó que un motor lo hacía subir por los tubos que estaban detrás de la torre.

No sé si fue esa misma noche u otra, poco después. Yo entraba en una sala muy grande de paredes grises y sin ventanas; no era más que un cubo gris donde yo entraba y allí dentro no había nada, ni un mueble, ni una puerta. Solamente, en el rincón que quedaba frente a mí, al lado derecho, había un ángel de sangre: más bien un arcángel, porque era muy grande, alto, con grandes alas y una túnica larga, que le pasaba de los pies. El ángel era de sangre: yo veía que era líquido, aunque no transparente, sino denso como la sangre. Completamente de espaldas al rincón, daba vueltas curvándose hacia adelante como una rueda, y al mismo tiempo, con una melancolía enorme, iba diciendo: ¡Pobre sangre! ¡Pobre vida!... Nada más. Esta vez no grité; me desperté a mi hora y no dije más que: he soñado esto.

En este sueño, que he analizado cien veces, no he descubierto uno de sus elementos hasta muchos años —treinta o cuarenta— más tarde. Sin duda el núcleo estaba en el chorro rojo, dando vueltas sin parar, que allí mismo me había hecho pensar en la sangre movida por el corazón —se oía zumbiar el motor rítmicamente. Además, yo veía que el ángel era líquido, pero se mantenía en su forma como el hilo que aparecía en mi fiebre: tenía la misma inmovilidad fluyente; fija en el hilo: en el ángel rotatoria, como una rueda sin principio ni fin, sin detención posible. Podría decir que ésta es la parte grave del sueño, la que representaba una intuición muy profunda cuya primera manifestación no puede alcanzar mi memoria. La frase del ángel, con su melodía tristísima, representaba ya la reflexión de mi conciencia: el hilo

era pura angustia; el ángel era piedad, era un concepto explícito sobre el padecer de la vida, sin reposo.

En cuanto al sueño, esto es suficiente explicación, pero la frase que el ángel cantaba me hizo recordar —y comprender— a una distancia increíble, una de aquellas inconformidades que regían mi instinto selectivo desde... no sé cuándo. Esa frase estaba tomada de una cancioncilla conocida —apenas canción: más bien canturreo— cuyo sentido cómico, de una ironía o sorna popular, yo había rechazado siempre como una injusticia. Con la misma repugnancia que rechazaba la frase grosera aplicada al esenciero, en aquel tiempo del que todo se ha borrado; todo menos eso. No es dudoso que la frase esté tomada de allí porque fonéticamente es casi idéntica y porque en el canturreo conocido yo la había destacado con emoción, desechando el resto. El canturreo era: «Marcelino fue por vino, / rompió el jarro en el camino. / ¡Pobre, jarro! ¡Pobre vino! / ¡Pobre culo de Marcelino!» Yo siempre había rechazado en mi fondo el final de esa canción, y no porque me asustase la palabra culo: en mi casa no se escatimaba el folklore y mi padre cultivaba el estilo quevedesco con harta frecuencia. Era que me resultaba demasiado conmovedora la imagen del niño con el jarro roto y el vino derramado —imagen de muerte, de accidente, de *pérdida* de la vida— para que se la rematase con esa amenaza vulgar. Es decir, que lo que delata el haber tomado como elemento de un sueño tan patético esa frase es que yo borraba de mi mente todo lo prosaico y, sobre todo, todo lo cómico. Detestaba todo lo caricaturesco, detestaba la parodia. Esta era mi posición frente a mi padre, frente a mis abuelos y tatarabuelos: frente a España. En mi padre estaba ese morbo de la ironía, de la guasa destructora con que se curaban en salud todos nuestros escritores del siglo XIX —todos nuestros escritores, más bien. La guasa, la parodia que está en el corazón de nuestro pensamiento como un gusano, como un *mal* que tiene el poder de sublimarse, que se encarama hasta el genio y le recubre como un líquen. Nuestro genio, nuestro genio por excelencia, ¿no alcanzó su cumbre en la parodia? Yo odiaba la parodia y la guasa, pero, claro está, como no podía oponerme a ello teóricamente, lo suprimía, no le daba crédito y basta.

El ejemplo más patente de esta modalidad de mi carácter es que mi padre recitaba a veces, con regocijo, la humorada —de Vital Aza, creo «A cuatro leguas de Pinto», pura astracanada, fárrago de impropiedades burlescas... inútil: para mí aquello era una emocionante leyenda medieval. Las visiones —lo único que yo recogía de aquel relato, y de cualquier otra cosa— eran tan poderosamente plásticas que prevalecían del sarcasmo; lo anulaban, lo dejaban caer en el vacío, sin eco. «Salta el foso, llega al muro, ¡la poterna está cerrada!»... Y luego, «Extiende el brazo y tropieza con la cuerda de una escala». ¿Qué importa que entre estas dos frases haya una exclamación chulesca y necia? Eso no existía, no sonaba porque las únicas frases a que yo daba crédito eran aquellas en las que las palabras se presentaban reales como cuerpos sólidos. Yo nunca pude entender nada que no me fuese visible: ver era mi prurito; el móvil interno de mi acción.

Ver, y entender con sólo ver, más que un placer, más que una función satisfactoria, era una especie de tendencia imperiosa, a la que asentía plenamente. Asentía, sin duda, al mandato de mi padre que guió mi visión en el sentido de mi dedo índice. El efecto de aquella indicación fue superior al propósito que la animaba. Al obligarme a emplear la palabra para designar la imagen, a convertir la imagen en palabra, mi padre me enseñó a leer el mundo. El mandato era tan simple que penetraba bien en la extrema inocencia. (¿Por qué iría el mandato «Tolle, lege» en la voz de un niño?) «Toma, mira» o «Mira, lee», es decir, habla, di lo que ves. Mi padre, que era rematadamente aristotélico —sin saberlo, por supuesto—, me lanzó, como quien tira una piedra que ya no puede cambiar de trayectoria, hacia un destino de contemplación, de visión, de revelación. Tal vez platónico, porque predominaban en él visión y reminiscencia. La visión era lo que estaba fuera de mí y me llamaba; la reminiscencia, lo que veía en mi fondo, allá donde ya casi no se alcanzaba a ver. Esto es lo único que he sabido —y querido— hacer en mi vida; *ver* desde que tuve ojos, «y antes, si puede ser antes».

No hay contradicción en esto de ver todo lo visible y negar la existencia de las formas irónicas. No hay contradicción porque es evidente que también les veía: lo que les negaba era el derecho al contacto. Negaba todo lo negativo porque me repugnaba encontrarlo pegado a las cosas de mi predilección. Tengo que confesar que mi negación no era ingenua: siempre apuntó en ella un conato de algo que no puedo considerar positivo, el desprecio. Sí, este sentimiento tan reprobable brotaba en mí siempre que algo empañaba o vulneraba las cosas de mi apasionado aprecio. Porque al mirar escogía y juzgaba. ¿Está mal visto eso de juzgar?... Pues bien, yo juzgaba. Y como sólo se encuentra lo que se busca, cuando se me interponía lo no buscado, lo apartaba con repugnancia: no lo encontraba. Porque lo que yo buscaba era lo *sublime*. Si emplease cualquier término de los que se usan para calificar las cosas de buenas, bonitas o agradables, parecería que con esto demostraba así mi sensatez o mis rectas inclinaciones: no es de esto de lo que hablo. Yo buscaba lo *sublime*, vivía en expectación de la apoteosis y la obtenía con frecuencia.

Adoraba las lentejuelas —«*A l'egal de la vouête nocturne*»— y las más nobles, las más grandes y elevadas nociones brotaban para mí ante cualquier representación del género chico (las lentejuelas no sólo en el escenario: en mi casa, entre las cintas y encajes que mi madre guardaba en cajas y cestillos, cuando aparecía una lentejuela mi arrobo era una especie de transporte místico. Contemplarlas, tocarlas; poder tocarlas me parecía una gracia especial, una suerte: sentía que mi madre era una mujer afortunada, llena de riquezas, puesto que tenía en sus manos esa cosa admirable que era una lentejuela. De más está decir que nunca creí que mi madre fuese rica, sino al contrario, siempre fui consciente de su sufrimiento por nuestra pobreza, pero esto no tenía nada que ver con lo otro. Cuando aparecía una lentejuela

entre los trapos de mi madre —también había unos abalorios mordoré, ¡palabra adorable!—, cuando aparecía una lentejuela, nuestra superioridad se me hacía patente porque sabíamos contemplarla. Tocarlas era como tener en la mano los objetos del culto; es decir, que en mi mano no estaba ejerciendo su función, pero era visible y sensible que en cualquier momento podían organizarse y brillar con el misterio que les estaba encomendado). Lo *sublime* brotaba ante cualquier representación del género chico, pero había que estar al acecho y, sobre todo, había que desconfiar de las opiniones oídas. Zarzuelas famosas como, por ejemplo, «Agua, azucarillos y aguardiente», «La revoltosa», «La alegría de la huerta», eran completamente áridas. Claro que eran teatro, al fin y al cabo, pero no había en ellas nada que conservar, que cobijar en un rincón del recuerdo; nada fértil. Otras, en cambio, que señalaban como puro disparate, como atajo de tonterías...

Todo esto comenzó cuando ya iba avanzando el sexto año; se interrumpió y se reanudó más tarde. La noche del «Fausto» había sido el año antes y también la tarde de Fausto: no sé cuál fue primero. Supongo que la noche, porque en la tarde pasé por una experiencia sólo concebible a los treinta años —en tiempos de Balzac, no ahora. Aquélla fue otra iluminación bien tenebrosa, por cierto. Mi padre venía por la calle con Fausto, uno de sus raros amigos. Debía de ser en primavera, puesto que yo estaba al balcón y puesto que estaba algo acatarrada... Además, estaba por entonces tomando yodo —delicioso, una fuerte dosis de yodo en medio vasito de vino—, que me producía cierta inflamación en las mucosas y respiraba mal por la nariz. Continuamente trataba de expulsar el aire con fuerza para romper la obstrucción y hacía un ruidito, knf..., que sólo me liberaba de ella unos segundos. Mi padre llegaba con Fausto y los dos se pararon allí, frente al balcón, me dijeron algo que no recuerdo y yo contesté. Para poder hablar —contemplaba la barba negra de Fausto, quería decir algo de la altura a que me encontraba en aquel momento— expulsé el aire con fuerza varias veces, haciendo knf..., knf... Fausto dijo a mi padre: Pero ¿qué le pasa a esta chica, es gangosa?... Mi padre le explicó lo de mi catarro y no sé qué más pasó. Seguramente no pasó nada, yo no hice el menor comentario: me quedé callada, hundida en mi desolación.

Pocos días después, en casa de mi abuela, dijo a mi padre Casilda: Ayer me encontré en la Acera al imbécil de tu amigo Fausto. Mi padre trató de defenderle débilmente y mis tres tías concordaron en que no tenía defensa: era decididamente un majadero. Entonces yo me planteé a mí misma la cuestión: ¿Era un majadero Fausto? No, Fausto era un hombre, un tipo —el tipo de hombre, con su barba negra— al que yo podía parecerle gangosa; es decir, que él me juzgaba según lo que le parecía y no había ninguna razón para que yo le creyese un imbécil, por el mero hecho de no gustarle. Seguramente mi tía Casilda tampoco le gustaba y la debilidad femenina se vengaba lanzando esa opinión, que a Fausto no podía alcanzarle porque el hecho era

que mi tía no le gustaba a Fausto, ni yo tampoco. Mi rechazo, mi desprecio por lo blando, por lo femenino impotente, que en el aquel momento aparecía en mi tía —a quien yo, sin embargo, quería mucho— me llevaba a encerrarme en una negación inexpugnable. Es obvio que yo no poseía el concepto de *resentimiento*, pero yo a los seis años y cualquier ser humano apenas despierto, y cualquier rústico que no recibió jamás la explicación de ese concepto ni de ningún otro, posee dentro de sí algo como la faz de ese concepto o, más bien, lo siente como un movimiento, tal vez como un olor o un sabor, y asiente a ello o lo rechaza. Por repugnancia a eso que hoy puedo llamar resentimiento y que entonces no podía llamar de ningún modo, pero sí podía percibir como algo que no se quiere tocar, me aferraba a la negación. No, eso no; yo no diré nunca que Fausto es un imbécil.

Pero el «Fausto», eso fue enteramente otra cosa. La noche del «Fausto» fue como fue porque yo me ponía pálida si leían ante mí una escena cruel, si hablaban de muerte o de daño a un ser humano. Si el daño se lo producía yo; un pisotón involuntario, un roce violento que arañase la mano a otra persona, la horripilación era más fuerte que un calambre: a lo largo de las piernas millares de pelos me tiraban hacia dentro y me suspendían la respiración y el movimiento por unos segundos. No sólo un contacto material; si alguien me decía esas cosas idiotas que dicen a los chicos: ¡Te has comido mi pedazo de pan!... o A ti te regalan cosas bonitas y a mí no..., la misma convulsión de dolor me paralizaba. También me despertaba a veces sacudida por aquel dolor terrible si en mi sueño surgía uno de esos casos lamentables.

Yo no hablaba de esas cosas, pero no tenía necesidad de hablar porque la reacción era visible; en consecuencia, se suprimía, se tachaba todo lo que pudiera impresionarme. Yo, por mi parte, no lo suprimía en mi pensamiento, al contrario, lo acogía y lo meditaba. Mi madre cerraba de pronto el libro que estaba leyendo, pero yo había sorprendido ya varios grabados que representaban el circo romano, donde los leones devoraban a los cristianos o los gladiadores se atravesaban con sus espadas. Y esto iba unido a la lección de solfeo que yo estaba estudiando junto a ella y que canturreaba bajito —tenía dos bemoles y era desgarradora—, haciendo de cuando en cuando incursiones en el libro por encima de su brazo. Mi madre se callaba si empezaba a cantar un trozo de aquella zarzuela, «La Marsellesa», en la que había la despedida de dos amantes que a mí me hacía palidecer, morir de angustia, quedar sin aliento.

Y resultó que vino al Teatro Calderón una compañía de ópera y mis padres quisieron ir. No me dijeron jamás que yo no podía ir a algún sitio porque era pequeña; jamás me demostraron que hubiese algo que no estuviera a mi alcance, y ellos querían ver el «Fausto». Les fue fácil proponerme la combinación: era mejor que yo no fuera al teatro porque en aquella ópera aparecía el demonio, que hacía cosas horribles a una muchacha. Yo podía quedarme a dormir con mi tía Eloísa: era en

invierno y no convenía que me sacasen de casa de mi abuela a media noche. Me gustó la idea de pasar una noche fuera de casa. Con mi tía Eloísa yo estaba en el cielo, esto es, en el juego. Pero un juego muy distinto del que pudiera jugar ninguna chica: un juego que consistía, simplemente, en hablar. Empezábamos una historia y la seguíamos, dejando volar nuestra imaginación: la de ella era inagotable. Pero aquella noche no hablamos. Yo me encontraba muy bien en su cama, al calorcito de su brazo, pero no podía dormir. Mi tía lo notó. ¿Qué te pasa, no duermes?, dijo. No, yo siempre tardo en dormirme, contesté, y seguí largo rato inquieta. La segunda vez que me preguntó si no dormía creyó, por mi voz, que iba a echarme a llorar. Yo no quise que creyera que no estaba contenta de dormir con ella y le expliqué: Es que estaba pensando cómo será ahora aquella carita... ¿Qué Carita?, dijo. La de mi madre, contesté. Yo no sentía no ver la ópera, sino no ver su efecto en la cara de mi madre. Claro que mi tía, con su profundidad y sutileza psicológicas, lo comentó incansablemente, pero si lo recuerdo no es por eso: es porque aún puedo construir perfectamente aquel anhelo que me impedía cerrar los ojos. Al día siguiente, mi padre canturreaba mientras se limpiaba los zapatos, «Tuo ministro e Belcebu. Tuo ministro e Belcebu...», y mi madre me cantó el aria de las joyas: lo demás era mejor no contármelo.

Mi tía Eloísa jugaba conmigo a pesar de que estaba muy enferma. En realidad, jugaba conmigo porque estaba muy enferma: le dolía atrocemente el estómago, apenas comía, estaba sumamente delgada y siempre vestida de negro. Un par de años antes se había muerto su novio, cuando ya iban a casarse y ella se refugiaba en mí: jugaba conmigo para aislarse de sus hermanas, que habían tenido una profunda satisfacción con su desgracia. Sobre todo Casilda, enteramente desafortunada en amores. Mi vida quedaba así ordenada: por la mañana estudiaba una hora, sola, encerrada en el comedor. Luego, mi madre entraba a tomarme las lecciones, hacerme escribir y obligarme a mirar la aritmética. De mis relaciones con ella —la aritmética— sólo puedo decir que mis libros, papeles y juguetes siempre estuvieron intactos, limpios, sin el menor desperfecto: aritméticas destrocé varias, en poco tiempo. Después de dar mis lecciones jugaba un rato hasta la hora de comer, luego me llevaba mi padre a casa de mi abuela y allí jugaba con mi tía Eloísa o salía con ella de paseo. Los juegos secretos con mi tía eran los únicos que me gustaban. Tenía muchos juguetes, pero no jugaba con ellos. Sólo quería verdaderamente a las muñecas, pero jugar con ellas me parecía estúpido: las contemplaba. Lo más que hacía era cambiarles de vestido, arreglarles el pelo y lamentar que tuviesen un aspecto tan infantil. Cuando en septiembre, por la feria, aparecía entre las barracas una que representaba un castillo cuyas puertas se abrían de pronto y dejaban salir una muñequita que venía avanzando y trayendo en las manos un azafate con un regalo yo miraba, deslumbrada, su aparición; la veía avanzar vacilante y siempre esperaba que a aquel aire de dama que

tenía al salir por la puerta del castillo correspondiese una cara semejante a las que yo admiraba en cuadros y grabados, pero se acercaba y tenía mofletes de niña, naricita respingona, decepcionante. A pesar de su cara infantil, yo adoraba a mis muñecas: con ellas sólo jugaba al amor. Me gustaba besarlas, tocar con los labios sus mejillas de china perfectamente tersas, secas y frías. Si digo que no jugaba con ellas y que las contemplaba es porque también con ellas mi juego era secreto: las contemplaba y las imaginaba viviendo historias.

Una tarde fui con mis tías a la romería de la Virgen de la Victoria. Ella también salía de la iglesia vacilante sobre las andas; también venía avanzando como si trajese un don: su belleza. Ella no era mofletuda ni trivial: era lo que yo llamaba *perfecta*. El sentido que siempre tuvo para mí esta palabra no es parangonable con el de ningún otro adjetivo: hoy puedo calificar mi sentir de ella como *plenitud*. La Virgen de la Victoria emprendió su breve procesión y nosotras no la seguimos porque mis tías se cansaban de andar por el campo con sus tacones: esperamos a que volviese, entretenidas por allí en comer rosquillas y otras golosinas.

Me dijo mi tía Casilda: Luego, cuando vuelvan, pondrán las andas sobre el altar y nos acercaremos para que le des un beso. La idea me pareció sobrecogedora y pregunté: Pero ¿quién puede levantarme tanto como para alcanzar? Mi tía dijo: No hay que levantarte mucho; basta con que alcances a besarle el pie. ¡Cómo el pie!... Claro, a la Virgen no se le puede besar en la cara.

El miembro de la voluntad debe de tener sus articulaciones tan rigurosas mecánicamente como un brazo o una pierna porque doblarlo en sentido contrario al que, en su movimiento espontáneo, se dobla es tan doloroso como una fractura. Sin embargo, no grité; comprendí plenamente la afirmación de mi tía y no quise preguntar por qué era así: temía que me dijese algo indecente como, por ejemplo, la palabra *respeto*. Esa palabra que a mí nadie me había enseñado a respetar, que se había excluido de mi vocabulario por considerarla irrespetuosa, es decir, vulgarmente explícita. Esa palabra, *respeto*, podía servir para lo tocante a las buenas costumbres, pero sería osado y torpe adjudicarla a lo que inefablemente se venera. Así pues, no pregunté nada; acepté lo que se me advertía, aunque la represión descoyuntase todos mis resortes. Repito que si hablo de descoyuntamiento es porque experimenté una especie de contrariedad dolorosa, pero sin decepción y sin rebeldía. Al negármela la realización del impulso que había brotado en mí por la sugestión de mi tía —que me había fulminado al ofrecérseme como posibilidad, de modo que, de rebelarme contra algo, habría sido contra el ofrecimiento falaz— al hacerse añicos mi voluntad, la grandeza misma del choque me compensaba. Quiero decir que aquello que no quise preguntar porque una especie de rubor o de escrúpulo —más bien de horror a que una explicación prosaica lo tocara— me lo impedía, aquello mismo, en su silencio, se me presentaba, se me dejaba ver. Y verlo me era suficiente.

De todo aquello quedó una huella muy profunda en mí; una huella como la de un arañazo difícil de cicatrizar o, más bien imposible, porque todavía no se ha borrado. Si mi memoria se acerca a tocarlo, compruebo que un vago dolor, una dramática melancolía dimana de aquel punto y cubre una gran zona: todos los alrededores de la ermita de la Victoria. El camino mismo hasta ella. Las Moreras, las márgenes del río, el Puente Mayor y el agua densa del Pisuerga embalsándose junto a la fábrica de harinas; la carretera hasta el Canal de Castilla... Aquí cambia de lugar el dolor: ya no está en un punto profundo de mi integridad resentida; está fuera de mí: es esa cosa o conjunto de cosas que se llama un suceso.

El Canal, cortado por la carretera, detenido en un remanso turbio contra la compuerta; las barcazas con ropa tendida, con chiquillos y gatos: viviendas miserables, pero graciosas en su bohemia, libres, aunque estables —lo sedentario, flotante como una barriada acuática— y en la orilla izquierda, alzándose la Cuesta de la Maruquesa. Todo un mundo gitanesco y maléfico contemplando el suceso. Todos ellos, desde las gabarras, desde las chozas o zaquizamíes de la colina, viendo venir al caballo desbocado y caer al agua, arrastrando la tartana. Todos ellos presenciando la escena atroz en sus menores detalles: una familia entera tragada por el canal —el padre luchaba por salvar al hijo, flotaba el delantal blanco del ama de cría— y eternamente la cuesta y las gabarras mirando aquello.

El Canal de Castilla, que se hunde bajo la carretera, que la cruza subterráneamente para mover la segunda fábrica y después precipitarse en el río —ante la fábrica— ya no es dolor: es horror. Al lado izquierdo de la carretera una especie de brocal rectangular y el agua rugiendo abajo. Yo pregunto: ¿qué es lo que suena ahí? El agua que mueve el molino, me dice mi padre. A ver... Mi padre me levanta un poco y me asoma al brocal. No es el caos porque es cosa clara y concreta lo que se ve allá abajo: es el agua que se precipita de la compuerta abierta y se debate entre muros negros y viscosos. Choca contra ellos, se revuelve sobre sí misma, se rompe en volutas cambiantes y espumantes, con obstinación ciega, sin vida. Mi madre dice: Has hecho mal en dejarla asomarse... Sí, tal vez hizo mal porque sigo asomada —el canal, la carretera y todo lo que rodea la ermita de la Victoria es lo que enmarca aquella tarde de verano en que mi tía se quitaba el guante para partirme la rosquilla de palo, para quitarme el rabito de uno de esos caramelos de forma y de color de guinda, sin saber nada, sin sospechar que aquella tarde se quedaría allí, posada sobre todo aquello, inmune al tiempo, inalterable ante la noche y la madrugada, ante las cuatro estaciones.

Yo jugaba con mi tía Eloísa a cualquier hora y en cualquier lugar. Mis tres tías bordaban a diario. Aquella casa de cuatro mujeres estaba sostenida por la pensión de un coronel; esto es, apenas sostenida y mis tías bordaban para fuera, así es como se decía, pero no se decía. Esto no se decía a nadie. Todas las tardes se sentaban junto al

balcón y bordaban, como si estuviesen entretenidas en sus labores. Había una mujercita que traía y llevaba sus bordados —celestina del trabajo— incapaz de divulgar que las hijas del coronel Chacel bordaban para vivir. Así, mientras mi tía bordaba yo jugaba con ella. De nuestros innumerables juegos recuerdo como el más extraordinario el más común. Un juego conocido de todas las chicas —en mi tiempo, se entiende— que consistía en jugar a las visitas. Y lo recuerdo porque, llevado por mi tía, no tuvo jamás el tono casero de las señoras en sus charlas; no entraron nunca en él gastos, modas ni chismes: entre nosotras, se trataba de otra cosa.

Yo me ponía una falda larga, recogía todos mis tirabuzones en un moño alto y me sentaba junto a mi tía. Ella, sentada en su silla baja, decía: —Ahora llego yo y te pregunto: ¿Ha tenido usted carta?... En el gabinete había una fotografía muy grande de la estatua del Conde Ansúrez. Cuando se inauguró la estatua dieron algunas a las personas que asistieron al acto y el novio de mi tía era entonces, creo, secretario del Ayuntamiento; así que de esa fotografía mi tía me había dicho: Me la dio mi primo Ricardo. Ella siempre le llamaba así: era su primo; su amor había sido tan grande porque tenía algo de fraternal. El caso es que me preguntaba si había tenido carta y, a mi respuesta afirmativa, mi tía seguía: —¡Ah!, ya lo veo; es un retrato magnífico, está parecidísimo. Yo asentía; mi tía volvía a preguntar: —¿Y dice usted que su marido va así, con ese pendón, delante de las tropas? —Sí, eso es lo que cuenta; ya ve usted... Yo le daba un pedacito de papel, que ella sujetaba con la mano en que sostenía la labor y, sin dejar de bordar, leía la carta. Unas veces era una carta amorosa, en términos de corazón, pensamiento y dolor de la ausencia, otras era una descripción de la batalla. Los párrafos que pertenecían a la carta, mi tía los leía con voz varonil, cuando glosaba el texto recobraba su voz. —Me imagino lo que será la campaña en esos desiertos... ¡Lo que será luchar con los moros!... Pues ¿y las fieras?... porque aquello está lleno de leones, ¿no?... Yo, ¡Lleno!...

Las fieras eran otro de nuestros temas, pero éste ya no solíamos desarrollarlo en el gabinete, junto al balcón; lo dejábamos para nuestros paseos por el Alto de San Isidro. El tema había surgido en Navidad, inspirado por un almanaque para el año 1904. Ese año todavía vivía mi abuela en la calle de Núñez de Arce, casi enfrente de nosotros. Las Navidades se celebraban en su casa: ella lo dirigía todo. Las compras las hacíamos mi madre, mi tía Eloísa y yo por aquellas tiendas de los soportales, abarrotadas de gente. Las Navidades eran para mí como un fenómeno atmosférico: una precipitación cósmica de olores. Olores que se destacaban sobre la nieve, por contraste, embelleciéndola. Armonizaban tanto, siendo tan cálidos, que parecía que la nieve se adornaba con ellos. Los olores mismos de las especias que se escapaban de las salchicherías, densos, grasos; olor a ajo, pimentón y cominos, se depuraban, se sublimaban entre la nieve, se prendían a ella como flores. O tal vez los olores y la nieve ya acordados o engarzados, ya ramo o racimo, tenían la misión de adornar la noche. O tal vez se engarzaban de aquel modo para ser mirados por ella; por el cielo

de la Meseta, con sus estrellas despabiladas en un insomnio perenne, de donde caía la helada sobre la ciudad.

Esta exaltación de los sentidos, no sólo olores: cánticos, villancicos, nacimientos —aquel año tuve uno pequeño, con la promesa de uno monumental para el año siguiente—, las tres figuritas del Misterio, con la mula y el buey y todo su mundo. Porque las figuritas sobre la mesa, como un juguete, no: su mundo era tierra alrededor, musgo sobre todo, capas de musgo natural, pesadas, húmedas, tan flexibles que parecía que iban a romperse al cogerlas, pero no se rompían porque estaban trenzadas por innumerables raicillas que dejaban en la mano la tierra de donde habían sido arrancadas. Las ramas de pino, las escamas de ácido bórico suavísimas, que se esparcían por todo ello para simular la nieve... Esta larga sinfonía, con sus múltiples tiempos, duraba varios días y culminaba en las dos noches: en las dos cenas. En la primera, después del cardo y el besugo, había un silencio de espera hasta que sonaban las campanas de San Esteban. Las campanas a medianoche eran una llamada aterradora, sólo comparable al paso de los bomberos con su esquila de alarma, y se echaba uno a cruzar la oscuridad de la calle porque había que acudir, como si hubiese un incendio en la iglesia. La cena siguiente, la del pavo, era sencillamente orgiástica. ¿Cómo y por dónde recibí yo el mensaje o descubrí el secreto de la orgía? No sé, no lo sospecho porque entre todos los allí reunidos no había ni alegría ni unión. Tal vez sólo mis padres tenían una idea de lo que es la alegría. Creo que no tenían más que la idea, pero ésa sí la conocían. ¿Literariamente? ¿Cerebralmente?... Por lo menos, sabían sugerirla. El caso es que yo exultaba: yo me embriagaba, en un uno por mil de Cariñena, en un cien por cien de leyenda. Yo me zambullía en todo lo que había allí, en lo que estaba presente: las cosas exquisitas, los turrone, los vinos, pero no sólo en eso. Yo me embriagaba de la Navidad, de la Natividad de Cristo que, para mí, era la glorificación —la apoteosis— del hijo y la madre; la aparición del hijo, también como una flor caída en la nieve —Góngora dijo en el heno: es demasiado cómodo—, como una flor que podía derretir la nieve porque de todo ello dimanaba un calor como para hacer arder el mundo. No voy a decir que yo pensase estas cosas, pero sí aseguro que *todo esto* era lo que me llenaba a rebosar. Yo me embriagaba ante el nacimiento, en una celebración loca del nacer.

Tanto incienso comestible —lo comestible siempre tuvo para mí como una llamada o como una promesa celestial: el olor— representaba un lujo muy fuera de lo habitual en nosotros. Era mi tío Mariano quien costeaba sin tasa todo lo necesario, y más, para que su madre tuviese unas Navidades alegres: los demás contribuíamos en varias formas. Yo empezaba por ir de compras con mi madre y mi tía, y en aquellas tiendas de los soportales regalaban almanaques magníficos: grandes cromos de colores brillantes. Uno, aquel año, representaba una pareja de tigres. Estaban entre unas cañas o bambúes que se insinuaban en un ángulo del cromo, a la derecha. La hembra estaba echada a su sombra y el macho de pie, como al acecho, mirando por entre los altos tallos la extensión, que se esfumaba hacia un horizonte lejanísimo. Por

aquella pradera, verde en el primer término, amarilla y árida a lo lejos como un desierto, mi tía y yo dábamos caza al tigre. Luego, en las tardes de sol, por San Isidro, íbamos subiendo el senderito que da acceso al terraplén que respalda la Fuente de la Salud. A un lado y a otro había pequeñas matas, yerbajos anónimos: una vez alcanzada la meseta —meseta sobre la Meseta, corona de la llanura, puesta, mostrada y demostrada en su desnudez— sólo algún cardo se mantenía en pie: era el oasis. Allí estaban las fieras agazapadas; había que ir a paso de lobo, con la escopeta montada —las dos éramos hombres en aquel momento: yo, por supuesto, el capitán— y las fieras, tigres o leones surgían de pronto. Había que correr locamente hasta alcanzar las piedras que se veían a lo lejos —pedruscos o terrones que levantaban del suelo lo suficiente para distinguirlos a treinta metros— esconderse detrás y disparar desde allí.

La soledad en aquel sitio era completa: a veces nos quedábamos un rato en silencio, viendo caer la tarde sobre el Cerro de San Cristóbal: adorno, remate de la Meseta porque, si hubiera montes a lo lejos, serían su límite; serían aquella parte de tierra donde terminaba el llano, pero el Cerro de San Cristóbal no es un monte: es una obra de tornero que está puesta allí, labrada por el aire; pulida, lisa, sin una mata; como envuelta en su gris perla de greda estéril: una virginidad expresada en su rigor geométrico de cono truncado. Y esa misma planicie de su cumbre, cortada como con un cuchillo, es lo que le hace consonante de la llanura, como si estuviese allí elevado para elevar lo llano. El Cerro puro, intacto, recogía apenas en su tersura de acero el rosa del poniente: entonces nos volvíamos a casa.

Iba a pasar algo: el tiempo tenía cara de traer algo escondido. Estaba terminando el invierno y a mí siempre me había extrañado que cuando se decía, «Año nuevo, vida nueva» no se notaba en nada la novedad del año ni de la vida. En el mes de enero todo había seguido igual que siempre: de pronto, al terminar el frío, se empezaba a barruntar un cambio. Mis padres planeaban algo: ellos siempre estaban haciendo proyectos y, en general, me los comunicaban. Ahora la cosa era diferente y no sospechaba yo que se lo reservasen porque fuera un plan ajeno a mí; al contrario, yo les veía prepararlo, envolverlo, cuidadosamente como un regalo, pero no era un regalo. No, era algo que exigía cierta precaución: había que evitar la sorpresa, quitarle todo carácter amenazador; probar, como el zapatero un zapato tras otro, breves sugerencias halagüeñas, hasta encontrar la justa.

El proyecto, cuando llegó a traslucirse, resultó ser el de ponerme en un colegio. Mi madre tenía empeño en mandarme a las francesas, las monjitas del Sagrado Corazón porque ella había ya empezado a iniciarme en el francés, había comprobado que mi disposición no era gran cosa y lo consideraba fundamental. Mi padre estaba de acuerdo en esto, pero no era esto sólo. Bajo ese plan escolar se escondía otro propósito. Yo no había jugado jamás con una chica, no tenía una sola amiga y cuando llegara a ser mayor carecería de toda relación entre la gente de mis años. Por esto mi

padre sostenía que era mejor mandarme a las Carmelitas. En el Sagrado Corazón me relacionaría con chicas de una posición superior a la mía, amistades que luego no podría sostener. Después de haberme comunicado el proyecto todavía quedaban estas discusiones veladas, hechas de medias palabras porque sabían que con menos de media palabra yo tenía suficiente para entender, y así era. De sus tanteos y cálculos de probabilidades yo sacaba la conclusión de que cuando fuese mayor iban a faltarme muchas cosas que otras chicas tenían. ¿Qué cosas? Yo tenía muchos juguetes y no ambicionaba más; los vestidos que me hacía mi madre todo el mundo los encontraba preciosos, y lo eran: sólo había una cosa que yo anhelaba y que sabía que no llegaría a tener.

Al ir hacia el Campo Grande casi siempre veía pasar a caballo a algunos militares que iban de paseo y solían llevar con ellos muchachas, hijas o hermanas, algunas muy jóvenes, niñas a veces. Eso era lo que representaba para mí el lujo, lo que estaba más allá de mis posibilidades y lo que era verdaderamente digno de ser deseado. Yo me planteaba la cuestión en esta forma. Esas chicas que van a caballo son hijas de militares; mi padre no lo es, pero podía haberlo sido, puesto que lo fueron su padre y sus hermanos. Es decir que, si no lo es, es porque no le ha dado la gana de serlo. Nunca me sentí indignada contra él: lo acataba, y no por obediencia ni por un amor filial desmedido, sino porque sabía desde mi último fondo lo que es no darle a uno la gana. En consecuencia, yo no llegaría nunca a tener un caballo o, más exactamente, yo no sería nunca una de esas muchachas que van a caballo. Porque lo que yo adoraba no era el caballo, precisamente. Mi inclinación cordial hacia los animales estaba polarizada en el perro: el caballo era una forma encantadora, y yo anhelaba ser la forma de una chica a caballo. Sobre todo, ser una chica entre hombres, entre caballeros; llevar al lado un asistente y no una institutriz. Ser esa chica de amazona negra y sombrerito hongo que un día había pasado por mi misma calle.

Sentí el tropel, que venía de la Glorieta del Museo; seguramente venían de San Isidro porque llegaban al trote y al entrar en la calle refrenaron un poco el paso. Yo los conocí en las pisadas de los caballos: sonaban en el silencio de la calle con una elegancia, con una pulcritud de ritmo tan exquisita que comprendí en el acto que eran ellos —quiénes eran ellos, nunca lo supe: eran ellos— y fui corriendo al balcón, temblando que pasasen sin darme tiempo a asomarme. Eran tres hombres y una chica: no debía de tener más de diez o doce años porque llevaba el pelo colgando, atado con un lazo en la nuca, bajo el sombrero: un mechón rubio se le había soltado y flotaba a un lado del fieltro negro. Yo no sería nunca *eso* porque a mi padre no le había dado la gana de ser militar, así que era mejor ir a las Carmelitas.

El colegio de las Carmelitas tenía además la ventaja de estar a la vuelta de la esquina. Mi dificultad para entrar en contacto con cualquier grupo humano no era precisamente timidez, sino una especie de presentimiento de discordancia; sin embargo, no me opuse abiertamente. Fueron acercándome poco a poco. La gran fachada amarillenta, lisa, formaba el lado derecho de la plaza: la Glorieta tenía frente

al colegio grandes macizos de fucsias. Y mis padres decidieron que, para que el colegio no me fuera extraño al empezar el curso, podía ir el mes de mayo a ofrecer las flores: así iría familiarizándome con las hermanas. Mi padre escogió unas cuantas estrofas del poema de Zorrilla «María» y empezó a enseñármelas. Las aprendí muy pronto, aunque era un trozo bastante largo.

La idea de recitar los versos en medio de la iglesia no me intimidaba en absoluto: yo creo que por ser versos. Cuando alguien me hacía una pregunta inesperada, siempre me quedaba un rato confusa porque necesitaba reflexionar mucho para formular la respuesta; los versos eran algo seguro, yo estaba en posesión de su ritmo, de todas sus frases y nada podía desconcertarme.

Si hubiera sido eso solo, tal como yo lo imaginaba cuando repetía en casa los versos, creyendo sentir a mi alrededor la iglesia con su incienso, todo habría ido bien, pero se empezó a hablar del vestido, del velo y la corona. Se empezó a decir que hay quienes ponen a las niñas corona de azahar, pero que eso es innecesario. Yo quería una corona que había visto en un escaparate, enteramente redonda: una guirnalda de rosas blancas puesta sobre el velo, largo hasta el borde del vestido. Mi madre dijo que esa corona jamás porque le parecía cosa de muertas. Claro que lo era, y por eso me gustaba. Insistí en que la quería, pero mi madre no se dejó convencer y me compró una de florecitas de diversos tamaños, un poco más ancha por delante, en forma de diadema, con capulitos tiesos sobre rabos de alambre. Todo se derrumbó.

¿Cómo poner en claro el motivo de mi contrariedad? Si yo hubiera podido explicarlo, si hubiera encontrado razones claras para sostener mi empeño, lo habría defendido hasta lograrlo porque nunca me negaba un capricho, pero cedí a pesar de mi desolación porque no podía formular la evidencia que estaba dentro de mi mente, clamando con su forma silenciosa. Además, aparte ya lo difícil que era formular mi convicción, la cólera que se me agolpaba en la garganta anulaba todas mis facultades. Pero la cólera no era precisamente por no lograr mi deseo: era por la repugnancia que me inspiraban los consuelos con que trataban de halagarme. Me probaban el vestido y tías y abuela se desataban en exclamaciones: ¡Está hecha una mujer con ese vestido largo!... ¡Parece una novia!... Esto me daba náuseas. La noción del soborno y del deshonor se me hacían patentes en todo elogio inadecuado. Aquel invitarme a la transacción, a la comedia consoladora, hacía brotar un torrente de furia, que se solidificaba dentro de mi pecho como un grumo de soberbia. Consciente, absolutamente consciente: no pensé ni un momento que debiese combatirla; al contrario, hacía de ella mi reducto, mi ciudadela. Dentro de su dureza inexpugnable, insoluble, yo sabía muy bien lo que parecía y lo que era. Yo, con aquella diadema de florecitas temblorosas, parecía una niña emperifollada: no parecía una mujer ni menos una novia. Una mujer, siempre, en toda ocasión quería parecerlo, pero una novia en aquel momento estaba fuera de lugar. Lo que yo quería parecer —y ser— en aquellos instantes en que me acercaría al altar y desgranaría ante la Virgen el rosario de mis palabras prístinas —para mí, los versos de Zorrilla eran, en total, «El libro de

las perlas», es decir, nuestra lengua engarzada y perlada como granos de pureza— sin ostentación, con rigor, con justeza; claro y sencillo, tal como mi padre me enseñaba. Lo que yo quería parecer era, no precisamente una muerta, pero sí un ánima, un espíritu: tal vez una santa o una mártir. Eso es lo que yo veía en la corona de rosas, redonda, una forma pura que lejos de ser un adorno, era una virtud o su ecuación. ¿Cómo iba a poder explicarlo entonces, si hoy día no logro más que romper torpemente su misterio? Yo entendía aquella corona de rosas blancas, casi transparentes, todas idénticas, puesta sobre el velo largo que cubría toda la figura, como una negación de la vanidad, como un hábito que encubría y expresaba a un tiempo la fe profesada. Yo lo entendía así, así exactamente —como diría Bergson, «de golpe»— en la visión de aquella forma. Sólo siendo aquella forma tenía sentido para mí acercarme al altar: sólo cubierta por la forma que otras mil podrán adoptar y que significaba, principalmente, ser otra cosa distinta de la que éramos todos los días: ser algo santo o santificado por la forma impecable.

Y el caso es que yo no tuve nunca el deseo de ser santa. Nunca pasó por mi cabeza la idea de dedicar mi vida a la religión; nunca tuve la ambición del martirio ni la menor inclinación al sacrificio. Pero puedo asegurar, sin embargo, que lo que yo anhelaba en aquel momento no era mimar la santidad. No había nada que pudiera repugnarme más que la simulación: lo que yo quería era *ser* una ofrendante perfecta. Yo estaba segura de mis palabras, sabía que iban a resonar en la iglesia las sílabas cristalinas que loaban el nombre de María: «Nombre tan suave / que se le hiciera, al compararlo, agravio / al son del agua y al trinar del ave». En este último verso —cuya banalidad es indiscutible— suena, como en un arpa, la escala cromática de nuestra lengua. ¿Por qué no unir a esas palabras una imagen depurada, limpia del perifollo cotidiano; la imagen de un alma?

Perdí la partida y tuve que afrontar la ceremonia, la larga fila de ofrendantes, hasta que me llegó la vez. Tuve que dar suelta a mi esmerada recitación, aguantar los elogios y besos posteriores, sin poder deshacer dentro de mí el nudo formado por la decepción y la soberbia.

Es tan cierto que aquel triunfo banal me repugnaba que apenas recuerdo pormenores. Sin embargo, por las dimensiones del éxito, decidieron llevarme al convento de San Quirce, donde estaba la hermana mayor de mi abuela —recuerdo claramente la frase de mi abuela, instando a que me llevarsen: «Llevadla, llevadla a que la oiga mi Teresica». Este era su diminutivo cuando quería expresar con él algo muy entrañable— y me llevaron un día en que tomaba el velo una novicia. Tampoco recuerdo nada de la escena. Puesto que fui es seguro que dije los versos, pero los dije dentro de mi nebulosa: los dije infantilmente, no puse en ello el menor empeño de superación. Hasta tal punto que lo único que recuerdo de aquella tarde —ni sé con quién fui, ni cómo, ni si resultó bien o mal— es algo que no se relacionaba conmigo. Recuerdo que se decía que la que tomaba el velo había entrado al convento a causa de un desdichado drama amoroso. Recuerdo que era muy bonita y sumamente triste:

poco después se dijo que había muerto. Recuerdo todo, menos mi paso por aquella escena.

Yo no era indiferente a la opinión ajena, pero la valoraba según mi opinión de ella. Es decir que ciertas opiniones tenían para mí mucho valor y otras no tenían ninguno. Tenían valor, sobre todo, según su acento de sinceridad: carecían de valor, resultaban degradantes, contraproducentes, las que sonaban capciosamente: elogios desmedidos que yo, en mi inocencia, debía tragar. No los tragaba.

Mi abuela, por ejemplo, aseguraba que yo era idéntica a la Purísima de Murillo. Me ponía por los hombros un chal azul que ella usaba en invierno, me hacía cruzar las manos sobre el pecho, colocaba mi pelo extendido en debida forma y decía a los presentes: «Ahí tenéis a mi madonica: no me negaréis que es exacta». Y esto no me irritaba porque veía que, para mi abuela, yo era exacta a la Purísima de Murillo. Para mí, si no idéntica, era bastante parecida porque la Purísima de Murillo tenía todo el aspecto de una niña como había a montones. En cambio, cuando llegó el carnaval el paragón fue muy otro: decidieron disfrazarme de odalisca. ¿Por qué de odalisca? Unas sedas vistosas, encontradas en el fondo de un baúl dieron a mi madre esa idea. Pero se la dieron porque sabía que con ella iba a alimentar mi fantasía más querida.

Hacía poco que mi madre me leía —en las tardes frías, cuando al menor estornudo me metían en la cama— «Las mil y una noches». Era una edición muy buena, grande, con grabados; expurgada sin duda, pero no exclusivamente para chicos porque estaba llena de descripciones dramáticas y frondosas. Esto, unido a las morerías de Zorrilla, que yo me sabía de memoria, en gran parte, disparó hacia el Oriente mi imaginación apasionada. Así que, un damasco amarillo, un nipis con franjas de raso azul, unos agremanes dorados me arrebataron y me hicieron vivir el serrallo. Mi madre armó en un momento traje y turbante: todos aprobaron la idea. Lo malo es que la ocasión era pésima para retratarme; estaba muy poco presentable porque me faltaban dos dientes, y no era que los estuviese mudando —aún no tenía los siete años—, sino que me los había roto. Jugando a las visitas con mi tía, me puse una falda suya, me enredé en ella y caí de cara contra una silla. Los dos dientes centrales, superiores, se doblaron hacia dentro y, aunque mi tía los enderezó rápidamente, hubo que quitarlos a los pocos días porque el nervio estaba roto. El dentista me dijo que no tenía importancia porque los nuevos venían ya apuntando, pero el caso es que estuve sin ellos más tiempo del que es común al cambiarlos. Y precisamente en aquella ocasión se le ocurrió a mi familia hacerme una fotografía artística. El fotógrafo me dijo: «Sonríe un poco, preciosa», y yo hice por sonreír, tratando de ocultar la mella con el labio inferior. Mi tía quedó en pasar por allí al otro día para ver las pruebas y decidir cuántas fotos se hacían, en caso de haber quedado bien. Cuando fueron —fueron juntas Casilda y Eloísa— volvieron diciendo que la

foto era magnífica y que yo estaba espléndida, parecía una verdadera odalisca; se diría que tenía quince años.

Hay algo que nunca pude perdonar, ser engañada. Hay algo que nunca pude comprender, que se engañe a alguien con buena intención. Ante el engaño, no había intención que yo admitiese como buena, ni aunque fuese de mi padre o de mi madre. Es cierto que ellos no me engañaron jamás. Aquel día, no sé por qué, se plegaron a los comentarios de mis tías, aunque era patente el error. Ellos me habían visto primero en casa y luego ante el fotógrafo, violentísima, perdida toda naturalidad: cuando mis tías dieron su opinión no podían hacerse ilusiones; sabían que la máquina no engaña, pero no fueron capaces de poner las cosas en su lugar. Yo creí que su testimonio expresaba lo que ellas habían visto, realmente: confié en su visión, esperé que la fotografía la corroborase. Más aún; la noticia que traían correspondía exactamente a lo que yo *era* dentro de mí. Por supuesto, yo me había mirado al espejo, pero el espejo no tiene lejanía, le ofrece a uno un punto de vista directo y sin escorzo: no nos da la imagen de lo que uno resulta ante los otros, entre las cosas, en movimiento. Uno tiene su visión interior, y lo que uno toca dentro de sí mismo no es, en realidad, lo que *es*, sino lo que *podría ser*. El devenir, el grado más alto de la posibilidad es presente, desde un principio, a la visión interior; de modo que yo esperaba encontrar en la fotografía la Scheherezada que yo *era*, tendida en el tapiz del fotógrafo, apoyando el codo en el almohadón negro, con brillantes flores bordadas. Pero llegó la foto, y la foto era una enorme cabeza triste o, más bien, seria, con la seriedad que había de acompañarme toda la vida, como repulsa a cualquier eventual histrionismo.

«Sonríe, preciosa», había dicho el fotógrafo, y yo no fui capaz de decir: «No me da la gana», pero no sonreí porque era tan serio lo que estaba pasando dentro de mí; era tan difícil mantenerme en la postura debida sin chafar el almohadón; era, además, tan perturbador todo aquel manejo de clichés bajo el paño negro, que atraía mi atención y me hacía olvidar la escena que pretendía estar viviendo. El fotógrafo podía haberme dicho: «Estudia la matemática», pero no me lo dijo porque nadie se dio cuenta de mi inhibición. La foto resultó ser una enorme cabeza de niña seria, con la boca distendida en una mueca para que el labio inferior tapase la mella; un cuerpecito minúsculo entre trapos, sin línea, sin el garbo de las moriscas que ilustraban el libro.

La decepción era para mí un golpe mortal de necesidad. La decepción era la traición de la realidad y, por lo tanto, su pérdida, su muerte. La decepción era la muerte vivida, la ausencia sin retorno posible. Yo tenía, no sólo inculcado por mis mayores, sino íntimamente adoptado el culto del valor. Los relatos de guerras o aventuras me apasionaban, pero no me incliné nunca a los juegos masculinos, aunque mi educación era tan excepcional que jamás me dijeron mis padres: «Eso no es cosa de niñas». Si yo hubiera querido hacer cosas de chico no me lo habrían prohibido

porque mis padres no se oponían a que fuese una *niña romántica*. Pero yo —excepto las cacerías en el Alto de San Isidro, excepto la ambición de los caballos— no di nunca a mis actos un aire varonil, y no por falta de valor. Al contrario, el valor era el extracto que yo sacaba de mis lecturas y que me incorporaba, transformándolo de acuerdo con mi naturaleza. El valor se sentaba en mi área moral y potenciaba mi atrevimiento mental. Sólo había un riesgo que no quería correr, el de hacerme ilusiones sobre mí misma, el de confiar en las apariencias lisonjeras que, a la vuelta de la esquina, pudieran dejarme caer encima la decepción.

Llegó septiembre y entré en el colegio. Entré de buena gana; era un cambio en mi orden de vida, era dar un paso. Precisamente en aquel verano había habido otro cambio: mi abuela se había mudado de casa. Se fueron a vivir a la calle del Obispo, casi paralela a la nuestra, y tomaron un entresuelo que quedaba en la misma manzana; así que la distancia apenas se alteró. Se fueron de la calle de Núñez de Arce porque en su casa había ratones. A mí me parecía absurdo que se fueran por esa causa porque los ratones me encantaban. Ponían ratoneras y caían en gran número. Yo no quería que los matasen y me decían que se los llevaría la Perejila —la asistenta que venía a hacer la limpieza— para soltarlos en el campo. ¿Lo creía yo? No estoy segura. Recuerdo bien mi obsesión de veracidad, mi dureza, mi valor para afrontar las ideas más penosas o tenebrosas y respondo de ello porque son puntos que han marcado una trayectoria segura, hasta el día de hoy. Una trayectoria sin desviaciones, pero intermitente, como ya he dicho. Mis iluminaciones marcaban el camino, pero entre sus puntos brillantes estaba la nebulosa donde se albergaba el miedo infantil, la indecisión, el abandono a la voluntad de los otros, suspendiendo el propio juicio. Así, aceptaba el destino de los ratones sin angustiarme demasiado. También admitía la explicación cuando ayudaba a mi tía a llenar los agujeros por donde salían con ceniza mojada y cristal molido. ¡El olor de la ceniza mojada en aquel comedor oscuro que daba al patio, donde la tarima de tablas anchas, sin encerar, se despegaba un poco junto a las paredes, roída con aplicación por los ratones, el olor y el frío en las manos, de haberla mezclado; el ruido de la cuchara cuando se revolvía con el vidrio molido y se la hacía colar por el agujero, como una papilla, hasta que llenaba el hueco! Toda la faena era tristísima, y el arrullo de una paloma que yo tenía en una caseta que había en el patio —blanca, moñuda— era también infinitamente triste, y yo decía: ¡Pero esto es horrible, se harán mucho daño! Mi tía argumentaba: Ellos son muy listos; en cuanto se pinchan un poco desisten. Claro, decía yo, y me daba por tranquilizada.

Cuando oí decir que se iban de la casa, dije que quería coger uno vivo para jugar con él un rato; entonces mi padre preparó una trampa que consistía en una cacerola puesta boca abajo, con el borde apoyado en una patata. El mecanismo de aquel artefacto me pareció maravilloso. Mi padre lo instaló, con su acostumbrada meticulosidad; eligió bien la patata para que fuese perfectamente redonda y tersa,

luego, cuando ya lo tenía instalado, lo hizo funcionar para que yo lo viese. Metió un lápiz por debajo de la cacerola hasta tocar el pedacito de queso clavado en un mondadientes y hacer girar la patata. Luego me explicó cómo se podía sacar al ratón cautivo, corriendo suavemente la cacerola, con un movimiento circular, hasta que apareciese el rabo y luego el difícil procedimiento de atarlo de modo que no pueda desatarse porque no es tan fácil atar el rabo de un ratón: hay que atarlo dos veces, una por la parte gruesa, primero, y luego curvándolo hacia arriba hasta formar una argolla, atarlo nuevamente por la parte fina, teniendo cuidado de no romperlo porque es muy frágil: con todos estos requisitos no hay miedo de que se escurra.

Dejamos la trampa puesta y quedé con mi tía en que por la mañana temprano ella se asomaría al balcón para decirme si había caído, y así fue; el ratón cayó y mi tía se asomó al balcón, pero yo sólo pude verla por detrás de los cristales: había amanecido con fiebre y dolor de garganta. Cuando mi padre volvió de la oficina yo estaba desesperada porque no me dejaban salir. Mi padre me prometió ir a buscarlo, pero no para traerlo a casa porque nosotros no teníamos ratones: lo sacaría atado con un cordel y se pasearía por delante de mi balcón para que lo viese. El día estaba claro, pero fresco y, envuelta en toquillas, estuve pegada al cristal hasta que mi padre salió del portal con el ratón atado, que corría delante de él a toda velocidad. Pero, naturalmente, el ratón no siguió derecho mucho tiempo; sintiéndose aprisionado, aunque corría, trató de escabullirse por la cuneta. Mi padre lo levantó y lo volvió a la acera. Dando la vuelta y tomando la dirección de la Glorieta desapareció, llevándole tan elegantemente como si llevase un galguito inglés.

Al traslado de mi abuela a la calle del Obispo se añadió otra novedad: mi tía Eloísa se hizo un vestido de verano que ya no era enteramente negro. Era de foulard negro, pero con manchitas blancas de cuando en cuando. El día que lo estrenó salí con ella y la portera le dijo: «Qué bonito vestido, señorita. Me recuerda una vez que yo me vestí de pastorcita para ir a un baile y en el vestido, que era oscuro, me cosieron pellitas de algodón para figurar la nieve». Aquello nos hizo mucha gracia y ya siempre a aquel vestido le llamamos el vestido de pastorcita.

La clase era muy grande y tenía hasta cierta altura una *boiserie* barnizada, de color amarillento; en el fondo había unas gradas donde nos sentábamos para repetir la tabla de sumar, para cantar y para rezar el rosario. El patio adonde salíamos al recreo, rodeado de un claustro, tenía un pequeño jardín en medio y a él daban las galerías de arriba, donde la madre superiora hacía labores rodeada de otras monjas. En cuanto a los estudios, yo ni me daba cuenta: leía mejor que todas las demás y allí ni siquiera la aritmética me daba miedo. En cuanto a las chicas, no hice amistad con ninguna. Recuerdo a tres. Una era abominable, jamás crucé la palabra con ella: parecía bizca y no lo era. Otra era preciosa: era la mayor de la clase, tendría un par de años más que yo y se llamaba Leticia. Ese nombre me parecía maravilloso por varias razones:

suponía que significaba algo sublime porque estaba en la letanía. Cuando yo se lo oía pronunciar a la hermana Modesta, la miraba a ella imaginando que se sentiría llamada. Además, me gustaba ese nombre porque tenía el color de Blanca-Nieves. Yo tenía adjudicado un color a las vocales —con tanta convicción como Rimbaud—. Claro que no los mismos colores porque nuestras vocales son cromáticamente muy distintas: nuestra A es blanca, nuestra E es amarilla, nuestra I es roja, nuestra O es negra, nuestra U es azul. Por esto el nombre de Leticia me hacía imaginar las dos gotas de sangre que deja caer en la nieve una reina. Tampoco a ésta dirigí jamás la palabra. Había otra, Consuelito, que era bonitilla —un Murillo más— y con ésta hice un poco de amistad en el recreo: charlábamos o jugábamos a cualquier cosa. Nos aburríamos tanto que se nos ocurrió ponernos a mirar al sol, a ver cuánto tiempo resistíamos sin pestañear. Yo no sé si parpadeé o no, pero no pude menos de echarle una ojeada y la encontré haciendo un esfuerzo tan ridículo para resistir que me dije: no, con ésta no hay nada que hacer.

El breve recuerdo de este colegio lo esboqué, cuarenta años más tarde, en las «Memorias de Leticia Valle», apócrifas, de hecho, y tal vez por esto mismo omití una cosa que perteneció a mi verdadera historia. También las monjitas enseñaban versos a las chicas, pero versos de poco vuelo: historietas, con su moraleja y todo, generalmente. Una de ellas la ensayaba una chica todas las tardes, accionando muy expresiva. Era la historia de una niña mala que después que hacía cualquier fechoría era atormentada por el remordimiento. Cada estrofa terminaba con las palabras: «¡El gusanillo de la conciencia!» La chica, que procuraba ser expresiva, al mismo tiempo que ponía cara maliciosa, se señalaba el pecho con el pulgar de la mano izquierda, pero como lo hacía muchas veces, una de ellas se señaló en el arranque del brazo; en ese momento yo sentí una punzada agudísima en la axila izquierda y pensé: esto debe ser el gusanillo de la conciencia... Hasta los treinta o cuarenta años, ante toda convulsión de mi conciencia he seguido sintiendo una aguda punzada en la axila izquierda.

Aquellas Navidades armó mi padre en casa de mi abuela el prometido nacimiento monumental. Era enorme; ocupaba medio comedor. Tenía un río hecho con cemento el cauce y agua natural; tenía luces cambiantes que figuraban el día y la noche. Mi madre y yo cantábamos villancicos, acompañándonos con panderetas; zambombas no, el ruido de la zambomba me crispaba los nervios.

Luego llegó la noche de Reyes, que también se celebraba en casa de mi abuela porque ella decía que no quería perderse el espectáculo de mi alegría. También respecto a los Reyes había otra explicación que yo no me detenía a analizar. Para mí, los Reyes no llegaban a las doce de la noche, sino mucho antes porque como ellos venían por el Alto de San Isidro y nuestras casas estaban a la entrada de la ciudad, eran de las primeras que tocaban. Como, además, no teníamos chimenea, yo ponía los

zapatos en el balcón de mi abuela. Después de cenar, mi padre y mi tío Mariano salían a ver si los veían venir. Al poco tiempo llamaban a los cristales y decían: ¡Ya están ahí! Se empezaba a oír trompetas y voces; mi madre me retenía, diciendo que a los Reyes no les gusta que los niños salgan a verles. Mi tía Eloísa abría el balcón y se precipitaban por él todas las cosas deseadas.

Mi alegría era desmedida porque en esto no hubo nunca decepción. Yo no sé si creía en la realidad de los Reyes, pero tenía absoluta confianza en que se harían realidad las cosas pedidas, y las cosas llegaban. Nunca las encontré inferiores a mi esperanza. Los juguetes eran los que yo había señalado en casa de Guillén o de Molinero y la presentación entre papeles dorados, lazos, nieve artificial, los realzaba fascinadoramente.

El año anterior lo culminante había sido la paloma blanca, que entró en la habitación al final de todo, cuando ya el balcón se cerraba, y que revoloteó un rato, con una carta bajo el ala: en esto estaba el quid. Yo había dicho que quería una paloma blanca y ellos supieron en seguida qué paloma quería. Yo quería la paloma mensajera de los cromos, con la carta lacrada bajo el ala, y así apareció. La carta estaba atada con un lazo rosa y tenía cinco sellos rojos. La carta era, por supuesto, de los Reyes y decía cosas adecuadas al caso: no las recuerdo. Lo que la paloma *decía* era su aparición, en forma, idéntica a la paloma deseada. El esplendor de su aparición no se borró aunque luego quedase destinada a llorar en un jaulón, en el patio triste adonde daba el comedor tristísimo.

Aquel otoño entraron por el balcón un piano y un zotrope, entre un montón de otras pequeñeces. Mi alegría colmó las esperanzas de mi abuela. Yo soltaba el freno de mi alegría precisamente porque a mis deseos se lo ponía muy grande. Nunca pedí nada abiertamente: tenía conciencia de la pobreza de mis padres; sabía que el dinero estaba íntimamente relacionado con el sufrimiento. Pero también sabía que mis padres hacían milagros. Nuestras dificultades económicas eran tales que vivíamos ayudados por la familia, sin embargo, mi madre se vestía mucho mejor que mis tías y nadie podía criticarla porque veían que las cosas salían de sus manos. Además, mi tío Mariano, que no nos prestaba una ayuda regular como para salir de apuros, prodigaba regalos en las fiestas señaladas —ostentación evidente de su situación superior— con el fin, decía, de que su madre no echase de menos otros tiempos. Y mi abuela deseaba el espectáculo de mi alegría como un alimento afín con su naturaleza. Ella era una mujercita pequeña y fortísima; estaba tocando a los ochenta años; en su boca no había puesto las manos un dentista y cascaba las avellanas con los dientes. Tenía una voz limpia, bien timbrada y se reía a carcajadas sonoras. Pero se reía poco porque no tenía motivos para reír; por eso trataban de proporcionárselos. A veces tenía ataques de llanto —inmotivado, aparentemente— que el médico calificaba de histéricos: su único padecimiento. Eran, en realidad, convulsiones de pasados dolores que no se borraban en su memoria: las hazañas —no ciertamente bélicas— de mi abuelo la habían atormentado bastante.

Tal vez resultase deslumbrante mi alegría porque generalmente yo no era alegre; no era inquieta ni traviesa: era seria y juiciosa. De pronto mi alegría estallaba al tocar tierra, es decir, al alcanzar un deseo que llevaba tiempo sofocado, porque mi seriedad y mi juicio habituales eran el efecto de mi continuo considerar a los otros. A mi alrededor nadie era feliz, ni siquiera mis padres, que tenían rachas de buen humor, pero también tenían rachas de cólera, de angustia, de preocupación. Y yo tampoco lo era sin saber por qué: tal vez porque no lo eran ellos. Cuando llegaba uno de esos momentos yo lo vivía exclusivamente para mí. Era como si encontrase mi verdadero camino: el camino hacia el lugar donde las cosas pueden ser.

También obedecían las alternativas de mi carácter a la irregularidad de mi salud. En aquel invierno se repitieron cada vez con más frecuencia mis alteraciones catarrales, gástricas, febriles. Una tarde empecé a sentirme mal en casa de mi abuela, cenamos temprano y nos fuimos en seguida a nuestra casa. Había bastante nieve en la calle y mi padre me cogió en brazos, yo llevaba la cabeza en su hombro y al entrar en la calle de Núñez de Arce, en la esquina de nuestra misma acera, donde la casa de la farmacia hacía un pequeño chaflán, allí mismo, a poca altura vi de pronto una cabeza de león. No fue alucinación, estaba allí. Sobre un fondo negro, con la melena dorada y la boca abierta: era el cartel del Ferroquina, que habían puesto aquella tarde. La fiebre no cedió en una noche, como otras veces, y mis padres empezaron a pensar que, aunque a don Pablo Lacort le quisiéramos mucho, convenía llevarme a un médico menos familiar. Me llevaron a casa de don Luis Moreno, un médico de mucha fama entonces.

Casa elegante, en la calle de la Libertad, creo recordar. Temor, timidez ante la aproximación de un ser desconocido, cuya fisonomía ni sospecho. Largo rato de espera en una gran sala, donde hay cuatro o cinco personas en silencio. Una enfermera, de bata blanca, va haciendo pasar a cada uno a un saloncito contiguo, a medida que el médico termina con el anterior. Queda uno solo; pasa por fin: cuando ya parece que va a salir pasamos nosotras al saloncito. La curación se efectuó nada más pasar la puerta: una curación mágica, precedida de una crisis violenta. Fue como un exorcismo de esos en los que el poseído se revuelve en una agonía que parece ir a arrancarle el alma, obedeciendo a un conjuro que le ordena, «Muérete o sálvate».

El saloncito era enteramente morisco; muebles y paredes de estilo árabe, tallados y decorados con colores brillantes. En el suelo una piel de león y otra de tigre; las bocas abiertas, los ojos de vidrio fijos, hipnotizantes. Se abrió la puerta del consultorio y apareció don Luis Moreno. De blanco, pequeñito, sumamente delgado; una barbita puntiaguda, negrísima, grandes ojos negros, penetrantes; voz suave, actitud cordial en extremo delicada. Mi madre se sienta frente a él y empieza a explicarle; a mí me hace permanecer de pie, junto a sus rodillas; me coge las manos. Yo llevo sobre el cuello del vestido un pañuelito de seda, dado dos o tres vueltas. Don Luis Moreno mientras atiende a mi madre, tira de una punta del lazo que ata el pañuelo y se lo alarga a mi madre. Sonriente, pero enérgico: «En primer lugar, esto a

la basura. Y ahora desnúdela». Mi madre me quitó el vestido y la enagua; don Luis Moreno dijo: «También la camisa». El reconocimiento fue largo y minucioso: me ausculta, me examina cada músculo y cada hueso. Da a mi madre explicaciones interminables, de palabra y escritas. Nos vamos a casa enteramente enajenadas: mi madre con cierta preocupación porque mi estado, sin llegar a ser grave, es serio: yo, curada. Sintíendome mal, más mal que cuando salí de casa, pero con la absoluta convicción de que mi enfermedad ha quedado en las manos de don Luis Moreno.

Me metieron en seguida en la cama porque la fiebre me había subido, pero yo quería contar a mi padre y a mi tía todo lo que había visto. No me dejaban, no sólo porque no me convenía excitarme, sino por comunicarse ellos las explicaciones del plan a seguir, que representaba la modificación de todo nuestro régimen de vida. Había que sacar inmediatamente mi cama del cuarto de mis padres. Provisionalmente se me pondría en la sala porque en pleno invierno no se podía intentar hacer obras en la casa; luego se abriría una puerta en la alcoba, que comunicase con la otra alcoba interior, mis padres se irían a ésta y a mí me dejarían la alcoba grande, para que hubiese una corriente de aire alrededor de mi cama. Además, había que poner a mi cabecera una bombilla que permanecería encendida toda la noche, de una luz azul, con el vidrio acanalado, que iluminaría suavemente proyectando en toda la habitación círculos concéntricos. La fiebre era, en gran parte, a causa de la infección intestinal, pero lo más importante era la aparición de algunos ganglios.

Todo se supeditó a mi curación; se quitaron muebles, se instaló la cama en la sala aquella misma noche. Yo acogía todas las innovaciones con entusiasmo, sobre todo por ser órdenes de don Luis Moreno: mi curación consistía exclusivamente en ejecutarlas bien. Lo único que encontré penoso fue quedarme sola en aquella sala, que me parecía enorme, a oscuras. Pero desde mi cama se veía un poco el borde de la cama de mis padres y cuando apagaron la luz, mi padre encendió un cigarrillo y estuvo un rato escribiendo en el aire con la lucecita; yo recé mis innumerables Padrenuestros y me dormí.

Al día siguiente, sabiendo que me esperaban unos cuantos de estar quieta en la cama, mi madre se dispuso a leer durante horas. Mi padre, al salir por la tarde, me preguntó qué quería que me trajese; yo contesté: un perro. La cosa no era tan fácil. Hacía ya tiempo que lo quería y no había podido conseguirlo porque entre nuestras escasas amistades no había nadie que tuviese perros para regalar y entonces, en Valladolid, no había tiendas donde los vendiesen. Además, yo había oído decir que se podía comprar perros y eso me parecía innoble. Mi madre, que tanto me hablaba de América, me había contado mil cosas de los esclavos, como un hecho inicuo, que nunca volvería a repetirse en la historia, y a mí me parecía que comprar un perro era también una cosa infamante. Un perro era un ser vivo, que no tenía más misión que ser querido: sólo se le podía adquirir confiado por alguien, como huésped que llega y

es acogido con cariño. El haber pensado ya muchas veces todo esto me daba valor para decir que quería un perro y ninguna otra cosa. Si se hubiera tratado de algo que costase dinero yo no habría dicho con tanta desfachatez: lo quiero.

Pero ¿de dónde voy yo a sacar un perro ahora?, decía mi padre. Yo insistía: Pregunta a unos y a otros. Pasé revista a todos los conocidos; mi padre afirmaba que no tenían perro. Yo decía: Pero puede que conozcan a alguien que lo tenga... Mi padre me dijo que lo traería y lo trajo.

Era una perrucha de raza indefinible; negra, poco más grande que un foxterrier. Me pareció tan bonita que le puse de nombre Linda. Me dejaron incorporarme para verla, bien cubierta con cosas de lana, y pude alargar la mano para tocarla. Mi padre se sacó del bolsillo una galleta y me dijo que se la diera para que se aficionase a mí. No acostumbraba mi padre llevar galletas en el bolsillo. Le pregunté quién se la había dado y dijo que nadie..., andaba perdida por los Vadillos. La perra comió la galleta sin entusiasmo porque ya estaba harta de ellas. Era, pues, una perra encontrada, que le había seguido por su propio gusto.

Tardé muchos días en poder jugar con ella porque la fiebre alta se resistía a ceder, y en una de aquellas noches tuve otro de los sueños inolvidables. Yo me veía asomada al balcón de mi casa, pero mi casa estaba, como la Fuente de la Salud, adosada al terraplén del Alto de San Isidro y no era —como era, en realidad— una casa de tres pisos, sino de uno solo; de modo que el tejado quedaba al nivel de la pequeña meseta que formaba el Alto. Yo estaba allí asomada, pero veía perfectamente lo que venía por encima, desde lejos, y lo que venía era una manada de leones. Venían corriendo, pero tardaban en llegar y yo comprendía que cuando llegasen al borde del terraplén se precipitarían en mi balcón. No se me ocurría huir; los contemplaba paralizada de terror, pero de pronto apareció allá arriba, sobre el tejado mismo, mi tía Eloísa, con su vestido negro y blanco, llevando en la mano un cayado. Me dijo: —No tengas miedo; yo soy su pastorcita. Empujó a los leones con el cayado y se los llevó de allí.

La bombilla azul no se encontraba en Valladolid y hubo que hacerla venir. Llegó a los pocos días y la instalaron sobre mi cama, a un metro de mi cabeza. Dormir bajo aquella luz que dibujaba círculos suavísimos, que casi no brillaba, sino más bien envolvía en una penumbra violácea, era como estar custodiada, velada desde arriba por una mirada benigna. Tal vez la luz irradiada por la bombilla hiciese su efecto en mi resentida salud, pero el efecto de su compañía, la seguridad que dio a mis noches fue como una bonanza permanente.

No empleo este término marino como definición, sino como evocación porque desde el primer momento sentí extenderse sobre mí su luz de mar nocturno. Cuando la sacaron del cartón acanalado en que venía envuelta, mi madre dijo que parecía la linterna de un faro. Todas las canciones del mar brotaron de esta palabra; la seducción

del terror, la melancolía de los barcos perdidos... «El Manila, sí, sí. El Manila, sí, sí, / el Manila se encalló / en la punta la isla e Cabra / por la luz de un pescador»... Un barco podía perderse atraído por una luz falsa, si no era guiado por el faro seguro, vigilante en el puerto, tal como *yo recordaba haberlo visto* cuando mi madre había cruzado el mar. Porque todo en el mar es terrible y está lleno de tragedia; especialmente esas luces traidoras de las orillas, como la que guiaba al monje enamorado «De una pescadora como dos no había». Aquella luz —fatídica desde el Helesponto— que le llevaba, «en mal hora», a las manos del que estaba acechándole, «Y viéndole llegar a nado / en una noche fatal / en el pecho del malvado / clavó su agudo puñal». También había un gran desamparo en aquella canción que cantaba don Jaime Lacort, el padre de Aurita, muerto muy joven —años antes de nacer yo—, bellísimo, apoyado en el piano: «En el mar de la vida naufraga el alma / y a merced de las olas boga sin calma». Yo las repasaba mentalmente y las sentía revolverse como una resaca aterradora que quedaba más abajo de mi cama: sobre mí estaba el faro que me defendía de ellas.

Mi sujeción en la cama no duró mucho. La infección gástrica desapareció pronto, lo demás había que ir vencéndolo poco a poco. Para cambiar totalmente el sistema de mi vida era preciso esperar al buen tiempo porque lo que necesitaba, ante todo, era sol. Y don Luis Moreno había dicho que no bastaba con que tomase el sol en el patio ni con que me llevasen a pasear a San Isidro: había que llevarme al campo. A ese dictamen hubo varias respuestas. La de mi padre: ¡Es imposible! ¿Cómo va uno a intentar hacer una cosa que no puede hacer?... La de mi madre: Es absolutamente necesario hacerlo... La de mi tío Mariano: Ya veremos... La de mi tía Eloísa: Tú calla, que se hará... Los demás quedaban a la expectativa y yo con una gran ilusión, con el deseo de hacer por fin un viaje, pero pareciéndome un proyecto irrealizable. El colegio quedó, por supuesto, abolido, de real orden.

Cuando hablaban de lo que cuesta un viaje: el tren, el hotel, la ropa que es necesario llevar yo no prestaba atención porque sabía que era hablar por hablar. Pero un día, entre aquellos proyectos difusos, sonó un nombre: Rodilana. «Cuando vengan los de Rodilana», decía mi tía Eloísa: yo la miré, deslumbrada ante lo posible.

Los de Rodilana eran una familia de labradores o cosecheros, que venían a ver a mi abuela con frecuencia: Bernabé García y Elisa, su mujer. Tiempo atrás, la madre de él, viuda acaudalada con un solo hijo, había mantenido un pleito difícil con unos parientes y mi abuelo se lo había defendido y ganado. Desde entonces, sus apariciones con pollos, quesos o potes de arrope eran frecuentes. En los últimos años la relación se había estrechado porque Marcos, el hijo mayor de Bernabé, estudiaba en Valladolid la carrera de maestro y, como mi padre y mi tío tenían buenas amistades entre el profesorado, cuando se acercaban los exámenes le asistían con todos sus poderes.

El proyecto se convirtió en comentario permanente. Ya no se volvió a hablar de si era o no posible, sino de cómo podría ser. El único que conocía Rodilana era mi padre porque a las innumerables invitaciones de Bernabé y Elisa mis tías no habían correspondido nunca. Mi padre, algo más joven que Bernabé, algo mayor que su hijo, había accedido una vez, de chico, a ir a las ferias. Y ¿cómo es Rodilana?, le decíamos. —Bueno, es un pueblecillo, un poblacho insignificante. Pero ¿es muy feo? —No, feo no es, ni bonito tampoco porque no hay nada, absolutamente nada. Esto era lo que decía mi padre, pero yo veía que su recuerdo de Rodilana no era nada negativo. Se extendió en algunas descripciones, siempre quitándole importancia, pero era evidente que no se había aburrido allí. Más que divertido, lo que había hecho yendo a Pozáldez en tren y desde allí en burro a Rodilana, dilatando luego la excursión hasta Medina del Campo, era ejercitar su espíritu viajero. Mi madre había ido varias a veces a América, mi padre había ido a Rodilana y también a Simancas y a la Cistérniga: ésos eran sus viajes y estaba claro que había encontrado en ellos gran placer. Decía que el pueblo era muy árido, que no había más que viñedos y campos de trigo, de muelas y garbanzos, pero de pronto decía: Bernabé tiene por allí cerca un pinar: es muy pequeño, pero se puede ir a pie a coger piñas verdes. Quedé convencida de que Rodilana era una maravilla: lo que faltaba era organizar el plan; decidir quiénes y cómo íbamos a ir.

A los pocos días apareció Marcos en casa de mi abuela; mi tía Eloísa le contó el caso y le preguntó si sería posible encontrar por allí una casita para que yo pasase una temporada con mi madre y algunas de mis tías. Él dijo que no había que pensar en más casa que la de sus padres. La invitación se agradeció mucho, pero no fue aceptada porque el grupo que tenía que movilizarse a mi alrededor era demasiado numeroso. Mi madre no podía ir sola conmigo; tenía que acompañarnos alguna de mis tías y, como entre mi madre y ellas no había la menor intimidad, para que la situación no fuese demasiado tirante, quedó decidido —sin formularlo así, por supuesto— que fuesen dos con nosotras. Eloísa no porque era la que cuidaba de su madre, la ayudaba a vestirse, la peinaba; tenían que ser Carmen y Casilda. Además convenía que hubiera bastante espacio en la casa para que pudiera ir mi padre los días de fiesta, así que rogaron a Marcos que nos buscara una casita donde pudiéramos pasar unos tres meses. Marcos pensó un poco y dijo: Ya está, mi padre tiene una casita en el Pipaire. Y ¿qué es el Pipaire? Pues es un altozano, dijo Marcos, un terreno algo más alto que el camino, donde hay unas cuantas casas alineadas: enfrente quedan las eras. La casa estará ahora desocupada porque allí no va nadie más que cuando empieza la siega, pero si os conviene puede quedar todo el verano para vosotros. Sólo que es muy maleja, muy poquita cosa.

¡No, es magnífica!, gritamos mi tía y yo. Yo miraba a mi tía llena de admiración: había dado en el blanco. La veía afirmar que la casa nos convenía, que el ofrecimiento quedaba aceptado; que la cosa, en fin, era un hecho. Y era un hecho porque lo había hecho ella. Desde el primer momento, apenas formulada la necesidad

de hacerlo, cuando todos aseguraban que era imposible, ella había dicho: «Se hará». Después de afirmarlo, se había puesto a pensar cómo y, con un tino estupendo, había capturado la posibilidad.

La casa era magnífica porque estaba allí esperándonos; porque los tres o cuatro meses que faltaban para ir a ella se podían pasar hablando, con toda seguridad de que se iría, de cómo sería la vida allí, en el Pipaire. Ahora, cada vez que viniese Marcos podíamos preguntarle cosas, mandar con él recados. Él, sin que le preguntásemos, contaba que su padre se disponía a blanquearla toda, por dentro y por fuera; que cuando faltase poco para nuestra llegada llevarían camas y todo lo necesario. Yo le preguntaba si el pinar quedaba muy lejos y decía que no, que cuando llegásemos estarían las piñas verdes, a punto para cogerlas y que nos quedaríamos hasta que pintasen las uvas. También me decía que podría comer muelas y garbanzos verdes. ¿Me describía su sabor? No lo creo posible, pero recuerdo cómo lo esperaba, como una cosa exquisita ya conocida, pero todavía mejor. Yo conocía lo que es un guisante verde; lo que es abrir la vaina y arrancar los granos con los dientes. Al acercarla a la boca, de la funda tersa e intacta se escapaba un olor que era como un aliento; muy diferente del perfume de las flores, cosa para usar por fuera. La fragancia de esos vegetales humildes, hechos para ser comidos, es como la mansedumbre de las víctimas, como el olor de su sangre, que se incorpora a la nuestra. En fin, el caso es que se hablaba a todas horas de Rodilana. Si alguna vez me asaltaba el temor de que se frustrase, me bastaba mirar las caras de todos para ver que todos estaban dispuestos a ir. Todos estaban dispuestos a llevarme a Rodilana porque yo lo necesitaba y eso estaba por encima de todo. Así pensaban mi madre y mi tía Eloísa; mi padre también lo pensaba y las cosas se daban de tal modo que ni siquiera su pesimismo implacable encontraba ocasión de chafar el proyecto. Lo más raro era que mis dos tías, egoístas, remilgadas en su señoritismo, que jamás habían asomado la nariz al mundo, se aviniesen a pasar una temporada en un pueblo de labradores, en la más desnuda Tierra de Campos. Pero las dos aseguraban que estaban dispuestas: no había más que hablar.

El tiempo que transcurrió desde mi ida a casa de don Luis Moreno y el viaje a Rodilana quedó medido por la instalación de mi cama en la sala. Toda la casa estuvo en aquella situación provisional durante cuatro meses: febrero, marzo, abril y mayo; fueron cuatro meses muy largos. Es cierto que yo me consideré curada desde el día que fui al consultorio, pero en realidad no lo estaba; seguía con algo de fiebre y haciendo vida de estufa. Sin embargo, el mero hecho de dormir sola en la sala me dio una especie de independencia, de dureza. Empecé a cultivar el insomnio. Tenía mis ritos, que no explicaba a nadie, pero que yo sabía muy bien lo que significaban. Mi madre me metía en la cama, me persignaba, me hacía decir «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto» y nada más; me ajustaba la ropa alrededor del cuello, teniendo mucho cuidado de que ningún pliegue del embozo pudiera taparme la oreja: me levantaba el pelo y lo alisaba por detrás de ella para que ni un solo mechón pudiera

cubrirla, me daba un beso y se iba a su cuarto. Yo me quedaba bajo mi lámpara azul: con la oreja alerta podía percibir el ruido más leve en el último rincón de la casa, en la calle, en el patio, en la escalera. Giraba los ojos por toda la habitación, sin moverme, y veía todo en la penumbra azulada. La puerta del cuarto de mis padres y la del pasillo quedaban frente a mí; eran dos huecos negros por donde podía ver perfectamente si entraba algo; es decir, podía ver que no entraba nada. Veía también el sofá y encima el espejo ovalado, de marco dorado con copete de flores talladas, el copete estaba formado por un ramo que tenía en el centro dos rosas casi opuestas, como si estuviesen unidas por los tallos y en la penumbra simulaban la cabeza de una lechuza —uno de mis pájaros predilectos— debajo, el cristal que no reflejaba nada. No puedo precisar cuánto tiempo lograría permanecer despierta; creo que debía ser bastante, a juzgar por las fantasías que desarrollaba allí.

Eran, principalmente, de tres órdenes sumamente ramificados, pero no muy complejos: tendían más que nada a la intensidad hasta la saturación —hasta la aridez, tendría que decir, ya que es el término que corresponde a los procesos místicos— llegados a un cierto punto desfallecían: un tanteo ineficiente los daba por terminados y demostraba que era necesario cambiar, ojear las posibilidades, recorrer las que estaban en barbecho, dispuestas a ser fertilizadas. Mis géneros eran, uno intelectual o, más bien, espiritual, porque unas veces no pasaba de cavilación, pero otras llegaba a meditación, harto arriesgada. Otro, era erótico-estético. Otro —tengo que confesarlo— sarcástico, cruel. Puede parecer que hay contradicción en afirmar que cultivaba el sarcasmo a solas, cuando lo rechazaba y lo execraba en las manifestaciones ajenas. No, no hay contradicción, ni mucho menos hipocresía: yo rechazaba el sarcasmo porque lo conocía, porque sabía de dónde brotaba: porque tenía la certeza de que su origen era el mal puro.

Las fantasías erótico-estéticas eran las más frecuentes. Estos dos términos permanecieron siempre para mí indisolublemente unidos. Sólo el estético podía independizarse a veces, ingresando entonces en la zona de lo intelectual. Pero el erótico no abandonaba jamás a su colateral, por la sencilla razón de que, como nunca jugué con chicas de mi edad, como nunca estuve en manos de niñeras ni oí relatos de cocina, ni salí a la puerta de la calle más que con mis padres, ignoré hasta los diez años, integralmente, la relación del amor con el sexo. Mi cultura amorosa era extensísima, pero sacada de la literatura, del teatro, de las canciones. De ahí extraía la parte emocional.

Imposible saber en qué edad empecé a responder a la emoción erótica: tal vez sea fenómeno no datable en mí, tal vez sea cosa de antes, «si puede ser antes». Tal vez obedezca a la sobrealimentación literaria que tuve desde los primeros días de mi vida. Desde el primero, acaso, pues como ya dije, antes de enseñarme a hablar las primeras palabras dirigidas a mí eran las canciones con que mi madre me dormía. ¿Que yo no podía comprender el sentido de aquellas canciones? El sentido de las canciones no pide ser dilucidado racionalmente: la melodía *explica* la palabra. Más que la explica,

la realiza, la infunde. Cuando se alcanza la idea lógica no tiene ninguna novedad porque la vivencia estaba desde mucho antes en el fondo, como un germen. No tengo escrúpulo en decir la vivencia de algo que no se ha vivido: en ese momento prerracional, en el que lo único que se hace es vivir, si se asiente a una sugestión — no por convicción, sino por aceptación como, por ejemplo, la de un sabor agradable — la sugestión cae en el fondo y se sedimenta en forma de experiencia porque la sugestión es mera calidad inextensa, alógica. Una melodía, lo mismo que está presente entera en el pensamiento, es eficiente porque, de una vez, da un sentido, crea una determinada tendencia. Todo esto está ya dilucidado por sabios y poetas: Baudelaire lo calificó definitivamente de «experiencia innata». Eso, que es innato, no es en realidad más que la disposición al asentimiento; una especie de apetito, una buena asimilación, que tiene algo de gratitud y también de disposición práctica; algo así como una buena economía. La vida que asiente, toma todo lo que se le ofrece y lo invierte bien —cuando no lo invierte bien es porque su sentido práctico está orientado hacia el mal y, en vez de *asentimiento* indica *resentimiento*—. Sobre este primer estrato de melodías y palabras se asentaron luego las formas. En éstas ya no había nebulosa: eran lo concreto, nada más fácil de entender.

Pero tal vez con todo esto sólo esté dando una idea que no pase de nebulosa: si no describo mis fantasías es inútil decir por qué eran así. No sólo es inútil, sino que es bastante estúpido. Resulta pedante, enfático, inaguantable, este, empeñarse en hablar de lo inefable, tratando de reducirlo a *dos y dos son cuatro*, este empeñarse en iluminar lo oscuro para demostrar su oscuridad, este atar moscas por el rabo. En fin, mis fantasías consistían en vivir una historia amorosa, generalmente, sugerida por una imagen. En mi caso había libros con ilustraciones, revistas, reproducciones de cuadros. A veces era un tipo representado lo que me conmovía, a veces una actitud, un movimiento. La pareja escondida entre el ramaje, la joven perseguida, que se niega con un gesto de rechazo o la que, por el contrario, corre con los brazos tendidos al encuentro del amado; la que es arrebatada en un caballo al galope, o la que se deja contemplar por el que está a sus pies, en adoración; la pareja exultante de dicha o transida de piedad, como Matilde con la cabeza de Malee Adel herido en su regazo. Un movimiento —valor idéntico al de una melodía—, uno, concreto y fijo, pero preñado de su *antes* y su *después*, era como el diapasón. Para llegar a aquel tono se empezaba una historia conducente a él que ya, desde un principio, iba en su gama, pero que, al llegar a la culminación cobraba todo su patetismo *sorprendente*. Se trataba de alcanzar el dolor —o la alegría, o la ternura, o la ira— que una mano tendida o una cabeza inclinada suscitaban, con la superabundancia de un chorro que brota y no para. Imposible relatar, puesto que las palabras ocupan espacio, cómo sucedía aquel *llegar* al punto que, desde antes de empezar, era meta, y sin retroceder, sin desechar lo andado, es decir, sin propósito de rectificación, estar nuevamente en el principio, y nuevamente en el fin; pasar de él sin olvidarlo ni superarlo: estando tan *hacia él*, tan *en su sentido* antes de llegar como después de haberlo pasado.

Si digo que la conjunción erótico-estética era para mí indisoluble no es solamente porque las imágenes bellas fuesen de mi predilección: mi erótica se dictaba unas leyes rigurosas que bordeaban lo ético. Tal actitud en un brazo, tal línea de un cuerpo, eran nobles o groseras. Por ejemplo, una figura femenina, vestida o desnuda, en la que el vientre avanzase o pareciese marcado bajo la ropa, era decididamente impúdica, pero con el impudor de la fealdad. Como nunca oí una frase obscena a propósito de una figura desnuda, el impudor, para mí, consistía en eso. La importancia que tuvo en mi formación no haber unido jamás la idea de impureza a la imagen de un cuerpo desnudo, llega a tener dimensiones de *base*, pero como esas imágenes no figuraban especialmente en mis fantasías, dejo su desarrollo para más adelante.

Imposible señalar matices más sutiles; tan sutiles que hoy día no alcanzo a distinguirlos, pero que sé con toda certeza que existían y que, de pronto, cuando más distante estoy de esos recuerdos, aparecen y me fulminan con su evidencia. Ciertas fantasías no se podían llamar amorosas porque no eran representadas por una pareja humana; sin embargo, su clima no carecía de un eros, de un enlazamiento, calor o contacto, en el que la belleza, la vida, el poder, la piedad se entrelazaban, suscitados por una imagen —siempre una imagen, un movimiento, un acento—, un cromó, no sé de qué procedencia; tal vez calendario navideño, que representaba una mujer muy bonita vestida apenas con una túnica verdosa y sentada junto a una fuente, bajo cuyo chorro se está llenando un ánfora. Fue —de pronto— la diosa del agua: se llamaba Buldea. Este nombre había brotado en el entresueño, en ese momento en que la fantasía parece que va a desmembrarse y al mismo tiempo alcanza su máxima posibilidad. El nombre había brotado en medio de una invocación, en la que era llamada «Madre de estas víctimas». De ella se desprendía un poder benéfico: con su ánfora ella iba a vivificar, a salvar a las víctimas que estaban... no recuerdo dónde. Esta es una de las fantasías que llegué a comunicar a mi tía, sólo a mi tía, y al oscurecer, cuando los demás se reunían en el gabinete, a veces con alguien que llegaba de visita; nosotras nos encerrábamos en el comedor, colgábamos el cromó en el picaporte de los postigos cerrados y le cantábamos aquella invocación —con una cadencia melancólica y esperanzada— que empezaba: «¡Buldea! ¡Buldea! ¡Buldea! ...»

Otra fantasía, de tono muy semejante, era sugerida por un grabado del libro «Las Mil y Una Noches». No recuerdo en qué cuento hay un hada que toca con su varita a los peces que se están friendo en una sartén y los peces levantan la cabeza y hablan con ella. Algo tan atroz, tan cruel y tan sobrenatural como aquellos peces que hablaban mientras estaban friéndolos, me sugería la idea de los vencidos, de los cautivos en sus suplicios, porque el hada decía que aquellos peces eran sus súbditos, protestaba porque se los habían arrebatado y se los estaban friendo. El hada, aunque era poderosa, no lo impedía. ¿Por qué? A estas alturas veo, como cosa obvia, el entronque de esta imagen con la de la Virgen del Carmen, que era mi devoción. Pero

entonces ¿lo veía o no lo veía? Claro que no lo veía, pero igualmente claro está que lo vivía, lo sentía y lo confundía para entenderlo.

La Virgen fue siempre para mí reina o diosa: siempre fue la Virgen coronada, triunfante. La del Carmen, reinando sobre las llamas; la de la Victoria, reinando sobre su nombre. No comprendía a la Virgen de los Dolores, tal vez por la palabra: si la hubiesen llamado Virgen del Dolor la habría comprendido, pero ese plural me resultaba prosaicamente explícito y las palabras eran para mí verdaderos conjuros. La fantasía de los peces en la sartén arrastra la complicación de una palabra que tal vez sea lo que más me ha impedido olvidarla. Pero tengo que insistir todavía en mi falta de adhesión a la Virgen de los Dolores: era demasiado femenina. Era lo femenino; la mujer en la esclavitud. Ni un asomo de esta idea pasó jamás por mi cabeza, innecesario es decirlo, pero sí pasó el hecho de que era el aspecto en que yo no quería ver a mi madre. El hecho era también que la había visto en ese aspecto y que conocía aquel lado de su naturaleza, tan susceptible de dolor. Yo, esto lo rechazaba, lo negaba, lo borraba creyendo que con esta negación mi voluntad ejercía su eficiencia.

Estas fantasías no valdrían la pena de ser relatadas si hubieran quedado en eso: su originalidad es poco detonante. El único valor que tienen es que todavía no han terminado. Parecen juegos pueriles, pero no lo son: son tanteos. Más que proyectos de vida, cosa que no podrían ser sin finalidad consciente, son pruebas de diversos *posibles*. Son verdades fundamentalmente arraigadas, que aventuran sus florecencias precoces y efímeras, pero insistentes, obstinadas, capaces de rebrotar a lo largo de toda la vida en que germinaron. Toda mi vida personal y la vida de mi trabajo están infundidas de sus leyes, como si mi ley fuese, «La esencia misma de la eternidad es continuidad». La vida, para la conciencia, es «una consecuencia infinita y cerrada». Aquello no ha terminado, ni terminará mientras yo subsista. Aquello era un juego, pero no de azar, sino de destino, porque la infinitud de sus combinaciones no consistía en jugadas azarosas, sino en hábiles y pacientes exploraciones del laberinto.

Estas fantasías, personificadas por la diosa —hada, Virgen, reina— se destacaban de la zona erótica, sin desprenderse de ella: arrastraban su calor en torno, pero tendían a intelectualizarse, a ser elaboradas. La fantasía del hada constaba, como todas, de tres elementos, una imagen, un movimiento, un tono. La imagen era la figura majestuosa, el movimiento era el diálogo mantenido por ella con los peces, el tono... El tono sigue sonando neto en mi oído, pero no puedo transcribirlo. Puedo, sí, señalar la palabra conflictiva, la palabra que brotó en la voz conmovida del hada, ante la lamentable comprobación de que los peces eran sus súbditos.

La palabra, hoy, en esta fecha del año sesentaitantos, un invencible rubor mi impide todavía pronunciarla. Pero es preciso consignarla aquí, no sin antes agotar el examen de todo lo que se conmueve, se turba y se sonroja en mí al confesarla. Por un error mío nunca me avergonzaría tanto, pues siempre supe que puedo cometer errores, pero aquí el error es de toda mi casta. Ciertamente, mis padres estaban libres de tal error, pero mi pueblo, mi provincia, mi ciudad, Valladolid, aquejada de aquella

renguera, me abrumaba por la magnitud incalculable del mal. En fin, puesto que es preciso, la palabra es esta que el hada decía: «*Tropiezo un boquerón y al punto salta*». Esto es lo que exclamaba el hada cuando al saltar el pez lo reconocía. El error, el horror para mí consistía en que el hada empleaba ese provincialismo, que me habían corregido tantas veces, *tropezar por tocar*. En Valladolid se decía esto o, más bien, Valladolid decía esto; lo decía dentro de mí, en mí estaba la probabilidad de decirlo en cualquier momento.

¿Es trivial o superfluo este comentario? Tal vez lo parezca, pero no quiero excluirlo porque para mí sólo tienen algún valor estas memorias por poder constatar en ellas la continuidad y consecuencia de mi vida, y este hecho lejanísimo —*hecho*, sí: acontecido sólo en mi pensamiento, pero *hecho*, incontestable— se ha reproducido, brotando de su latencia a través de años y años. Tantos que sobrepasan en mucho al alcance de los recuerdos. Estas páginas no pasarán del año 1908, décimo de mi vida; pero el *hecho*, el hecho imponiéndose, no igual o semejante, sino el *hecho mismo*, *él*, inconfundible, despertándose como el grifo guardián de una intimidad sagrada fue mucho más allá. Si quiero demostrar algo, tengo que saltar a un día del que aquí no daré principio ni fin: quede encerrado en un paréntesis (1938, París, cuarto de hotel penumbroso. *Leo Erasme et l'Espagne*, de Marcel Bataillon. Erasmo no se deja seducir por las invitaciones de Carlos V: el trato con los españoles no le tiente, son rudos, tan zafios que no pueden pronunciar la ese líquida; dicen «por ejemplo *espero* en lugar de *spero*, *especio* en lugar de *specto*». Estoy completamente sola en el cuarto, pero siento una oleada de calor que me cubre la cara al rojo vivo. Mi pueblo, y esta vez no mi ciudad, sino toda España dice eso: lo dice dentro de mí. Yo, en cualquier momento, puedo decirlo y lo grave no es que yo lo diga, sino que si lo digo ello será un testimonio de que España lo dice. El rubor, *aquel rubor mismo* que me envolvía ante la exclamación del hada quedó unido al libro, al recuerdo del libro, al nombre del libro: sólo evocar *el mismo* rubor me envuelve).

La historia del hada tendía a intelectualizarse porque me esforzaba en corregir el torpe provincialismo, pero era inútil. La frase era así, tal como había soñado; es decir, que tenía una medida genuina y única: en su ritmo estaba su acento y, claro está, su sentido o su fuerza, que era una calidad. Si, mentalmente, trataba de sustituir el *tropiezo* por el *toco*, la frase se desarmaba, perdía todo su poder. Pero mi empeño en corregirla me llevaba a pensar en ella durante el día, cuando mi cavilación quedaba libre del clima nocturno y así, toda la historia era amenazada de una racionalización destructora. ¿Por qué el hada, si era poderosa...?, etcétera. Pero el examen no lograba enfriar la atmósfera mágica; más bien irritaba mi deseo de violar su hermetismo. Esta actitud, tratándose de un hada y de unos peces fritos —o medio fritos— no tenía nada de grave, pero es que esta actitud era *mi actitud* ante todo misterio.

Por mucho que tratasen en mi casa de evitar mi acercamiento a los puntos oscuros de la religión, no podían impedir que mi mente los escogiese con esmero y se los reservase para su matización solitaria. No había ocultación en esta conducta porque yo no sentía que hubiese cosas vedadas para mí; tan bien las ocultaban. Ni siquiera se atrevían a imponerme abiertamente prohibiciones por miedo a que la curiosidad me llevase hacia el peligro, pero yo no hablaba de mis secretos, sencillamente, porque no podía hablar. Dos causas o motivos me retenían en el silencio: uno, la evidente dificultad de dar forma lógica a mis meditaciones. Otro, la repugnancia que me inspiraba la forma en que los demás, casi todos —excepto mis padres, que apenas tocaban esos temas— empleaban para hablar de las cosas sagradas. Y las cosas sagradas también se dividían para mí en dos campos o ramas. Una era lo histórico. El Antiguo y el Nuevo Testamento, según el «Fleury» y otros textos más extensos que mi madre tenía de cuando ella estudiaba y que me leía algunas veces, eran simplemente hechos que pasaron en otros tiempos y que ya no pasan. La otra rama era lo indecible, lo que está siempre ahí y de lo cual no se puede hablar.

Mi repugnancia a hablar de ello torpemente era tal que ni siquiera cuando las cosas tenían carácter histórico podía soportar el tono pedestre. Guardaba en la memoria, como ejemplo, un diálogo sostenido con una monja en mis días de colegio. En aquellos meses, cuando mi salud empezaba a resentirse seriamente, apuraban todos los recursos caseros para fortalecerme: mi madre se esmeraba en la alimentación, mi padre decía que era necesario someterme a un ejercicio sistemático para que hiciera algo de músculo. En vista de esto, me hacía hacer gimnasia algunas veces; él había hecho mucha de chico y adoraba el circo: ponía gran empeño —con poco éxito— en enseñarme juegos de acrobacia. El diálogo fue así. Llegué un lunes al colegio y en el recreo se le ocurrió a la hermana Pura preguntarme: —¿Qué hiciste ayer, domingo? Como llovió tanto no irías de paseo. Yo contesté: —No, hermana Pura, estuve en casa toda la tarde, haciendo títeres con mi papá. —¡Títeres! ¡Qué ocurrencia!, no debes hacer eso. La Virgen María no hacía títeres. Yo no sé lo que contesté, me escabullí para que la monja no viese, el desprecio de mi mirada. Mi escándalo no tenía medida. Para mí, decir «La Virgen María *no* hacía títeres» era igual que decir «la Virgen María *hacía* títeres». Decirlo, largar esas palabras necias era blasfemia. Aquella monja quedó desde ese momento excomulgada de todo lo que fuese comunicable, reprobada de todo lo que yo venerase. Ella y, en realidad, todo el colegio; allí, la religión era azul y rosa; lo que no era según mi madre me la enseñaba. Es cierto que su enseñanza se había hecho excesivamente esquemática, expurgada de todo tremendismo, pero no incurría nunca en trivialidades. Predominaba en ella el lado histórico, no enteramente frío ni racionalizado, sino envuelto en un halo de piedad y de veneración. Preceptos morales, sólo lo más elemental, ya que la normalidad de mi naturaleza no pedía refuerzo especial en ningún punto. Pero yo no

me conformaba con eso: yo recolectaba nociones vagas, pescadas aquí y allá, como siempre, en la literatura, en las imágenes.

Apareció entre los cuentos de Calleja uno aterrador; se llamaba «La cruz del diablo» y era, más o menos, esto: Una cruz, fundida con el hierro de una armadura que había pertenecido a un hombre malo asolaba el terreno donde la habían plantado: producía el terror en hombres y animales, hasta que le echaron agua bendita y dejó de producir estragos. El *happy end* no me hacía sensación: el hecho primero, la idea de una cruz endemoniada, me conturbaba en tal forma que habría afrontado el mayor peligro para desentrañar el enigma. En realidad, llegué a afrontarlo.

Ya he dicho que mi actitud ante el misterio era la del abordaje. Nadie me dijo nunca que eso era un disparate ni que era un pecado grave, porque nadie sospechó jamás que tal cosa pasase por mi cabeza. Yo me ponía a meditar, con los ojos desmesuradamente abiertos, bajo mi lámpara azul, y repasaba todos mis conocimientos. Examinaba mi idea de Dios para comprobar mi adhesión a ella y mi adhesión era total. Si dijese que meditaba en el Misterio de la Santísima Trinidad no sería exacto porque, para mí, la Santísima Trinidad no era un misterio acuciante. Sabía que Misterio se le llamaba, pero creía que era solamente porque no se le encontraba otro nombre. En cuanto a la noción de Trinidad, intrínseca a la idea de Dios, ¿diré que la entendía, que me parecía sumamente clara? No, porque esto tocaría a lo banal. Me parecía, simplemente, que *era así* y no me costaba trabajo *verlo*. He señalado el enigma más arduo porque ni ése ni ningún otro menor me inspiró nunca la duda de si será verdad o si será mentira. Mis dudas no se detenían en detalles: sólo la duda absoluta que podía brotar ante la contradicción esencial me angustiaba hasta hacérseme intolerable.

El demonio, idea de la que con rigor aséptico me habían apartado, se personificó en aquel cuento como *el Enemigo*: un hombre malo, tan malo que su espíritu ni ante la forma de la cruz, ni dentro de ella misma, abdicaba de su maldad. También se unía a esto un proverbio, «Detrás de la cruz está el diablo». ¿Qué quería decir, que eran anverso y reverso, que se demostraban tanto como se oponían? De algún modo tengo que expresar la perplejidad en que me asumía aquella imagen, aquello que se ofrecía a mi consideración: la forma supremamente santa y el Enemigo sobre el mismo palmo de terreno. Mi adhesión a todo artículo de fe me prestaba una tranquilidad provisional, que formulaba así: si esta oscuridad obedece a la torpeza de mi interpretación, cuando tenga más años y haya estudiado llegaré a ver claro. Pero otras veces pensaba que mi interpretación era justa y el enigma insoluble. Entonces decidía que todo ello era perfecto tal como yo lo veía, con sus más atroces contradicciones: las aceptaba todas, me disponía a respetarlas, a adorarlas, con tal que fuesen reales. El único enigma que quedaba en pie era la existencia de Dios. Si Dios era algo real, todo estaba bien. Sabía, por supuesto, que la fe es creer lo que no vimos y también me habían enseñado que sólo se llega a Dios por el camino del bien. De acuerdo, estas razones me servían de día, pero de noche, cuando la angustia me hacía inconcebible

seguir viviendo un minuto más en la duda, como un animal caído en un cepo, me debatía, a riesgo de romper el miembro aprisionado. Quería saber en aquel mismo momento; veía la unidad cerrada de los contrarios y no los juzgaba iguales, no. Por conocer sus jerarquías no atacaba al más alto. La oración, que tanto prodigaba en pequeñas súplicas, no me parecía un arma válida para forzar la puerta, y ante la sensación de desamparo que infundía en mí la duda, sólo confiaba en mi propia fuerza. Creía que provocando al Malo, hostigándole, haciéndole creer que me ponía a su alcance, aparecería. No se me ocultaba que por este medio podía condenarme, que el Malo podía cargar conmigo como quien lleva un pollo por las patas. Sí, esto podía suceder, pero ¡y el momento de su aparición! ¿Es que la dicha de ver, de tocar con los ojos la realidad puede dejar en el ser lugar libre al sufrimiento? Es evidente que mi empresa era enteramente negativa: yo no luchaba por gozar la presencia de Dios, sino por salir de la angustia, aunque imaginase el momento de la comprobación como una felicidad infinita. Pero algo positivo había bajo todo ello; una ciega certeza de que, ante la verdad real, el Mal se desharía, de que en el último fondo del infierno, en las calderas de Pedro Botero, con la posesión de la verdad no puede haber dolor.

Son ya muchas líneas las que voy invirtiendo en describir mis meditaciones que, claro está, eran esbozadas en mi cabeza de un modo elemental, pero que en sustancia eran así, tal como van descritas. Acaso hubiera sido suficiente haber considerado el hecho en su faz externa. La postura horizontal, como la oreja alerta y los ojos desorbitados girando por la habitación, se me hizo un día sospechosa de ensueño; temía que mi voluntad no estuviese suficientemente despierta y sobre las armas; entonces me senté en la cama y llamé o invoqué al demonio con todas mis fuerzas. Aunque no puedo decir que le invoqué, sino que le provoqué. Fue provocación, sin halago ni ofrecimiento, fue un torrente de ideas sacrílegas —hoy veo que a quien provocaba no era al demonio— que podían darle todo género de derechos sobre mí. Pero el demonio no apareció. Agotada del esfuerzo, lo dejé por imposible y me dormí.

No encontré en aquella falta de respuesta prueba de la inexistencia del demonio —y, por lo tanto, de Dios— sino que la consideré como castigo: el castigo que yo personalmente merecía. Si el demonio hubiera aparecido y me hubiera llevado, el castigo habría sido el común; a cualquiera puede sucederle. Pero que no apareciese, que ni siquiera mereciéndolo tanto se tomase el trabajo de venir a llevarme, sólo podía ser el castigo que Dios me asignaba, a mi medida, el de dejarme en la duda.

Si yo fuese uno de los escritores que alguien lee —cosa que, evidentemente, no soy— esperarí­a que mis lectores hubieran encontrado en mi obra esta idea de la duda como castigo: la duda convertida en corroboración de la existencia de Dios porque tan tormento sólo es concebible infligido directamente al que lo merece. Esto, que está dilucidado en un libro de plena madurez, brotó en mi mente en el año de 1905,

en los comienzos del año en que iba a alcanzar el uso de razón. Mi vida, en aquel momento, estaba tan amenazada que mi tiempo, principalmente aquel que dedicaba al desvelo, tenía un valor distinto del tiempo ordinario. Sólo por ser completamente seguro que no dormí en la sala más que unos meses y que fueron los primeros del 905 puedo admitir que aquellas noches no cubrieron una etapa muy larga.

La intensidad de sus minutos era una condensación de años, en potencia. Era una iluminación, pero no subitánea como las anteriores, sino mantenida y explotada. No digo cultivada porque yo la forzaba, la exprimía. ¿Qué era lo que exprimía? Sólo podía ser el presente, el momento que tenía en mí. Así, la condensación era una almáciga de donde podía salir un bosque.

Pero el Malo no era siempre un tirano con armadura de hierro. En esta forma, por malo que fuera, al menos se le venía venir. Otras veces —como siempre, formas y palabras— se escondía entre los patituertos, entre los miserables.

Sin la menor duda, la ley moral más imperiosa que mi madre me había inculcado era la piedad y el respeto por los miserables. Por ejemplo, yo creía que la asistenta que venía a casa de mi abuela se llamaba realmente Perejila y un día la llamé por ese nombre. Mi madre me miró con una severidad desusada, me llevó a un rincón y me sermoneó largo rato sobre el cuidado extremo que hay que poner en no ofender jamás a un pobre o a un inferior. Pero los patituertos y miserables de que yo hablaba eran otros: podían a veces ser palabras, gestos elocuentes, historietas mudas... Sentados uno a cada lado de la mesa, el niño y el abuelo. El niño, un bebé en su sillita alta, con un plato de sopa delante; el abuelo leyendo el periódico. El abuelo es calvo, como una bola de billar y tiene en medio de la cabeza, justo en la cocorota, un lobanillo. El abuelo se duerme, va dejando caer la cabeza hacia delante; cruza los brazos sobre el periódico y queda con la frente apoyada en ellos. El niño retira su plato de sopa, trepa a la mesa, gatea por ella y se dispone a chupar la enorme teta que se le aparece enfrente...

Ella, era una teta andante; toda ella una teta como la de una vaca, con un solo pezón. El cuerpo era cilíndrico, vestido como el de una mujer, con piernas y brazos. Y muy real; eso sobre todo, muy real: nada de patitas de alambre, nada que pudiese sugerir un muñeco. Era una mujer-teta y se llamaba Tecta, ésta es la cosa. En el énfasis de esta palabra estaba su solemnidad, lo que la hacía respetable. Su marido — porque lo tenía— era de la misma forma, pero masculino, y se llamaba... El nombre de él no era enfático, sino lastimero y *sabroso* —esta palabra, ahora puedo escribirlo y hasta pronunciarla, pero entonces era para mi estética obscena y siguió siéndolo durante muchos años, más bien, lo es todavía— hasta cuándo —y principalmente en esos casos— la encuentro en textos altamente espirituales. El nombre estaba confeccionado con dos palabras que expresaban, cada una de ellas, uno de los dos conceptos dichos. El segundo, el obsceno —esto es, el *sabroso*— se había desprendido de una frase de mi abuela, que hablaba un castellano desmesuradamente plástico: su pronunciación era dura, neta y tan expresiva que corporizaba las cosas

nombradas; no las sugería, ni siquiera las suscitaba como espejismo: las hacía caer palpables, con peso, olor y sabor. Y mi abuela había dicho un día a la Perejila: «Tráigame unas asaduritas de cordero; haré un *cochifrito*». Respiré el olor atroz de esta palabra y la retuve para crear con ella toda el aura de una personalidad. Él se llamaba Cochifrito y olía a carne requemada en la sartén. No sólo él: todos ellos porque tenían hijos, muchos hijitos que guardaban en grandes cestos, y estaban siempre en un ambiente oscuro: nunca pude ver lo que les rodeaba aunque yo andaba entre ellos y me hablaban o, más bien, les oía hablar. Ella, sobre todo, hablaba y decía por qué le había dado ese nombre. Claro que había una canción que me escalofriaba porque también en ella una palabra tomaba una categoría desusada. La canción decía: «Aquella voz que tú oíste / era el gemido de un triste». ¡*Un triste!* —uno que *es un triste*— al sustantivarse, quedaba en una desnudez desoladora. Por eso ella decía: «A veces le llamo Escuchifrito porque yo escuché a un frito...» Con esto, unía la idea lastimera de escuchimizado, que gemía porque *era un triste*. Y yo fui, ¿iba?... Yo iba, aunque no como repetición: iba, siempre que aquello surgía y realizaba el mismo acto. ¿Cuántas veces? No sé: cientos de veces o una sola, interminable. Yo iba y les cortaba a todos los hijitos todos los pezoncitos con unas tijeras. Entonces ella, Tecta, gritaba, clamaba al cielo: «¡Lo más bonito, lo más bonito que tenían!»

Dejo a Freud el minucioso ajuste de relaciones, que hoy día no son secreto para nadie. Pero hoy día y antes de Freud y siempre, esto es el Mal que, como Baudelaire, yo estudiaba en mi propio corazón. Esto es el Mal, el Malo que está detrás de la cruz, agazapado, que sólo se levanta y se impone cuando hemos agotado el zumo de la cruz.

Bueno, si digo que yo agotaba el zumo de la cruz, puede parecer que alardeo de haber tomado mi cruz alguna vez. No, no la tomé nunca, en aquel tiempo. En primer lugar porque no tenía una idea clara de lo que fuese tomar la cruz ni de cuál fuese la cruz que yo pudiera tomar. Siempre tuve un gran sentido práctico, es decir, el sentido de cómo se ponen en práctica las cosas; el sentido que distingue el sueño de la realidad. El sueño era cazar leones en el Alto de San Isidro; la realidad era mi tía Eloísa vestida de negro, delgada en los huesos, partida de dolor de estómago, dejando caer de la boca un hilo de agua, con la frente apoyada en una esquina. La realidad era mi madre, angustiada por las dificultades de la vida, afrontando, en el invierno implacable, las faenas caseras; soportando los desmanes temperamentales de mi padre que estallaban sin motivo por pura necesidad de actividad psíquica, contraria a la suya —la de ella podía satisfacerse con juegos familiares, amistosos, danzones tropicales. La de él creaba dramas imaginarios, amenazas, provocaciones como realidades de sus sueños—. La realidad era yo en mí; pequeñez, sin más arma que mi inteligencia, sin más capital —esta palabra no la usaba entonces, aunque su sentido no me era oscuro: sabía que había algo que, además de no tener caballos, no tendría nunca— sin más capital que mi voluntad y mi perspicacia, mi capacidad de juicio para buscar mi propio camino. Mi propio camino, con respecto a mis padres, no

representaba independización, sino rectificación. Yo quería ser igual que mi madre, pero tal como yo *creía* que mi madre *debía* ser y *podía* ser. No frágil y femenina y llorosa, sino majestuosa, fuerte, intrépida. Y ella no había sido así nunca más que en las comedias de mi padre. Claro está que para la mentalidad de mi padre y para la mía, así era. Esto no era cazar leones en el Alto de San Isidro: era concebir algo que no es, sobre lo que es; es decir, llevar lo que *es* hasta *ser más*.

Pero dije que yo estudiaba el Mal y también que exprimía el zumo de la cruz: metáforas que no resultan suficientemente funcionales; no explican nada o casi nada. Lo del zumo sirve para aludir a un proceso químico, pero ¿se trata de un proceso químico? ¿No será, más bien, una cuestión de energía? Eran ciclos que se cerraban por agotamiento y constituían toda una serie organizada en espiral; es decir, que el final de uno era el comienzo del siguiente. Esta era la serie que ascendía, la serie de lo positivo. Es absurdo hablar de la cruz a este respecto, pero lo que quiero decir es que lo que tenía jugo —o vida, o dulzura, o calor— era el Bien. El Bien rezumaba o rebosaba de las fantasías eróticas porque todas ellas eran *adoración*. Siempre surgían de un rasgo que delataba lo óptimo, lo excelso. Unas veces brillante y risueño, otras sombrío. El mundo oriental todo enjorjado, las puras desnudeces antiguas —puras porque la idea de pureza era la que se desprendía de los cuerpos desnudos, en actitudes nobles— y las figuras ateridas, derivando en un ténpano —Miguel Strogof — o acosadas por los lobos entre la nieve, o cautivas, o muertas. Todo era adoración de una criatura humana —hombre o mujer, daba lo mismo— y el proceso dinámico consistía en dar un número de pasos, precipitados o lentos... precipitados, más bien, anhelantes, pero retardados, retenidos no por un freno, sino por el éxtasis. Es decir, que el impulso anhelante se precipitaba paso tras paso hacia el contacto: la demora, la suspensión del tiempo no era delectación, sino absorción, disipación en los meandros de la aventura. El contacto cerraba el círculo: era la unión. Y, repito que mi ignorancia del sexo era total. Más bien, mi ignorancia de la función sexual en relación con el amor. Siempre supe, por ejemplo, que los niños se formaban en el vientre de las madres, pero no sospeché jamás cómo se producían: lo creía un fenómeno natural en el cuerpo de la mujer. El contacto era, simplemente, el contacto. Y no delectable, sino fulminante: el éxtasis al rojo blanco. Abolición del tiempo, repetición o suspensión sin descenso. Cambio, secuencia inesperada, nuevo giro en la espiral y así sucesivamente. Cuando se agotaba ¿el zumo?, ¿la energía?... Cuando aquello se agotaba, caía a plomo. Entraba en el olor lamentable, en la sombra de la morada indiscernible por donde anadeaban Tecta y su prole. Allí ¿no había amor? ¡Sí, también lo había! El amor de ellos, que segregaban como el olor, como la oscuridad. Su enanismo y su blandura estaban llenos de amor. Era a su amor —¿al amor?— a lo que yo atentaba. Y después de ejercitarme en el Mal, de zambullirme en la abyección

de la crueldad, acababa por cerrarse el círculo y yo ascendía, como en la resultante de un *plongeon*, leve, limpia de toda escoria, hacia la espiral amante otra vez.

Esta fue durante unos meses la vida secreta de mis sueños; de mis ensueños, más bien y precisamente por entonces la realidad nos dio una sorpresa: llegaron forasteros. Tomasita, una sobrina de mi abuela, con su marido, Juan Pinos y sus tres chicos, Juancito y Luisito; éste de mi edad, el otro un poco mayor, y una chiquitina; una bolita de carne que no recuerdo cómo se llamaba. Venían de la Argentina y estaban en muy buena posición; él era hombre de negocios. Tomaron en seguida un piso en nuestra calle, con un mirador en rotonda, desde donde se veía toda la Glorieta del Museo. La casa era magnífica, pero no tenían muebles: tenían baúles por todas partes y una hamaca instalada en la habitación de esquina, que iba de un rincón a otro. Pusieron pronto unas camas, diciendo que lo arreglarían poco a poco.

De sus baúles salían cosas sorprendentes: la que más lo fue para mí, el mate. Un pequeño mate que era delicioso tocar. Su suavidad y su tibieza, como una gran castaña que saliese del horno, dejaba escapar un aroma totalmente nuevo: el sabor me pareció sencillamente inefable. Acepté íntegramente la casa de los Pinos. Mis nuevos tíos y primos me gustaron desde el primer momento. Me gustó el elemento masculino: de Tomasita sólo recuerdo que era pequeña y regordeta. Juan Pinos era alto y rubio, cordial, exuberante. Tenía una voz que no era ni excesivamente grave, ni excesivamente sonora, ni infrecuente para la acústica por ningún concepto, pero excepcional, absolutamente excepcional, por su masculinidad. Era una voz posesiva, también cobijadora, protectora: era tan palpable como una mano, tan envolvente como una bocanada de calor y, al mismo tiempo tan verídica, confiante, fiel. Bueno, masculina. Los chicos —yo detestaba y despreciaba a los chicos de mi edad: sólo adoraba a los caballeros con barba— no eran para mí chicos como los otros: eran mis primos —lejanos, pero esto yo no lo distinguía— y esa categoría fraternal me hizo acogerles como si fuesen los esperados. Con Juancito fraternicé realmente en seguida. Hablábamos de nuestras cosas. Nunca se me habría ocurrido acercarle a mis fantasías, pero no por desconfianza ni por considerarle incapaz de entenderlas: adopté su inocencia, sin creer que esto fuese descender de mi esfera, dejándome llevar por él a su casa. Hacíamos proyectos: al año siguiente yo tendría ya el uso de razón y podríamos casarnos.

Un dato concreto, un punto fijo porque quedó en el comentario de los mayores. Nosotros no hacíamos secreto de ello, al contrario, lo exponíamos y hasta lo consultábamos: la aquiescencia era general. Por esta razón puedo estar segura de la fecha: yo tendría al año siguiente el uso de razón, es decir que ello sucedió en el invierno aquel en que yo dormía en la sala y, bajo la luz azul de mi bombilla, invocaba al demonio, adoraba a Malee Adel y martirizaba a Tecta. Pero salía de ese delirio y proyectaba con Juancito una vida deliciosa de eterno juego y de cariño.

Este sentimiento, cariño, no es el que se precipita al contacto: nunca jugamos, como otros chicos, a los matrimonios —yo, por mi parte, ignoraba ese juego— ni siquiera empleamos expresiones calurosas copiadas de las frases que el casi extinto romanticismo había dejado en los dichos populares. Sin embargo, el cariño existía como algo que se daba por descontado. Esta era mi relación con Juancito, pero yo *sabía* que era Luisito el que estaba enamorado de mí. Más exactamente, *sabía* que Luisito *era* el *enamorado* —sustantivo, por supuesto, era *un enamorado*—, emanaba amor, no cariño; sin que éste quedase excluido; involucrándolo en una lata tensión y temperatura —como su padre—. Amor, del que exige el contacto, por esto su proximidad era turbadora, casi irresistible, insoportable como un vórtice o sumidero. Yo, todo esto lo *sabía* desde «antes, si puede ser antes». Quiero decir que lo registraba con justeza y no muy lejos de la conciencia. Sin embargo, no lo llevaba a mi meditación ni a mi análisis, por dos razones. Una, porque eran cosas de los chicos. Otra, porque era algo demasiado patente —demasiado natural—, era un misterio que, como el de la Santísima Trinidad, *se veía* que *era así*, y nada más. Así era el hombre; eso era *ser hombre*, o eso es lo que yo veía en el hombre, exclusivamente. Tal vez oí comentarios sobre Juan Pinos que corroboraban esta idea, pero oí también otras muchas cosas sobre él de orden profesional, harto masculinas. Era muy trabajador; un hombre que había hecho su fortuna con sus propios puños. Yo no habría advertido esa modalidad suya si no fuera porque me hacía reparar en ella la mirada perpleja de mi padre. Su condición de gran trabajador era lo único que mi padre veía en él y le miraba como a un ornitorrinco: «¡Qué tipo curioso! ¡Es un chiflado! Estos catalanes tienen la manía de trabajar».

Luisito no era muy fuerte y pasó unos cuantos días en la cama, acatarrado. Mi tía Casilda fue a entretenerle alguna tarde, enseñándole revistas ilustradas y luego comentó en casa su arrobo y sus exclamaciones de entusiasmo ante las imágenes de las bellas cupletistas —estrellas de entonces— hablando, entre risas, de su precocidad y otras cosas menos claras. Yo pensaba: qué comentarios tan tontos; cómo no se han dado cuenta hasta ahora de que el chico *es así*: yo lo vi desde el primero momento.

Los esperados aparecieron, pues, renovando mi mundo real; enriqueciéndolo tanto como para proyectar estupendos años venideros, pero los Pinos estuvieron en Valladolid muy poco tiempo. Tal vez negocios imprevistos les arrancaron de allí. En mayo me fui con mi madre y mis tías a Rodilana y cuando volví, a los tres meses, habían desaparecido. Ellos fueron mis únicos amigos; con ellos no sentí nunca la extrañeza, el distanciamiento que sentía con las chicas del colegio. Sin embargo, me daba perfectamente cuenta de nuestras diferencias y no procuraba atenuarlas incorporándome su estilo. Su estilo, por lo demás, era bárbaro: a todo el mundo le parecían salvajes. Conmigo se portaban con la mayor dulzura. Luego, en su casa, cada día hacían una, sonada. La más espectacular fue la de una noche en que su padre

volvió tarde y antes de acostarse entró a dar un beso a sus hijitos. Al inclinarse sobre la cama se le cayó del bolsillo la estilográfica —objeto raro y precioso, entonces—, los chicos jugaron con ella en la oscuridad, la mordieron, la mascaron más bien, porque quedó deshecha. Es de imaginar el estado en que quedaron ellos.

A mí, una cosa así me deslumbraba; me hacía sentir su despreocupación de chicos ricos, que pueden manchar sábanas y romper cosas sin que su casa se derrumbe. Yo era enteramente otra cosa y lo que me gustaba era estar con ellos, siendo enteramente otra cosa. Pero me fui a Rodilana.

No sé lo que querría decir Pipaire, ¿papar aire? tal vez: allí se podía papar aire y sol hasta la saturación. Siguiendo el camino hacia la derecha se llegaba al pueblo, que quedaba un poco a espaldas de nuestra casa. De él sólo recuerdo la casa de Bernabé García; una casa de labradores, muy grande, llena de olores exquisitos; principalmente el olor del humo en el hogar, bajo la gran campana que cobijaba ristras de chorizos. El camino estaba cortado perpendicularmente por la carretera que cruzaba el pueblo, y a la salida de éste estaba el pozo adónde iban a buscar al agua para beber. Junto al pozo estaba la olma. En todo el pueblo no había un solo árbol; ni en el pueblo ni en todo lo que la vista alcanzaba: sólo la olma copuda, oscura, junto al pozo. En ella se refugiaban todos los gorriones que criaba la tierra: al caer la tarde el hervor se oía desde nuestra casa. Es lo único que recuerdo con la luz del crepúsculo: la olma oscura, inmóvil, llena de aquel chirrido, de aquel piar de cientos de criaturas que no acababan nunca de encontrar el reposo.

Yo, seguramente, lo encontraba muy pronto porque allí no hubo sueños ni meditaciones nocturnas. Rodilana no era más que mediodía, el Pipaire la playa de un mar de sol. Enfrente, las eras donde se trillaba y se aventaba el trigo. Allí era posible chapuzar en la paja y en los montones de grano; se podía hundir las manos en el trigo y comerlo a puñados, cosa que me encantaba. Me echaba un puñado a la boca y poco a poco iba triturándolo, grano por grano. Tardaban mucho en estar bien molidos hasta formar una masa de sabor lechoso, casi más animal que vegetal. El sabor, mezclado al olor de las mulas, a su transpiración, a sus deyecciones que andaban por allí, entre las otras cosas; al polvillo de la paja triturada, que tenía también algo de tierra, como si los tres reinos de la naturaleza se fundiesen o se ordeñasen formando una crema deliciosa.

No conduce a nada describirlo. Cuando yo llegué a Rodilana ya conocía muchas descripciones del campo, con todas sus bellezas. Los cuentos y poesías estaban llenos de ellas y además mi madre me describía con frecuencia el paraíso tropical: parecía improbable que fuese a encontrar allí algo semejante a aquellos edenes. La desnudez del Pipaire —unas casas encaladas, frente a la inmensidad amarilla— no había sido descrita ni cantada, pero su esplendor cayó sobre mí superando toda esperanza. Aquello que tenía delante, que no era nada o, más bien, que no se podía ver lo que era

porque cegaba; aquella extensión reverberante, tenía algo —si esto es concebible— superior a la belleza: era real. Más exactamente, tenía esa condición o cualidad que cuando está en la belleza —en la cosa bella— emana confianza. La cosa bella real, realmente bella, tiene una fuerza de gravedad que nos hace caer sobre ella y quedar seguros. La realidad de todo aquello me extasiaba, y me pasmaba la realidad de estar yo allí, de verdad: el milagro de que se hubiera hecho realidad el viaje y estuviese yo allí, realmente, allí sola —también en mi patio estaba sola, también en mi cuarto, en la cama, en la oscuridad; siempre estaba sola— ante lo nuevo, lo desconocido, lo deseado. Yo allí estaba tocando lo mismo que habían tocado los que describían paraísos; estaba viviendo esa emoción previa a la palabra. Era como descubrir el hontanar y ver todo lo que fluye, y dejarse ir con ello, vaya a donde vaya. Lo que tenía de milagroso —de mágico— aquella realidad era que toda fantasía quedaba abolida. Ahora no estaba haciendo una cosa mientras pensaba en otra, como me era habitual; ahora estaba haciendo algo y pensando en lo que hacía, atendiendo a ello con mis cinco sentidos para no perder nada.

Más que pensar, me contaba a mí misma, como quien lee mientras desenrolla un pergamino, los pormenores del panorama que iba pasando: «Estoy aquí, sentada a la puerta de mi casa, puedo cruzar a las eras y dejarme llevar en el trillo, revolearme en la paja o esperar a que pase Victoriano el grande —los hijos de Bernabé eran cuatro, Marcos, Victoriano, Marcela y Julián; todos ellos fuertes, altos, rudos y muy cariñosos. Pero había, además, otro Victoriano mucho más alto y más fuerte, tanto que le llamaban Victoriano el grande: yo tenía predilección por él—; podía esperar a que pasase Victoriano el grande por mi puerta y me dijese que iba a segar a un campo suyo que estaba allí mismo, a la izquierda de las eras; desde mi casa se podía ver. Yo diría a mi madre que me iba con él, y mientras él segaba yo podía cazar lagartijas, como él me había enseñado. Podía tenerlas en la mano para estudiarlas, para ver su fragilidad, su miedo que es como el sentimiento de su delicadeza».

Esto era lo que hacía y a lo que atendía. También estudiaba o contemplaba la planta de la amapola. Cuando las cortaba para llevarlas a casa se mustiaban en seguida, me llenaban las manos del jugo blanco que sueltan y el olor de todo el montón, caliente y blando, era empalagoso. En cambio, el olor de la planta antes de tocarla, de bruces en el suelo, acercando la nariz hasta tocar los pétalos y los tallos peludos, los capullos que nacen como mirando a la tierra —el tallo crece recto, pero se curva arriba, junto al capullo como si pesase a como si estuviera cabizbajo, esperando a madurar y sólo se levantase cuando ya tuviera fuerzas para abrir— entre las hojas escaroladas, el olor allí, levísimo, casi imperceptible, mezclado al de la tierra misma: todo ello era como un primer contacto —noticia suprema, sólo comparable al nacer, al *ser*—, tocar, simplemente, y comprender todo. Tocar lo que sea, la tierra, la paja, el bicho, la planta: tocarlos por primera vez, como si con el tacto se sorbiese uno las cosas y se llenara de ellas, las albergase en sí un cierto tiempo antes de poder nombrarlas.

No sólo eso, no sólo era una incitación o un descubrimiento: la dimensión de aquellas nupcias llegaba a la promesa, al juramento «¡Para siempre!» Bueno, yo no formulaba la promesa teresiana con esas palabras, pero si hoy día quiero definir mi sentimiento de entonces no puedo decirlo de otro modo. Era un profesor o un anclar en la cosa aceptada por adopción o comunión. Esta fue la primera, como si allí, a mis siete años, mi uso de razón se enseñorease de su *hábitat*, tan natural como elegido; consonancia, engranaje, ajuste. ¡Para siempre un campo de trigo bajo el sol! Nunca pude desertar.

Tres meses, junio, julio y agosto como un solo mediodía, culminaron en una merienda a orillas del Adaja. Mi padre llegó para pasar un par de días de fiesta y se organizó la excursión. Fuimos todos, los de casa de Bernabé y nosotros, en burros y mulos con albardas llenas de comida y de botas de vino. Comida se llama a esas creaciones, a esas leyendas. ¿Quién, que no las conozca, que no se las haya oído a esta tierra durante siglos, puede saber lo que es el olor del aceite de oliva —también un griego puede saberlo—, rudo, mal refinado, en ese punto de tibieza que ha venido conservando el pan, traspasado por él, envuelto en manteles: envoltorio redondo, íntimo como un embrión, la hogaza que alberga en su seno una tortilla de patatas? ¿Quién puede entender el bravío del chorizo, el aroma del pimentón picante, mezclado al del humo que pasó tiempo envolviéndolo? ¡Y el vino de La Seca, en la bota!, ligero y ardiente, ramificándose como un furor de alegría; cristalino entre el regusto oscuro de la pez, claro como el agua, pero el agua quita la sed y el vino la suscita.

Ahora voy considerando todas estas cosas separadamente porque a eso es a lo que tiende uno desde aquí; mejor dicho, porque eso es lo que desde aquí se puede lograr: tender a ello, se tendió siempre, desde un principio, pero en el principio todo se daba unido y ¡tan neto!, tan límpido y punzante como una aguja de vidrio en los sentidos —una cada sensación, cada imagen, olor, contacto— como esos mazos de agujas con que se imprime un áncora o un corazón en el brazo de un marinero el haz de agujas deja el tatuaje como una sola forma que, a veces, más que como forma vale como voz —un nombre, llamada a una forma viva— y en ese nombre o forma hay mil cosas, mil punzadas que piden ser destacadas y probadas, saboreadas una a una. La importancia de aquella tarde puede reducirse en mi mente a un nombre, el Adaja, y la visión surge neta, tan intensa como fue —cuando fue—, pero sin márgenes concretos. No es un tatuaje exento, sino una condensación de esencias —de aromas— sin límites.

Puedo ahora ver, el cuadro no, la composición levemente inestable como cuando se ve una forma a través del vapor reverberante. Mi madre y mis tías encorsetadas, sentadas en el suelo sobre las mantas dobladas, que no alcanzaban a tener cinco centímetros de altura. Mi padre sin corbata, con el botón del cuello desabrochado y el sombrero de paja echado hacia las cejas por resguardarse de los lunares de sol que cascabeleaban entre las hojas de los álamos, y alrededor *los de Rodilana*, Bernabé,

Elisa y los chicos, haciendo los honores de aquel hogar suyo —el río, los álamos, los juncos y el cielo azul— con naturalidad y alegría; comiendo y empinando la bota.

Si, ésta es la composición, «Merienda en el campo», cuya imprecisión no es la del boceto, sino la de una especie de síntesis o quintaesencia de la realización, una emanación de la realidad, una cualidad suprema que daba consistencia al aire, a la luz, a las voces y las risas. Todo esto es la impronta o el áncora afirmada en mi memoria ¡para siempre! Pero hoy, al enfocarlo con la máxima exigencia, como quien quita con la mano el polvo del espejo y ve la imagen limpia y como más al fondo, más lejos, como si se hubiera abierto en el polvo un desgarrón por el que pudiéramos asomarnos a ver más, apremio a mi memoria, sitiándola y situándola en aquello hasta ver en ella —hasta sentir o poseer en la potencia triangular que llamamos alma— la forma que suscita la voz *el Adaja*, y la imagen, tan satisfactoria, no sacia, sin embargo; azuza el deseo de deshacer el mazo de agujas y examinar una a una.

La más pura, tanto que se esquivo a la definición, huye como una virgen intacta, inasible, la arena del Adaja y el agua. O el agua y la arena, pues son casi indiscernibles como el vaso de vidrio y su contenido. La arena color de arena, distinta de la tierra morena de mantillo o roja, arcillosa: la arena pálida, que no parece lavada por el agua, sino lavada para el agua, para mantenerla y conducirla en su escapada, sin mácula, sin broza ni posos, corriendo sin prisa —cauce llano, vena de la llanura, declive imperceptible ondeando con un ligero palpitar que delata su fluir.

Estábamos sentados junto a la arena. La merienda campestre había acampado en una umbría, raro oasis de aquellas márgenes, cerca del agua, en la parte cóncava de un meandro. Allí el agua pasaba y repasaba alisando la arena, extendiendo una breve playa. Enfrente, en el lado convexo, el río había labrado un talud no muy alto, pero casi a pico. Era una especie de torreón de arena, que la erosión secular erguía la soledad, aunque no enteramente deshabitado. Me adentré en el río con Marcela. Ella —diez años más que yo— me llevaba de la mano: el agua nos llegaba poco más arriba del tobillo y cruzamos todo el cauce.

Vamos a ver los abejarucos, me dijo. El nombre no me pareció prometedor. Mira, ahí entra uno en el nido.

Miré donde ella señalaba y vi que por una escotadura acanalada corría algo como un ratón y desaparecía en el talud.

—¿Ahí tienen el nido? —dije.

—Sí, ahí en la arena: ellos hacen sus agujeros.

—Entonces ¿no se les puede ver?

—Bueno, a veces están fuera. Mira allí hay uno.

—¿Dónde?

—Allí, en aquellos juncos.

Marcela señaló rápidamente y el movimiento de su mano asustó al pájaro. El sol estaba ya bajo y la orilla quedaba en aquel punto a la sombra del torreón, el abejaruco levantó el vuelo y entró en la zona todavía soleada. El pájaro se encendió: amarillo y

azul radiantes brillaron en él como de seda o de metal. Fulguró, centelleó un instante al aletear tomando altura, y desapareció como una flecha. Yo no conocía más que los pájaros pardos de nuestra tierra: la abubilla que se paseaba todas las mañanas por las bardas del corral me había parecido bonita, pero no deslumbrante como este pájaro lujoso, refinado, que sólo tenía el lomo de color de tierra para reptar inadvertido por el paredón arenoso, pero que al desplegar las alas resplandecía.

Quise acercarme al talud; pregunté a Marcela si sería posible meter la mano y coger uno. Me dijo que, primeramente, no son pájaros que se puedan tener en jaula. ¿Por qué? —pregunté.

—Porque sólo comen bichos que vuelan.

—Ah, pero aunque no fuese más que para tenerle un rato en la mano.

—Sí, pero no podemos llegar hasta allí porque el agua está honda.

Nos acercamos; el agua al ceñirse al torreón excavaba el lecho del río y formaba una poza que tal vez tuviese un metro de profundidad: para nosotras, un abismo. Así el talud tenía más carácter de castillo, con su foso inexpugnable. Estuvimos allí un rato en silencio hasta que oímos que nos llamaban y volvimos: entonces vi la otra ribera.

Los álamos eran pocos, formaban un grupo más bien tupido y luego se espaciaban: sólo más lejos bordeaban el río en formación, pero allí, en aquel recodo donde había transcurrido la merienda, brotaban además espadañas. Los puros aterciopelados, de color de chocolate, se mecían en la punta del tallo balanceados por el aire. Revoloteaban alrededor libélulas verdes y azules, como en un dibujo modernista. Como en un dibujo modernista, no es lo que pienso ahora, sino lo que vi entonces porque yo conocía muy bien esos dibujos. El «Blanco y Negro», la «Ilustración Iberoamericana», estaban llenos de ellos: había orlas que enmarcaban los poemas, planas enteras que ilustraban un cuento o un soneto, y estos elementos acuáticos rodeaban a las ninfas de largas túnicas —tintas planas, sin sombras, bordeada la figura por un trazo negro que sugería el emplomado de las vidrieras—, andando entre nenúfares, entre juncos y espadañas: perseguidas o acompañadas por libélulas. Esto, que yo conocía tan bien, es lo que encontré al volver a la orilla de la merienda campestre: el talud arenoso y el río cristalino quedaban atrás y ahora llegaba a la tierra ya decantada en las páginas predilectas: allí estaba su hontanar silencioso en el crepúsculo, porque la luz descendiendo en su gama era también algo que se mostraba; iba poco a poco descubriendo, desnudando su oscuridad. No la oscuridad: su oscuridad, nota profunda de la luz, luz secreta entre estrella y estrella.

Recogían platos y manteles. Elisa y Marcela cumplían sin esfuerzo su misión de amas de casa. Las botas vacías iban a las alforjas. Marcela me alargó una y me dijo, en broma: ¿Quieres? y como no pesaba bebí un chorro largo: no demasiado largo porque me la arrebató.

Fueron montando en los burros. Los mulos habían quedado sin carga y Victoriano el grande, que había venido en uno de ellos, despojó el suyo de las alforjas y me dijo:

Ven, yo te llevo. Puso una manta sobre la albarda: a la mitad del camino ya era de noche. Si poco antes, en Valladolid, me hubieran dicho que iría por el campo, de noche, rodeada por los brazos de un cabalgante, habría esperado sentirme Placidia arrebatada por Ataúlfo, pero allí no sentí nada de eso. Sentí la noche que habría caído ya sobre Rodilana, sobre la casa del Pipaire donde entraríamos al poco rato, llevando a la alcoba el candil. Sentí el paso rítmico del mulo y el brazo que me rodeaba la cintura como una seguridad, como una confianza enorme: una paz que remataba la embriaguez de aquella tarde, como el sueño cuando cierra con su broche el palpitante cansancio... Pero no debió ser como el sueño, sino el sueño de verdad porque no recuerdo la llegada al Pipaire ni el candil en la alcoba. Victoriano el grande debió de saltar del mulo conmigo en brazos y depositarme en los de mi madre.

Rodilana terminó con el verano y entonces empezó el hablar de Rodilana con mi tía Eloísa. No era sólo que yo le contase lo que había visto y hecho: hablaba con ella de las innumerables cosas vividas; la casa, zaguán y cocina una sola pieza, la gran campana del hogar sobre la olla y las trévedes —palabra deliciosa—, a la izquierda la sala grande, con dos ventanas y dos alcobas sin puerta, cerradas sólo por cortinas floreadas. En una dormían mis dos tías, en otra mi madre, en una gran cama y yo en la sala, en un catre de tijera.

Con Carmen y Casilda no hablaba de nada de aquello, y el caso es que todo se había dado muy bien; todos habíamos vuelto contentos —digo todos porque volvió contento hasta mi padre, que fue a recogerlos—, pero si yo aludía a las bellezas —bellezas me habría parecido una expresión pálida: a la gloriosa, superabundante dicha que rebosaba allí de todo, a la riqueza, a la exquisitez sorprendente, superior a todo lo esperado—, si con una mirada solicitaba su aquiescencia, Carmen hacía un mohín, que era la coquetería que ella usaba: cuando se hablaba de algo bonito, ella fruncía los labios en hociquito y ladeaba la cabeza, como si se hablase de su propia bonitura. Casilda, en cambio, decía: «Sí, sí, ya lo creo...» y arrugaba un poco la nariz, daba un sorbetón de aire y se quedaba moviendo la cabeza, como esos borricos de cartón que para que la muevan basta con un ligero golpe, y la cabeza, que cuelga de una presilla de alambre, sigue badajeando hasta que agota el impulso. Así, Casilda, mantenía un buen rato su movimiento afirmativo; vaivén que ritmaba las evoluciones de su mente, por la que pasaban ráfagas de astucia, de sorna, de rapacidad, de amargo orgullo; hasta que el impulso pasional se aquietaba o se desvanecía.

Pero Eloísa recordaba conmigo: todo permanecía entre nosotras retenido por su fe. No es que admitiese las cosas según mi relato, no es que se diese por informada; es que me asistía en la constancia: mientras nosotras hablásemos nada se perdía ni se alejaba; al contrario, las baldosas mojadas de la sala seguían oliendo como los cántaros en la cantarera, las pinas verdes convertían su frescura en una vaharada resinosa al abrirse junto al fuego, los garbanzos tiernos dejaban el salitre de su vaina

en los labios. Las uvas ya no eran un sabor ni un olor, sino una visión inagotable. Hojas, pámpanos y racimos en la cepa armonizados, compensándose o componiéndose como una frase. Yo sabía la frase de antemano, aunque no sé si la retenía en la memoria, pero sí es seguro que la redescubrí allí, que la encontré junto a la cepa, echada en el suelo con la cabeza entre las hojas —el racimo me golpeaba en la cara al mover la rama, sentía su peso en la mejilla y, sin echar la mano, arrancaba una uva con los dientes, como haría una cabra— allí la encontré como la forma real, mentada o designada por la frase.

La frase estaba en un cuadro y mi madre repentizaba «La caravana». No pudo esperar a la tarde. Mi padre había llegado la noche anterior con la noticia de que se había inaugurado el «Café Royalty», en la calle de Santiago. Era muy moderno, muy pulcro; podían ir señoras. Una orquesta en la que había muchachas violinistas muy bien vestidas, tocaba piezas nuevas que luego vendían impresas. Había comprado una, «La caravana» para que mi madre la tocase en casa de Aurita. Pero mi madre no pudo esperar y nada más salir mi padre para la oficina llamó por la ventana del patio a una de las vecinas de al lado, las beatas enlutadas que mi padre detestaba —mi madre tenía la incapacidad congénita de detestar a nadie ni a nada—, llamó a la menos detestable, Inés, con la que había hecho amistad a causa del perro —el perro de ellas— un enorme grifón, tan feroz que siempre le tenían atado a una argolla en la pared del patio. Una tarde en que las viejas habían salido se armó una tormenta y cayó una granizada extraordinaria; el perro no tenía donde refugiarse y aullaba. Mi madre, aunque con miedo, fue a desatarle, le trajo a nuestra cocina, le secó y le dio algo de comer. Cuando las vecinas volvieron se lo llevó y desde entonces la admiraban.

El caso es que a media mañana estaba mi madre contándole a Inés por la ventana que tenía una pieza muy bonita y que si quería oírla podía pasar un rato. Mi madre puso en el atril la pieza, que tenía una cubierta con un dibujo en sepia, la caravana ondeando por la lejanía de las dunas; una palmera en primer término y arriba, entre las hojas de la palmera, en letras que imitaban los caracteres árabes, «La caravana». Las tres viejas se sentaron en el sofá a escucharla. Eran una madre y dos hijas, pero parecían todas de la misma, incalculable edad. Sabían de dónde provenía la pieza —mi madre tenía la incapacidad congénita de mentir o disimular— y suponían que no podía ser nada bueno: veían con horror que en Valladolid empezase a haber aquellas cosas, pero por cortesía escuchaban. Mi madre la acometió con todo el brío que exigía. Bueno, no era brío; era una especie de trote cochinerero que pretendía, por medio de la reiteración, dar idea de la monotonía de la interminable marcha. El ritmo era una cosa así:

Traca traca traca, Traca traca

traca, Tra, tra, tra. Traca traca
traca, Traca traca traca, Tra, tra,
tra, tra.

La pieza era irreprochable; es decir que no había en ella nada nefando. Inés se rebullía en el sofá, satisfecha como introductora y las otras dos no tenían más remedio que reconocer que, siendo la primera vez que la leía, haciendo sólo unas horas que estaba en sus manos, la ejecutaba con una soltura extraordinaria. Mi madre, no por modestia, sino por veracidad, decía que era una cosa sin importancia y que ella apenas tocaba el piano: no pasaba de poder acompañarse porque lo que ella había hecho más era cantar, ¡Ah, cantar!, dijeron, y pensaron si habría llegado al extremo de salir a las tablas, pero calcularon en seguida que se había casado tan joven que no podía haber tenido tiempo, y eso las tranquilizó.

Mientras tanto, las uvas con hojas y pámpanos: eso era lo que yo contemplaba mientras tanto. Porque yo tenía la facultad de ver, observar y contemplar al mismo tiempo, sabiendo muy bien que eran cosas diferentes. Ver, era darme cuenta de la situación, de cómo estaban colocados o repartidos objetos y personas. Del vestíbulo se pasaba a la sala: dos balcones al fondo, en la pared de la derecha, entrando, el piano; en la otra, frente a él, sofá y butacas —lo que mi abuela llamaba *todavía* el estrado; frase que mi madre consideraba una antigualla— rojo, isabelino. La media docena de sillas repartidas por los huecos que dejaban los otros muebles —bargueño, vitrina y piano—, alfombra de menudos dibujos —hoy diría persa, entonces no podía decirlo— que cubría casi todo el suelo. De la alfombra se desprendía el silencio —concepto absolutamente patasarriba, ya lo sé, pero si en efecto la alfombra absorbía o impedía los ruidos, despedía o emanaba respeto— muy difícil precisar lo activo y lo pasivo, lo negativo y lo positivo de todo aquello porque *respeto* ya llevo dicho que era una palabra reprobada por mí. Pero lo era en aquellas ocasiones en que nada pasivo o negativo era tolerable. Allí, en aquella sala, lo pasivo era una actitud, un acto, por lo tanto, que respondía a un contacto, a varios contactos: la sensación de cosa mullida bajo el pie, la luz que atravesaba los *stors* —*estores*, decíamos— custodiada lateralmente por los cortinones de felpa; el olor que venía por el pasillo a especias, a cosas succulentas que amenizaban el cocido: todas estas voces dictaban el respeto. El respeto era una diferencia perceptible y no seductora, una diferencia a la que no se quería dar acceso. Las tres viejas sentadas en el sofá quedaban como formas entre lo que se ve, pero además eran fácilmente observables. La hostilidad mezquina de su compostura, era una especie de muro de contención, o verja, o espesa red metálica detrás de la que se agitaban pequeñas bestias contrariadas, aullando silencio —no como Tigre, el grifón, lastimeramente—, aullando con los ojos, ojos cercados de negro, perrunos, pero sin nobleza ni ternura: con una triste codicia de hienas. Era fácil observarlas, ver cómo brotaba detrás de cada frase, de cada «Oh, ¿sí?» la reticente, reptante intención que no se atrevía ni a existir porque se apagaba

en seguida, temerosa, y surgía otra que no lograba durar más. Esto era lo observable. Si yo en aquel momento hubiera tenido que decir qué era lo que observaba, claro está que no habría podido decirlo, pero observarlo podía perfectamente. Encima del sofá estaba el cuadro, que ya no era cosa de observar.

No era muy grande —menos de un metro—, el marco una media caña dorada, el fondo raso blanco, amarillento. Las uvas, con hojas y pámpanos, estaban bordadas en canutillo de oro y formaban una guirnalda que partía del centro y subía por el lado izquierdo. Del mismo centro subía por el lado derecho un ramo de espigas y en medio, sin apoyarse en nada, como flotando, estaba el cáliz del que emergía la Hostia. El cuadro brillaba sobre todo aquello, personas y cosas, y era más real que todo. Sobre la seda tensa el bordado tenía tanto relieve como si fuese un verdadero ramo fundido en oro y sujeto allí por el cristal. Las espigas parecían poder ser desgranadas y el cáliz estaba realmente cincelado sobre su redondez, que la luz lateral acentuaba. La luz de la mañana, aunque atenuada por los *stors* y cortinones, venía resbalando por la pared, obstinada, hasta chocar con los realces dorados, afanándose en sacarles el bulto, en encenderles chiribitas en las estrías y volutas que formaba el canutillo —uno junto a otro, en cordón, en espiral, modelando sobre el plano todo lo curvo, lo tangible— pasando suave sobre la Hostia, una lámina de marfil, que aparecía quedando dentro del cáliz un segmento —¿estaría realmente dentro o terminaría el disco en aquella línea recta que parecía cortarle? ¿Tendría el cáliz una cavidad interior o sería macizo de puntadas, como los rellenos del bordado en blanco?—, habría querido verlo de cerca, pero incluso disimulé que lo miraba; no quise demostrar interés porque tuve miedo —mi acostumbrado escrúpulo o repugnancia— de que me hablasen de ello, de que me diesen alguna explicación. Me parecía injusto que les perteneciese: lo tenían allí como prisionero. Al menos, que no lo tocasen delante de mí.

Todo esto había ocurrido en la primavera, antes de ir a Rodilana, y luego allí, en las viñas, lo reviví un día tal vez por haber encontrado junto a mi cara una rama de la vid de forma semejante a la del cuadro. La rama se alargaba, rematada por el pámpano, como si quisiera agarrarse a algún sitio porque el aire la mecía y parecía que iba a doblarse por el peso del racimo, pero se cimbreaba con un movimiento de garra o de mano que pide apoyo. Entonces recordé que el cuadro me había parecido prisionero de las viejas, como si hubiera visto en la rama dorada el movimiento ansioso del pámpano pidiendo auxilio. Bueno, de más está decir que no pensé nada de esto: lo que sí es seguro es que viví allí, con la cabeza junto a la cepa, un éxtasis semejante al que experimenté ante el cuadro. No, semejante no; el mismo.

Volví de Rodilana rebosando salud: don Luis Moreno dio por terminada su actuación. Durante nuestra ausencia, mi padre había hecho abrir la puerta que comunicaba las dos alcobas y la más grande, la que daba a la sala, quedó para mí sola. La bombilla azul ya no era necesaria, pero yo la reclamé y la instalaron a mi cabecera. En tres meses todo había sido resuelto.

Tres meses menos cinco días. El día veinticinco nos volvimos a casa para estar en Valladolid el día de mi santo: esperaba un regalo muy especial. Regio, sería poco decir; sobrenatural, más bien. El treinta de agosto, día de santa Rosa, iba a haber un eclipse de sol total. En cuanto se anunció mi padre se había puesto a confeccionar cristales ahumados para todos. Resultaba que a la hora en que ocurriría el eclipse —a media mañana— el sol se veía mejor desde nuestro balcón que desde el de mi abuela, así que quedaron en venir a nuestra casa ella y mis tías para verlo: mi padre preparó un montón de cristalitos. Eran unos cuadriláteros dobles —el humo quedaba entre los dos cristales— sujetos por un borde de papel rojo como de dos centímetros de ancho. Cuando llegamos todavía no los tenía terminados. Había cortado tiritas de ese papel granulado que se emplea, para forrar libros y los iba engomando y adaptando al borde de los cristales: primero los dos lados más largos, y cuando estaban secos los otros dos. Todo hecho con meticulosidad, con parsimonia y evidentemente con deleite, como si con esas pequeñas obras que ejecutaba a veces demostrase sus dotes, más que regulares, para el trabajo. Pero en realidad no era demostrarlas lo que se proponía; la opinión ajena le importaba muy poco: se complacía en ejercitarlas liberadas, superfluas, exentas de toda cotización, especulación o interés y, precisamente por su gratuidad, perfectas, sin falla, sin mácula.

El alma es tan carnal, tan plástica ¿como la cera? No, la cera es inerte. El alma, si no se convulsiona enjaulada en el sueño, se estabiliza en el reposo: su masa se aquieta, se posa y queda lisa, equilibrada y homogénea hasta el momento de abrir los ojos. Acaso antes de abrir los ojos ella abre los suyos y entonces vibra. Lo que queda en ella no es una impronta grabada, es la onda producida por la piedra que cae. La Memoria y la Conciencia, diosas que se levantan vaporosas del lago, la despiertan con el timbre de su voz. El quid está en ese timbre.

Parece superfluo enrevesarlo tanto; es confesarse impotente para decirlo de un modo sencillo. Pero, bueno, ¿por qué no confesarse impotente? Enrevesarlo es inevitable cuando se conoce el revés. Se piensa en la nota primera, límpida, luminosa, y se ve al mismo tiempo que destella sobre un fondo negro y opaco. Claro que cuando destellaba no conocíamos el otro lado, pero ahora vemos que aquel brillo sólo se puede medir por su sombra.

Se trata del despertar a la esperanza o, más bien, del despertar con una esperanza que puede ser pequeña, concreta, material —la esperanza de algo que se va a obtener, o que se va a hacer, o que se va a ver— una novedad a la que nacemos. Esta idea del

nacimiento, que tal dimensión alcanza en mi mente, es la que me ha llevado a enrevesarlo porque ello es igual —es su idéntico contrario— en número y grado de contusión al despertar a la desesperanza, a la muerte —que puede, ser, simplemente, el desengaño, la muerte de la cosa querida que nuestra voluntad tenía abrazada— y es muy fácil realizar ahora este despertar a la muerte: para realizar mentalmente el otro hace falta un gran esfuerzo. El alma, tan carnal, despierta a la vida con la orden de respirar, y éste es el brillo; o despierta a la muerte con la noticia de que ya no hay de qué porque no se puede respirar el acabóse. Y con todo esto no consigo más que una evocación pobrísima de aquel despertar al día extraordinario, al día en que los cielos habían prometido una conjunción infrecuente.

El día destelló al abrir los ojos: ése fue el momento glorioso. Luego empezó la actividad; vinieron todos, abuela, tías y tío. Nuestra casa tenía la situación ideal y empezaron las explicaciones, la observación del fenómeno, la asignación de puestos —aquí, no, mejor aquí. Faltan dos minutos, falta un minuto: ya empezó—: luego hubo otro momento de concentración interior, que quedó atropellado y como borrado por las charlas, los comentarios y las despedidas, por último. Fue el segundo tiempo —grave, lento, majestuoso— el que quedó en el humo, aprisionado por los dos cristales.

Los cristalitos quedaron en la estantería del cuarto que daba al comedor: no se tiraron nunca, aunque se sabía que no volverían a utilizarse, pero estaban allí y con ellos —o en ellos— estaba el eclipse. Yo los había utilizado como los demás; había ido viendo el progreso de la sombra sobre el sol, pero en cuanto estuvo avanzando dejé de mirar por el cristal: empecé a mirar a la tierra, tal como estaba.

Mi calle —frente por frente a mi casa, una más antigua donde había, creo, un colegio de chicos mayores—. A su izquierda, la tapia del jardín que le pertenecía y a la que se asomaban algunas ramas de árboles —mi calle era lo que yo miraba al cumplirse el eclipse: mi mundo de todos los días, sin el sol. No sin sol: sin *el* sol. Durante el invierno era hartamente frecuente la oscuridad, el cielo gris plomo, pero esto era otra cosa: era un desamparo, semejante a un abandono. Los cristalitos, a mi alcance en la tercera tabla de la estantería, me ayudaban en cualquier momento a poner en pie mi sensación —o sentimiento— en todo su espesor. Había, primero, el movimiento simpático de alargar la mano y tocar el borde del papel granuloso; luego mirar a través del vidrio ahumado la habitación y el patio, lleno de luz, que tomaban un color sepia o ámbar tostado. En algunos puntos el humo había quedado más espeso y resultaba casi impenetrable, en otros se disolvía en una nubecita más clara y por ésos se podía ver todo con aquel color entredorado. Pero los dejaba pronto en su sitio porque no eran más que un objeto que provocaba un recuerdo y al mismo tiempo lo destruía. En fin, no cumplía su promesa. Yo venía pensando en otra cosa, entraba en el cuarto a coger un libro de la estantería y veía los cristalitos: el eclipse, el día del

eclipse brotaba en mi memoria y, de un modo maquinal, ejecutaba el movimiento que parecía ser continuable, pero no lo era. Mirar las cosas a través del humo era un juego trivial, no pasaba de alterar la visión matinal acostumbrada con el tono de ámbar tostado que encuadraba el rectángulo de vidrio. Lo otro, la palidez, la desolación no aparecía. Entonces trataba de evocarla con un esfuerzo de la voluntad, y a veces conseguía no precisamente contemplarla, sino examinarla. Examinarla, en esos momentos en que la evocaba voluntariamente porque ella aparecía otras veces sin mi propósito y entonces tenía todo su poder. Entonces era igual que cuando realmente había sido; de modo que, cuando por medio de un gran esfuerzo de memoria, lograba reproducirla, era para tener una cierta seguridad respecto al lugar que ocupaba entre mis posesiones mentales. El lugar era el último —en sentido ascendente—, era el *non plus ultra* o más bien el *finisterre*. Eso es lo que era; ésa era mi definición que, por supuesto, no se formulaba con palabras. Ni con estas palabras lapidarias, ni con otras cualesquiera, simples o inocentes: se formulaba con un silencio, con una mudez de la mente parada al borde de aquello. Y esa mudez *decía* claramente que aquello era lo último y lo máximo. Con estos adjetivos establecía términos de comparación. Yo tenía clasificados mis temas de horror y no sólo por su intensidad, sino por su calidad misma. Clasificación que, de más está decirlo, no se formulaba, pero se realizaba al ocupar cada uno de ellos el lugar que le correspondía. Esto había tenido una importancia grande y una evidencia palpable en la época de los sueños.

Cuando yo me pertrechaba de padrenuestros para no soñar con esto, ni con aquello, ni con lo de más allá, los temas acudían con su importancia visible y con su secreto —su tono o su tonada, más bien— palpable. Unos eran el terror, sin más; como, por ejemplo, el fuego y las fieras; otros eran los hechos sangrientos, del pasado o del presente, daba lo mismo en la omnipotencia del sueño. A uno de esos hechos, la Revolución francesa, se le llamaba «la Época del terror», pero el terror que a mí me producía no era como el del fuego o cualquier otro elemento destructor; se mezclaba a ello un sentimiento —en su estricto sentido sentimental—, algo de carácter humano, el dolor que unos hombres infligen a otros —los mártires, los gladiadores, los esclavos— y no brotó nunca en mi mente la reflexión sobre la justicia o injusticia de estos hechos, sino únicamente sobre el dolor de un hombre ante otro, en ese acto, fusilamiento, ejecución en cualquier otra forma, desafío, lucha cruenta. Y no brotaba ninguna reflexión porque sólo me detenía a contemplar el hecho. No es que me detenía, es que me paralizaba el hecho mismo, el acto, más bien. El movimiento y la mirada que se cruzan, que se cambian, en una especie de despedida el ejecutor y la víctima. Con la excepción del desafío; eso me causaba una perplejidad que tenía algo de fascinación.

Escenas, como siempre, imágenes. Un bosque al amanecer y un hombre frente a otro —¿Felipe Derblay? Tal vez— vestidos de negro, esbeltos, afrontándose con ímpetu, apuntándose en un acuerdo, con una correspondencia sólo semejante a una escena amorosa. Y la horrible contradicción era lo que me resultaba insoportable

porque yo detestaba a la muerte. Yo podía comprender la lucha y el deseo de matar a otro, que no quiere morir, sino también matar. Es una situación como un juego o una pugna: es dramática y, aunque horrible y dolorosa, la atención no la rehúye, al contrario, asiste a ella —al uno o al otro—, la juzga, la mide, prevé el triunfo o la derrota. En el desafío la cosa es muy diferente. Bien, la cosa era muy diferente porque no estoy hablando del desafío tal como hoy día —yo o cualquiera— pueda juzgarlo; estoy hablando de aquella imagen, dos hombres, uno frente a otro, que van a *darse muerte*. Esta frase me parecía equívoca hasta la obscenidad, ¡quién podría atreverse a pronunciarla, a designar como donación lo que es la mayor usurpación!

Bueno, no hay medio de expresar la sencillez de lo que se ve con los ojos, sin pensar, pero que por haberlo visto se piensa luego interminablemente, irrefrenablemente. En eso culminaba el horror del *sentimiento*: un hombre frente a otro cruzando, no las espadas, sino las miradas y yo fuera: mi mirada, a la que ellos son ajenos, siguiendo su pasión con mi compasión. No sé cuántas veces cayó la tarde mientras yo asistía a ese duelo. Después de esto, todavía un grado más en el sentimiento, sentimental y apenas sensible porque no tenía un punto de apoyo en la realidad; es decir, que no lo había provocado ninguna amenaza o peligro. Ninguna circunstancia de nuestra vida podía lógicamente haberme atemorizado y, sin embargo, me abismaba en el terror de la muerte —nunca de la mía—, en la consideración —no meditación—, o escrutinio de la muerte y su resultante, la separación. Eso era lo más terrible en el mundo de los sueños, en su infinita posibilidad, donde sin duda alguna vez se había presentado. Eso es seguro; recuerdo sueños tan literarios que parecen inventados —no lo son, en absoluto: son harto auténticos—, pero no recuerdo ningún sueño en relación con la muerte de mis padres. Sin embargo, el sueño debió de existir porque recuerdo muy bien la súplica apremiante, la más sustentada y reforzada por incontables padrenuestros, no soñar con la muerte de mis padres, luego sabía lo que era. Era el clima del horror absoluto y directo, propio, el que podía tocarme a mí, en lo mío. Más allá de esto sólo había otra cosa que ya no era mía especialmente, pero que me afectaba, me dejaba —no sé dónde— sin resignación ni consuelo.

No puedo saber de dónde provenía el terror de las fieras y su frecuente aparición en mis sueños. Lo más raro es que, en la vigilia, la imagen de las fieras era siempre simpática, seductora más bien, reducida o limitada a su belleza. Los juegos o divagaciones sobre cacerías siempre eran triunfales y carecían en absoluto del elemento peligro. Cuando aparecían en el sueño las fieras —casi siempre leones—, el peligro era lo único patente: nada de aventura, ninguna posibilidad de salvación, escapar, sortear a la fiera o llegar a una solución absurda e inconcreta —concreta y lógica en el sueño de la pastorcita— en la que las fieras pasaban y se alejaba el peligro. Este sueño, que ha seguido repitiéndose durante toda mi vida tal vez delata, en mis primeros años tan hondamente religiosos, una idea de la muerte desoladoramente material, un sentimiento de la muerte total. Porque, como acabo de

decir, cuando pensaba con horror en la muerte, nunca pensaba en la mía. Odiaba a la muerte porque podía quitarme algo querido y dejarme a mí en vida, sin ello.

Era en vida donde, cuando y como yo trataba de vivir lo sobrenatural, la unión. Aquellas ráfagas que intermitentemente me arrebataban, sin ninguna idea clara, no eran más que pedir a gritos una respuesta: siempre aquí y ahora. No puedo deducir de esto que no pensase o creyese en la vida eterna. Creía y pensaba, pero dudaba. Dudaba con una angustia tan grande como mi amor por lo que quería afirmar. Y tal vez la forma irracional que tomaba mi duda —independiente de la duda lúcida en el insomnio, con invocaciones y provocaciones— no fuese más que como el terror de la liebre, de la rana, de la más vulnerable de las criaturas que sabe que puede ser comida. Sí, hoy, desde aquí, veo que la fiera era la muerte; era la acechante, la que de pronto aparece y o nos come o pasa.

El terror del fuego no era lo mismo: era más bien la evidencia del sufrimiento, del lamento, del grito de socorro porque del fuego no sabía más que la irrupción en la noche de la bomba de incendios con su ruido, su campana, su derecho a despertar, a llamar a todos. Y claro está que en el sueño el peligro era mío, la alarma se producía alrededor de mi casa y se aproximaba tanto como para hacerme despertar de la crispación inaguantable. Pero aunque no tenía la sensación real que se tiene de un hecho en la vigilia, tenía el resultado de mi reflexionar sobre ello. Pasaban los bomberos y me decían: «No te asustes, el fuego no puede llegar aquí; es muy lejos». Y les oía alejarse y no me asustaba, pero sabía que lejos, en cualquier otro punto de la ciudad estaban gritando, sufriendo, muriendo. Y no era posible calcular la extensión de aquello, tal vez envolviese toda la ciudad: quién sabe cómo estaría al día siguiente. El horror, extenso en esa forma, tenía carácter de error; de cosa que no debía haber sido y que podía no haber sido: su causa, tal vez una distracción. ¿Cómo deshacerlo? ¿Cómo volver atrás y no cometer el descuido? Esta perplejidad respecto a la chispa originaria la sentía también ante el otro horror, aquel que llamaban el *Terror*. Un día creí entreverlo muy cerca de casa.

Salí con mi tía Eloísa; íbamos hacia el centro y en la esquina nos paró un señor desconocido. Sin el menor preámbulo le preguntó a mi tía:

—¿Va usted hacia el Campo Grande, señorita?

—Sí, dijo mi tía.

—Pues no vaya: hay tiroteo. Se han sublevado los obreros sin trabajo y los guardias les han sentado el pelo.

Nos volvimos a casa de mi abuela. Allí, al ver mi cara de consternación, me dijeron lo mismo que sobre el fuego: «No te asustes; por aquí no pasa nada, el tiroteo es muy lejos». Pero en mi consternación lo que más contaba no era la proximidad, no temía que el tiroteo —el sufrimiento, la muerte— se extendiesen hasta nuestro barrio, temía o más bien sabía que eran posibles en todas partes. Aquello era el tiroteo de los guardias contra los obreros sin trabajo; y éstos ¿dónde estaban?, ¿cómo eran? ¿Por qué ocurría entre ellos eso que se llama sublevación y que no era lo que vulgarmente

se llama un delito? ¿Cómo iban vestidos? ¿Qué actitudes tomaban? ¿Se veía la nobleza, o el valor, o la pasión en alguno de ellos? Y ayer, antes de empezar el tiroteo, ¿no se les notaría nada? ¿Podría terminar todo en un momento o duraría toda una época? ¿Se le llamaría a ésta, de ahora en adelante. Época del Terror? Yo no veía clara la actitud de mi familia. Veía que lamentaban el hecho, pero lo respetaban, como si fuese algo que en su fondo, en cierto modo, fuese digno. Si no me daban explicaciones era, como siempre, por alejar mi mente de todo lo trágico, pero no lo conseguían porque algo más envolvente, lo enigmático, flotaba sobre todo ello. De nada servía que las miradas —una ronda de miradas— corriesen de unos en otros ordenando silencio. Me miraban a mí y los ojos de todos hacían algo que era como un recoger velas, un cambiar de rumbo. ¡Silencio!, a otra cosa. Y si yo me empeñaba en preguntar era inútil: «Nada, nada, son cosas que suceden; ya debe de haber pasado. No pienses más en ello». Pero yo pensaba porque sabía que lo de nada, nada, era falso: mi abuela había suspirado y exclamado: «¡Quiera Dios!»... Se había tragado la mitad de la frase, pero ya era bastante con eso porque eso no era lo enigmático, sino lo seguro. Había un drama, por el que mi abuela suspiraba y rogaba a Dios. Lo que me intrigaba y me irritaba, porque nada podía irritarme más que el no comprender, era lo que aquel señor había dicho en la calle. Un desconocido, parándonos con una autoridad incontestable, y en medio de su seriedad cierta sorna en su última frase: «les han sentado el pelo». Esto era una muralla, detrás había un mundo que yo no lograba penetrar.

Pero esto no es todo, no, porque es cierto que me irritaba no comprender, pero, a veces, de algo que no comprendía dimanaba una angustia que era como la ofuscación que produce una luz demasiado fuerte o el atontamiento que causa un estampido que hiere el tímpano. La angustia era una especie de asfixia de la mente, ante —o bajo o sobre— tanto comprender. Porque la canción más enigmática, trágica y bochornosa era aquella de

Una niña, una niña, una niña que lavaba,
que lavaba, que lavaba, que lavaba en los Vadillos
como estaba, como estaba, como estaba agachadita
la picó un grillo, la picó un grillo, la picó un grillo.

Esta cantinela, machacona era melancólica y descriptiva como un largo relato. Luego venía un estribillo que irrumpía marcial, arrollador:

Ya la llevan a la ciudadela,
ya la llevan al campo a matar.
Los valientes soldados decían,
¡Viva, viva nuestro general!

¡Inaudito! No hay nada más pavoroso que lo insensato. Tal vez la copla y el estribillo no se correspondiesen, pero se unieron una vez para que los oyese yo y quedara ofuscada, deslumbrada del horror. Mi conciencia, haciendo por guardar el equilibrio, se preguntaba: ¿Por qué, por qué? ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Por qué esas cosas son así? —sintiendo la evidencia de que así eran— y la respuesta subía a mi garganta como una oleada de angustia: lo *irrevocable*, ya *no sirve*, hay que *matarlo*, no tiene *remedio*... Historias de perros rabiosos. Un hombre atado con una cuerda muy larga, al que llevan entre dos —sus hijos— por los extremos, a distancia, sosteniéndole en medio porque le había mordido un perro rabioso y ya no tenía arreglo.

Estos eran conflictos reales —para mí, tan real como el tiroteo y el perro rabioso, era la canción—, eran como las heces del mundo, como los posos amargos que yacían en el fondo de la deliciosa vida. Tal vez por tener la certeza de que ese fondo trágico existía realmente, no sentía gran curiosidad por conocer lo execrable o lo abyecto en los libros. Mis padres tenían su biblioteca secreta. Bueno, no era secreta, sino sólo prohibida para mí. La prohibición estaba reforzada por una explicación somera de lo que contenía. Dos series de cuadernos, las «Aventuras de Louis de Rougemont» y las de «Rocambole». Mi madre me había dicho: «Esto no debes leerlo», y yo no lo leía. A mi pregunta: ¿Por qué?, me había respondido: «Porque son unas cosas de salvajes, que sacrifican a las gentes, y otros crímenes repugnantes». Me propuse no leerlo, sabiendo que de las conversaciones de mis padres obtendría suficiente información. Frecuentemente hablaban entre ellos de sus lecturas, unas veces delante de mí, dejándome participar de sus comentarios; otras un poco entre dientes, cuando creían que yo estaba en otra cosa. Y yo podía estar en otra cosa intrincada, pero no se me escapaba una sílaba de lo que ellos hablaban. Así, pude enterarme de que las mujeres indígenas de aquel país por donde andaba Louis de Rougemont, cuando iban a tener un niño contra la voluntad de sus maridos, éste les pateaba la barriga y el niño sucumbía. También supe que en las hazañas de Rocambole, para deshacerse de un niño, alguien le clavaba un alfiler en el cerebro, por entre la primera vértebra. Sencillamente repugnante la muerte de esos seres apenas vivos. Otra cosa me alejaba también de los cuadernos, la pereza ante el largo tiempo que me llevaría su lectura. Suponía que cuando mis padres los leyesen pasarían de prisa por todo ello y guardarían sólo una especie de esbozo, algo como esos dibujos de Goya —pensaba en los de Goya porque los detestaba— hechos de trazos rápidos y brutales. Pero yo, si hubiera intentado leerlos, habría respirado durante horas su olor repugnante.

Los cuadernos prohibidos estaban en la segunda tabla de la estantería, al alcance de mi mano; lo único que los guardaba era la somera explicación de su contenido. También la pereza y también y principalmente la presencia de otros temas

encantadores, con ilustraciones coloreadas: «Matilde y Malee Adel», «Atala» y otros que no recuerdo porque sus ilustraciones no eran tan sugestivas, pero sé que allí había Víctor Hugo, Walter Scott, Dumas, y además otros cuadernos. Estos no sólo no eran prohibidos, sino que estaban reservados para mí. Mi madre me leía algunos de cuando en cuando y yo podía ver los grabados incansablemente. También la pereza invencible me impedía acometer la larga travesía de su lectura, pero los grabados me anticipaban todo o, mejor dicho, me[^] daban lo que yo entonces podía captar y saborear.

Los grabados aquellos, hoy día han sido tan glorificados que resulta superfluo describirlos y parece una adhesión demasiado voluntaria a determinada estética recalcar su influencia, su arraigo y decisivo dominio de mi mente. Sin embargo, quiero recalcarlo hasta el máximo porque lo que *significan* —en toda la extensión heideggeriana del término— es exactamente *lo que se ha dicho* de ellos. Lo que dijo André Bretón en el Manifiesto Surrealista no era sólo sobre estos grabados, pero en aquel momento subieron a la superficie desde los abismos cordiales de una o dos generaciones. Porque se trataba de eso, de la primera elección, de la que nos obliga a imperecedera fidelidad porque es una real y verdadera cadena.

Los grabados llenaban mi mundo con su *significación* porque eran *signos* del mundo que iba a venir y porque su seducción era un *designio* inescusable, que me lanzaba por una determinada ruta. Es cierto que los grabados iban acompañados de largas explicaciones de mi madre: ella me hacía accesible la parte que yo no habría podido penetrar: la mágica anticipación de Julio Verne.

Mi madre, que se creía afecta a Rousseau y su «Emilio», tenía, sin embargo, una fe ciega en la ciencia —también mi padre, que ignoraba a Rousseau—, río había quedado en ella ni rastros del estúpido escepticismo respecto al poder del hombre. Mis padres adoraban los nuevos juguetes de la ciencia, como niños, como yo misma. La instalación de una bombilla eléctrica, de un conmutador, era algo que se hacía con atención y pulcritud rituales. Del teléfono, del gramófono, del cinematógrafo se hablaba con unción.

Había en los cuadernos de Julio Verne algunos que me sobrepasaban. «Robur, el conquistador», por ejemplo, con su larga pugna entre los partidarios del aerostato más pesado que el aire y los del más ligero que el aire. Mi madre me explicaba la cuestión y yo veía a aquellos caballeros de levita y chistera discutiendo con violencia, con pasión más bien, porque el clima de todo ello era amoroso. Aquellos caballeros estaban enamorados de una musa, de un hada o hechicera cuyo rostro no habían visto. Desde una borrascosa fe medieval venía esa adoración a la Desconocida, que ahora en la ciencia empezaba a conceder favores. Aquellos caballeros, cerca ya de poseerla, le tendían lazos o le fabricaban lechos donde ella se daría, al fin, entre hélices, cables sutilísimos, retortas, formas pulquérrimas de vidrio o de metal.

El eros científico que rebosaba en aquella hora genesíaca accedía a veces a una forma que se podría llamar mixta: en algunas historias el enigma científico se aliaba a una pasión humana, tal, por ejemplo, «El castillo de los Cárpatos». ¿Conjunción impura? ¿Concesión al interés novelesco? Para mí, pista, camino cierto hacia la verdad. Para mí, era necesario que sobre el zarzal de números, de cálculos, de instrumentos, de materias incorruptibles o fluidas, o energéticas, se derramase la ternura humana, la pasión, la voluptuosidad. Esto, para mí, era el indicio de su verdad porque, por aquello que se dilucidaba ahora, siglos antes ya algunos habían dado la vida, y sólo es concebible dar la vida por amor. En fin, si eso era o no era amor no es cosa cuestionable; todas las características, todos los elementos y móviles del amor allí estaban. Estaba el impulso Anhelante —ardor y tensión— hacia el misterioso, hermético elemento que se trata de poseer, de penetrar en su integridad virgen, para crear o engendrar en ella el nuevo ser, el que todavía no es, pero va a ser, va a surgir de la conjunción de la mente de un hombre con la verdad, que duerme en su potencia, esperando el germen.

De más está decir que así no lo pensé nunca, pero lo cierto —lo más que cierto, evidente y real— es que todo esto yo lo veía en la actitud de un caballero que señalaba con el índice en un plano extendido sobre la mesa, mientras que otros dos junto a él cuchicheaban escépticos, inclinándose uno hacia otro, y tres al lado contrario atendían boquiabiertos, sin atreverse a asentir ni a negar. Yo veía que entre aquellos hombres congregados alrededor de un papel había un vínculo de pugna y de armonía, yo vivía en aquellas escenas un clima platónico —el nombre de Platón todavía no había sonado para mí—, pronto daría un paso hacia él, pero no lo sabía —no sabía nada: lo veía todo— un clima, un lazo, un culto, un amor, en fin. Esto, cuando se trataba de caballeros enchisterados. Luego, el amor del conde melancólico, que ha perdido a su adorada y que de pronto ve surgir su fantasma en el torreón del castillo y oye la voz inimitable, la auténtica voz que cree desaparecida de la tierra.

Aquí, el elemento científico, el misterio, va en la compañía degradante de la artimaña. El invento, desconocido aún, del aparato que reproduce la voz, el fantasma creado por espejismo, estaba en manos de los malvados, de los enemigos del conde. En esto había una profanación sublevante: las cosas admirables, adorables, podían caer en manos de los malvados. Los infames podían reproducir la imagen blanca, luminosa, sobre el torreón, tendiendo las manos al conde. Era terrible imaginar que él la veía y que, sin embargo, no estaba allí, no existía, era sólo luz. El grabado era de una fuerza sugestiva indecible; era nocturno, tenebroso, y a lo lejos resplandecía la mujer de luz. La figurita blanca, en la tiniebla del torreón, era tan fascinadora como la mariposa luminosa que iniciaba las sesiones de cine. Bueno, la fascinación del cine no era comparable con nada. Todo en el cine era fascinador, ya desde sus parvulares heraldos, el zotrope, la linterna mágica. La linterna mágica asumía el lado estético: la belleza de los colores resplandeciendo en la oscuridad. El zotrope se limitaba al movimiento y por medio de éste nos hacía percatar, al máximo, de la función. Yo

tenía para mi zotropo muchas tiras de papel con dibujos dinámicos: caballos que corrían, galgos que cazaban la liebre, pero el más conturbador era uno que representaba un diablo verde que perseguía a una especie de murciélago amarillento. Los dos iban volando, uno detrás de otro y el más grande alcanzaba al pequeño y se lo comía. Abría una boca enorme y se lo iba tragando; se plegaban las alas del bicho y todo él entraba por la boca del diablo. Luego se podía hacer girar el zotropo en sentido contrario y lo vomitaba. No sé cuál de las dos cosas era más horrible, pero las dos obligaban a mirar, a ver cómo se producía aquello, como cuando se ve defecar a un caballo, que no se puede menos de mirar porque salta a la vista la función del órgano.

Eso era el zotropo, eso ha sido la imagen en movimiento, aprendizaje de la función —documentales del émbolo o del beso todavía no se habían hecho—, la mano con el puñal se levanta, luego baja y le clava en la garganta de la víctima. También en la linterna mágica había un cazador que levantaba el puñal sobre la garganta del oso, pero no lo bajaba, permanecían los dos en aquella actitud, en la umbría del bosque. Todo era verde oscuro, verde musgo alrededor de ellos y la boca del oso era roja, abierta sobre el cazador. El bosque estaba también en torno a la Bella Durmiente, a Caperucita Roja; siempre el bosque en el cuadrado luminoso proyectado sobre un mantel en el cuarto ropero. Pero aquello quedó sepultado durante mucho tiempo, durante años. Y quedó sepultado, precisamente, por haber sido delatado en una forma innoble.

Volvíamos mi madre y yo de casa de Aurita; la tarde había sido deliciosa. Llegamos a casa de mi abuela y empezamos a contar. Estaba allí mi tía Guadalupe, que no venía con frecuencia, pero aquel día estaba allí y mi madre empezó a contar que habíamos pasado la tarde en casa de las de Lacort: habíamos merendado, cantado y tocado el piano. Eso, ella y las chicas, pero yo había tenido una tarde extraordinaria: a Jaimecito acababan de regalarle una linterna mágica, la tenía armada en el ropero y había estado enseñándome todas las vistas. ¡Oh, qué bien!, dijo mi abuela. ¿Te gustó mucho? Yo empecé a contar pormenores; cómo era la linterna, cómo estaba instalada. El mantel estaba clavado con chinchas en un armario, el flexible venía por debajo de la puerta y para que no entrase ni un hilo de luz, Jaimecito había puesto una alfombra enrollada contra la rendija. Mi abuela y mis tías escuchaban, encantadas: mi tía Guadalupe movió la cabeza de un modo raro y negativo. Dijo, dirigiéndose a mi madre y sin velar el tema, sin preocuparse de que yo entendiese o no: «Haces muy mal en consentir que la niña se pase la tarde encerrada en un cuarto con un chico». Consternación general. Se estableció un diálogo entre las dos, en el que mi madre trató de convencerla, por su sistema persuasivo y didáctico, de que no había ningún mal en ello. Pero mi atención estaba empleada en contemplar el odio y la cólera que centelleaban en los ojos de mi abuela y mis tías. Cuando se fue estallaron. ¡Estas beatas no piensan más que cosas asquerosas!, etc. Duró mucho el comentario y cuando llegó mi padre se lo contaron, con todo lujo de detalles.

¿Comprendía yo o no comprendía de qué se trataba? No puedo asegurarlo. Creo que sólo veía que lo que sostenía mi madre correspondía a la realidad del hecho. También correspondían ciertos incisos de mi abuela, que siempre que hablaba de los chicos de Lacort se extendía en comentarios de su belleza. «De pequeñitos llamaban la atención, decía. Aurita y Jaimecín eran como ángeles». Esto también concordaba. Jaimecito doce o trece años; me doblaba la edad, era muy alto, rubio. En algunos momentos, al cambiar la placa de vidrio, se escapaba un rayo del interior de la linterna: una lanza de luz que salía de su encierro —la gran lámpara estaba allí dentro como concentrada en sí misma— y pasaba por la cabeza de Jaimecito. Cuando él lo tapaba con la mano, sus dedos se transparentaban y se ponían rojos, de un rojo semejante al de las guindas en aguardiente. Esto lo recordaba yo después, tratando de hacerme una idea de cómo resultaríamos los dos allí, en aquel cuarto oscuro. Muchas veces, más tarde, junto a la estantería, yo evocaba la escena, confrontándola con algún grabado en el que dos caballeros estudiaban el foco de un proyector. Así habíamos estado, con aquella convergencia de miradas y de atención. Habíamos estado atentos, unánimes, unidos en una armonía platónica. Yo, ¿cómo sería yo, si alguna de las lanzas de luz me hubiera pasado por la cara? No podía imaginarlo y no me esforzaba en ello porque yo, allí, quería haber sido como uno de aquellos caballeros, y sabía que no lo era. La realidad, como siempre, una niña lista, y dentro una verdad desmesurada que no logra hacerse real. Pero, en fin, aquello había sido: lo anunciado en los libros empezaba a presentarse en la vida, con diferente aspecto, pero con el mismo sentido. Yo, además, tenía una disposición especial para unir cosas y para encontrar un deleite indecible en los detalles externos o aparentemente insignificantes.

Los grabados me encantaban no sólo por sus imágenes y sus temas, su ambiente y su acierto estético, sino por su calidad —manufactura, podría decir—, lograda con pelitos negrísimos, revueltos o rigurosamente alineados. Principalmente los que representaban la figura humana; un muslo, un torso de marinero en el que no había ángulos, sino curvo relieve de violento claroscuro, y todo ello estaba conseguido con líneas paralelas, como si el buril, en vez de herir la plancha llana, se hubiese ceñido al fuste de una columna, a un brazo, a un cuello. Pero lo más delicioso —voluptuoso— era ver cómo la sombra se espesaba por medio de aquellas rayitas paralelas, que se cruzaban con las anteriores y formaban con ellas una retícula finísima y sin falla. Se espesaban gradualmente hacia la parte oscura, pero sin formar nunca una tinta compacta, y se podía perseguir la disminución de los rombos, casi invisibles, en su rigor, hasta que parecían ocultos por el volumen que representaban. El deleite de esta regularidad geométrica tenía, además, sabor y olor: Los tenía por asociación, naturalmente, pero tan íntima que suscitarnos era obtenerlos.

Esa regularidad deleitosa estaba en algunas formas naturales, en la semilla del girasol, principalmente, y también en la dalia. Pero ¿qué puede uno decir de un sabor y un olor? Estaban unidos a esas dos formas y en ellas las rayitas no eran paralelas,

sino divergentes: partían del centro y se separaban poco a poco, al ir engrosando las pepitas o los pétalos. El girasol, siempre me había quedado con ganas de tenerlo cuando le había visto asomar por la tapia de alguna huerta, pero en Rodilana logró tener uno enorme. La semilla sola, como un pan; ya había perdido los pétalos y se curvaba por los bordes porque las pepitas eran allí tan grandes que no cabían en sus celdillas. Las del centro eran pequeñas y la fila que formaban —no son ovaladas, como parecen, sino más bien prismáticas— adaptándose una a otra por sus lados planos, trazaba radios curvos, que parecían correr, girar dinámicos, llenando toda la gran torta tostada por el sol. El olor era bravío y denso, fragante, apetitoso; parecía ofrecer su madurez, podía ser comido. No así el de la dalia. La misma forma, el mismo sistema de radios curvos dibujados por los pétalos como capiruchetes que en su base, por la presión de unos contra otros, son también prismáticos. El olor de la dalia no es tentador, a nadie se le ocurre meter la nariz en ella —conmovedor, sin embargo, por su parentesco con el del ciprés—. La regularidad con que se desenvuelven hasta formar casi una bola es reposante, inspira confianza porque se ve que no es una cosa que se haya hecho poco a poco, con enmiendas o correcciones, sino que ha brotado de golpe, segura, desde la pequeñez de la semilla, y que su explosión podía no haberse contenido allí, sino que podría haber llenado el mundo, el universo. En eso estaba su poder fascinador. Había, en fin, en ella uno de esos maridajes que me encantaban: la geometría y la vida, la ciencia y el amor, la belleza y la piedad, todo junto. Y no sólo junto, unido, encerrado en un cuarto oscuro o en torno a una mesa de trabajo con un plano extendido, o convergiendo sobre un microscopio, o atalayando con un catalejo. Y siempre figuras nobles, caballeros —las damas aparecían pocas veces, con cinturas de avispa y *polisson*. Bellas, sólo en «El castillo de los Cárpatos», amantes, sólo en «Miguel Strogof»—, caballeros que tienen grabada su filiación heroica en la veracidad de su gesto, en su auténtica entrega a la musa, por la que pueden dar la vida.

Bueno, sí, había otro maridaje en el que aparecía la figura femenina con todas sus gracias: el órgano de tallas policromadas a la entrada del Cine Pradera. El cine, antes de inaugurarse ya era esperado por nosotros con ansiedad. Ya me habían explicado en qué consistía, cómo había surgido en Francia y se había extendido por otros países, y todo lo que se podía esperar de él cuando adquiriese mayor perfección. De antemano sabía que lo que iba a ver era poca cosa, tal vez sólo un hombre corriendo detrás de otro, o tal vez un caballo, pero eso era ya maravilloso porque no era, como en el zotropo, un dibujo más o menos torpe, sino una fotografía de la realidad; los que corriesen eran hombres o caballos verdaderos. Y al fin se inauguró el Cine Pradera y fuimos los tres. Las luces se veían desde la calle de Santiago y se oía la música. Llegamos frente al órgano: los focos, los arcos voltaicos zumbando como insectos derramaban luz. Pero su derramar no era catarata, sino quietud resplandeciente que envolvía las figuras del órgano exaltando, sublimando los rosas, los azules, los oros de las tallas. La luz parecía resonar en los címbalos, en las campanillas escalonadas

que sostenía dos pajes, uno a cada lado, haciéndolas vibrar al mismo tiempo que movían la cabeza para mirar a la dama que, en medio, radiante de majestad, llevaba la batuta —más bien, varita mágica— y regía la melodía animadora, con algo de marcha, pero no militar, sino juvenil: una música que decía solamente: «¡Vamos allá!» La dama tenía una túnica que apenas se sostenía en sus hombros y que, rasgada y bordeada de oro, dejaba ver toda la pierna, avanzando en un movimiento de infinita levedad. También ella movía la cabeza a un lado y a otro, como respondiendo a la atención prestada por sus pajes, como vigilándoles y dictándoles su ritmo. Alrededor, columnas salomónicas, volutas, floripondios de colores brillantes y claros, como licores celestiales.

Permanecimos allí unos minutos hasta que terminó la sesión: había que esperar a que se encendiesen las luces para tomar buen sitio, y al fin entramos. Dentro todo era simple y pobre, bancos de madera, techo de lona como una tienda de campaña, y en seguida la oscuridad envolvente, cobijadora, encauzadora de la atención con fuerza magnética; ordenando como un índice de luz —de espíritu—. «¡Mirad allí, siempre allí, sólo allí!» Y allí surgía el caballo al galope y el hombre perseguido y el perseguidor. Y todo ello era tan deslumbrante como los colores celestiales, pero en blanco y negro furiosos. Las figuras tenían un aire de familia con las de los grabados, pero en éstas no se veía la retícula formada por el buril: eran de luz y sombra, la sombra de los cuerpos perseguidos por el foco, que va buscándolos.

Salimos embriagados: los tres éramos, por naturaleza, inmunes a la decepción. Encontrar la realidad de lo esperado era como gritar ¡tierra! En alta mar, como arrojarse en unos brazos que ya no son sueño. Ahora ya podíamos hablar de ello como de algo tangible para la inteligencia, esperar sus cambios, su progreso. Además, suponíamos que en Madrid sería mejor; habrían ya llegado las cosas más perfectas que se hiciesen en Francia y esto aumentaba la ambición vaga —casi quimérica— de ir a Madrid: las cartas de mis tías hablando de grandes novedades. Pero ese viaje, en el caso improbable de que llegara a ser, no sería como la ida a Rodilana, una mañana de sol por la llanura: sería muchas horas de tren, tal vez toda la noche. De Valladolid a Madrid había túneles; algo más oscuro aún que la noche. Allí, junto a la estantería, sentada en mi sillita baja, buscaba en los cuadernos un grabado que representaba eso, una noche de viaje. El vagón bien cerrado, nada a través de los vidrios: oscuridad. Sólo arriba, junto al techo, una lucecita que iluminaba a la madre sentada en el rincón; una capotita puesta, sujeta bajo la barbilla por un velo y apoyada la cabeza en una pequeña almohada. Un niño dormido en su falda y tendida en el asiento otra niña mayor, no enteramente horizontal, sino recostada en su madre; la cabeza en su pecho y como cobijada por el brazo con que ella la rodea. Una manta escocesa la envuelve y cae un poco del asiento hasta cubrir los pies de la madre. En la red, sombrereras y maletines; adornos tallados en las maderas del vagón, asiento y respaldo *capitonés*. Un viaje así, confortable y seguro, en un rinconcito encantador y llevando uno consigo todas las cosas queridas, no sé por qué puede tener, sin

embargo, clima de aventura. El peligro de un choque, de un descarrilamiento: el peligro que está en todas partes, más oscuro que la oscuridad. Pero seductor, porque no sólo el viaje confortable, con coche *capitoné*: la *roulotte* de César Cascabel en medio de la nieve, asaltada por los lobos también es seductora. Y el peligro allí es patente; los lobos son manada, negros sobre la nieve, atacando seguros por saberse numerosos. La defensa es encarnizada y cruel, asoman por los ventanillos cañones de armas, pero una ventana se abre del todo para dar paso a un caldero de aceite hirviendo que se vuelca sobre los lobos. Uno ha tratado de saltar a la ventana y recibe la ducha horrorosa: cae hacia atrás, en una voltereta trágica.

De «César Cascabel», poco interesante para mi gusto, sólo aquella escena era digna de interminable contemplación: era digna de ser vivida desde los dos ángulos. Porque el de los lobos... La vida en la *roulotte* era fácil de imaginar: aventura y mudanza continuas, pero los lobos tenían un hambre atroz y venían por la nieve sin encontrar nada. De la chimenea de la *roulotte* se escapaba el olor, que a sus narices llegaría desde leguas, a cosas comestibles. Todo lo que había en la *roulotte* era comestible para los lobos: lo que los Cascabel estaban comiendo y ellos mismos. Por el camino, por la senda que trazaba en el aire el olor, iría aumentando la manada y llegarían todos juntos. Claro que, tratándose de lobos no se puede hablar de esperanza ni de promesa, pero algo muy semejante sentirían cuando la cosa olida estaba ya cerca; estaba dentro de aquello contra lo que podían saltar, aullar, morder aunque fuesen tablas. Y de allí salían balas y, lo más atroz, el aceite hirviendo. El fuego líquido cae sobre el que salta, sobre el que ya está en el aire proyectándose hacia la ventana abierta, y el dolor le hace dar una voltereta rompiéndole no la espina, sino la voluntad, el deseo de comer. Esta lucha sobre la nieve, esta lucha entre dos calores — esto es lo que puedo asegurar que yo veía allí, calor y cariño: padres, hijos, camaradas—, calor de la lámpara, de la cocinita que humeaba por la chimenea y calor en los lobos, que les chisporrotea en los ojos y que, como un airón, se les escapa del hocico en el aliento. Esta lucha me dejaba perpleja e inconsolable. Bueno, no, inconsolable sólo otra cosa podía dejarme. Tanto que no era de las que yo me pusiese a contemplar con cierta voluptuosidad piadosa. No, aquella otra cosa aparecía a veces y entonces no podía esquivarla. Pero no era que yo la contemplase: era que ella me invadía.

Aunque su evocación estuviese allí, a mi alcance, aunque algunas veces hiciese por recordarla en su aspecto de acontecimiento cogiese los cristallitos y recordase el día del eclipse — todos en el balcón, mirando— claro que siempre procuraba recordar la ausencia del sol, pero era un recuerdo frío. Otras veces la recordaba sola, sin el rebullicio familiar: me asaltaba su recuerdo, pero no el recuerdo de lo que había visto. Yo, en el momento del eclipse, había mirado sin cristal la calle pálida, como desangrada, y se había obrado dentro de mi cabeza un proceso distinto del sufrido otras veces ante el peligro. El fuego, el tiroteo que ocurrían en el otro extremo de la ciudad, me parecía que allí, en aquel sitio, tendrían su núcleo y que cuando llegasen a

mi casa ya se habrían debilitado. Bueno, no es que me hiciese esa reflexión, sino que no lograba realizar su proximidad. En cambio, al mirar mi calle desangrada de luz, suspenso de vida, de aliento, sentí que la muerte silenciosa que estaba viendo podía extenderse por toda la ciudad y, lo que es mucho más atroz, por todo el mundo. Esa fue la evidencia que me apareció —y me abrumó— en aquel momento: el mundo puede morir; estoy viendo la cara del mundo, muerto. El peligro y el sufrimiento se constituyeron entonces en tres categorías distintas. Quiero decir que tomaron la forma o aspecto o quid o intrínquilis de tres poderes o designios o afectos que caían sobre mí de cuando en cuando y consistían en un temor y una piedad atenuados por la lejanía del hecho, cuando el hecho era real y lejano; un terror, una angustia y un dolor insoportables cuando, en el sueño, el acontecer era próximo y directo, cuando el drama era mío; un dolor sin consuelo —no hay otra palabra—, una melancolía desesperada, una inconformidad ante lo inútil de la rebeldía —¿de qué sirve decir, no lo admito, no puedo resignarme?— cuando llegaba a la conclusión: «el mundo puede morir, yo he visto cómo puede quedar muerto, silencioso».

Sabía muy bien, por supuesto, lo que era el eclipse, lo limitado de su efecto, que en sitios no muy lejanos no se habría percibido, pero mi horror no tenía nada que ver con lo que entonces pasaba: aquello no era más que un ligero desmayo; habría la diferencia que hay de un síncope a la muerte. Pero la muerte podía ser; la palidez, el desangramiento podían envolver al mundo. Y su imagen, su palidez de muerte era lo que surgía de pronto en mi mente cuando pensaba en las cosas más adorables. Mi desolación, entonces, era mayor que cuando pensaba en la muerte de los seres queridos y mayor que cuando pensaba en la mía. La idea de la muerte de todo, es decir, de la muerte de la vida porque la vida era no sólo lo que era, sino lo que iba a seguir siendo; todas las cosas del mundo que seguirían dando flores, máquinas, ciudades. Todo aquello que yo sabía que dejaría en el mundo cuando me muriese, puesto que sabía que tenía que morirme, pero pensaba poco en ello: pensaba más en lo que se me podía morir, y cuando pensaba en la muerte del mundo, lo sentía mío, como nunca. Hasta cuando pensaba que ello pudiera ocurrir después de mi muerte. ¡Podía morir el mundo, mi mundo, el que yo dejaría aquí para que viviese! Claro que cuando pensaba que ello pudiera suceder estando yo viva, que pudiera darse el acontecimiento delante de mí, teniendo la certeza de que no era un accidente local, sino un acabóse que lo envuelve todo... Cuando pensaba en esto no podía ni llorar: no podía tampoco respirar y sentía que sólo de pensar en ello podía morirme. Estas cavilaciones duraban horas, sentada en mi silla baja, junto a la estantería.

El cuarto aquel era una alcoba, con paredes estucadas y puerta vidriera sobre la habitación que hacía de comedor. Completamente enfrente de la puerta quedaba la ventana. Nuestro patio no tenía, hasta entonces, plantas ni árboles, pero contiguo, separado por una tapia no muy alta, había un jardín que tenía junto a la tapia una

acacia copuda, de modo que a nuestro patio llegaba un poto de su clima vegetal. Desde el fondo de la alcoba se veía la acacia al sol.

A la vuelta de Rodilana recomencé mi estudio sentada a la camilla, pero cada vez que necesitaba algo, un lápiz, un cuaderno que me hubiese dejado en la estantería — en ella estaba depositado todo mi material de estudio— iba a buscarlo y siempre había algo que me detenía, siempre estaba allí la silla donde me dejaba caer, alargaba la mano a cualquiera de las cosas tentadoras y olvidaba el tiempo. Claro está que cuando mi madre entraba, creyendo que iba a encontrarme estudiando y me encontraba enfrascada en un cuaderno o, algunas veces, enfrascada sin frasco, es decir, absorta en nada visible, en pura ensoñación, se ponía furiosa. Ya me había advertido que este año, puesto que mi salud era magnífica y puesto que, sin embargo, no iba a volver al colegio, el estudio tendría que empezar a ser serio, y sí, lo era. En realidad, siempre lo había sido: o serio o inútil. Si penetraba en el libro, si lo que se decía en él tenía para mí algo de vida, lo estudiaba a fondo, con pasión, como para no olvidarlo jamás, pero si me resultaba árido o falta de seducción, entonces era inútil que pasase los ojos por las páginas: las palabras eran mudas.

Es demasiado común en una chica detestar la aritmética: las muchachas excepcionales se deleitan con ella. Yo no, yo la odiaba como la más vulgar y antiintelectual de las niñas sometidas por la autoridad paterna al estudio. Esto daba ocasión a escenas dramáticas. Mi madre no comprendía mi obtusidad para los números, y realmente había contradicción entre mi mentalidad devota de lo exacto, de lo simétrico, de lo rítmico y tal aversión e inutilidad comprobadas. Mucho más tarde he llegado a comprender en qué consistía, pero entonces no, entonces detestaba la aritmética y basta. Lo más acérrimo de mi aversión era paja las cuentas: no daba una en el clavo. Cuando mi madre las repasaba, exclamaba: «¡Vamos!... ¡Es que eres una nulidad, una nulidad!» Yo admitía que pudiera serlo y no veía cómo arreglarlo. Tenía que estudiar más, esto estaba claro. Pronto se empezaría a encender el brasero y pasaría ratos menos largos junto a la estantería porque pronto estaría amenazada de otro de mis padecimientos, los sabañones. En cuando se me quedaban los pies fríos apuntaban, y yo les tenía horror porque me atormentaban en las horas en que más quería tranquilidad y desocupación del pensamiento. Empezaban a picar con furor en cuanto me metía en la cama: era una inquietud indescriptible. Me rascaba, me revolví; a veces acababa gritando, hasta que mi madre traía una palangana con agua bien caliente, metía los pies, que se ponían azules, y entonces se calmaban. Esto no lo había consultado con el médico. Era cosa corriente que los chicos en el invierno tuviesen sabañones, y lo achacaban a mi falta de paciencia para estar sentada a la camilla, cuando lo que pasaba era que hacía poquísimo ejercicio. En el tiempo de mi amenaza ganglionar, don Luis Moreno me había prohibido todo ejercicio violento y la prescripción se llevó con tal rigor que se dispusieron a no dejarme mover en toda la vida. Así, pues, aquel invierno en cuanto refrescó inventaron mis padres un medio de tenerme sentada la mayor parte del tiempo. El medio fue enseñarme a dibujar. Yo

siempre, desde muy pequeña había dibujado; tenía lápices, acuarelas y papel a mi disposición para dibujar todo lo que quisiera, pero aunque mi padre siempre me corregía y me decía cómo *tienen que ser* las cosas —cuando dibujaba perfiles, que yo daba como retratos de algunos de los presentes, mi padre me decía: «Pero ¿todavía no sabes cómo es una nariz?» y me explicaba su estructura: dónde empezaba la aleta, hasta dónde tenía que llegar el agujero y de dónde no podía pasar—, aunque me hacía todas estas advertencias yo no consideraba el dibujo como algo que estuviese estudiando. En el mes de octubre, el dibujo empezó a ser aprendizaje en serio. Yo lo acepté con entusiasmo porque siempre había visto con enorme simpatía las láminas de dibujo en los escaparates de las librerías escolares. Su simplicidad, su inocencia y también su dureza —una oreja, un ojo esculturales, copiados con rigor, no sólo la forma moldeada en yeso, sino el trozo del yeso mismo, con su espesor que se ve por el lado donde bate la luz y que tiene algún pequeño desconchado junto a la argolla para colgarlo sobre el pupitre—, su limpidez, lograda con sombras suavísimas, me hacía ver en esos modelos, algo como la compañía benigna de unos guías que le llevarían a uno, paso a paso, hacia la pintura.

Yo había ido anteriormente al museo y además en todas las iglesias había cuadros: tanto en un sitio como en otro, todos eran temas religiosos: santos, Vírgenes dolorosas, mártires. Yo no imaginaba cómo se podría dar acceso a una cosa tan perfecta, tan cerrada en sí misma como es un cuadro. Tenía la impresión de que había que verlos más de cerca y dudaba de poder hacerlo. No porque fuera difícil acercarse, sino porque había en ellos algo intimidante. A una cierta distancia yo podía mirarlos, pero no era precisamente mirarlos lo que hacía, sino vivirlos: echarme a vivir por ellos. Me parecía imposible llegar a examinarlos para ver cómo estaban hechos. Y en mi casa no había cuadros; sólo algunas fotografías enmarcadas y un ramito de pensamientos pintado por mi tía Julieta —ella pintaba; de aquí mi admiración por aquella tía distante, de la que sólo recordaba el cuarto, el perfume y la blusa azul donde estaba prendida la aguja que me rasgó la mano—, pero las revistas ilustradas traían reproducciones de cuadros y además mi padre compraba siempre librillos de papel de fumar —de una marca que no recuerdo ¡parece imposible!— que traían reproducciones de cuadros célebres. Eran del tamaño de una tarjeta postal, de un papel satinado, lo suficiente flexible para que yo fuera conociendo las cosas que tal vez algún día llegase a ver. Nunca jamás, en días tan lejanos de aquello, he podido ver «El Ángelus» de Millet ni «La muerte de Lucrecia» de Rosales sin recordar aquellas estampas coleccionadas para mí. Lo que me faltaba era conocer los preliminares, los trazos elementales que me indicasen el camino. Pensar que se pudiera empezar poniéndoles delante de un objeto cualquiera y copiándolo directamente, eso no se me ocurría a mí ni a los que entonces se dedicaban a la enseñanza del dibujo. En vista de esto, mi padre se puso a procurar láminas, sin comprarlas, por supuesto. En nuestra misma casa vivía un pintor; era un señor mucho mayor que mi padre, profesor de la Escuela de Artes y Oficios, que estaba en el

edificio mismo del Museo. Por suerte, aquel señor era una de las pocas personas a quienes mis padres daban los buenos días. Bueno, mi padre era el que se los daba con trabajo a todo el mundo, y mi madre, contrariando a su naturaleza, se plegaba a su misantropía. Pero el caso era que a aquellos vecinos mi madre les daba los buenos días con una sonrisa y mi padre con un sombrero. Un domingo, al volver de misa, coincidimos con ellos en el portal —el señor, de cierta edad y sus dos hijas ya muy mayores— y mi padre se lanzó a preguntarle qué láminas le aconsejaba para empezar a enseñarme a dibujar. Él le dijo que subiera a su casa y le daría las más a propósito. Al día siguiente todo estaba preparado para empezar la nueva disciplina. La preparación misma era ya un comienzo; un proceso de germinación en el clima adecuado.

Lo informable, lo absolutamente silencioso en que todo es como un mero levantar los párpados sobre cada cosa, como un despertar y ver, nada más, es lo que más exige el auxilio de las grandes definiciones, lo que más pide ser dicho con palabras doctas que, en su afilada agudeza de instrumentos de precisión tomen, sin marchitarla, la tierna presencia que late como un conato de intelección, tal vez más cordial que mental. «Acaso sea lo que en este caso y otros semejantes denominamos sentimiento o palpito, más razonable, es decir, más perceptivo, porque es más abierto al ser que toda razón», dijo alguien. El éxtasis ante los materiales, instrumentos, cosas, en una palabra, para el aprendizaje era un palpito de todo lo que se podía hacer con ello, era una percepción del destino de todas aquellas cosas a obra de arte: «Por lo tanto necesitamos hacer patente ante todo lo que la obra de arte tiene de cosa. Para ello es preciso que sepamos con suficiente claridad lo que es cosa». Tomo prestados dos párrafos de la más quintaesenciada filosofía para ayudarme a sugerir la perplejidad perceptiva en que me sumían los útiles del dibujo, preparados para mi aprendizaje. (Si hubiera experimentado esta perplejidad en edad adulta me sería muy fácil decir lo que pensé al respecto, pero ni asistida por los más grandes pensadores logro aproximarme al esclarecimiento de lo que pasaba por mí cuando no pensaba nada. He dicho que lo que experimentaba ante aquellas cosas era un éxtasis: es todo lo que puedo decir).

El papel Marquilla, mórbido, aterciopelado, fácilmente vulnerable; el carboncillo en su cajita de cartón, emitiendo un sonido, un ruidito de roce o entrechoque cristalino de cosa frágil, ingrove, polvoriento; el trapito blanco para borrar sus trazos levísimos, que no admitirían el contacto de la goma. La goma gorda, blanda para el lápiz compuesto; los difuminos y el lápiz negro de humo. Todas estas cosas ¿eran cosas? Sí, por supuesto, cada una de ellas era una cosa, pero todas ellas juntas ya eran algo más. Algo se cernía sobre ellas o algo que emanaba de ellas: lo uno y lo otro. Yo escuchaba su concierto porque eso es lo que eran, voces armonizadas. Cada una iba a decirme lo que le incumbía y el resultado de su conjunto no sería una cosa más, ni siquiera sería un dibujo —cosa u obra—: sería un verbo, *dibujar*. El misterio estaba allí, el hechizo, más bien. Yo esperaba que del mandato de aquellas cosas brotase en

mí una virtud que me hiciese capaz de dibujar. La verdad es que con términos rigurosos se puede partir el pelo en cuatro y en más, pero ¿se puede lograr la unidad de aquel silencio? Temo que no, porque partiendo el pelo resalta lo numérico y en seguida se dice: ¡cuánta cosa!, como si el defecto fuese exceso y no, no lo es: es defecto. Nunca se logra alcanzar el infinito encerrado en la plenitud. Trataré de sugerir más sencillamente lo que pasó con todo aquello.

La primera lección tuvo una parte teórica muy breve. El papel clavado en la carpeta con cuatro chinchas y delante, sobre la mesa, en un pequeño soporte — especie de atril que hizo mi padre, de cartón— la primera lámina, una hoja de hiedra. Y lo teórico se redujo a decirme: —Bueno, vamos a ver cómo te sale. Pero yo no me decidía a apoyar el carboncillo en el papel impoluto. Mi padre dijo: Fíjate, son cinco puntos. Cogió un pedazo de carbón y con rapidez puso los puntos. Ahora dibújala. Yo hice un movimiento como para impedir que hiciese un trazo más; dejó el carbón y dijo: Arréglatelas tú sola, y se fue. Entonces me sentí ante la lámina en el caso de tener que copiarla. Estaban allí los cinco puntos y en cierto modo lamentaba que estuviesen; habría preferido descubrirlos yo o que me los hubiera indicado de palabra. Claro que así resultaba mucho más fácil, pero el mérito de lo que yo pudiese hacer disminuía. Empecé a probar lo que yo podía hacer. La lámina no representaba una hoja natural, sino una hoja de yeso muy simplificada; sin venas, nada más que como una superficie plegada, que repartiese sus planos de luz y sombra partiendo de las cinco puntas y reuniéndose junto al tallo. Tracé las líneas desde los puntos hacia el centro y luego fui acometiendo el contorno.

Describir cómo fui dibujando no tiene sentido; lo que querría es conseguir la transformación que se obró en la materia misma. Todos aquellos útiles —aquellos materiales, más exactamente— que, reposando sobre la mesa reunidos, armonizados, correspondiéndose en una especie de movimiento unánime prometían la acción como milagrosa consecuencia, ahora, en la mano uno por uno, eran hostiles, indomables; iban por donde querían o acaso por donde podían porque unos a otros se creaban dificultades. El papel, aparentemente aterciopelado, tenía montañas y valles, cañadas por donde el carbón se empeñaba en pasar, negándose a seguir la línea por la cima, como sería conveniente para lograr la forma. Y una vez cometido el error, la enmienda se negaba a desaparecer del todo: dejaba una sombra en el papel para que se viese que había sido hollado torpemente.

En fin, dibujé la hoja y mis padres dijeron que estaba bien, bastante bien para ser el primer dibujo. La lámina siguiente era una flor de lis, también de yeso: las dos eran motivos ornamentales de un friso.

ejecuté con el mismo empeño y con el mismo resultado. Quise creer que el resultado era mediocre porque mi entusiasmo decaía un poco ante aquellas formas tan simples y rígidas. Me empeñé en saltar a una mucho más complicada; una hoja de roble, pero ésta no de yeso, sino copiada del natural por aquel procedimiento que me encantaba: las rayitas paralelas modelando las formas curvas. La hoja tenía venas y

suaves ondulaciones, y además tenía en el tallo una bellota. Parecía despegada del papel porque proyectaba un poco de sombra, y el volumen estaba conseguido con una limpieza rotunda. Mi padre quiso disuadirme, era demasiado difícil, pero no hubo medio. Por el entusiasmo que me inspiraba volvía a sentir leve la materia, volvía a confiar en que brotaría la virtud. Luché con ella dos o tres días; el primero la tracé apenas con carbón y no quise seguir: era un día muy nublado y dije que aquella luz me quitaba las ganas. El segundo, me atreví a emplear por primera vez el lápiz compuesto. Mi padre había encontrado bien el trazado de carboncillo; sólo me había hecho dos o tres correcciones. Indicaciones, más bien porque en cuanto cogía el carbón yo interponía mi mano y le decía: Explícamelo, nada más. Entonces me lo explicaba y yo trataba de efectuar la corrección. —¿Es así? —Bueno, no está mal. Después de haber llegado a la conclusión de que en conjunto no estaba mal, me decidí a darle más solidez. Sacudí con el trapo el carboncillo, quedó la huella del trazo muy leve y el papel no perdió su blancura enteramente; quedó de un blanco agrisado muy semejante al tono que tenían algunos puntos de la lámina, pero no los puntos blancos: éste era el problema. Empecé a reforzar el contorno con el lápiz compuesto. El negro; negro de humo amarronado, era enteramente otra cosa. Comprendí que tenía que pedir auxilio: llamé a mi padre y le hice ver la diferencia. ¿Cómo conseguir aquel rayado suave, de un gris frío, semejante al del carbón, pero neto y duro? Mi padre me explicó que no era aquello lo que tenía que copiar y que me veía en aquel atolladero por impaciencia, por no atender indicaciones. La lámina estaba hecha por un procedimiento que ni el lápiz ni el carbón podían darme. No tenía que copiar las rayitas, sino imitar las sombras mediante el difumino. Cogió el difumino y el lápiz y se dispuso a demostrármelo, pero yo interpusé la mano: —¡No, ahí no, en otro sitio! Mi padre soltó los útiles, al mismo tiempo que uno de sus tacos habituales. —¿Cómo quieres aprender, si no le dejas a uno enseñarte? Arréglatelas tú sola y no vengas luego a amolar con que no te sale. Volvía a quedarme sola con el dibujo; la explicación había sido muy suficiente, sabía lo que tenía que hacer y en qué consistía; sólo faltaba comprobar si ello me era posible.

Cuanto más ahondo en mi memoria reviviendo aquel trance, cuanto más añado detalles y fórmulas conscientes que entonces no brotaron, que no se presentaron claras ni decisivas, ni confesadas con palabras, más acopio de verdades puedo extraer de aquel silencio. Aquello fue, podría decir, el misterio del aprendizaje. Misterio, digo, porque era un acontecer, era algo que pasaba en mi vida tal como fue —o se produjo—, probablemente, el asir y hasta el tragar —llevándolo al extremo, el respirar— en mis primeras horas. Una tendencia profundísima de mi cuerpo y de mi mente pugnaba por ejecutar aquellos movimientos —actos interiores— que pretendían decir algo. No puedo, por más que ponga en juego una voluntad descomunal —llevada, como en las gimnasias orientales, al gigantismo— revivir la

primera agonía de la palabra. Claro que no es lo mismo, no es lo mismo enteramente, pero sí lo es, en cierto modo. La lucha por la palabra se efectúa toda dentro del ser mismo, no hay que dominar o invadir por medio del acto de voluntad una materia ajena: uno oye, y responde inmediatamente a lo oído como entendido. Para responder tiene, primeramente que entenderse a sí mismo, entender su movimiento —o acto interior de respuesta— y formularlo con movimientos exteriorizados, copiados o no, interpretados de los que ha visto y entendido. En todo caso, el manejo —en el que no intervienen las manos— de esos signos tal vez requiera esfuerzo —más o menos, según la perfección de los órganos de dicción y fonación en cada individuo— pero no puedo haber choque. Quiero imaginar cómo será el esfuerzo del que se encuentre con un defecto constitucional. Bueno, no sé hasta qué punto se puede decir que se *encuentre*, puesto que en ese defecto mismo él se siente ser —¿o no será posible *sentirse* en el defecto?— El ser ¿no sentirá el defecto como un agujero, impotencia, solución de continuidad no serán desgarrones del ser? —Claro que el individuo que ve, percibe y entiende que los otros no son así y entiende, además, que así como los otros es como hay que ser—. En fin, no hay medio de concebir cómo será esa agonía extrema que se asemeja a una división, no siéndolo porque en un caso y en otro lo que pugna por expresarse quiere hacerlo con su propia boca. No, no, la boca pugna por lo mismo que la intención, o la boca y la voluntad son lo mismo, son un mismo ser. Es decir, que la boca está llena de voluntad, como está toda llena de sangre, que la hinche en sus mínimos vasos capilares. Pero en fin, lo entendido que quiere responder —o pedir o llamar— se dispara produciendo unos sonidos —sus sonidos—, los que suenan a eso que responde a otros sonidos semejantes.

Tengo que reconocer que no alcanzo. No logro revivir aquel autopugilato. Tal vez sea éste el término más exacto por ser lucha sin armas, cuerpo a cuerpo —o dentro del cuerpo, con el cuerpo—. Sea como sea, por vaga e imperfecta que resulte esta sugestión, apunto exactamente a lo que quiero señalar: un acto en su comienzo.

Cuando volví a quedarme sola, el acto —el verbo aquel, dibujar— se irradió hacia —no sé si hacia o desde, ésta es la verdad—. Tal vez fuese un ciclo que tendiera a cerrarse. ¿Cómo? Vamos a ver. La lámina estaba delante de mí, yo recibía su imagen, la comprendía —¡hasta qué extremo de análisis y delectación!— y trataba de repetirla. Los materiales de que disponía no eran iguales a los de la lámina: yo no iba a hacer una litografía, sino un dibujo, es decir, otra cosa. Pero lo que yo quería copiar, aquello a lo que yo respondía, sí tenía que ser lo mismo: la suavidad, la gracia del volumen que recibe la luz y se muestra exento —la bellotita pesaba realmente en el tallo y se inclinaba hacia delante; así, como se dice, se salía del marco—. La hoja proyectaba su sombra muy próxima a su contorno, no era más que un callejón de oscuridad de medio centímetro alrededor de su borde inferior. Pero la bellota quedaba enteramente separada de su sombra, de modo que avanzaba hacia la mirada que trataba de captar el espacio entre la sombra y el volumen. Entonces, la respuesta ya no era como la de la palabra, un acto para el que no es necesario tomar una decisión

porque se produce como consecuencia de la respuesta misma, sino que exigía coger el lápiz, sabiendo su tono inadecuado, contando con él y, sin repetir las deliciosas rayitas, lograr la gradación de la sombra, el suave claroscuro ceñido al volumen. Claro está que el ciclo abarcaba toda esta disquisición como un relámpago —la abarcaba sólo en tanto que indecisión, titubeo, desconfianza— y con el lápiz ya en la mano respondía a la imagen recibida. Del contorno de la bellota, reforzado con lápiz compuesto, traté de extender la sombra con el difumino... Es obvio decir que ahora no puedo recordar cómo, en qué forma se deformaba todo ello, cuáles eran los errores que cometía ni cuáles las enmiendas que intentaba. No, no recuerdo apenas los detalles, pero recuerdo como si fuese ayer —no, ahora mismo— la angustia, la especie de enfangamiento, que no es el hundirse a plomo en el agua, sino un agarrarse a la materia misma que se niega a sostener. Recuerdo con toda claridad, como puede uno recordar en plena salud la fiebre, el vómito, el dolor, aquella sensación de muerte, de impotencia: muerte de la voluntad por asfixia. Y al mismo tiempo debatiéndose, como se debate la vida, la esperanza —un latido lejano, casi imperceptible, pero pertinaz— sin admitir el imposible, creyendo —creencia irracional, como si el creer fuese una nata o un poso del querer—, creyendo que con el tiempo...

Bueno, lo más importante de todo esto —acaso lo único importante— es que todo ello lo vivía a solas. Pero no porque estuviese sola en un cuarto, sabiendo que mis padres estaban en el de al lado. No, digo que lo vivía a solas porque sobre ello no pesaba ninguno de los elementos —o influencias, o consideraciones— que en trances semejantes pesan después, en años de la vida ligados ya a las relaciones del mundo. No influía en mi angustia la preocupación de adquirir un conocimiento o destreza, ni el empeño de aparecer ante mis padres, familiares y vecinos como muy inteligente, como muy bien dotada. Y no es que no me importasen los elogios: me importaban mucho, pero no tanto como la verdad de los hechos. Es decir, que primero tenía que ser el hecho y luego el elogio. Si se invertía este orden, el elogio me repugnaba, me ofendía como un verdadero atentado a mi honor. Mi honor consistía en mi relación con la verdad.

No quiero que esto parezca un alarde de pureza inmaculada. Nada de eso; para seguir siendo enteramente fiel a la verdad, tengo que señalar que era perfectamente capaz de mentir. De lo que no era capaz, más bien, no admitía —lo que, tal vez temía— era mentirme a mí misma o que me mintiesen. Y, por supuesto, sabía que esto podía suceder. Sabía que podía incurrir en error, pero cuándo es error y cuándo es engaño, eso era lo difícil de dilucidar. Cuándo puede uno estar seguro de poseer la verdad para, si a mano viene, mentir a gusto. Esta es la cosa: tener la verdad, la verdad de los hechos y la verdad del propio ser. Esto sólo se lograba probando. A solas ante la cosa, probando la posibilidad, tal como dije, igual que cuando al venir al

mundo se prueba a respirar y, si no se respira, se muere uno y basta. Eso es lo que quiero decir cuando digo que estaba sola ante la verdad como un recién nacido.

Al mismo tiempo que el dibujo, tomó seriedad otra disciplina, el estudio del francés. Pero una seriedad relativa porque no se efectuaba en el recogimiento de mi cuarto de estudio —el comedor, gran brasero encendido bajo las faldas de la camilla y yo sentada en mi silla alta. Todavía a los siete años sentada a una altura que me hacía curvar en arco sobre los libros, costumbre que no he podido perder— no consistía en silencio ni intimidad, sino que introducía en nuestras costumbres la novedad de una relación social.

Creo que fue por un anuncio en «El Norte de Castilla» como mis padres hicieron el conocimiento de *monsieur* Blanadé y su hermana. Acababan de llegar a Valladolid; él venía a ocupar un cargo en no sé qué industria extranjera y poseían unas cuantas palabras de español, aprendidas a la ligera. Pusieron un anuncio solicitando conversación con personas que supiesen algo de francés. Seguramente hubo discusiones sobre la conveniencia o inconveniencia de comunicarse con ellos; yo a esto no prestaba gran atención. Sabía, eso sí, que iba a aparecer en casa gente desconocida y me ponía en guardia porque yo poseía en la misma medida la misantropía de mi padre y la sociabilidad de mi madre y, como no había desequilibrio ni preponderancia de una sobre otra, yo solía esperar a encontrarme cara a cara con el hecho —la persona— para tomar uno u otro partido.

Aparecieron M. y Mme. Blanadé y me gustaron mucho. Eran gentes del sur de Francia; él, un hombre grandón, corpulento, con magnífica barba negra y ojos brillantes. Ella, muy alta y delgada, gran nariz y ojos semejantes a los de su hermano, pero hundidos en un cerco oscuro. Acordaron venir dos veces por semana, de noche, después de cenar, así que esos días cenábamos temprano en casa de mi abuela y nos veníamos en seguida a casa. Mi madre hacía café, llegaban ellos y empezaba la conversación; no lección, aunque había libros de por medio. Si ellos me gustaron mucho, los libros que trajeron me deslumbraron. Aunque no sé si es ésta la palabra porque sus láminas no eran de una gran belleza, pero ejercían una fascinación, podría decir, enriquecedora. Sus grabados, que se desplegaban porque tenían el doble de tamaño que las páginas, no eran para contemplarlos como un cuadro ni como las ilustraciones de «Atala» o de «Matilde y Malee Adel», escenas cerradas, en las que la emoción era impuesta por un ademán o forma encantadores. Eran para recorrerlos poco a poco en sus detalles monótonos, pero exactos, sin afectación, sin arte. Esta es la cosa; lo que siempre, en toda imagen plástica seducía, el arte, el ademán o forma quintaesenciados, en estos grabados no existía y la seducción brotaba de su ausencia. En ellos no había drama, no representaban personajes afectados por una pasión, sino gentes, multitud de gentes afanadas en los quehaceres cotidianos. El campo —ganar me dan de decir el mundo— se extendía en una perspectiva dilatada y repartidos por ella estaban los grupos o temas o sujetos que, señalados por un número minúsculo, tenían abajo su explicación o su nombre en francés. Los colegiales venían por el

camino con su cartera al hombro, hacia el *cottage*. Lejos, un hombre araba en la *ferme*, y por otro camino venían los leñadores del *bois*, con haces de leña. En otra lámina venía por el campo —por el mundo— el invierno. La nieve lo envolvía todo y de cuando en cuando había escenas calurosas como contraste: los pastores reunidos en torno a una hoguera y, en un corral, en el rincón de una cochiguera, una cerda con muchos cerditos prendidos a sus tetas. También había otra lámina del verano con imágenes que me eran tan conocidas: la siega, las eras, las gavillas amontonadas.

El propósito didáctico de estas láminas estaba conseguido máximamente porque lo que sacaba uno de ellas era experiencia. No es que se aprendiese lo que representaba cada cosa —todo lo que representaban era, más o menos, conocido—, sino que todo aquello se dejaba tocar. Era un fenómeno de proximidad lo que brotaba de ellas y la emoción se cernía sobre su ambiente tan poderosa o tal vez más poderosa, más embargadora que ante las obras de arte.

Esto tengo que explicarlo, tengo que explicármelo porque así, considerado a distancia, fríamente, puede parecer que está en contradicción con toda mi estética. No, no hay tal contradicción, sino culminación. La verdad, presente y sensible ante mí, en aquel momento, la verdad del momento aquel, tal como era vivida por mí, era una emoción tal vez más elevada que la de la belleza. Vayamos por partes. Elevada, esto es, llena de *sagrado*. Lo sagrado de la belleza no quedaba ante esto en un grado inferior, pero sí menos forzoso, menos apremiante. Lo *sagrado* de la belleza era *reposo, seguridad, eternidad*. Lo *sagrado* de estas láminas experimentales —experimentantes— era un tierno *temor*. Sus personajes no nos eran próximos, como los de los cuadros por darse íntegros a la mirada, sino por estar algo así como al alcance de la mano y, tan ensimismados, tan ignorantes de nuestra vigilancia que no hacían gestos para que los viésemos: estaban en su vida. Y pensar su vida desde lejos, desde arriba, como podíamos hacerlo Dios y yo, era lanzarlos a la ventura por los peligros de todos aquellos caminos, de las más crudas estaciones. La contemplación de estos cuadros, llenos de personitas —no de personajes— en su vida, en sus albures suscitaba una emoción que, sin contradicción, se oponía a la de la estética. No se oponía, se contrapesaba y la balanza quedaba en el fiel. Lo que ante la belleza era *reposante*, ante la simple vida era *palpitante*. Lo que en una era *seguro*, en otra era *azaroso*. Lo que en una era *eterno*, en otra era *mortal*. Lo *sagrado* —estoy hablando aquí y ahora: jamás pensé uno de estos términos cuando vivía, hasta quedar sin aliento, estas emociones—, lo *sagrado* se cernía sobre estas escenas como en un raptó de piedad. En fin, el caso es que M. y Mme. Blanadé trajeron a mi casa todo aquel mundo. También *helas*, trataron de enseñarme el francés. Mi madre llevaba ya algún tiempo intentándolo y hasta creo que puso tanto empeño en comunicarse con los franceses del anuncio, esperando que ellos consiguieran lo que ella no había logrado.

La verdad es que yo no era enteramente obtusa para entender el francés, al contrario, lo entendía casi todo, pero de eso a hablarlo había un abismo. Mme. Thérèse me cogía por su cuenta y me enseñaba las palabras más simples, iniciándome

en las diferencias fonéticas. Yo la escuchaba y me parecía muy bien; me encantaba oír en ella la *u* francesa, la *e* muda, las diferentes *eses*. Aquellos sonidos iban muy bien con su nariz, con la palidez de su cara, tan espiritual —heroica, podría decir— con la sencillez de su indumentaria, absolutamente respetable, pero repetir yo el fruncimiento de labios que exigía la *u*, quedarme con media *e* en el paladar, por ejemplo, en lo de «Une perdriole qui va, qui vient, qui volé», eso estaba más allá de mis fuerzas. Pero no de las fuerzas de mi inteligencia, ni menos de mis facultades vocales —yo podría haber ganado un concurso de trabalenguas—, estaba más allá de mi amor propio por excesivo, hiperestésico sentido del ridículo. ¡Yo, diciendo *u* a la francesa!, antes muerta. Y mi amor propio era sumamente convencional porque no me importaba que aquella señora, que me inspiraba admiración y simpatía, se quedase aterrada de mi torpeza. Yo sabía que no era torpeza y no podía explicar lo que era: dejaba rodar la bola y me entretenía en estudiarla a ella. También ella me estudiaba a mí. Una noche me hizo un dibujo que entonces no me gustó mucho, pero que después, muchos años después, he reconocido acertadísimo. No era el Murillo que mi abuela veía en mí: era una cabeza de siete años afilada en el cultivo del insomnio.

Las aficiones artísticas consolidaron la amistad entre mis padres y los Blanadé; intercambiaban libros y llegamos a ir a su casa para ver las cosas que ella pintaba: lienzos que tenía enrollados y que llamaba estudios. También pintaba panderetas ¡con temas españoles! Su casa fue la segunda que vi de ese género; casa de viajeros, sin muebles. La primera había sido la de los Pinos: esta otra tenía más encanto, porque en aquella había baúles por todas partes que le daban un aire de desorden provisional. En casa de Mme. Blanadé no había muebles, ni casi ninguna cosa; había cuatro sillas de paja y una mesa de madera sin pintar, como las de cocina, pero su sala —había que llamarle así porque era muy grande— no tenía nada de cocina, nada prosaico; su limpieza —¡Ah, no!, esta casa no era la segunda, sino la tercera, la casa de mi tía Guadalupe, la vasca, también había una sobriedad distinta de la de los castellanos. También allí la limpieza era ostentosa y la desnudez, lejos de parecer pobreza, parecía adorno, estilo. Pero todavía no he dicho nada de mi tía Guadalupe y José-Mari, que no eran extranjeros, pero sí forasteros. La limpieza de su casa sugería un clima distinto del nuestro. Un clima moral, quiero decir, en el que el trabajo no fuese un esfuerzo ni una maldición—, su limpieza, la de Mme. Thérèse Blanadé, era como la consecuencia de algo característico en ella, la fuerza. Parecía que ningún esfuerzo pudiera afectarla. Su actitud era más bien autoritaria, y su mirada aguda y consciente, como si supiese muy bien con quién tenía que ejercitar su autoridad. Con mi madre era muy afectuosa y con mi padre, aunque amable, estaba un poco en guardia, como si de un momento a otro esperase una salida de tono. No esperó mucho. Una noche, yo estaba sentada a su lado, entre ella y mi madre; frente a mi madre, M. Blanadé, frente a Mme. Thérèse mi padre. Ellos avanzaban en el español rápidamente y ocupaban la conversación largos relatos de M. Blanadé. Aquella noche estaba

contando sus hazañas de cazador —mi padre simpatizaba con él porque la caza era uno de sus amores reprimidos y, como entre sus pecados no contaba la envidia, admiraba a los cazadores y se extasiaba con sus cuentos —M. Blanadé iba diciendo —: —«Entonces, yo cogí la escopeta por...» Titubeó un poco y mi padre le apuntó, como estaba convenido: —Por la puñeta. M. Blanadé repitió rápidamente: —Por la puñeta. Mi madre gritó: —¡No, M. Blanadé!, no diga eso: es una palabra indecente. Mi padre soltó la carcajada, triunfante y deleitado con la gracia que encontraba en la pronunciación de M. Blanadé. Él dudó un poco, pero acabó riendo también con cierta picardía. Mme. Thérèse no se rió, acentuó su mirada fiera, alargó el brazo, que podía cruzar toda la mesa, y con el lápiz dio dos golpes en el libro que tenía mi padre en la mano: —*Méchant! Méchant!*, gritó, como se grita a un niño mal educado, como si los golpes, en vez de ser en el libro fuesen en la cabeza.

Lo de que Mme. Thérèse fuera entendida en pintura me corroboraba en el escaso aprecio que yo hacía de mis dibujos. Mis padres se los enseñaban y ella los aprobaba, con más cortesía que entusiasmo. Sin embargo, yo no perdía las ganas de dibujar. Respecto al resultado, mi juicio era claro e implacable; respecto a la ambición —a la ilusión más bien—, al deseo de seguir y lograr algo, el juicio enmudecía y el fuego sagrado volvía a brotar. Entonces apareció entre las láminas de que el vecino surtía a mi padre una cabeza de burro. Parecía sencilla; unos cuantos trazos simples y el efecto muy real, muy vivo. La acometí con entusiasmo y con ella di un paso: logré trazar una cabeza de burro, que no sé si reproduciría bien la de la lámina. El entusiasmo de mis padres fue grande. Era mi primera obra maestra, no había que dejarla dormir en la carpeta; tenía que conocerla toda la familia —la de Valladolid quedó en éxtasis—, tenía que mandarla a Madrid, para mi abuela Julia, como regalo de Navidad. Había que pegarlo en un cartón, ponerle un *passé partout* y mandarlo por correo; en Madrid le pondrían un marco. Yo estaba casi satisfecha y bastante embriagada con toda aquella actividad, viendo a mi padre confeccionar el *passé partout* con una cartulina muy gorda y tersa como una porcelana. Cuando ya se disponía a pegar el dibujo en un cartón me dijo: —Tienes que dedicárselo a tu abuela y firmarlo. Añadió: —Convendría que lo corrigieses un poco para que quedase perfecto. Bueno, dije y empecé a dudar de su perfección. Me senté a corregirlo y pregunté cuáles eran las correcciones necesarias. Mi padre dijo que los ojos no miraban derecho; había que cambiar un poco la dirección de uno de ellos, cogió el lápiz y, sin darme tiempo a impedirlo, hizo un trazo que cambiaba el ojo por completo. Protesté, aunque vi que el ojo quedaba en su sitio. —Pero ¿por qué no he de hacerlo yo? —Porque es una cosa insignificante; ya ves, con nada ya está arreglado. Mientras iba diciendo esto, dio dos o tres toques más que acentuaron, modificaron, perfeccionaron. Yo me levanté de la silla y dije: —Bueno, ya no se puede decir que es un dibujo que he hecho yo. —¿Cómo que no?, gritó mi padre. Todos los que están estudiando tienen sus dibujos corregidos por el maestro. —Sí, como estudios, claro que tienen que estar corregidos, pero no son cosas que se

puedan firmar y dedicar. La discusión fue larga y en este tono, exactamente en este tono y con estas palabras u otras completamente iguales. Mi madre intervino y, claro, trató de secundar a mi padre; yo acabé por callarme, pero el dibujo dejó de existir para mí. Es decir, dejó de existir en lo que tenía de realización satisfactoria y empezó a existir como objeto vergonzoso, como farsa, como faena para dar el pego a mi abuelita y recibir sus elogios. El burro fue por correo, los elogios llegaron, corroborados por los de las cuatro tías: yo no atendía a nada; cerré los oídos a aquellas cosas repugnantes.

Al irse el invierno, se llevó a los Blanadé. No sé si es que cambiaron de destino, sólo recuerdo que desaparecieron. La primavera de aquel año se anunció con varios hechos y sucesos. El de más gravedad para mí me fue cuidadosamente suministrado: iba a confesar por primera vez. Preparación de Doctrina Cristiana no fue necesario reforzar porque me sabía el Astete del principio al fin. Preparación psicológica, mi madre la llevó a cabo primorosamente. Gran encomio del acto sagrado que iba a efectuar realzando, además, lo que significaba como etapa de la vida, como afirmación del uso de razón. Pero no tenía que impresionarme demasiado porque confesaría con el padre Aguinaga, a quien ya conocía y sabía su talento, su bondad, etc. Así fue. El Sábado de Gloria, como todos los años, esperamos mi madre y yo en el patio que sonasen las campanas de la catedral, mirando la torre que asomaba por encima de la tapia. Al día siguiente, fuimos a San Esteban, mi madre se confesó primero y yo después. El padre Aguinaga me preguntó si era mentirosa y le dije que no, porque no lo era. Me preguntó si era desobediente y le dije que debía de serlo, puesto que mis padres decían que era. También me preguntó algo del Catecismo y le dije tanto que me mandó parar. Me dijo que rezase una Salve y la recé con entusiasmo porque me gustaba mucho lo de Reina y Madre. De la iglesia fuimos a casa de mi abuela. Besos conmovidos y miradas inquisitoriales. Todos estaban tentados de ponerme el termómetro por miedo de que la emoción pasada pudiera haber alterado mi supersensible naturaleza.

Mi padre tenía otro amigo, también pintor y también cazador —de inefable caza— y por aquellos días empezó a frecuentarle a causa de otro hecho primaveral sumamente trivial y externo: la aparición de los vendedores italianos de «Santi bonitti e baratti», con unas figuritas de escayola de diversos tamaños. Figuritas *art nouveau* modernistas, decíamos, muy diferentes de lo que acostumbraban a llevar. ¡Son una verdadera novedad!, decían mis padres, y asomados al balcón no sabían cuáles elegir. Tomaron por fin dos cabecitas de mujer, que no llegaban al busto completo: estaban cortadas irregularmente al empezar los hombros y se sostenían en una especie de peana, formada por hojas largas que se mezclaban a las largas guedejas de su pelo tendido. Tendrían veinticinco centímetros de altura y pasaron por entre los hierros del balcón. Pero había otra mucho más grande: largo regateo con el vendedor, numerosos

apartes considerando el gasto excesivo e innecesario. Mi padre bajó al portal y subió con ella en brazos. Era encantadora —pasaba de los cincuenta centímetros—, el busto estaba cortado poco más abajo que el de las otras, no tenía el pelo suelto, sino recogido en la nuca, formando un moñito del que se escapaban colgando sobre el cuello varios mechones. En la peana, tapando los cortes irregulares que remataban la figura, un ramo de anémonas subía hacia un hombro y envolvía la base en hojas escaroladas.

Las tres figuritas se incorporaron a otro hecho: la transformación de nuestra sala que, libre ya de mi cama, iba a cambiar de aspecto. Este cambio tenía algo de milagroso porque su causa era la más radiante, la más gloriosa que puede vivir un español. Al empezar la primavera, a mis padres les tocó la lotería. No sé cuánto, pero sí sé que no mucho: lo suficiente, sin embargo, para llenar su vida de un poco de animación.

En una almoneda compraron una sillería isabelina, de muy buena madera y damasco deteriorado: la hicieron tapizar de reps oro viejo y quedó como nueva. También compraron un armario de luna —mueble colonial— con cantos de bambú, que se instaló en mi alcoba. Nombrar aquí todos estos muebles —en su falta de valor, su manifiesta pobreza, excluye toda sombra de vanidad o alarde—, puede parecer —puede ser— una especie de culto idolátrico. Sí, puede ser. Los nombro aquí y en todas partes: durante cuarenta años de trabajo sigo nombrándolos, proyectando su nombre hacia la eternidad para legar a los venideros mis lares y penates. En todo lo que he escrito —y en lo que escribiré, si es que llego a escribir algo más— están y estarán estos mentores mudos que me miraban desde su lugar fijo. Porque mis padres eran los mentores dinámicos; ellos me lanzaban por las sendas de la palabra al bosque del pensamiento. «Sendas perdidas», innumerables, escarpadas, abismáticas. Y mis compañeros silenciosos me rodeaban fijos, mientras yo huía, me arriesgaba, me perdía tal vez, con el empeño inquebrantable de llegar a la «selva oscura» allí mismo, rodeada de ellos.

El caso es que todo lo que mis padres compraron —*comprar*, si me detengo en esta idea, en lo que para nosotros significa *comprar*, me alejo, hasta disiparme, del tema. Pero tengo que hablar de que entonces compraron. Ellos, mis padres que jamás dieron un paso por el poder adquisitivo, que consideraban ridículo y vergonzoso el ahorro, *compraron*. Es decir, que unos cuantos días se levantaron temprano como los cazadores, con esa actividad del amanecer, marchando hacia el puesto.

Todo lo que mis padres compraban... ¡Salta de pronto el recuerdo de una de las compras! Esta no la he nombrado nunca porque el objeto de por sí no tiene gran personalidad objetual. El objeto no sólo era mudo, sino que era escondido: no se le concedía ni siquiera presencia entre los otros. Y, sin embargo, ¡tan sensible, tan benéfico! Es cierto que no cuenta entre mis ídolos su imagen, pero el momento de la

compra sí lo estimé en toda su novedad —y en su calidad, tan afín con algunas de mis predilecciones—, pero no lo contemplé mucho tiempo porque la discusión sobre el precio y las medidas llegó a cansarme y además porque algo llamó mi atención en la calle y di la espalda al proceso de la compra.

Fue en la calle de Platerías y el objeto era un *sommier* de tela metálica para mi cama, que tenía un colchón de muelles algo derrengado. Sí, es cierto que al llegar lo contemplé y encontré deliciosos sus tirabuzones de alambre, entrelazados unos con otros, pero oí a unas chicas cantar en la calle y me asomé a la puerta de la colchonería. El regateo de mis padres fue largo y la canción también. Cantaban «Me casó mi madre, me casó mi madre, chiquita y bonita», canción que yo conocía entera. La tonada era de una melancolía atroz y la letra sencillamente brutal: admirable por la brutalidad de su drama que sólo inspiraba rechazo, cosa que se quiere negar, borrar de la realidad y que, envuelta en aquella melodía, cautivaba, detenía a la mente absorta en lo que no se quisiera ver. Y todo ello la calle de Platerías en una mañana de primavera, pero de cielo gris; la colchonería llena de aquellos enseres domésticos, que tenían la belleza del material nuevo, pero que eran como servidores de lo cotidiano, mis padres discutiendo con el colchonero sobre unas cuantas pesetas y las chicas cantando en la calle aquello, ¡aquello!, «Ya la vi venir, la vi venir, de casa la querida». Y aquel final —un ripio sumamente cómico y sin embargo tan sugestivo—: «¡Quédate con Dios, María, quédate con Dios, María, boquita de piñón, / que por ti me llevan, que por ti me llevan a la Inquisición!» Todo esto junto formaba una especie de conjuro, oráculo o vaticinio, una especie de prefiguración de la vida conyugal, de acento fatídico, como una Inquisición inabolible.

Bueno, quiero decir que de aquella canción se escapaba una melancolía infinita, llena de todo esto: llena, pero muda, naturalmente. Mis padres salieron contentos con la presa en el zurrón. Claro que no llevaban el *sommier* a costas, pero le llevaban: le habían cazado. Es decir, que habían dado en el blanco, es decir, que el dinero de que disponían había alcanzado para adquirirlo. El dinero aquel de la lotería, del azar donde había saltado la liebre. Y esa posesión graciosa, fruto de una conjunción feliz, la conjunción de algo tan frío y tan inhumano como unos números, era al mismo tiempo tan vital como la conjunción —mortal— del perdigón con la liebre. Como la conjunción momentánea en que se truecan unas monedas por un objeto, y el objeto es, desde ese momento, poseído y al ser poseído ingresa, no como cautivo, sino simplemente como una presencia en lo que con todo derecho —con un derecho indiscutible, incontestable— podemos llamar nuestro; nuestro mundo. El *sommier*, en fin, vino a existir en su lugar oculto y las sillas y butacas, las cortinas del mismo reps, la mesita de dos pisos delante del sofá existieron en plena evidencia.

Las figuritas empezaron a ser preparadas para su nueva vida. Mi padre dijo que había que pintarlas con tonos adecuados a la habitación. El papel de las paredes era de tonos tostados; figuraba unas hojas como de parra, pero alargadas sobre tallos sinusoides. Las dos figuritas pequeñas se pintarían en varios tonos de verde. Pero

antes de pintarlas había que perfeccionarlas, rematarlas bien porque tenían en algunos puntos las rebabas del molde. En los lagrimales, en las estrías del pelo la escayola quedaba amontonada, a causa de un empleo harto frecuente del molde. Todo esto dio ocasión a que mi padre, nada más llegar de la oficina, se dedicase a pulirlas. Con un bruñidor de ágata fue perfilándolas, limpiando las asperezas que pudieran tener en el borde de los párpados, en los lagrimales y en los iris, que consistían en una hendidura circular en medio del globo del ojo, hendidura que parecía hecha con un instrumento movido rápidamente en espiral, que hubiese marcado en medio, con un punto aún más hundido, la profundidad de la pupila. Cuando estuvieron rematadas, las mejillas brillaban pulidas por el ágata, como si fueran de marfil, se dispuso a pintarlas. Pensaron primero darles una pátina que simulase bronce, pero mi padre dijo que no; nada de hacer una cosa que no sea lo que parece: en seguida tiene aspecto de *quiero y no puedo*. Decidió pintarlas de un verde oliva, en varios tonos. Su amigo el pintor le dio las indicaciones necesarias y compró un botecito de verde oscuro y otro de blanco. Con esto, en varias latas de conserva, fue haciendo las combinaciones. Pintó la cara y el cuello de un verde almendra, las hojas de un tono algo más fuerte, y el pelo del verde más oscuro. Se pusieron en dos palomillas de marquetería a los lados del espejo, que estaba sobre el sofá y resultaron mejor de lo que yo esperaba. A mí no me había gustado la idea de pintarlas de verde y menos de aquel verde muerto, frío, agrisado, pero mi padre no se dejó disuadir: lo llevó a cabo con esmero y el resultado fue óptimo. Predominaban en la habitación los tonos ocre y dorado, y acabé por encontrar encantadoras aquellas mujeres verdes que mezclaban su pelo a las plantas acuáticas, de hojas largas, flexibles, ceñidas a sus hombros. La figura más grande, ésa tuvo que hacer cuarentena mucho tiempo: no se atrevía a pintarla él.

La primavera estaba todavía en sus comienzos y mi padre empezó a proyectar con su amigo una cacería, para la que iban a esperar un día de fiesta porque tenían que andar varios kilómetros. También fuimos mi madre y yo a casa de aquel pintor, que tenía una mujer completamente común y varios chicos, pero no recuerdo nada importante de ese día. Mi madre y la señora de la casa hablaron de cocina, haciendo grandes proyectos sobre el resultado de la cacería. No voy a decir que esto no me interesase, sí, yo también esperaba el banquete, pero los preparativos de mi padre me resultaron mucho más intrigantes.

Apareció al día siguiente con media docena de cañas de diferente grueso y se puso a cortarlas, con precisión de medidas y lujo de detalles. El trozo grueso de unos dos metros, el siguiente mucho más corto y más fino, lo suficiente para encajarse en el anterior, que previamente había sido ahuecado en sus falanges; lo mismo el siguiente y lo mismo dos o tres más, pues no recuerdo cuántos fueron en total. El último llevaba en la punta, bien afianzada, una aguja de crochet bastante gruesa y afilada lateralmente hasta presentar aspecto de lanza. En el otro extremo de la aguja, que quedaba afianzado dentro de la caña, que había sido antes puesto al fuego como en una fragua, achatado con el martillo y luego perforado, estaba atado un cordel muy

fuerte que iba por dentro de las cañas y que, tirando de él, las hacía encerrarse unas en otras. Dentro de la más gruesa había un muelle que al encajarse las cañas se comprimía y que al soltar el cordel las hacía dispararse y con la aguja atravesar a la rana. Porque ésa era la caza. Ya empezaba a cantar por los Vadillos, pero el amigo de mi padre conocía otro sitio, más lejos, donde las había hermosas y esperaban el día de fiesta para darse una mañana y tal vez un día entero al ejercicio predilecto. Llegó el día esperado; salieron con gran merienda y volvieron con un buen botín. Comimos ancas de rana, que me parecieron exquisitas.

Tal vez alguna tatarabuela mía tuviese algo de sangre de los indios borinqueños porque había en mí cierto sentido totémico. Me encantaban las ranas, las encontraba adorables, me inspiraban una gran ternura y su *hábitat* un verdadero entusiasmo estético: el agua estancada, silenciosa, recubierta de plantas flotantes donde ellas cantaban. Todas estas imágenes me eran queridísimas, pero no tenía inconveniente en comer ranas. Bueno, no es eso. Si fuera que *no tenía inconveniente*, podría parecer que mi amor por ellas era artificioso o débil ante mi egoísmo y mi sensualidad. No era eso: era que, *por todo eso mismo*, me encantaba comer ranas. También me habría gustado ser rana algún rato. Esa identificación totémica es la que sentía cuando comía huesos. Me encantaba triturar los huesos de gallina, llenos de médula —el sabor más sustancial que existe— roer los duros y mascar los esponjosos, por identificación simpática con el perro —el perro perdiguero, un olfato viviente, era mi tótem— así me sentía perro.

Mucho antes de todo esto —leyendas, refranes, alimentos de la fe irracional, o irrazonable, una fe adhesiva, algo así como la cohesión de la materia— que fundía mis reacciones vitales con ciertas ideas, con barruntos o promesas de lo no visto, pero admitido por fidelidad a una palabra, a un dicho: «Corazón de león», «Un hombre de corazón», «Hacer de tripas corazón». Todo esto, que situaba en el corazón la sede del valor, de la hombría, de la nobleza, unido al otro dicho: «Lo que se come, se cría», todo esto me inspiraba el deseo de comer corazón.

En aquellos tiempos en que mi abuela proyectaba para la cena su cochifrito, en que encargaba a la Perejila asaduritas de cordero, yo le dije una vez: —No cortes en pedazos los corazones; déjamelos enteritos para mí. Mi abuela prometió hacerlo. Pero llegó de la plaza la Perejila y hubo un cuchicheo que me alarmó. Le pregunté si había traído las asaduritas y dijo que sí: fui despacito a la cocina y vi a mi abuela trabajando cuidadosamente sobre la tabla de picar carne: estaba fabricando, de hígado, un corazón. Yo me acerqué y dije, nada más: —¿Qué es eso? (Todavía puedo sentir la palidez que extendió por mi cara la cólera). El corazón, ya lo ves, dijo mi abuela. No recuerdo lo que yo dije; seguramente fueron cosas atroces porque el sentirme engañada me daba derecho a todo. Yo debía de tener entonces cinco años, pero mi contrariedad no se desahogó en una rabieta: exploté en un torrente de reproches, de inculpaciones a mi abuela por haber recurrido a algo tan intolerable para mí como era

un engaño. Esa fue la vez más lejana en que vibró en mí una reminiscencia caníbal profundamente mística, mágica y total o integral o esencial de mi ser.

Pero decía que se iniciaba la primavera y Marcos me trajo de Rodilana un corderito. En mi patio crecían hierbas, pero no eran suficientes, así que la Perejila tenía que traerme todos los días un buen mazo. El corderito convertía mi patio en Rodilana, que yo esperaba recobrar en el verano: era una anticipación. Me pasaba las mañanas corriendo con él por el patio, y los ratos breves en que mi madre conseguía hacerme estudiar le veía por la ventana, le oía balar, es decir, que también estaba con él. Un día, estando en el patio, miré hacia arriba —tal vez sentí que alguien estaba mirándome— y vi asomada a su galería a una de las hijas del pintor. La saludé y me dijo que el corderito era precioso y que le gustaría que subiese con él a su casa para que lo viera su hermana de cerca. Yo dije: —Subo en seguida, y fui a decírselo a mi madre. Su hermana mayor, una señorita alta y delgada, tal vez menos joven que mi madre, estaba pintando en la sala. Pintando flores, naturalmente, del natural: dos rosas de té que despertaron mi interés, aunque no pudieron arrancarlo del conjunto. Aquel ambiente, aquella sala abarrotada de cosas viejas y bonitas, refinadas; multitud de cuadros y cachivaches, cortinas de encaje inglés —yo sabía muy bien lo que era encaje inglés y todas las labores femeninas, pero no sé cómo simultanear este contrapunto—. No sé unir a la primavera el ruido de los bolillos de boj, su suavidad, al jugar rápidamente en la mano entrecruzando los hilos, y los alfileres de cabeza de vidrio de innumerables colores, con vetas, nubes encerradas en su bolita, o bien transparentes, ámbar, rubí o esmeralda, con los que se habla antes de elegir uno; se les consulta el orden que quieren seguir en su tarea de pinchar la cartulina y este éxtasis da lugar —lugar, sí, porque en el espacio-tiempo del éxtasis cabe el universo— daba un lugar de dimensión incalculable el aroma de la acacia —las rosas de té estaban en un florero y estaban también en un lienzo pequeñito, puesto en un caballete que terminaba por arriba en forma de lira—. Y aquella señorita pintaba apoyando la mano en el tiento que, con la punta envuelta en un trapo que encerraba una bola de algodón, se apoyaba en el borde del lienzo. Todo esto me absorbía.

No sé lo que me dijeron ni lo que dije al entrar porque todas mis facultades se polarizaban en los ojos para acumular cosas y en los oídos para percibir el silencio de la alfombra. También allí, la alfombra como en la casa de las vecinas lúgubres, pero en ésta el silencio no era imponente ni respetuoso, sino armonioso. De todo lo que dijeron sé que elogiaron mucho el corderito y hasta me parece que la más joven dijo a su hermana que debía pintarlo: era un modelo encantador. De algo de esto hablaban cuando yo, paseando la mirada —no paseando: succionando toda imagen, con aquella avidez que hacía de todos mis actos una comunión y un vínculo— recorriendo la sala punto por punto, vi que en la alfombra aparecían dos pelotitas. Me dio un vuelco el corazón, pero al mismo tiempo constaté que aquellas pelotitas no tenían el aspecto

habitual en el excremento de los corderos: no eran las conocidas bolitas negras como cuentas de rosario. Eran mucho más grandes y de un color terroso. Procuré despedirme, pero la pintora descubrió las dos pelotitas y, como yo, consideró que no parecían de cordero. Yo aseguré que no lo parecían. —Pues ¿qué podrán ser? —dijo ella. Se inclinó —llevaba lentes de pinzas en la nariz— y con el rabo de un pincel tocó una y la hizo rodar un poco. —¿Qué podrán ser? —repitió y yo alcé los hombros. Me fui en seguida, con una cierta tristeza parecida a la vergüenza que causa el error, el desacuerdo entre cosas que uno juntó indebidamente y que no casan. En fin, algo de esta inconformidad fue lo que me quedó de mi visita con el corderito. No me decepcioné de él, sin embargo, pero esa aventura me llevó a pensar en lo imposible que es hacer vivir las imágenes del arte. Años atrás yo había pedido la paloma, la paloma blanca de los cromos, con la carta lacrada bajo el ala y la había obtenido, tal como la quería. Pero el brillo de su realización había durado muy poco: en seguida hubo que buscarle acomodo fuera de la casa porque a su paso todo quedaba imposible. La instalaron en un cuartucho que había en el patio de mi abuela, mi padre le puso una especie de jaulón de tela metálica adosado a la ventana para que pudiera tomar el sol. Raras veces bajaba el sol hasta aquel patio. Allí daba el comedor asaltado por los ratones: allí lloraba la paloma, mientras mi tía y yo mezclábamos la pasta criminal de ceniza y vidrio molido.

Al avanzar la primavera crecían las hierbas de nuestro patio. Frente a nuestra cocina formaban un bosquecillo porque aquel rincón no era frecuentado por nadie. Mi madre decidió convertirlo en un pequeño jardín: empezó a arrancar los yerbajos y entre ellos hizo dos descubrimientos que la animaron a seguir. La acacia del jardín contiguo pasaban sus raíces por debajo de la tapia y empezaban a brotar en nuestro terreno. Además, entre la gramilla y el jaramago apareció una planta de artemisa. Limpiamos toda la zona frontera a nuestro piso. Mi madre cortó los brotes pequeños de la acacia y dejó el más alto para cultivar sólo aquél. Hundimos alrededor la tierra, en círculo, para regarla a diario. La artemisa quedó sola en medio y poco después se le unió una planta de alhelíes, alhelíes que hoy, en *este mundo*, me parecen la flor de Europa porque aquí no los hay de esa especie. Alhelíes del color de la herrumbre, que va del amarillo anaranjado al marrón oscuro. Alhelíes de un perfume intensísimo, profundo e hiriente como su color —y durante todo el mes de mayo cultivamos el jardincito—. Un día, el cordero se comió la acacia. Esto me alejó de él más que la hazaña anterior y admití que se lo llevase la Perejila para criarlo en su corral. Tal vez pocos días después comiésemos cordero: me hice la desentendida; no lo comí religiosamente. Mi madre no desistió de cultivar la acacia; había quedado de ella un tallo de un palmo de alto y siguió regándolo; al poco tiempo echó un brotecito, lo rodeamos de alambre espinoso y llegó a crecer mucho.

A fines de mayo Marcos terminó la carrera y los de Rodilana exultaron: su hijo era ya don Marcos. Vinieron a Valladolid padres y hermanos, llenaron de regalos la casa de mi abuela, proyectaron todo género de celebraciones. Pero la primera se imponía como primera porque estaba unida a un suceso de importancia nacional. Elisa había hecho prometer a su marido que si Marcos triunfaba en sus exámenes, para celebrarlo suntuosamente, la dejaría ir a Madrid a ver la boda del Rey. Elisa era una mujer realmente hermosa, una matrona estatuaria, de carácter en armonía con su tipo que, aunque autoritario, era simpático porque rebosaba alegría. Marido e hijos la adoraban, así que la promesa siguió en firme a medida que los hechos se desarrollaron. Marcos triunfó en sus exámenes, la princesa de Batemberg pasó por Valladolid en el tren real, asomada a la ventanilla con su blusa azul eléctrico. La ciudad se llenó de aquel azul. Aparecieron telas en los escaparates y tarjetas postales en las que una rubia bellísima sonreía dentro de una mancha azul. La fotografía quedaba oculta por la intensidad de la anilina que pretendía dar sólo la vibrante mancha azul eléctrico vista en la ventanilla del tren que la arrebatava.

Elisa se fue a Madrid, donde tenía parientes y donde quería llegar exhibiendo el triunfo de su hijo —Elisa no había leído El Corán—, que consideraba más que suyo porque suyo era el hijo y suyo había sido el empeño de hacer de él un señor. Bernabé, el sembrador, el cosechero, había puesto sus tierras y semillas al servicio de su proyecto.

Es hartamente conocida la culminación del acontecimiento. Llegó por teléfono la noticia del atentado; los periódicos lanzaron extraordinarios, pero con informaciones deficientes y confusas. Mi padre se echó a la calle para traer noticias a medida que fuesen llegando, y las noticias que trajo al poco rato fueron de las peores. Eran muchas y muy diferentes las que circulaban: mi padre adoptó las más negras. Llegó diciendo: —¡El rey muerto y la princesa herida!... Mi abuela se echó a llorar. —¡Ese niño, ese niño que hemos visto nacer! —decía. Gayó una especie de nublado sobre todos nosotros: yo sentí el terror, la Época de Terror apoderarse de España. Pero al día siguiente volvió la tranquilidad al conocerse las noticias seguras. Quedaba, sin embargo, el horror ante el crimen que había atropellado a tanto inocente. Mi abuela, que siempre formulaba sus preocupaciones de un modo explícito, dijo varias veces: —No puedo quitarme de la cabeza a todas esas gentes que lo han presenciado. ¿Cómo estarán los que hayan perdido a alguien entre ese desbarajuste?... Pronto supimos cómo estaban. Al otro día llegó a Rodilana el telegrama diciendo que Elisa, entre la multitud, había caído congestionada y estaba en el hospital. Fueron en el acto padre e hijo y empezaron a llegar noticias de ella: se trataba de una congestión cerebral, que se manifestaba en un delirio o enajenación, y no había posibilidad de arreglo; sólo quedaba esperar el fin. No hubo que esperar mucho; días después, Bernabé y Marcos volvieron sin ella.

Si mi viaje a Rodilana nos había acercado mucho a la familia de Bernabé García, la muerte de Elisa dio a esta relación un carácter sentimental —al menos, aparentemente. Por parte de mi abuela, el sentimiento era sincero—. ¡Aquella Elisa tan guapa, tan llena de vida!, ése era su comentario más frecuente. Por mi parte y por la de mi madre también había una gran pena: la recordábamos tan cariñosa, tan generosa. La parte sentimental era ésa. Yo, además, recordaba su aire triunfal, su voz un poco imperiosa cuando daba órdenes y pensaba que nadie había podido notar que iba a ser una víctima. Una heroína podría parecerlo, pero la verdad es que no había ido a hacer allí nada heroico. Y, sin embargo, cuando iba a ir, cuando hablaba en casa de mi abuela de su proyectado viaje, yo sentía que iba a hacer algo grande. No sabía qué —yo, por supuesto, tampoco había leído El Corán—, pero sentía que se lanzaba a una aventura extraordinaria. Los demás, mi padre, mi tía Eloísa, lamentaban su muerte y colmaban de atenciones a la familia. La que tenía una actitud muy extraña era mi tía Casilda. Yo no sé si sentía la muerte de Elisa —decía que la sentía muchísimo—, pero el suceso la había hecho entrar en una especie de actividad muy particular.

Pasé el verano sin volver al Pipaire no sé por qué, o mejor dicho, yo entonces no sabía por qué: me daban explicaciones confusas. Las apariciones en Valladolid de los de Rodilana tomaron un carácter diferente: venían a veces el padre y los hijos a ver al abogado, se hablaba de herencia, de mayoría de edad de Marcos y Victoriano, en fin, de cosas que no me interesaban en absoluto. Además, todos habían tomado con el luto un aspecto muy distinto del aire campesino que tenían en el pueblo. Muy distinto, Marcela sobre todo resultaba extraña. No había pretendido vestirse como una señorita; no se había puesto sombrero: llevaba un velo que sólo para entrar en la iglesia soportaba en la cabeza, luego se lo echaba hacia atrás como un pañuelo. Ella no era tan bonita como su madre; era chatilla, con una cara muy rústica, pero el pelo era de un rubio brillante que iba muy bien con el vestido negro. Y vino a casa una tarde por no sé qué motivo. Mi madre me arregló y me dijo que podía irme con Marcela a casa de mi abuela; ella iría después. Salimos de casa, cruzamos a la acera de enfrente para dar la vuelta hacia la calle del Obispo. Marcela me llevaba de la mano y yo iba pasándole revista. El velo era de un crespón muy fino —siempre encontré maravilloso el crespón—, muy mate, que contrastaba bien con la tela del vestido, más brillante. Estaba más bien gordita, con cintura muy estrecha y la falda... Mientras iba reuniendo detalles noté algo extraño entre su mano y la mía, pero me llevaba fuertemente agarrada y no quise hacer por soltarme. Seguí viendo que la falda tableada se abría en abanico al andar porque tenían grandes caderas y profusión de enaguas. La cosa que había entre nuestras manos seguía allí y acabó acaparando mi atención: me puse a examinarla, dispuesta a descubrir su naturaleza por su contacto. Para esto moví un poco la mano sin desprenderla de la suya y noté que era algo muy

pequeño, redondo como un perdigón. Con el movimiento de mi mano podía hacerlo rodar, pero no era duro, sino con calidad de goma y un poco húmedo, viscoso. Comprendí qué era y me solté; dije que me parecía que se me estaba desatando un zapato. Ella lo revisó en seguida y dijo que no. Mientras se agachaba a mirar yo examiné mi mano: el moco había quedado en ella. Me acerqué a la pared y como para guardar el equilibrio pasé la mano por el zócalo de granito y lo dejé allí. Me miré bien la mano, aunque con disimulo, y no estaba, pero no pude deshacerme en todo el día —ni nunca jamás, en la mente— de la sensación. Al mismo tiempo me acordé del corderito. Marcela, endomingada aunque enlutada, puesta entre telas más finas que lo acostumbrado en ella, con un aire más recogido, en parte por su falta de alegría, en parte por una seriedad de circunstancias que le imponían todo aquello, no había perdido, sin embargo, sus costumbres de paleta. Sus costumbres, no quería decir que las chicas de la ciudad no tuvieran la costumbre de meterse el dedo en la nariz: quería decir que tomaban más precauciones. Quería decir que sentían más horror de aquello. Y no porque fuese una cosa tan horrorosa, sino porque el contacto lo era. Si aquella misma cosa la hubiera sólo visto, como las pelotitas del cordero no me habría repugnado tanto, pero el contacto era como una comprobación irrecusable de su calidad. Unos cincuenta metros hasta la esquina de la calle Núñez de Arce y otros tantos o poco más hasta la del Obispo fueron llenos de esta meditación que los siglos —pues esto es lo que me propongo— no podrán borrar.

No íbamos a Rodilana aquel verano porque estaban pasando cosas. Se decía que era por lo que había pasado, pero era por algo que pasaba, y más por algo que podía llegar a pasar. Mis padres cuchicheaban en casa, no precisamente en secreto, sino como si se tratase de cosas que no me incumbían, y en casa de mi abuela se mantenía un silencio más elocuente que cualquier comentario. El silencio tenía todo género de acotaciones y apostillas; tenía subrayados y entrecomillados. Porque el silencio era ausencia de conversación, pero, claro está, se hablaba de lo inevitable, de las cosas caseras o de las exteriores en que hubiera por cualquier razón que intervenir; por ejemplo, hay que comprar tal cosa. He encontrado en la calle a Fulano. Frases como éstas daban ocasión a mi tía Casilda para producir aquel sonidito que era una especie de sorbetón de narices, que precedía a un sí, sí..., o bien para repetir el nombre de aquel Fulano con un retintín incalificable: —Fulano, ¡con que Fulano!... No era exactamente que yo no comprendiese ni que no quisiera comprender; era que todo aquello no me gustaba. Era como cuando en un libro encontraba un capítulo aburrido: habría querido saltarlo. Y lo saltaba, en cierto modo, porque creía que el estúpido episodio pasaría pronto y se daría al olvido.

Otras cosas —cosas eternas, esto es asimilables, incorporables en su eternidad, quiero decir suscitadoras de mi fidelidad, encadenadoras de mi voluntad como para hacerme profesar en el servicio de su altar— fueron apareciendo, densas, en su

tercera dimensión, cargadas de pasado y de futuro, como todo aquello que no tiene su fin en sí mismo, sino que responde a algo y espera respuesta. Algo así como las rimas unánimes, mellizas. Eso es, con esa hermandad que sobrepasa su significado lógico como *paloma* y *carcoma*, como *beduino* y *molino*, que no se unen por su contenido racional, sino que se abrazan graciosamente, dejando al alejarse unidas una estela armónica. La primera de estas presencias brotó ante una compañía de zarzuela que llegó en el otoño. Ya en años anteriores me habían llevado varias veces al teatro, pero no con frecuencia porque el estado de mi salud no lo aconsejaba. Este año, la ocasión volvió a presentarse y no la desperdiciamos. La ocasión era la butaca de un periódico que un amigo de mi padre le daba, una vez que él hacía la crítica. Así que al día siguiente del estreno fuimos a todas las funciones que dieron. ¿Fuimos más de una vez a la misma? Estoy por creer que sí porque la recuerdo con más precisión que todos los textos que estudié durante años.

Recuerdo su argumento, que no tenía la menor importancia, más bien que convenía borrar, pasar por alto —nunca insistiré bastante en esta característica de mi mente: carácter o sentido práctico; echar al cesto lo que no interesa y aprovechar lo sustancioso—, recuerdo sus canciones, letra y música casi íntegramente, sus escenas culminantes en que la belleza de los actores era como la corroboración o la evidencia de sus palabras. Sólo recuerdo el nombre de la primera actriz —tiple y bailarina—, Rogelia Argota. Tal vez todavía en este año de 1968, si pudiera ir a revolver la Hemeroteca, encontrase en los diarios y revistas de aquel tiempo notas elogiosas que atestiguaran sus méritos, pero en todo caso no pasarían de triviales elogios a una hermosa muchacha que cantaba y bailaba bien. Yo quiero dejar aquí sentado que ella fue para mí el umbral de lo sublime. No, esto es muy vago, no dice nada. En ella me doctoré en humanidades —y nunca en otro sitio, quede bien sentado— porque ella cantaba:

Desde las cumbres del Líbano
se ven las ruinas de Nínive,
la que arrasaron los bárbaros
en impetuoso tropel.

Rogelia Argota cantaba varias estrofas —que omito— de este género vestida con una túnica corta, por encima de la rodilla. El peinado, lo que entonces llamábamos moño griego, en colita de caballo, dejando colgar los bucles que saltaban sobre su cuello en el baile. Porque cantaba y bailaba con una pandereta en la mano, delante de una reunión de magnates con grandes túnicas o togas. Tal vez ella llevase corsé bajo la túnica, así se estilaba entonces, pero sus piernas y sus brazos tenían actitudes admirables, que eran la forma de lo que en el canto era cuento y melodía. Y todo ello, canto e imagen, se fundía en el espacio —en el espacio de mi mente, de mi alma, más bien— como una nota que quedaba vibrando en espera de su consonante. La rima gemela de aquella nota llegó pronto, no así las de otras que surgieron allí mismo.

Porque lo sublime no brotaba solamente de aquella canción: había otras —no recuerdo si antes o después— escenas medievales, con tipos y situaciones variadísimos. En una de ellas, de ambiente morisco, hay un emir que arenga a sus guerreros:

Soldados de Mahoma,
ceñíos el alfanje,
que piafan los corceles
ansiosos de partir.

Y cuando todos están dispuestos a seguirle, aparece una bella —Rogelia Argota— pidiendo venganza porque su amante ha sido muerto por un cristiano. Para conmover al emir, glosa las virtudes de su adorado:

Aliazar el valeroso,
el del manto de escarlata.
El magnífico en las fiestas
y en las justas vencedor.

La embriaguez que me causaba este canto no brotaba de los adjetivos *valeroso*, *magnífico*, *vencedor*. Lo que me arrebatava hasta el entusiasmo era la presencia excelsa que surgía del segundo verso, «El del manto de escarlata». Pero, claro está, dicho así, es decir, escrito así se queda en nada porque la imagen que sugiere es estática, mientras que el verso, repartiendo sus sílabas en el tiempo de la melodía, era una escala celeste —*escala paradisi*, diría Kierkegaard— no sólo ascendente. El verso era acogedor como un arco, como una puerta ciclópea que se abría a la luz de la evocación. Para dar una idea del poder dinámico de aquel verso, tendría que emplear uno de esos recursos tipográficos que usaron los vanguardistas de hace cuarenta años —cuyos fantasmas escapan esporádicamente de sus sepulturas—, tendría que escribir:

«El
del
man
to
des
car
la
a
ta»

Pero si hablé de escala no es porque la frase fuera subiendo de tono en la escala musical, sino porque las palabras y la melodía iban aumentando la presencia

sugerida, manifestándola, aproximándola a fuerza de realidad, con esa profundidad de impronta que sólo algunos versos inmortales, geniales, alcanzaron como, por ejemplo... Como ejemplo sólo se puede dar el consonante que aquel verso esperaba, pero tardó tanto en llegar que su aparición queda fuera del tiempo de estas memorias. Tengo que darle abruptamente, y no traído por los cabellos, pues no pretendo insinuar que en aquel tiempo lo presintiese. Lo que afirma es que en aquello *estaba* ya. Estaba su tono —o su todo— esencial, la fórmula de su reposo corroborador, satisfactoria porque en él quedaba aplacado algo así como el ansia de perfección. La plenitud que se experimenta ante el verso «La filie de Minos et de Pasiphae». Si a este verso le quitamos su tiempo, le alteramos lo más mínimo la duración de sus sílabas, la criatura que su magia materializa —viva, eternamente viva— se esfuma o se derrumba. Pues bien, esta misma magia abría el sésamo, la puerca de sílabas y notas por donde entraba en escena, más real que todos los cómicos presentes,

ta»
 a
 la
 car
 des
 to
 man
 del
 «El

Parangonar este verso ignorado de todos, miembro imperceptible de una obra insignificante, con uno de los versos más famosos de la literatura universal puede parecer extravagante paradoja o, si acaso, propósito habilidoso de realzar el verso modesto mediante una semejanza tan ilustre. No es eso enteramente, y estoy por decir que si el verso glorioso hace con su proximidad mucho honor al verso ignorado, éste corrobora como una prueba, como un testimonio de veracidad, la gloria del verso ilustre. Todo lo que se ha dicho del verso de Racine podría ser discusión académica de un pueblo que goza medita, depura y exalta su lengua; que no necesita escribir el verso suyo en una determinada forma para que toda voz —de su tierra, de su mundo verbal— lo silabee con rigor y deleite. Pero por debajo de todo esto —por debajo de *todo*, de lo consciente, de lo ni siquiera formulable— relumbra irracionalmente una verdad emocional, una especie de constatación táctil de su excelencia y su poder. Esa misma emoción plenaria que los doctos exegetas señalan en el verso que designa a Fedra sin nombrarla, con una alusión que sólo puede ser personal, formulada por *uno* que la conoce entera, desde las raíces de su casta, es la que yo sentí ante la evocación de la enamorada que con esa imagen —manto y color— designa al que *tiene* en su mente. Y la veracidad de este aserto he podido comprobarlo al revisar actualmente el libreto de la zarzuela: mi memoria había oscurecido el primer verso. El nombre de

Aliazar no contaba para mí; tenía sólo una vaga impresión o más bien sensación mnémica de sus vocales —defecto o modalidad personal mía: suelo recordar las palabras en fuga de consonantes. Primitivismo, tal vez— y sólo recordaba lo que se hablaba de alguien, de un ser que estaba lejos —la muerte abolida por el vivido recuerdo—, del que se decía algo así como «*Allí está el valeroso*»... Es evidente que el propósito del autor no fue el de designarlo con la sola imagen, pero yo le sentí —lo viví— así: recogí y conservé la designación efficientísima, que fue suficiente para mi culto durante sesenta años.

La obra era «¿Quo vadis?», de Chapí la música y de Sinesio Delgado el libreto, que merece todo mi homenaje. También estarán las notas críticas en los diarios de la época, también comentarán la gracia de los chistes y lo divertido del argumento. Tan típico, ¡tan nuestro! El protagonista, un cesante, héroe nacional que es difícil inmortalizar en bronce, pero que hartado estatuario queda en la obra de Galdós. El cesante hambriento que encuentra un panecillo en un banco y cuando va a comérselo oye una voz extra-humana que le dice: «¡No lo muerdas!» Luego, el desarrollo de los episodios sigue la suerte de aquel panecillo, que es un talismán, y cada vez que el desdichado —y a un tiempo afortunado— lo pierde en una refriega retrocede secularmente en el tiempo y en el espacio. Así se escribe la historia, en la zarzuela; graciosa, para la galería, sublime y real —realmente sublime— para mí, que iba dispuesta a encontrar allí *verdades* —mi único alimento— y que las encontraba y las devoraba con tanta habilidad como la ardilla que come la nuez y tira la cáscara.

En honor del autor del libreto tengo que decir algo más —no sé si será en honor de la época: triste época indecisa, braceando entre la niebla—, otra canción dejaba escapar palabras temibles. Palabras que hoy día se rechazan, pero que entonces brillaban desnudas. Las imágenes que las personificaban no estaban desnudas, sino con corsé y abundantes ropajes —hoy las imágenes estarían desnudas, pero no conseguirían la desnudez de las ideas, que sólo se puede *ver* si se cree en ellas—. El cesante, en el primer acto, se dormía en el banco de piedra, iba oscureciéndose la escena y unas sombras le rodeaban cantando:

Rebujadas en mantos vienen las hadas
a abrasarte en el fuego de sus miradas.

Después de cantar un poco más tiraban los mantos, se hacía la luz al mismo tiempo y aparecían resplandecientes. Entonces cantaban con un ritmo incitante / arrebatador:

Recrea tus ojos en nuestra belleza
y admira a los seres de un mundo mejor.
Que nuestros encantos te den entereza,
que nuestros hechizos te presten valor.

Al caer en sus manos el talismán, el cesante quedaba destinado a combatir al mago perverso —él no demostraba ni pizca de ganas de combatirlo, cosa que a mí me parecía muy mal, pero estaba destinado por la fatalidad; sin heroísmo. Ya apuntaba aquí el héroe por chiripa: yo esto no lo registraba— y las hadas le decían:

Corre a luchar
sin desmayar
en el combate singular.
Vence al traidor
encantador
y gana el premio del amor.

Para que supiese a ciencia cierta en qué consistía el premio, las hadas especificaban:

Una garganta como la nieve,
una boquita como un piñón,
y un alma tierna que se conmueve
a los arranques de la pasión.

¿Qué más necesita saber una chica? Todas nuestras tradiciones, todo nuestro Occidente, tal como eruditos estudios nos lo presentan ahora, condensado en un nudo inextricable de amor y muerte, de amor y guerra, de alma y pasión. Los textos, que no estudiaba aunque mi madre me lo suplicase, eran áridos y mortecinos; por eso no los estudiaba. Leía una página y veía que pretendían hablar de *aquello mismo*, pero no lo lograban. Yo avanzaba mucho más reconstruyéndolo por mi cuenta, como quien reconstruye por unos cuantos huesos el animal remoto. Exactamente así: yo tenía en mi mano unas cuantas piezas o notas de todo aquello y sabía lo que eran. Yo sabía lo que quería decir pasión, y no porque me lo hubiesen explicado, sino porque el fenómeno que esta palabra designaba se manifestaba en los seres afectados por él como una especie de arrebató, como una ceguedad, una pérdida del sentido común y del espíritu de conservación; y yo experimentaba en mí misma ante ciertas ideas o situaciones un conato de aquella ceguedad, de aquel impulso arrebatado.

No sólo en mí, lo constataba en las reacciones de todo el mundo, por leves que fuesen y, por supuesto, más claramente cuanto más próximas me fuesen las gentes: por lo tanto, más claramente que en nadie en las reacciones de mis padres. Y no sólo en sus explosiones ruidosas, sino en sus características permanentes y contenidas. Mi padre era afectado por ella en dos formas distintas; creía, por su inmersión —sin discriminación— en la literatura de la época, que el amor es pasión y que, consecuentemente, el amor realizado tiene que buscar para librarse a sus convulsiones pasionales el argumento de los celos. Sin eso, sería cosa de morir de aburrimiento. Era preferible morir o matar en un arrebató de furor. Mi padre no usó

nunca armas de fuego, pero tenía una artillería verbal realmente mortífera y la descargaba periódicamente, cuando el ambiente empezaba a hacerse pesado.

Quisiera recordar con qué palabras, puesto que no se piensa sin palabras, pensaba yo todo esto; porque no sólo lo sentía, sino que lo pensaba. Fueron muchas las escenas dramáticas que presencié y no me impresionaron todo lo que sería lógico, dado mi carácter impresionable. No me impresionaba porque sentía bajo todo ello la comedia. Mi madre sí se impresionaba porque tomaba en serio su papel de víctima, y yo me decía: ¿Por qué no le haré frente? ¿Por qué no desharé con cuatro patadas todo este delirio? No es que yo quedase indiferente: quedaba inmensamente apenada, pero con una aceptación que consistía en mi falta de crédito a la causa. Era algo como lo que deben de sentir los hijos de los alcohólicos cuando ven venir a su padre dando tumbos: ¡Vaya por Dios, hoy también!... Cuando empezaba el huracán yo sólo pensaba: Vamos a ver cuánto dura. Generalmente no duraba mucho, lo que me pasmaba era que no dejaba la menor huella. Bueno, sí dejaba huellas; mi madre lloraba largos ratos y yo, más que apiadarme, me indignaba. Muchos, muchos años más tarde, ha pesado sobre mi conciencia la dureza de mi carácter, que no concebía más que oponer la fuerza a la fuerza. Y muchos años después de haber llegado a esta reflexión pude comprobar que en aquel caso, y tal como yo lo entendía, era ése el camino justo. Pero ¿por qué —o cómo— hablar de esos muchos años más tarde? Es infinitamente difícil, por no decir imposible, mirar desde aquí aquel comienzo de la vida sin que el espesor del tiempo se interponga como un cristal de determinados tomos, alterando con su irisación la imagen justa. Además de ser difícil, la divagación penosa para conseguirlo ocupa un lugar y queda empantanada entre una idea y otra, obligando a un rodeo larguísimo para dar vuelta atrás. Dije que mi padre era afectado por la pasión en dos formas: la segunda era una pasión paciente. Tenía las características de un amor prohibido, pero era él mismo quien se lo vedaba. Mi padre odiaba el trabajo. Más que odiarlo, lo rechazaba en forma satánica. Se había dicho en el principio de su vida —«o antes, si puede ser antes»—. *¡No trabajaré!* Enjauladas en esa decisión, sus facultades creadoras languidecían y buscaban escape. De cuando en cuando encontraba pequeños, triviales o arbitrarios —ante todo, superfluos— quehaceres a los que se entregaba con dedicación ciega. ¿Se puede llamar a esto pasión? Sí, sin duda: varias características de la pasión informaban aquellas chifladuras. Una inmersión total, con olvido del resto del universo, custodiada por un cancerbero de furor. Si alguien le distraía o le tocaba sus utensilios, era devorado por cuatro —o más— fauces blasfemantes. Un desafío al mundo, a la opinión y a la conveniencia práctica con cierto orgullo, además, de la excelencia de su objeto. En fin, fuese o no fuese ello pasión, yo lo veía así.

La pasión en mi madre era muy otra cosa. No podría decir que mi madre tuviera una pasión ni que fuera de carácter apasionado, pero había momentos en que su habitual mansedumbre estallaba en un arranque de ceguedad pasional. Y lo grave era que aquellos arranques solía provocarlos yo. Pero no porque el amor de mi madre por

mí fuera un amor apasionado. No dejaba enteramente de serlo; es decir, que uno y otra me iniciaron en todas las pequeñas escaramuzas del amor; en eso que en nuestra lengua más popular llamamos *achares*. Pero no es de esto de lo que hablaba. Las reacciones pasionales de mi madre explotaban contra mí porque conmigo chocaba a veces la vena más caudalosa y mejor encauzada de su voluntad. Mi madre aspiraba a realizar en mí todo lo que en ella había sido resignado. Su carácter no era complejo, era dual; es decir, que constaba de dos elementos simples y bien definidos. Su infancia antillana y su adolescencia rodeada de hermanas jóvenes, entre danzones y habaneras, la había facultado para una vida social, con el modesto y placentero brillo de los residuos coloniales: de donde podía haber surgido como *diva*. Tenía voz y físico para ello. Pero no sé si antes o después de su orfandad había leído a Rousseau. Es decir, que de pronto había columbrado otra faz de la vida o, más bien, otro modo de vivir al que respondía, no una mitad de su naturaleza, sino toda ella, *del otro lado*. Aquella nueva faz era su revés, es decir, que al volcarse en ella no obraba al revés, esto es, a contrapelo, sino del revés, con su propio revés. Al casarse, a los diecinueve años, los dos colores quedaron limitados a lo ornamental pasivo, pero mi nacimiento abrió para ellos un nuevo cauce de posibilidad. El resultado fue mediocre en el aprendizaje de la música, pésimo o nulo en el del baile, a pesar de tener un oído excelente y una memoria auditiva extraordinaria. Fracaso irritante para mi madre porque veía que mi ineptitud era más bien falta de inclinación a todo aquello y entonces venían las reconvenciones y amonestaciones: —¿Qué vas a hacer en sociedad si no bailas, ni tocas el piano, ni sabes nada que pueda hacer agradable tu compañía? A esto yo contestaba con la mayor indiferencia: —Pues no sé, ya veremos. Y en casos como éste mi madre contenía su furor o lo disparaba en una frase profética, con la que esperaba amedrentarme: —¡Te vas a crear un tipo!... Yo no me amedrentaba y ella se resignaba porque confiaba en que tal vez el otro tono me estuviese más adecuado. En este otro sector no podía inculparme de indiferencia, pero sí de pereza y hasta de torpeza. Cuando llegaba a esta grave constatación era cuando disparaba su otra frase: ¡Eres una nulidad, una nulidad!... Esta me hería más porque me sonaba a *mulidad*, cualidad indefinible, pero ofensiva. Sólo que esta frase explotaba generalmente al revisar mis cuentas y corregir los innumerables errores. Otras veces no había cuentas ni errores: lo que había era que no había detenido mi mente sobre los libros ni medio minuto; sencillamente, que no los había abierto. En estas ocasiones —no eran frecuentes, pero recuerdo con toda claridad unas cuantas— era cuando mi madre perdía los estribos; era cuando la cólera y la decepción que le causaba mi conducta sólo habría podido desahogarse dándome de cachetes. Pero no era ésa su reacción: era otra mucho más impresionante. Se levantaba de la mesa, me reconvenía o me insultaba, pero el furor le cortaba la palabra y se echaba a llorar. Andaba de un lado para otro de la habitación, sollozando, y cuando ya no podía contenerse daba con la cabeza contra la pared. Se daba golpes atroces, agarrándose del pelo y golpeando su cabeza contra la pared como si fuese una cabeza ajena. A este

espectáculo yo no respondía con el cinismo que aplicaba al otro: lloraba yo también con todas mis fuerzas y nada más. No recuerdo haber empleado nunca esas frases consoladoras, esas promesas de enmienda o demandas de perdón. No, yo en esos casos no decía nada; lloraba desesperadamente y todo terminaba así: las dos llorábamos mucho rato y luego dejábamos de llorar.

Recuerdo y señalo con infinita satisfacción esta alimentación antihigiénica con que me nutrieron mis padres, que escandalizaría a pedagogos y psiquiatras, delicioso ejercicio de todo mi ser, con el que pude haber reventado —no lo niego— pero que, puesto que salí con vida, representa hoy día un yacimiento de vida con el que cuento, con tanta seguridad y con un orgullo mucho más legítimo que el de los que nacen sentados sobre los bienes materiales que atesoraron sus padres. Quede aquí lo referente a la pasión.

Los acontecimientos de casa de mi abuelo no sólo no me pasaban inadvertidos, sino que me sugerían preguntas y comentarios. Antes, mi madre no censuraba nunca a mis tías delante de mí, ni menos a mi abuela. Sólo aquella vez del corazón fabricado me insinuó que su cultura no daba para comprender que no se debe engañar jamás a un niño, ni que un niño, formado a la moderna, no se deja engañar por una imitación tan burda. Pero esto yo lo había tomado como demostración de la superioridad de mi educación en relación con la antigua. Ahora se trataba de otra cosa. El drama latente que trataban de sofocar era el noviazgo de mis dos tías, Casilda y Carmen, con los dos rodilanenses, Marcos y Victoriano. Ya en el verano de Rodilana había habido muchas bromas, tales como —«Mira qué amartelados van», etc.—. Bromas, puras bromas parecían ser. Pero murió Elisa y las bromas empezaron a tomar seriedad. Para Carmen, bastante bonita, menudita y frágil, que había pasado el principio de su juventud ya en los malos momentos de la familia, la época de Rodilana había sido una agradable novedad: paseos por el campo al lado de un hombre joven, aunque rústico —más novedad en esto y tal vez más encanto— que representaba una posibilidad de relación real, entonces no se empleaba otro término. Para Casilda, nada bonita y cargada de años —se acercaba a los cincuenta— seguramente herida por malas experiencias —por la pobreza sobre todo, que en el clima provinciano es la cosa más grave— aquella aventura era, simplemente, una tabla de salvación. Tabla a la que ella aplicó el gobernalle de su voluntad, de su astucia, de su labia y su dialéctica envolvente. Cuando la cosa empezó a hacerse manifiesta todos creyeron que podrían combatirla. Mi padre y mi tío atacaban a Casilda, que era la que presentaba el frente, con razones sentimentales como: «¡No deis ese disgusto a nuestra madre! ¡No os pongáis en ridículo!»... Las razones no encontraban eco y las discusiones se sucedían con carácter más o menos violento. Yo

no percibía muy bien el absurdo de la situación porque Marcos y Victoriano me eran muy simpáticos; mi madre me explicó que, para ella, lo más absurdo era la diferencia de edad. Casilda podía muy bien ser madre de Marcos y Carmen no tanto, pero también llevaba unos diez años a Victoriano.

Comadreo femenino alrededor de este chanchullo, que mi madre limitaba a lo estrictamente razonable y aprovechaba, sin duda, para hacerme notar la diferencia de mis tías paternas con las otras, las de Madrid, las que habían pasado el charco varias veces y a las que en Caracas y Mayagüez cantaban serenatas los chicos más cultos y elegantes. La verdad era que en aquel momento Casilda tenía, más o menos, la edad de mi abuela Julia. Mi abuela de Madrid era todavía muy bonita, alta, elegante. Mi abuela Sinfioriana nunca había sido bonita y estaba ya acercándose a los ochenta. Todo esto a diario, inspirado o demostrado por los hechos familiares, era mi iniciación femenil —no femenina, sino comadril— a mi entrada en el uso de razón.

Pero la rima estaba esperando, latente —no, palpitante, en su tenaz espera— la aparición de su consonante. Terminó el verano y el frío empezó a crear los consabidos problemas. Se encendió el brasero y se volvió a pretender que yo permaneciese sentada a la camilla, dibujando. Pero el vecino le propuso a mi padre que me llevase a la academia por las tardes. No había cumplido los nueve años, era imposible matricularme, pero él dijo que no tenía importancia: podía ir allí simplemente, llegar a la hora de entrada y entrar con los otros chicos. Al lado de la clase de dibujo estaba la de pintura, donde su hija mayor iba a aprovechar los modelos de la escuela y también para ayudarle un poco en las correcciones. Cualquier conflicto que se me presentase, su hija me lo resolvería. No dejaba de intimidarme pensar que iba a ser protegida por la señorita del cordero, pero las ganas de ir a la academia, de hacer algo inadecuado a mi edad, de gozar de un privilegio que no era premio a mis méritos, sino concesión a mis proyectos, a mis impulsos, me daba valor para afrontarlo.

No recuerdo cómo fueron los trámites; mi padre me llevó hasta dentro, me dejó en manos del profesor de dibujo, que también era conocido suyo. Yo, en cuanto pasé del umbral, olvidé el resto del mundo. Recuerdo la impresión que me causaba no llegar apenas al pupitre, notar que los chicos, que a mí me parecían personas mayores, me miraban con extrañeza: nada de aquello podía acobardarme porque había entrado —o admitido en mí— un universo a la medida justa de mi propio fondo. Había visto al entrar en un rincón oscuro del vestíbulo, un Apolo de gran tamaño. Estaba allí como hecho de silencio. Bueno, no quiero poetizarlo ni sugerirlo a fuerza de metáforas: lo que quiero decir es que verle y hacerse el silencio en mi cabeza, esto es, el olvido de todo lo demás, fue una misma cosa. Fue como si me hubiese quedado allí quieta para siempre: eso que se dice vulgarmente; me quedé como si hubiese echado raíces. Pero aquí no cuadra el *como si*, porque lo que ocurrió

es que eché raíces de verdad. Sentí mis raíces como cuando en un pie que se ha quedado dormido sentimos que la voluntad o posibilidad de movimiento va invadiéndole, va extendiéndose por él hasta llegar a la punta; y ese pie que es nuestro, nos parece nuevo, desconocido, frescamente delicioso de recorrer. Algo así — constato ahora— fue lo que experimenté ante aquella visión. Me dilaté tentacularmente, agarrándome a mi tierra de elección, reconociéndola como mía, como si se desentumeciesen de pronto las tres potencias de mi alma y en aquel silencio y aquella quietud cobrasen una energía inagotable.

Conste que no estoy dando a entender que me quedé allí quieta media hora: nada de eso, entré en la clase de la mano de mi padre. Tal vez al pasar me detuve, sin pararme, es decir, di un solo paso en el tiempo en que podría haber dado dos o tres. Y en ese tiempo ocurrió el rapto, a una velocidad que no hay por qué tratar de describir: el que conozca este fenómeno, entiende con menos de lo que va dicho y el que no lo conozca, no es lo grave que no lo entienda, sino que entiende otra cosa enteramente diferente.

En la clase, bien iluminada por bombillas eléctricas con reflectores blancos, había, a cierta altura, una repisa donde estaban los modelos de yeso: torsos, brazos y piernas, fragmentos de estatuas y algunas cabezas. Sobre el pupitre que me asignaron había una, femenina —hoy sé, por el recuerdo, que era la de Venus de Cnido— pero no eran esos modelos los que teníamos que copiar los principiantes, sino láminas como las que copiaba yo en casa. Me pusieron una delante y la copié bastante bien, pero sin mirarla, puesto que no la recuerdo. Miraba la cabeza dulcísima que, puesta sobre la base de una columna, parecía llenar la clase con su presencia: con la presencia de toda la mujer, diosa, criatura celestial tal vez, pero tan firme, tan muelle, tan pura y dura en sus movimientos, en su paso por encima de todos nosotros, por donde ella entera pasaba o quedaba, reinaba —digo ahora— y dictaba sus gracias. Lo que decía entonces no debía de ser demasiado absurdo porque me gané pronto las simpatías de mis compañeros. *Mis compañeros*, otra idea en la que también eché raíces en aquel momento y de la que no me he desarraigado.

Pronto empecé a moverme por la clase con soltura, a hacer visitas a la clase contigua donde estaba la señorita pintora, con la que también llegué a tener cierta confianza y le hablé de mi entusiasmo por las esculturas que había en la academia. Ella me dijo: —¿Te gustaría modelar? —Sí, muchísimo —contesté—. Dejó sus pinceles y su tiento —éste y los lentes la caracterizaban— y me llevó a la clase de modelado, donde trabajaban algunos chicos. —¿Quieres un poco de barro? —dijo, y yo no contesté porque era tan obvio que ella misma no esperaba respuesta. Abrió un arca que por dentro estaba forrada de zinc y me dio una bola del tamaño de una naranja. Aquí, el éxtasis se sumió en lo irracional ciego. Quiero decir que el éxtasis residió o se enseñoreó del tacto. Las imágenes no quedaban olvidadas, pero sí como adormecidas, entregadas a la materia: primaba en aquel momento el contacto de la arcilla en las manos y ¡su olor! Toda la clase trascendía a aquel olor húmedo, que se

escapaba de las formas cubiertas por paños mojados. Mi acompañante levantó un poco algunos para que yo viera: descubrió un relieve y me dijo que debía empezar por una cosa así porque una figura exenta era demasiado difícil y demasiado pesada para mis fuerzas: no podría hacer girar el caballete. Con todas estas explicaciones y con mi pelota de barro me volví a mi clase y allí mismo, haciéndolo como a escondidas del profesor, pero sabiendo que si me descubría no pasaría nada porque yo, *allí*, tenía todos los derechos, allí mismo, extendiendo el barro en el interior de una lata de pastillas que me dio una chica que estaba a mi lado, formé una plancha de unos diez centímetros en cuadro y sobre ella fui interpretando en relieve la cabeza de la Venus: de perfil, naturalmente. Los chicos que estaban a mi lado miraban lo que hacía, al poco tiempo otros detrás de mí miraban por encima de mis hombros. Estuvo formada en poco tiempo y todos irrumpieron en elogios. Me hicieron ir a enseñársela a la señorita; es increíble que haya olvidado el nombre; me parece, incluso, no haberlo sabido nunca, pero no es posible. Lo que pasa es que la realidad externa de todas aquellas situaciones no tenía importancia para mí. Me llenaban de elogios los compañeros; la señorita pintora, era seguro y más que seguro que también me llenarían en casa; yo esto, sin mirarlo con indiferencia, lo vivía como en un sueño: lo que significaba mi verdadera realidad era el sentido de todo ello, lo que iba formando el *humus* de mi porvenir.

No recuerdo cuánto tiempo fui a la academia, pero sí que el invierno se echó pronto encima y nevó seriamente. No me privé por eso de ir a clase: en la Glorieta del Museo había tal vez veinte centímetros de nieve; mi padre me la cruzaba en brazos y me depositaba en la puerta de mi carrera artística. Es decir que ese imposible de tiempo y de espacio que me ha acompañado durante toda mi vida —hacer aquí y ahora lo que no es concebible ni ahora ni aquí— en aquel momento —momentos múltiples porque se repitió varias veces— yo cruzaba la plaza en brazos de mi padre, ya oscurecido aunque no serían más de las seis, como cuando volvía de casa de mi abuela en Navidad, por entre la nieve que aumentaba la sensación de refugio, de pequeñez defendida, pero llegaba a la academia y allí entre mis compañeros —todos tenían diez años más que yo— era una más, que trabajaba y que triunfaba.

¿Por qué triunfaba yo entonces? Siempre que he triunfado alguna vez en la vida, ha sido por lo mismo; y lo demuestra el que jamás triunfé, como es corriente en los escritores que no son una nulidad —una nulidad— y hasta en algunos que lo son, por los méritos de la obra. Cuando alguna vez, como entonces, he triunfado ha sido por imposición o influencia de mi personalidad. Lo que yo hice con aquel puñado de barro no tenía ningún mérito —o tenía poquísimo— pero no era eso lo que admiraban en mí. Lo que admiraban no estaba en mí: admiraban lo que yo admiraba; es decir, admiraban que yo lo admirase tanto. Mi admiración les sorprendía y les admiraba: creían que admiraban mi talento y era que se dejaban subyugar por mi capacidad de admiración —tal vez mi única cualidad indiscutible—. Así, todos aquellos triunfos quedaban para mí borrados o eclipsados por mis emociones profundas, íntimas,

secretas aunque hablaba de ellas. Pero —el fenómeno de mi extemporaneidad siempre actuante— hablaba con el lenguaje adecuado a mis años, el que era posible entonces: mis emociones tenían enteramente otra dimensión.

El descubrimiento de la escultura griega significó para mí la vía de acceso a lo que *puede ser* —ya he repetido más de una vez esta frase y no será la última—, a lo que puedo penetrar y vivir, al mundo, tal como yo lo anhelaba y lo concebía. Yo había visto ya varias veces las esculturas de Berruguete, admiraba y adoraba las imágenes de que estaban llenas todas nuestras iglesias, pero nada de eso me había hecho saber lo que *es* la escultura. Representaciones bellas y conmovedoras de las pasiones —de la Pasión, casi siempre— humanas, que podían haberse expresado en cualquier otra forma o movimiento, es decir que su padecer tenía infinitos momentos, todos igualmente dignos de ser reproducidos en tallas, todos eran sugestivos o inspiradores. No así la escultura griega. Eso era enteramente otra cosa. Eso, quería decir: *así es, y nada más que así puede ser*. ¿Con qué palabras formulaba yo este aserto? Sin ninguna palabra: con una entrega o inmersión en su conocimiento —en el conocimiento.

En mi emoción ante la escultura griega predominaba, además, un sentimiento de facilidad, de comodidad por afinidad. La forma así, tal como la veía en ella no tenía secreto para mí. No tenía el intrínquilis de una técnica a la que no se sabe cómo dar acceso, que era lo que me pasaba con la pintura. La escultura era la forma puesta ahí, y yo podía dar vueltas alrededor, coger el barro y hacer con mis manos lo que veían mis ojos, con tanta seguridad como si sólo con verlo ya estuviese hecho y no me quedase más que recorrer con las manos amorosamente la forma vista. Este razonamiento no lo pensaba, lo sentía en las manos como un voto de obediencia. Lo otro, lo que había brotado al pasar en el paso lento, era también una facilidad. La visión del Apolo en el rincón oscuro —veinte años después traté de fijarla en un poema: ahora intento describirla con fría exactitud sabiendo que parecerá inverosímil, elaborada. El caso es que presidió y presidirá mi vida todo lo que dure—, la contemplación del Apolo fue como la adquisición de todo el saber; algo así como decir: ¡Ah, esto es todo! Y cuanto más pienso en ello más me afirmo en que fue así porque eran muchas las obras de arte que conocía y ninguna me había inspirado nada semejante. Aparte mi conocimiento de museos e iglesias, de reproducciones en libros y revistas, de mi casa se enseñoreaban las figuritas modernistas y yo las encontraba encantadoras; la idea de que fuesen artísticamente inferiores no pasó nunca por mi cabeza, pero ni su forma ni su volumen, que estaban a mi alcance, me inspiraron jamás la idea de hacer algo parecido: ni su aire ni su clima poético, que no carecía de sugestión, significó nunca una promesa o un camino hacia la visión total. Pensar en el Apolo, no, pensar desde el Apolo era como mirar desde la cumbre —desde las cumbres del Líbano— y ver todos los albrures del hombre —la armonía de su espíritu, el tropel de su barbarie— y comprenderlo todo.

Parecerá tonto el detalle, pero yo lo consideraré largo rato como algo valioso. Yo me quedé considerándolo aunque seguí andando; mis sentidos se habían agudizado de un modo extraordinario al verle. Estaba sobre un plinto casi de mi altura, metido —en diagonal al rincón— en el ángulo más oscuro del portal y sin embargo yo lo vi, lo recorrí enteramente y vi además una gran telaraña tendida desde su pie izquierdo, más bien desde su tobillo, hasta la pared. Vi la araña que se mecía en ella y deseé que nadie la descubriera y la matara porque me pareció su guardiana, que estaba allí para custodiar su silencio. Nunca, a través de los años, pude ver —o pensar la imagen de Apolo sin el arpa silenciosa tendida desde su tobillo hacia la sombra—. Constató ahora que acabo de sugerir la imagen de Apolo en un rincón oscuro y anclada por una frágil cadena en la sombra y el silencio. Parece absurdo, pero para mí así fue y así es. Nunca profesé el esplendor apolíneo en lo externo; al contrario, su luz y su pureza quedaron siempre guardadas en el último rincón de mi oscuridad. Tal vez por esto no escatimé nunca el entusiasmo —tierno, ligero, sentimental o sensual, manifiesto, compartido con cualquiera— por las obras menores, pequeñas cosas, objetos, cachivaches. Con todo esto se podía jugar, lo otro era cosa de vivir. Mi padre no hacía más que jugar; en eso desperdició su vida: yo veía su juego y le acompañaba en él. Le veía pulir con el bruñidor de ágata la figura más grande y decir que no se atrevía a pintarla, que estaba convenciendo a su amigo para que se la pintara él. No quería embadurnarla de un solo color: quería que tuviese los colores naturales, con las flores de los verdaderos colores de las anémonas. Por fin se la llevó y entonces se puso a prepararle un trípode. Pero no encontró un trípode, como quería, y se conformó con un macetero de cuatro patas. Primero una mano de rojo intenso, luego la nogalina fundiéndose con el rojo hasta lograr un caoba aproximado, luego el barniz de muñeca.

El arte tiene tres estadios semejantes a las metamorfosis del insecto. Bueno, la verdad es que el arte no tiene nada que ver con el insecto ni con sus metamorfosis: esta sugestión sólo puede servir para indicar una especie de estancias vitales o funcionales. El trabajo artesano, que es algo así como un roer larvario —frotar, limar, barnizar, modelar o tallar, teclear o rascar con el arco—, la materia va convirtiéndose en cuerpo, va engrosando. Cuando la obra tiene ya volumen —es ya como una respuesta o como una mirada— se establece una *relación* erótica entre ella y el artífice. Subrayo *relación* porque erótico es todo en el arte —dijo Rilke, y dijo bien—, el arte es un pensamiento genésico y en esta segunda fase el artista no sólo hace con su amor la obra, sino que con la obra hace el amor; en el sentido del goce y hasta del coloquio amoroso, pero interior como un sueño, como una vida placentaria, hermético como una crisálida. En la tercera estancia, todo es infinitud y libertad. Por supuesto, la imagen no trata de sugerir que la libertad del arte sea como la del insecto porque el insecto no es libre, pero lo parece. De modo que esa libertad que la mariposa —o la mosca más modesta— nos sugiere, es el alcance ilimitado del gran

arte. Es el esplendor de Apolo, abriendo su luz en la mística oscuridad. Todo esto no es más que una elemental paráfrasis del aprendizaje artístico.

Yo acompañaba a mi padre en su coloquio con las ninfas modernistas, yo le veía evolucionar incansable en el mundo de la omnipotencia onírica y luego escatimar con cuidadoso ahorro todo esfuerzo o movimiento real. Mi madre sólo acompañaba su ensueño en el terreno de la esperanza. Hoy veo que los dos eran bastante escépticos. A mi padre, de fe no le quedaba mucho, y de caridad sólo la que pudiera inspirarle la simpatía. Mi madre, no creo que supiese a ciencia cierta a cuánto ascendía su capital de fe, pero la caridad y la simpatía por todo ser vivo rebosaban de ella. Los dos rayaban a la misma altura en cuanto a la esperanza. Una confianza vital —tal vez una mera intolerancia a la desesperación— les mantenía en una espera del instante mágico. Una vez había llegado a ser: podía muy bien repetirse. Aquella salita que ahora tenía un color —oro viejo y verde oliva— debía su conjunto armonioso y su pulcritud a la lotería. La lotería, ese portento que los moralistas execran. Mis padres creían en ella: su creencia era su patria y su fe. Patria, en lo que tiene de poso, de sedimento, de secreto tradicional. Fe, porque es algo así como la certeza íntima de la gracia. El que espera ser agraciado cree en la gracia y los dos la esperaban llovida del cielo. Si constato ahora que mis padres eran escépticos, veo con la misma claridad que, en la esperanza, vivían puramente su vida de criaturas. A esta conclusión no he llegado por deducción, sino por demostración. La gratitud ante el Creador puede no ser expresada ni pagada con obras; puede no ser más que *alegría*. Tendría que llamar en mi auxilio a san Agustín para marcar la altura de esta palabra, *alegría*. Pero aquí se trata de aquella alegría que yo vi y que no tenía más voz ni más fórmula que una sonrisa: el primer gesto que la criatura dirige al Padre.

La tensión familiar —altercados violentos entre mi padre y mi tía Casilda, entre Casilda y mi tío Mariano, entre Casilda y Eloísa, entre Casilda y Carmen. Casilda siempre, sarcástica, astuta y sinuosa o feroz; rabiosa como un aguilucho o como un gallo de pelea—, la tensión familiar tomaba giros inesperados. De pronto mi tía Eloísa decidió secundar el proyecto de sus hermanas. Ella siempre tuvo predilección por Carmen y ésta le hacía confidencias del plan seguido por la estrategia, Eloísa se divertía en el fondo de su alma viéndola batallar en aquella absurda aventura. El drama que deshizo su vida había proporcionado harta diversión a Casilda: ahora le tocaba a ella reír. Cuando ello ocurrió tenía yo cuatro años y no supe entender en mucho tiempo cuál era la causa de la enfermedad de mi tía. Ella no me contó nunca nada, aunque me habló muchas veces de su primo Ricardo, pero un día me dijo algo que no comprendí hasta muchos años después. Fue, más que confidencia, una especie de alegoría, inmediata a una emoción; es decir, que habló respondiendo a una pregunta mía, pero dejando escapar lo que en silencio ella estaba viviendo.

Entramos en una iglesia; era por la tarde, habíamos ido de paseo y, como muchas veces al oscurecer, entramos en cualquier iglesia al paso. Había un sepulcro con estatuas yacentes de una dama y un caballero. Yo vi que mi tía miraba fijamente a la dama y le pregunté: —¿Quién era esta señora? Mi tía dijo, sin titubear: —Doña Elo—. Y ¿quién es Doña Elo? —Pues ya ves, una señora que se murió. Ahí está muerta, con su marido. Yo le pregunté mucho más y dijo que no sabía bien su historia, pero que ya lo averiguaríamos. Dijo: —Lo único que sé con seguridad es que se llamaba Doña Elo, como yo. A mí también me llamaba así mi primo Ricardo. El nombre me pareció muy bonito y desde entonces la llamé muchas veces tía Elo porque veía que le gustaba llamarse así.

Siempre creí en la existencia de Doña Elo. Años después, cuando mi tía me contó exhaustivamente la historia de sus amores, no recordé la alegoría de la dama yacente; y no la recordé porque creía firmemente en la existencia de Doña Elo. Nunca sospeché que mi tía, al arrojar su nombre sobre la dama yacente, se enterraba con ella. Es cierto, es bien cierto que no lo sospeché nunca, pero entonces ¿por qué Doña Elo me fue siempre tan querida? ¿Por qué no sólo no la olvidé jamás, sino que conté siempre entre los recuerdos más valiosos de mi infancia, entre las cosas admirables y emocionantes que se pueden ver en Valladolid el sepulcro de Doña Elo? ¿Cómo pudo suceder que lo no dicho, lo no fraguado en relato ni en nada que pudiera dar un punto de apoyo a representación alguna, llenase la nave de la iglesia con el misterio de las más grandes leyendas de amantes unidos en la muerte? ¿Qué es lo que pensaba mi tía mirando la estatua de Doña Elo? Tal vez se sentía avergonzada de vivir, se creía cobarde por no haber seguido a su amante. Pero mi tía *no podía* suicidarse: es una tara familiar ese no poder. Sólo podía arrojar su nombre —nombre de amante, hace ocho siglos— graciosamente abreviado —tal como era su nombre de amante— y dar vida en él a su voluntad de muerte. Darle vida fue injertarla en la mía. Mi tía me entregó, me confió para que yo la cuidase, su creación, Doña Elo, una dama muerta de amor. O tal vez una dama que vivía su amor, su amor de esposa en el sepulcro, al que los amantes venideros irán en peregrinación porque nadie amó tanto como Doña Elo. Esto es lo que mi tía me encargó y yo lo cumplí.

Las disputas y querellas menudeaban. Por parte de mi padre, tacos y juramentos. Por parte de mi tío, amenazas. Decidieron llamar a Marcos, por ser el mayor, y plantearle el caso. Habló mi tío: Siempre se os ha ayudado en todo lo posible: si os casáis con nuestras hermanas, los cuatro dejáis de existir para nosotros. Marcos no se impresionó. La que estaba profundamente afectada era mi abuela, pero más que por lo absurdo de aquellos emparejamientos, por haberse armado entre sus hijos tan violenta disensión. Cuando había gritos y palabras gruesas mi abuela lloraba; otras veces se hacía reflexiones sobre la fatalidad de la situación. —¡Bien merecido me lo tengo! ¡Bien me han dicho siempre todos que no sabía educar a mis hijos! Es la

verdad, para qué voy a negarlo: yo, con mis hijos no he sido más que una cabronaza... Dicha por mi abuela, la palabra era atroz; la lanzaba contra sí misma como para derribarse con ella, como para descalabrarse y verse en el ridículo de su blanda condescendencia. A mi madre una frase así le ponía carne de gallina, como cuando mi abuela le llamaba al pañuelo *el moquero*. ¡No lo digas jamás!, me advertía —aunque en las lenguas latinas la más académica sea esa la forma que conserva—, en castellano resulta feo y es mejor no decirlo. Si se dice o se decía así en tiempos de tu abuela, en Madrid resultaría intolerable.

Mezclada a la borrasca de casa de mi abuela, apuntaba en la nuestra el alba de la lotería. Sabido es que la lotería no se anuncia como el alba: toca o no toca. Pero yo quiero llamarle así a todo lo azaroso que parece llovido del cielo, y entonces empezó a chispear. Mi padre empezó a hablar de un catedrático que iba a salir de Valladolid con un cargo muy importante. No sé —tal vez no lo supe nunca— qué cargo era, pero sí que era algo muy importante en el Instituto de Reformas Sociales, en Valencia. Este señor se interesaba por mi padre; reconocía que tenía un empleo inferior a sus méritos y le prometía que, si tales y tales cosas se diesen, le proporcionaría una situación mucho mejor en Valencia.

¡Viaje!... Las perspectivas de una mejora económica, de un ascenso de categoría no tenían el poder embriagador de esta palabra, viaje. Tal vez llegásemos a salir de Valladolid: para ir a Valencia era necesario pasar por Madrid, de modo que tal vez fuésemos a Madrid. Esta idea ocupaba la imaginación de nosotros tres y sólo atendíamos oblicuamente a las querellas familiares. Cuando las atendíamos, era para pensar: —Tal vez no lo veamos nosotros; tal vez cuando ellos estén tirándose de los pelos estemos ya camino de otras tierras, en tren, pasando túneles.

Y precisamente por aquellos días recibimos la noticia de la boda de mi tía Julieta. Se había casado con un coronel —la milicia rondaba en torno a nuestra familia—, boda rápida, sólo dos meses de noviazgo. No daban muchos detalles. Naturalmente, no era más joven que ella el novio: tal vez un poco demasiado mayor. Pero todo tenía que estar muy bien porque mis tías de Madrid eran en todo muy superiores, y Julieta la más bonita, la más inteligente, la más alta, la más artista.

Dejar a mi abuela y mis tías no me entristecía mucho porque iba a recobrar otras, entrevistas apenas a los tres años, y mi madre me hacía desear el cambio: por sus descripciones, todo iba a ser mucho mejor. Me entristecía, en cambio, dejar mi casa, mi patio, mi acacia y mi perro. De mis perros todavía no he dicho casi nada y se sucedieron unos cuantos en el invierno de mi enfermedad. La primera, *encontrada* en los Vadillos, me duró poco: se volvió a su antiguo barrio y mi padre me consoló porque precisamente acababan de prometerle un basset: se lo darían en cuanto comiese solo. A los pocos días llegó con él. Era de piel marrón oscuro y tenía en la garganta una mancha blanca de la forma de una flor de lis. Le pusimos ese nombre, Lis, y creció en seguida. Cuando ya corría y estaba enteramente formado, mi padre empezó a decir que precisamente aquella mancha blanca demostraba que no era

legítimo y fue señalando los defectos que tenía. Yo no le veía defectos, pero mi padre dijo que, de tener perro, quería tener uno que fuese un buen ejemplar y que acabaría consiguiéndolo. Yo no me habría dejado convencer con razones, pero un día llegó con un terranova. Aunque era jovencito, era más alto que yo cuando se ponía en dos patas. Negro azabache, y tan cariñoso que había que defenderse de él. Accedí a que devolviesen el basset: el terranova era más que satisfactorio, suntuoso: llamaba la atención. Pero al poco tiempo mi padre empezó a decirme que era demasiado perro, que era incómodo, que podía hacerme daño sin querer porque tenía más fuerzas que yo, y que le habían prometido un fox-terrier de los de última moda. Aparecían en las revistas las señoritas elegantes en los paseos, llevando unos perritos blancos, de pelo corto y sin rabo. Mi padre me explicaba que les cortaban el rabo al nacer y que eran perros muy ratoneros: tenían un olfato extraordinario. En fin, el fox-terrier sustituyó al terranova y consiguió afincarse en casa. Mi padre había llegado con él días antes de nuestra marcha a Rodilana.

Apenas andaba y tenía todavía la costra en el rabo. Le llevé en brazos en el viaje. Creció en el Pipaire, volvió hecho un perro adulto y no me separé de él mientras estuve en Valladolid.

El perro fue siempre mi animal predilecto, pero no tenía con él un trato demasiado sentimental, no le prodigaba esas ternuras con que les agobian algunos chicos y algunas viejas. Era mi compañero y además era una vida en mis manos; expuesta continuamente a mi observación y mi análisis. Yo le estudiaba y le entendía hasta el fondo. Conocí todos los cambios de su fisonomía, sus expresiones, que eran una especie de acorde de todos sus miembros: la posición de las orejas, la mirada, el temblor de la nariz, la contracción del belfo y la caída del lomo. La línea de pelo erizado que se le formaba en él a veces por el miedo o la cólera, la agitación del pequeño gruñón que subrayaba el contento y el estado expectante de alimentos o de carias: su atención con ese ligero ladear de cabeza, que pronto fue inmortalizado en el perrito de «La voz de su amo». El mío era idéntico; el cuerpo enteramente blanco y en la cabeza las dos manchas laterales negras hasta las orejas, con pequeños matices tostados: sobre los ojos, dos lunares de color de canela oscuro, en los que brotaban algunos pelos duros, brillantes. Yo me pasaba largos ratos con su cabeza entre las manos estudiando los menores detalles: el interior de las orejas, lleno de pelos largos y rígidos que impedían la entrada a cualquier bicho, la finura de la piel, que iba en disminución hacia el hocico, siendo ya sólo un pelito sedoso en el belfo. Mientras yo le estudiaba él se adormecía a veces, pero si le hablaba al mismo tiempo permanecía atento, aunque fuese a durar horas mi observación. Así como no jugaba con las muñecas, tampoco jugaba con el perro. A las muñecas las contemplaba, al perro no le contemplaba a él, precisamente, pero contemplaba en él a la vida. La suya y hasta las pequeñas vidas parásitas que albergaba. Mi padre, que tenía la chifladura de la higiene, me decía que no debía estar siempre sobándole, que me iba a llenar de pulgas, pero a mí me gustaba ver a las pulgas corretear por entre sus pelos blancos,

dejarse ver a veces al acercarse a la barriga, donde el pelo es menos espeso, y al sentirse en descubierto emboscarse en seguida en lo tupido. Un día le descubrí junto a la oreja algo que me pareció una enfermedad, una verruga o un tumor: le llevé corriendo a mi madre y quedó horrorizada, era una garrapata, gorda como un garbanzo. Operación minuciosa, fricciones con alcohol, polvos de azufre, todo género de desinfectantes y la orden terminante de no tenerle a todas horas encima de mí. La orden fue en vano, claro está; seguí teniéndole en la falda para estudiarle de cerca y seguí estudiándole también en su libertad por el patio. Todos sus movimientos me inspiraban algo que no era curiosidad, sino una especie de intuición de su ser. Verle levantar la pata o rascarse o lamerse insistentemente era, mirado como yo lo miraba, saber lo que es ser perro.

Nuestra sala, barnizada y armonizada por virtud de la lotería, fue un día retocada; pulimentada la cera de la tarima, frotados los cacharritos y bibelots de la mesita frente al sofá hasta realzar su dorado mágico porque esperábamos la visita de don Leopoldo Michelena, el catedrático que prometía a mi padre un verdadero El Dorado, pues todo tren iba, para nosotros, hacia el incontestable Potosí, la realización del deseo. Y llegó el señor Michelena y estuvo encantador. Al despedirse me cogió la cara entre sus manos y me dijo: —Ya te estoy viendo hecha una valencianita.

Al mismo tiempo que la casa —tan súbitamente amenazada de abandono— mi madre había centuplicado otra de sus actividades: cosía a destajo, acumulaba ropa para ella y para mí. Esta actividad tenía el móvil, secreto todavía, del viaje presentido. Si llegábamos a salir de Valladolid era conveniente tener bastante ropa porque en Madrid y tal vez en Valencia todo sería más caro. La composición dual del carácter de mi madre estaba compensada en todos los terrenos con perfecta equidad: era tan apta para los trabajos femeninos como para los libros: con el mismo esmero se detenía en el análisis gramatical que en la costura o en el bordado —nipis, sedas matizadas, paños o fieltros embutidos, zurcidos invisibles, increíbles, o en el corte y confección, sin patrón, de los modelos que traía «La Moda Elegante».

De mis vestidos sólo recuerdo dos, por razones muy distintas. Uno de ellos había sido elogiado como trabajo delicadísimo y difícil. Era de una especie de *voile* de lana —velo de religiosa, se llamaba— de un rosa muy tenue y estaba todo hecho de jaretas minúsculas, hasta poco más abajo de la cintura. Hasta bastante más abajo porque entonces las niñas llevaban aquellos cuerpos largos que contrastaban con las cinturas de carrete de las señoras y que por esto —por marcar tan inapelablemente lo infantil— yo los odiaba —jaretas que daban vuelo a la falda, bien hueca por las enaguas de tira bordada—. Las jaretas eran ciento ochenta y el resultado, para mi gusto, no valía tal esfuerzo: era un vestido de bebé. Sin embargo, lo recuerdo porque las ciento ochenta jaretas le daban una calidad deliciosa al tacto y yo me entretenía en pasar las yemas de los dedos al través del acanalado finísimo y levemente áspero. Nada más

salir de casa —mi mano izquierda en la derecha de mi madre— empezaba a pasar los dedos de la otra mano por las jaretas, a la altura de la cintura. Mi madre lo notó en seguida y me dijo que no lo hiciera porque iba a chafar las jaretas y acabarían conservando en aquel sitio la señal de los dedos. Dije que bueno, no lo haría. Pero de un modo automático, nada más salir de casa, absorta en mis pensamientos como siempre, pasaba los dedos por el borde de las jaretas transversalmente hacia un lado y hacia otro. Mi madre me daba un tirón de la mano: ¡Quieres estarte quieta! Yo me quedaba quieta un rato: al poco tiempo volvía a mi manejo.

Este vestido y este altercado con mi madre no fue de los últimos tiempos, pero me es imposible situarlo por la desproporción que había entre el vestido mismo —que yo encontraba apropiado para los tres años—, mi juego o mi voluptuosidad, de una obstinación poco razonable y la seriedad con que mi madre levantaba los ojos al cielo, con la protesta o súplica que inspiran los hechos de fuerza mayor, sin arreglo.

El otro vestido sí correspondió al último invierno en Valladolid. Aparecieron algunas niñas elegantes ataviadas al estilo escocés: falda tableada a cuadros en tonos vivos, chaqueta de paño verde o azul y gorro de nutria. El proyecto me gustó mucho, sobre todo porque la cintura de la falda tenía que estar en su sitio y esto ya le daba un carácter menos infantil. Esperé el resultado con ilusión y el resultado fue malo. No sabría decir por qué, pero fue pésimo, para mi gusto. Y, como siempre, como cuando se trató del retrato de odalisca, las exclamaciones de admiración: ¡Precioso! ¡Elegantísimo! Una tristeza infinita se apoderaba de mí ante la comprobación de que yo *no era aquello*. La tristeza no obedecía a que quisiera furiosamente serlo, sino a que presentía imposibilidades, limitaciones, barreras para mi voluntad. Presentía que había cosas para las que no bastaba querer y esto era mortífero para mi naturaleza. Más aún —si es que algo puede ser más que mortífero—, sentía —no presentía, sino que sentía de un modo inmediato— que ante algunas cosas podría encontrarme en el caso de no saber si quería o no, de no saber por qué quería ni comprender por qué debía dejar de querer. Esto era mortífero para mi naturaleza, mortífero de la peor muerte: asfixia le la voluntad. Por esto no olvidé jamás ese vestido, es decir, no me olvidé jamás a mí con él, estrangulada por la inconformidad y la incompreensión de mis porqués.

También recuerdo especialmente dos vestidos de mi madre. Uno de ellos porque había durado mucho, invariable. Al volver de Rodilana mi madre dijo que iba a ponerse hábito del Carmen por el restablecimiento de mi salud. Todos aprobaron su decisión y subrayaron que era una idea muy práctica porque así podía pasarse un año con un solo vestido. Oí largas conversaciones sobre este tema y, puedo asegurarlo, sin la menor ironía. Mis tías decían que un hábito podía ser muy elegante, que el de los Dolores es demasiado triste, pero que un buen negro es la cosa más distinguida: no así el del Nazareno, que resulta llamativo y que a muy pocas mujeres puede favorecerles. Mi madre asentía y decía que, en todo caso, era el del Carmen el que había prometido, así que se lo puso y lo llevó durante un año. El vestido le sentaba

muy bien, pero lo que más me gustaba era el escudo que llevaba en el pecho; ese emblema del Carmelo que parece una ventanita, las dos alas blancas del manto sujetas a los lados como con alzapaños, dando entrada al marrón como a un cuarto oscuro. A lo largo de toda mi vida esas dos cortinas recogidas a los lados siguieron siendo para mí la cifra del hogar, de la interioridad.

La otra *toilette* que recuerdo era un abrigo y ése fue ya en el otoño, cuando ya se hablaba y se pensaba a todas horas en el viaje. Para el abrigo, verde oscuro ligeramente jaspeado, de un paño muy grueso, llamó a una costurera que en ocasiones utilizaba. La llamó porque su maquinita de manubrio no podía coser aquel paño y porque le era difícil probarse ella sola una prenda que tenía que ser de un corte riguroso, como de sastre. La Manuela, una mujercita pequeña, gordita y rubiera era modista, pero admitía que mi madre le diese las cosas cortadas por ella. Venía a probárselas y se las llevaba a su casa para coserlas. En aquellas pruebas, ante la luna del armario, mi madre dirigía. Cuando las correcciones eran por delante, señalaba con su mano dónde había que ceñir o que soltar; cuando eran por detrás, la explicación teórica era tan certera como si estuviese viendo con sus propios ojos dónde faltaba o sobraba. Y la Manuela, que le llegaba poco más o menos al hombro, señalaba con el jaboncillo, hilvanaba o prendía según sus indicaciones.

La Manuela daba vueltas a su alrededor, con media docena de alfileres en la boca, que iba poniendo o quitando de las costuras y, como tenía los labios apretados, respiraba por la nariz fuertemente. Era muy rubia y tenía junto a las patillas un vello dorado que se le extendía por el carrillo todo: toda su piel era aterciopelada y olía siempre a colonia: era un perfume masculino el suyo. Y no podría decir más de ella; no recuerdo una sola palabra suya, no la vi hacer nada que no fuese absolutamente común ni oí nunca contar nada a su respecto: recuerdo, sin embargo, su proximidad. No puedo decirlo de otro modo. Además, no lo dije ni lo pensé nunca, pero ahora, si tengo que definirla tengo que decir que su proximidad era turbadora. Pero el caso es que de sus manos salió el macfarlán de mi madre: ella lo remató, lo forró, le puso el cuellecito vuelto de terciopelo verde botella. Y para aquel abrigo mi madre se hizo hacer —pues también tenía sombrereras a las que dirigía, haciéndolas aparentar el doble de lo que eran— un tricornio de fieltro negro que tenía entre el ala y la copa una fantasía de plumas de gallo. Pero no de las plumas empavonadas de la cola, sino de las de la pechuga, finas, negras y brillantes como azabache.

Aparecía mi madre en la calle del Obispo con aquella indumentaria y los elogios eran forzosos. Sabían bien la procedencia, el precio de la tela y el de la costurera: tenían que reconocer el prodigio. Mi abuela, que aprobaba toda cosa bonita, era la que decía: —Claro, con el tipo que tiene —cinco centímetros más que cualquiera de mis tías—, con esa presencia —ya tenía algunos kilos más de lo debido que le hacían entrar en el canon *gorge de pigeon*— y con ese saber llevar la ropa, cualquier cosa le

está bien. Mis tías asentían, con diferentes grados de contrariedad. Yo estaba alerta, diciéndome: Vamos a ver si sois capaces de criticarla. Y no lo eran nunca en aquellos casos, pero yo acechaba porque en otras ocasiones, cuando ellas creían que yo no podía percibirlo, había cazado al vuelo una especie de censura o de inculpación. Frases veladas, que no descubrían nada del hecho a que aludían, pero que transparentaban un tono acusador. Lo que más me desorientaba en las censuras entreoídas era que siempre habían surgido a propósito hechos o situaciones aprobadas por mi padre. En casa de mi abuela hasta mis tías tenían que reconocer que los celos de mi padre eran absurdos y sus escenas dramáticas lamentables. Se comentaban a veces con burlas las nimiedades que habían provocado algunas de ellas: un señor que pasaba por nuestra calle con demasiada frecuencia; se caricaturizaba a mi padre queriendo asesinar a todo señor que pasase más de dos veces. Algún secreto entre mi madre y Aurita que mi padre había creído interrumpir y que no habían sabido explicarle —alusiones vagas a las alteraciones de salud de las señoritas— se caricaturizaba a mi padre pidiendo información sobre las cosas de que no se habla. De todo esto, que era lo que mi padre tomaba en serio, se reían y, en cambio, respecto a otras cosas en las que los dos estaban tan de acuerdo, sonrisas malignas, a veces sólo un meneo de cabeza incalificable. Lo sorprendí aquel año el día del santo de don Pablo Lacort. Sus sobrinos organizaron una velada en la que todos los amigos iban a lucir sus habilidades. Mi padre preparó sus juegos de magia y prestidigitación; grandes dados de cartón, que parecían macizos, pero que contenían innumerables cosas. Por supuesto, conejos en chistera, serpentinatas brotando de los bolsillos de los señores y bombones de las orejas de los niños. Mi madre cantó su Orfeo, con Aurorita al piano y luego, acompañándose ella misma, un danzón, «La Borinqueña». Luego bailó las sevillanas, repiqueteando en sus castañuelas de ébano, haciendo revolar la falda en el giro que marcaba la punta del pie.

Fue una noche espléndida y al día siguiente, en casa de mi abuela donde ya estaban al corriente del menor detalle, sorprendí las sonrisas malignas. Pero no fue sólo eso; sorprendí o cacé al vuelo alusiones a otra fiesta muy lejana, primera ocasión en que yo había sorprendido las sonrisas y el meneo de cabeza, de modo que la cosa venía de atrás. La alusión me hizo sentir culpable, en cierto modo, porque me di cuenta de que había olvidado algo grave, y ese haberlo olvidado me parecía haberlo abandonado, como si el haberlo descuidado fuese la causa de que el mal se repitiese. Pero ¿cuál era el mal? Si la conducta de mi madre hubiera sido inconveniente, mi padre no lo habría consentido y, no sólo lo consentía, sino que quedaba encantado. Esto me hacía pensar que no era cuestión de conducta; no era cuestión de hechos: era más bien como una cualidad oculta que los hechos descubrían. Pero ¿es que podía haber algo oculto para mi padre, que era capaz de ver hasta lo que no existía? Alguna vez estuve tentada de contar a mi madre lo que había observado y preguntarle a qué lo achacaba ella, pero no llegué a hacerlo. Ahora había ya entre nosotras frecuentes críticas de los altercados familiares; mi madre me consideraba ya en edad de opinar y

yo opinaba tan crudamente que se asustaba: —¡Eres tan mordaz como toda la familia de tu padre!, decía. Todos tenéis esa condición de la mordacidad. ¡No hay cosa más horrible! Cuando mi madre me lanzaba estas acusaciones sería porque yo me expresaba con dureza o crueldad sobre cualquiera. Tenía valor de sobra para hacerlo, pero nunca lo tuve para tocar el tema de las sonrisas significativas.

Mi posición ante los seres humanos entraba en una fase nueva. Antes, desde siempre, me ponía a conocer uno por uno —mis padres y unas pocas personas más—, de modo que conocerlas era más bien algo así como consentirlas. Esa condición, que siempre me había parecido maravillosa y misteriosa, del que está en una habitación y en la de al lado alguien toca una tecla del piano y él dice: —El mi bemol. Esa condición, que en la música me estaba vedada, yo la tenía para con las personas. Poseía su conocimiento íntegro por su timbre. No precisamente su timbre de voz, sino por una especie de eco de su presencia. Ahora empezaba a estudiarlas en relación unas con otras. Esta opinión que ahora se me concedía no era como la que siempre había ejercitado: poseer una idea clara sobre alguien. Ahora tenía que opinar sobre las personas y sus opiniones verlas moverse, no en su ser, sino para ser o para hacer o deshacer el ser de otro, porque sus opiniones siempre tendían a deshacer algo, a producir algún terremoto, a minar alguna base.

Todo mi sistema de relaciones humanas cambió en aquel año. Hasta tanto yo había mantenido mi aversión a las niñas: en la breve época del colegio había tratado de acercarme a alguna de ellas y no había podido aguantarlas. Y sucedió que un día entré con mi madre en la farmacia de la esquina y estaba allí una señora —su marido tenía algo que ver con la Universidad y por esto la saludábamos a veces— con dos chicas más o menos de mi edad. Madre e hijas empezaron a decir que desde su mirador —una galería que cogía toda la parte trasera de la casa— me veían jugar sola en mi patio —ellas vivían en la casa de la farmacia— y me habían chistado para bajar conmigo, pero yo no debía de haberlas oído. Así era, en verdad; nunca oí que me llamasen. La señora dijo a mi madre que como ahora todavía hacía fresco, era mejor que subiese yo a jugar en la galería y que cuando llegase el buen tiempo sus chicas bajarían al patio. En esto quedamos, sin demasiada contrariedad por mi parte: las chicas eran muy guapas, fortotas. La pequeña tendría mi edad y la otra un par de años más. No sólo las chicas me gustaron, sino que la idea de jugar en una de aquellas galerías, que siempre me parecieron lo más bonito de las casas de Valladolid, me atrajo mucho. Y fui al día siguiente: mi madre me dejó en el portal y subí sola al tercer piso.

Bonita casa; menos artística que la del pintor, menos respetable que la de las beatas. Merendamos en el comedor chocolate con bollos de dulce. Las chicas se tomaron el chocolate a toda velocidad, cogieron puñados de galletas María y me hicieron coger a mí también: salimos corriendo hacia la parte de detrás y una vez en la galería nos sentimos en el mundo de la completa libertad. Allí las chicas hacían lo que querían. Me deslumbró su atrevimiento, como me había deslumbrado el de mis

primos, los Pinos. Revolvían las habitaciones y hasta se metían en la cama vestidas, cosa que yo no habría hecho jamás. Pero ellas lo hacían porque su juego era eso. Jugaban a tener un niño: la pequeña era la que iba a tenerlo y la mayor era el médico. El niño era un muñeco de celuloide, de los que estaban de moda, casi tan grande como un recién nacido. Bueno, tendría la misma diferencia de tamaño con un niño que tenía la chica con una mujer. Lo extraordinario —podría decir, lo encantador, lo adorable— era que no había en nada de aquello picardía y sí acción: una emoción imperecedera, que hoy compruebo con el criterio de hoy y que nunca, cuando mi cultura se extendió hasta conocer el sentido de la palabra picardía, vi empañada por él.

Inesperadamente, ese fenómeno que afecta al tiempo, esa detención o dilatación, que parecería que no pudiese ocurrir más que a solas, en el sueño o el ensueño, se impuso vivido por las tres. Lo maravilloso no era más que el momento de la espera. La chica estaba metida en la cama, venía el médico, la tomaba el pulso y decía: —El niño va a llegar en seguida. No recuerdo si la pequeña hacía un poco de comedia, creo que sí; repetía frases pescadas en las conversaciones de las señoras, pero el caso es que durante un par de minutos —tal vez de segundos— nuestros corazones se agitaban al unísono, con la seguridad de estar en aquello, libres, ignoradas, envueltas en un secreto, en un clima que perfumaba el olor a vainilla de las galletas María, en un silencio y una penumbra porque empezaba a ponerse el sol y nosotras seguíamos allí esperando que llegase el niño. Y el niño llegaba y volvíamos a esperar, tal vez cien veces, tal vez una sola. Y tal vez esto mismo lo he dicho ya cien veces o no lo he dicho ninguna, porque el éxtasis es el río en que navego desde el primer día de mi vida. Extrema paradójica, río-éxtasis, que antes que la palabra, antes que la conciencia brotaba ante mí —o en mí— como un hilo inmóvil y fluyente. Era mi fórmula, era mi mismidad, que hasta tanto sólo se había ejercitado en sus juegos singulares y que en aquella tarde se dilataba en una especie de lazo o de ronda... El único juego de chicas que me gustaba ver era el corro. Tal vez por la belleza de su forma, pero además porque de él se desprendía como una intención armoniosa. Aquella tarde, en la alcoba desarreglada, nuestro reducto de niñas consentidas, en el corro formado por las tres, el fluido de maternidad, de madurez, de secreto, de anticipación de nuestro porvenir cerraba su circuito calurosamente.

El juego de aquellas chicas —Luisa y Marcela— era enteramente diferente del de todas las otras que había visto de pasada. Siempre me había repugnado verlas imitar a las señoras porque las imitaban en aquello que a mí me irritaba incluso en las señoras mismas. Hacían comiditas, hablaban de las cosas de la casa. Estas no, éstas no imitaban; creaban un imposible que, al mismo tiempo, era una verdad. Porque traer al presente una cosa del pasado es como meter la mano en un hueco profundo y rebuscar en el fondo, pero esto, que no era absorber ni inhalar del futuro —puesto que el futuro es menos que aire: no es—, algo verídico y cierto, algo que ciertamente será, sino que era vivir en el presente eso que será, en su potencia integral. Por qué no traté

con más frecuencia a aquellas chicas es cosa que no recuerdo, pero sí que su breve amistad me hizo sentir mi soledad no como un peso, sino como una misión, como una empresa o señal; algo que me había dado forma desde mi primer momento; una forma difícil. Lo que a Luisa y Marcela les daba tanta seguridad era ser dos; juntas, se atrevían a todo, a emprender una vida de mujeres —no de señoras—, a vivir la amistad femenina, que es como una confidencia de los cuerpos. En fin, esto era algo verdaderamente nuevo. Siempre que me había acercado a chicas las había encontrado lejanas, pequeñas, inferiores: éstas, me parecía que me habían cogido de las manos y habían echado a correr conmigo, arrastrándome en una ascensión estupenda.

Mi madre me preguntó a qué habíamos jugado y también mi tía, al día siguiente; dije cosas vagas: no conté el juego místico, y no porque creyese que pudiera parecerles mal, sino porque sentía que no iban a tomarlo en serio, que lo iban a considerar *cosas de chicas*. Podrían hasta reírse de ello y yo lo guardaba como un secreto sagrado. No como una cosa a la que habíamos jugado, sino como una cosa que habíamos hecho o sido. También como si hubiésemos cometido un robo, como si hubiéramos forzado una puerta o una caja de caudales y nos hubiéramos apoderado del carbúnculo.

En fin, ya estaría empezando diciembre, hacía buen tiempo, un poco frío pero con sol, así que salíamos como siempre hacia San Isidro, a primera hora de la tarde y un día dijo mi padre que él tenía que ir nada más comer a casa del señor Michelena porque esperaba noticias; volvería en seguida. Mi madre y yo le esperamos vestidas ya para salir, asomadas al balcón. En cuanto apareció al fondo de la calle mi madre me dijo: —Viene contento. No esperamos a que llegase al portal, salimos a su encuentro y en efecto venía radiante. —Es un hecho —nos dijo—, nos vamos dentro de un par de meses a Valencia. Desahogamos nuestra alegría durante un rato hasta que me dijeron que siguiese andando delante porque tenían que hacer muchos cálculos. Yo me retiré —a mí misma— porque las conversaciones de ese género me aburrían y eché a andar a buen paso. Al entrar en la calle de Cervantes crucé a la otra acera y mis padres me siguieron con sus cálculos. Crucé la calle para ver los pavos reales. Había un almacén de maderas con un gran portón, que siempre estaba entreabierto y por entre los rimeros de tablas andaban dos o tres pavos reales. Cuando yo era muy pequeña me asomaban al portón y los hombres que trabajaban allí me sonreían y me invitaban a pasar; mis padres se excusaban con ellos por mi curiosidad: ahora les parecía que ya era demasiado grande para seguir metiendo allí la cabeza. Tiraban de mí. —¿Cuándo vas a cansarte de verlos? —Nunca —contestaba yo, y no había medio de arrancarme de allí porque siempre quería verles hacer alguno de los movimientos en que se lucían. Hacer la rueda era el más ostentoso, pero también cuando saltaban de un rintero a otro, o desde el suelo mismo hasta arriba y se posaban encima de aquella especie de castillo que formaban los tablones puestos unos sobre

otros, encontrados, cruzados perpendicularmente en las esquinas para que el aire los secara, cuando saltaban con un salto que casi era vuelo, la cola cerrada se cimbreaba y luego quedaba colgando en lo alto de la torre de tablones, segura de su elegancia. Mis padres aquella tarde iban tan absorbidos en sus cálculos que se quedaron parados en la acera, olvidados de mí. Yo también me olvidé o me abandoné a la visión como para no poder olvidarla jamás. Antes de ponerse el sol ya estábamos en casa de mi abuela dando la noticia.

La obsesión del viaje, que me hizo desatender a todo lo que me rodeaba, podría parecer egoísmo si no fuera porque me desatendí también a mí misma. Diciembre, enero y febrero me cayeron en el punto ciego: indiferencia absoluta a todo lo que pasaba a mi alrededor y ausencia de meditaciones, de fantasías y hasta de sentimientos. Empecé a vivir fuera de mí, en lo venidero; en lo que iba a pasar más que en lo que estaba pasando. Las alegrías de la Navidad, las tragedias que desencadenaban mis tías, todo debió de seguir por sus pasos contados, pero yo no le presté atención. Cuando empezaron a embalar los muebles de mi casa, lo único que pensaba era que los preparativos duraban demasiado, que no llegaba nunca la hora de tomar el tren.

Entre los planes que mis padres desarrollaban sólo me hacía cargo de que mi padre seguiría para Valencia, adonde iríamos nosotras cuando ya hubiese encontrado casa. En Madrid, claro está, pasaríamos unos días en casa de mi abuela, y en la embriaguez de este inmediato futuro mi madre me acompañaba o me secundaba o me impulsaba. Todo lo que metíamos en cajones o maletas era para enseñárselo a las tías: vestidos, libros, juguetes, se embalaban con su correspondiente comentario: —Este le gustará mucho a Julieta. Este es igual que uno que tuvo de pequeña Clemencia.

Nos despedimos al fin. ¿Con besos, con lágrimas? Besos prodigué, pero a las lágrimas no creo haber contribuido. Mi tía Eloísa no fue a la estación porque mi abuela estaba demasiado afectada y no quería dejarla sola. Casilda y Carmen, porque no les dio la gana, simplemente. Nos despidieron en el andén mi tío Mariano y mi circunspecta tía Mariquita. Tomamos el tren.

Los túneles dieron un poco de nocturnidad al viaje y me alegré de no haberlos pasado de noche porque no habría visto su amanecer a la salida, el progreso de la luz en las paredes negras y, en algunos, en los que no son completamente rectos, la boca luminosa lejos todavía y la locomotora bufando hacia ella, como corriendo a renacer. Cuando se empezó a ver Madrid ya se encendían las luces y llegamos a la Estación del Norte ya oscurecido. Mi madre, a la ventanilla, las vio en seguida. —¡Ahí están! —gritó. Estaban mis tres tías: Blanca, Teresina y Clemencia. Saltamos al andén: besos, abrazos, delirantes explicaciones, a las que apenas atendí, de por qué no había venido mi abuela: estaba muy apoltronada o algo así; de por qué no había venido Julieta: iría a casa después de cenar. Tomamos un pequeño ómnibus de caballos, que llenamos nosotros seis y echamos a andar hacia casa: la casa que no podía imaginar y que esperaba ver surgir de cada calle oscura con balcones encendidos.

Empecé a examinar a mis tías. Teresina y Clemencia, dos bellezas. Blanca, no tanto; las tres me parecieron muy elegantes. Blanca llevaba un traje sastre, blusa de seda cerrada al cuello con un broche o alfiler que me llamó la atención. Yo iba sentada a su lado y dije: ¡Oh, qué bonito alfiler!... Era un pequeño automóvil de plata, de un par de centímetros; plano, sin espesor; aparecía ligeramente escorzado y los faroles eran dos brillantitos. Mi tía se lo quitó y lo prendió en mi vestido.

Si concentrase mi memoria con empeño sobre aquel momento tal vez llegase a recordar lo que dije yo y lo que me dijo ella, pero no lo recuerdo porque al suscitar la imagen del automovilito de plata mi mente se ha llenado hasta rebosar de otros recuerdos. *De otros recuerdos*, no recuerdos de *otras cosas*. Es el automovilito minúsculo el que se ha agigantado de pronto, míticamente. Mi memoria se ha detenido en él y él ha tomado una velocidad incalculable, ha corrido por lugares y años hasta extenuarse, hasta mostrarme todo lo que puede ser, hacer y padecer un automóvil. ¡Ya, ya sé que no padece! No me retracto, sin embargo. Los cementerios de coches de Nueva York son una imagen atroz de la impiedad humana. Claro que no tanto —si es que la impiedad es ponderable— como las ruinas de Olimpia, Delfos, Tebas; moradas del hombre, firmes, duraderos albergues del espíritu aplastados, desarticulados, rotos como un Rolls Roy ce prensado, que cobijó sólo unas pocas horas el amor, la codicia, el riesgo heroico. Ya que nuestra época, en su *poesía popular* —la que de ordinario se posa en lo trivial, ahondándolo, y pasa inadvertida como poesía, sin valoración literaria, sin cédula de identidad como obra de arte, pero infiltrada en la arcilla más tosca como linfa fresquísima de experiencia, en el iletrado imaginante —imagófago— cualquiera diría pueblo, pero yo no lo digo porque ya dije bastante del hombre, mujer o niño a quienes aludo —el ser que se conmueve y ama a ese héroe— nunca más exacto decir más allá del bien y del mal, puesto que queda más allá de lo humano —más allá del héroe cualquiera, de «l'uomo qualunque» porque no es hombre: es cosa. Ahora —extravagancia o lujo de nuestra piedad— queremos ver la cosa padeciendo, gastándose, de tanto ser usada y olvidada y trocada; remendada, arrastrada y al fin arrojada, aplastada. Derruida en escombros, sobre el mismo suelo donde se oró, donde el Dios era tan evidente como las columnas que ahora en pedazos atestiguan que se abandonaron —el Dios y el hombre, ¿quién a quién?— se olvidaron, ¡suprema impiedad! Como el automovilito de plata que conservé durante veinte o treinta años. Y este *como* no pretende señalar un parangón sugestivo, sino un modo; el modo *como se olvida*. Porque siempre es así; es el tiempo que consume —y consume la llama. Pasa una era o una aventura y quedan las cosas heridas por nuestra furia. Las piedras, que sin duda no padecen, son atacadas directamente, como si en ellas se pudiera demoler una fe: testigos derribados, pero no corruptibles porque un trozo de columna conserva el orden a que perteneció, no así la amalgama cúbica de diez coches prensados que también tuvieron un orden técnico, pero ese orden no atestiguaba un culto. Su forma, cuando estaba en pie se azacaneaba en ritos inconexos y una vez desgastada, consumida por el uso, ya se puede

despedazar lo que fue abrigo y vehículo; lo que cobijó momentos de vida, con solidaria prisa, dando con su velocidad un regalo —presente— de tiempo abarcado.

Pero aquel automovilito de plata sí atestiguaba un culto: era un símbolo de nuestra época que caía en mis manos en el primer momento crucial de mi vida. Pasó del pecho de mi tía al mío en silencio, como pasan las cosas; y parecía una promesa no siéndolo. Se me daba como una única realidad; pasaba a ser mío el único automóvil de mi vida, y su delicada forma simbólica —era seguramente un Ford, torpe de línea como un potrito—, albergó y condujo mi llegada hacia pruebas decisivas y luego rodó por fondos de cajas, entre collares y baratijas. Pasó así muchos años, algunos de ellos prendido en mi blusa como recuerdo, y en éstos era en los que menos recordaba. Yo creía cumplir, pagarle mi tributo al prenderlo en recuerdo, pero cuando, sin recordar, le encontraba —a veces al tacto, entre un montón de cuentas— su forma simbólica, su contacto, el levísimo alfiler difícil de abrochar en el gancho por su pequeñez, se inflamaba el momento mítico de su adquisición: luego, volvía a ser arrastrado por la avalancha. Llegué a olvidarle; dejé de usarle como transporte porque el lugar adonde me llevaba no quedaba en mi nuevo trayecto, porque el motor de su sugestión ya no vibraba, quedaba silenciosamente oculto entre otras materias inertes.

Su materia, dos gramos de plata y dos trocitos de cristal de roca, no tiene por qué haberse desintegrado; bien puede haber soportado cincuenta y tantos años entero, de mano en mano, de pecho en pecho, de cajón en cajón. Puede haberse desprendido, caído en la calle pisado y deformado, pero una chapa de plata y dos diamantes no se pulverizan por eso: pueden existir enterrados bajo la guerra, como los templos, como las estatuas de los dioses, como los pendientes o dijes que usó cualquier esclava en Micenas. Formas yacentes que, cuando erguidas estaban llenas de eficiencia, como una palabra, como un conjuro. La palabra incomprensible —irrevocable— de su brillo en la penumbra del ómnibus que nunca, ¡nunca!, acabaría de glosar porque detener el tiempo sobre él, pararle en aquel instante en que su motor latía sin arrancar y su velocidad era quietud; detenerle en aquel momento silencioso de emoción y no dejarle precipitarse en el vórtice sería callar, pero no callaré.

El ómnibus paró ante una puerta, calle de San Vicente, Alta, 28. Subí corriendo los tres pisos. La puerta estaba abierta porque habían oído llegar el ómnibus. En la antesala estaba mi abuela esperándonos. De pie —me pareció enorme su estatura— con el pelo enteramente blanco y la cara sonrosada. Se inclinó, con un ademán de cortesía teatral y me dijo: —¿Qué tal, señorita?... Me cogió la mano y me dio un beso en el carrillo. Yo no dije nada, ni en aquel momento ni después en toda la noche.

Yo nunca rompí un plato. Yo nunca reaccioné violentamente como para escandalizar por mi mala educación: siempre —y, por supuesto, aquella vez— me conduje como si no hubiera pasado nada. Lo que se desplomó quedó dentro de mí y dentro de ella porque tampoco ella pudo reaccionar. Yo no di motivos para que me acusase de una palabra o un gesto incorrecto, pero nuestras miradas se declararon la guerra, a muerte.

Digo quevedescamente, «no callaré» y no hay en ello ningún mérito porque nadie me amenaza con el dedo, pero aunque no tiene mérito de valor la empresa, si lograrse llevarla a cabo, sería meritoria porque consiste en dilucidar algo que yo misma no comprendo. Yo no sé —no es que no lo recuerde, sino que no lo supe nunca— cómo se articulaba mi vida, escindida en dos de pronto. No sé cómo describir el fenómeno de mi soledad transformada. Mi habitual soledad gozada como privilegio; mi soledad presente —en aquel presente— infligida por una realidad inexorable, secreta pero sin deleite, llena de amargura como un ansia suprema de vomitar, de arrojar, rechazar o negar en todas las formas posibles aunque, no obstante, sin cerrar los ojos. Yo no sé cómo se compaginaba todo esto con mi apariencia normal, con mi atención a las tías, mi observación —Julieta llegó aún más bonita de lo que esperaba, con su marido, digno de comentario aparte— mi observación, a ellas les parecía un efecto de mi inteligencia y la acogían afectuosas, mostrándose conquistadoras, confiadas. Sólo entre las dos miradas no había confianza, habiendo seguridad. No había tanteo, ni el menor margen, ni el menor crédito para un posible armisticio: había un antagonismo esencial que seguía su cauce, subterráneamente para que ninguna contingencia exterior lo mermase.

No sé cómo transcurrió la noche: comimos. Comí bien, como siempre, y seguramente mucho porque las cosas eran buenas y la novedad apetitosa; porque lo que quería vomitar no era nada material, sino algo así como un pensamiento antiguo que se me hubiese corrompido, y comiendo reconfortaba mis fuerzas para expulsarlo. En fin comimos y nos acostamos. Me quedé sola en un cuartito pequeño que daba al patio; a oscuras y sin embargo me senté en la cama. No era completa la oscuridad; por la ventana, en el muro que quedaba a mi cabecera, entraba un poco de luz de las otras ventanas. Me senté en la cama y consideré el hecho.

Yo, en la noche de aquel día, 3 de marzo de 1908, me senté en la cama y no invoqué al demonio: examiné sus huellas, seguí el rastro del Destructor y conté uno

por uno sus estragos. No, todos no; calculé la extensión del derrumbamiento central, la clave del arco: esa noche no pasé de ahí. Y no pasé porque todo considerar, examinar y calcular no era más que una perplejidad sin puerta de escape, un callejón sin salida adonde había llegado. Llegar, significaba estar allí ante algo. Creo que lo atroz era estar ante una presencia y una ausencia al mismo tiempo. Una presencia que ahora no es más que un ademán y una voz, con su tono que no es posible transcribir, que no es posible borrar o atenuar, que a través de cincuenta y tantos años suena, inmarcesible como una flor que estuviese cincuenta años dando aroma. Suena con su retintín, o con su reticencia: la interrogación dividida por una coma monumental que trivializa el «¿Qué tal?» y agiganta el «SEÑORITA», que ahora veo clara y concretamente. ¡Ah!, por primera vez después de cincuenta y tantos años, veo que en aquel tono no había maldad. Pero no, no es esto; no había un mal propósito ni intención de hacer mal. El tono era solamente la voz de la ausencia. Ausencia de lo que mi amor esperaba, de lo que yo no sabía cómo iba a ser, pero que ante la presencia que aparecía vi en seguida que no era así. Tal vez la idea preconcebida sobre mí que declaraba —yo, llegando llena de mí misma, del orgullo de haber crecido tanto como para ser llamada señorita—. ¡Dios mío!, no había mala intención en aquella frase. Sólo que el tono retumbaba en el vacío de aquel pecho adonde no llegaba la buena intención del propósito, confeccionado a la medida que ella esperaba que correspondiese: una medida de vanidad, de histrionismo —tono cortés, ligera mímica de reverencia— y creer que aquella pudiera ser mi medida era la ofensa imperdonable.

Creerlo era demostrar que lo encontraba bien, que me aceptaba como de su casta. Ella, la madre de mi madre —aquí radicaba el drama cuyas jornadas iban a sucederse— creía que yo venía a ingresar en su escuela, que yo ya estaría deseando entrar en sociedad. Allí, en medio de mi perplejidad, veía que no había en toda ella un poro por donde yo pudiera entrar. ¿Qué era lo que yo esperaba? —pienso ahora—. ¿Con qué comparaba la presencia repulsiva, que como imagen no lo era, sino que no respondía a lo esperado? Porque, ¿qué era lo que yo podía anhelar? Tenía que ser algo conocido o supuesto: lo que yo conocía, transportado o elevado a su máximo. Pero no precisamente o no sólo de intensidad —lo que yo conocía, las efusiones de mi abuela Sinforiana cuando me ponía el chal azul y me arreglaba el pelo, «¡Hijica de mis entretelas!», escarbaba el brasero y acomodaba entre la ceniza una manzana para mí—, la intensidad de aquel calor no era aumentable: era decantable. Yo quería sentirme entrañada en otras entretelas. ¿Más vistosas? No, más amenas para el tacto. Yo quería que aquel calor y aspereza de faldas de camilla conservase los mismos grados en una especie de brisa, de intimidad, de juego inteligente. Sentada en la cama a media noche no me hice ninguna de estas reflexiones, no comparé ni añoré a mi otra abuela, ni siquiera juzgué, con mis habituales, despiadadas sentencias lo que acababa de conocer. Permanecí en silencio oyendo el tono. Oyéndolo una y otra vez, como el que golpea en un muro y encuentra el sitio donde suena a hueco. Allí estaba el vacío, el

abismo donde acababa de dejar caer lo que llevaba años custodiando. Y había caído sin dejarme siquiera su imagen, puesto que sólo llegué a ver su no existencia. No se puede llorar sobre un muerto que nunca vivió. No lloré aquella noche: me senté en la oscuridad de mi desolación. Luego, caí sobre la almohada y me dormí.

Estaba muy acostumbrado a despertar de los malos sueños, a adaptarme rápidamente a la realidad conservando el recuerdo de ellos y, sin necesidad de decirme: ¡Ah, era un sueño!, recobrar el hilo de los planes de la vigilia. El sueño seguía durante unas horas —o días— tiñendo con su matiz de horror o angustia los actos cotidianos al día siguiente de mi llegada con esta misma disposición de ánimo si no es que me abandoné, como en otras ocasiones, al criterio ajeno, suspendiendo en una especie de confianza —cobardía, en el fondo—, mi verdad propia.

Pero tal vez no. Desde aquí, ahora, no sé a cuál de las dos probabilidades dar crédito: el hecho es que seguí sin romper plato alguno. Vino mi madre a despertarme, me vestí, desayuné con Clemencia, que era la menos madrugadora. La casa estaba toda revuelta con maletas por los pasillos, con camas provisionales instaladas en los cuartos para dejar uno libre a mis padres. Todo era agitación y novedad; el desayuno también. En Valladolid siempre había desayunado chocolate; desde aquel día fue café con leche. Olor exquisito: café confeccionado al estilo de América. Estos fueron los hechos que hoy me piden ser relatados, pero con la misma fuerza de veracidad y con un apremio semejante a una súplica, otra instancia en forma de recuerdo sin imagen —como el recuerdo de un olor, de un dolor— emerge firmísima en mi memoria. Mi madurez, cuajada en la desolación de aquella noche, no era un fantasma sin futuro: se despertó conmigo y siguió por debajo de la actividad trivial esperando —desesperada— su turno para actuar, en silencio, por supuesto. Este silencio alerta es lo que recuerdo como mi madurez.

En cuanto a mí, esas dos instancias se alternaban en proporción variable. En cuanto al mundo a que di acceso constaba de tres ramas. Dos el elemento humano: mi abuela una de ellas y la otra todos los demás. La tercera rama es la casa de la calle de San Vicente, Alta 28, esquina a San Andrés. Pero la casa tiene que esperar porque estoy hablando de mí, estoy tratando de reconstruir mi infancia, un relato breve. Si me pusiera a hablar de la casa el relato no tendría fin. Hablaré aquí más adelante porque es preciso, pero de esa casa hablaré ilimitadamente en otro u otros libros, dándole un lugar preeminente de persona dramática. Por ahora señalaré sólo su extrema pobreza, cosa muy distinta de la miseria. Para no usurpar ni un momento el rango de ésta la definiré como una casa donde había mantas suficientes para el invierno y donde se comía bien: tal vez demasiado bien. Su extrema pobreza quiere indicar cierta desproporción entre sus elementos, que se mantenían unos a expensas de otros. Unas cosas abundaban, otras faltaban y el equilibrio inestable era su sistema fijo. Pero me atenderé a lo usual.

De más está decir que no había baño ni agua corriente en las alcobas, sino lavabos o palanganeros con su jarro al lado. Mi madre me trajo agua templada y empecé a

lavarme la cara. Como ella estaba ayudando a poner orden me dijo desde el pasillo: —Sécate bien, que voy en seguida a peinarte. Entonces, en el otro extremo del pasillo se oyó *la voz*. Era, claro está, la voz de mi abuela, pero prefiero decir sólo *la voz*. Lo que tenía importancia era lo que *la voz* decía; las palabras claras, los conceptos terminantes; sin embargo, su timbre está ahí, ante mí, no ya recurrente o como una grabación, sino concreto como un tetraedro, como algo que se abarca al primer golpe de vista y queda explicado. Su timbre está ahí delante y veo —no oigo— todos sus componentes que, por supuesto, ni se ven ni se oyen. Son elementos de índole variadísima que es difícil imaginar conviviendo en buena vecindad. Y ahí están en *la voz*, en su eternidad: violento contraste y nudo inextricable a un tiempo. Está la prosa de lo sensato y conveniente, la fuerza —no la autoridad— de lo habitual, la ventaja del mando hasta en lo superfluo, la vanidad, la ignorancia, el convencionalismo resabiado. En la misma medida —ganas me dan de decir ocupando el mismo espacio, pero no es cosa de espacio— con el mismo valor o con movimientos idénticos el sino, la determinación fatal, la acción de fuerzas lejanísimas de poder gigantesco, inescusable. Todo esto en *la voz*. Y *la voz* dijo: —¡A los diez años no se peina sola! ... Mi madre argumentó no sé qué y mi abuela aportó más argumentos. Mi abuela —no digo ahora *la voz* porque lo fatídico ya había dado su nota— sentaba sus preceptos, daba órdenes con el aplomo de quien se asombra de que no se hayan cumplido sus órdenes antes de haber sido dadas, y mi madre asentía. Callaba, de tanto asentimiento; obedecía porque ante su madre no se atrevía a ser madre. La hija prevalecía en ella, emergía del tiempo su debilidad pujante —en el contrasentido está el quid—. Y vino a mi cuarto y me dijo que tenía que aprender a peinarme sola. Tres instancias reclamaron mi atención: una faena meramente práctica, trenzar mi enorme pelo con la trenza en medio del cogote y no ladeada; una concentración, razonada y corroborada por la razón, en el odio, en la decisión de no perdonar; una alarma, un asombro —sin extrañeza— ante la enajenación de mi madre.

Este golpe matinal que remachó en mi alma el clavo de la noche, también lo viví a solas: nadie presenció la escena. Mi padre había salido temprano a rematar los últimos trámites de su viaje, mis tías estaban entretenidas en su *toilette*; mi madre y mi abuela estaban en el pasillo y yo en mi cuarto, con la puerta abierta. Allí ocurrió todo y no pasó de allí. Yo no hice el menor comentario y mi conducta pareció obediencia. A todo el mundo se lo pareció menos, claro está —esta vez no puedo decir *la voz*, tengo que decir *la mirada*—, a *la mirada* que se había jurado con la mía guerra sin cuartel y que no se dejó engañar por las apariencias; siguió asombrándose de mi dureza inexpugnable como si reconociese en ella su único legado, pero legado por Naturaleza, no por concesión suya. En realidad por apropiación mía, espontánea, del patrimonio, con escandalosa precocidad. Algo más debió de ocurrir aquel día, pero nada que modificase el estado atmosférico.

Juguetes o instrumentos, objetos de placer o útiles de trabajo, nunca supe distinguir unos de otros: el trabajo siempre fue juego para mí y el juego trabajo. El

estudio —y labores femeninas, que todas me eran fáciles— era el trabajo; el juego era las muñecas —también aquí feminidad, contemplación erótica, ternura— y los juegos que me intrigaban abriéndome horizontes de especulación. En éstos primaba el teatro, los cuentos y canciones, grabados, cuadros, todo el arsenal artístico de que me habían hecho poseedora. Una vez en Madrid me encontré con un solo material para los dos usos: el material humano. Libros y juguetes habían quedado en Valladolid, embalados con todos nuestros muebles, en espera de ser enviados a nuestra futura casa de Valencia. Mis otros juegos, canciones y versos de mis padres, estaban en suspenso como cuando el discurso se corta por la atención prestada a un hecho repentino. En el primer momento la suspensión no parecía alarmante; pasaba inadvertida por lo lógico de su causa. Así, mi atención se concentró en lo que se me daba. Y el hecho es que no se me daba nada, pero yo, a mi modo, me apoderaba de todo. Este *todo* consistía en unas cuantas criaturas que me quedaban cerca: mis tías y mis tíos.

De ellas vi en seguida que podía sacar muy poca sustancia. Blanca no vivía con nosotras: como ahijada de Zorrilla vivía con la tía Juana, su viuda, en la misma calle de San Andrés esquina a Carranza. Teresina y Clemencia eran dos niñas bobas, de esas niñas que siempre me aburrían. Julieta apareció en todo su esplendor, pero algo en ella fallaba; se la veía como modificada por representar un papel voluntariamente. No es que yo lo pensase así, pero lo percibía claro: veía en ella algo que yo no podía penetrar. Esta sensación de barrera, de valla más alta de lo que podían saltar mis fuerzas no la había sentido ante ningún otro ser humano, pero sí ante ciertos libros. Tampoco pretendo insinuar que ante estos libros me hiciese las mismas reflexiones que ante mi tía, pero sí constato ahora que me detenía a una cierta distancia con la misma prudencia. Podría definir las dos cosas con una frase: —Esto lo dejaré para más tarde.

Pero mi tía Julieta traía al retortero a su marido, Marianito Galbany. Este fue el primer tío que adopté. A los pocos días fui a casa de los tíos, que eran el hermano mayor de mi abuelo con su mujer, sus dos hijos y además un sobrino, hijo de otro hermano muerto hacía años. Francisco Arimón, éste fue mi segundo tío. Segundo por orden de aparición, pero en los primeros tiempos se turnaban en mi predilección los dos elegidos. Luego, se definieron mis sentimientos o más bien mi juicio y comprendí que la amistad de mi tío Paco tenía más base, pero no abandoné a pesar de eso a mi tío Mariano, por varias razones. La primera porque me gustaba frecuentar su mundo, y me gustaba precisamente por lo ajeno a mí. Era como aprovechar la ocasión de entrar en un lugar más o menos prohibido. En fin, por ese regusto delicioso que siempre encontré en los privilegios. Mi tío Mariano Galbany era coronel. Tenía, como ya dije, unos cuantos años más que Julieta y tal vez un par de centímetros menos de estatura; Julieta era muy alta. Razones, causas, motivos, no sé qué título dar a las vicisitudes caseras que determinaban mi género de vida: por pereza las dejaría en el olvido. Bueno, quiero decir que las condenaría a no ser consignadas porque lo que no puedo lograr es verlas hundirse en la zona ciega de mis olvidos personales.

No puedo olvidar nada, ni lo más trivial ni lo más odiado. Aquí consigno la cuarta parte de lo que recuerdo: si lo transcribiese todo no habría quien lo soportara. Puedo, claro está, seleccionarlo y conservar sólo lo que tenga interés para un supuesto lector, pero no estoy segura de despertar interés y, en cambio, mi rigor mental no me permite dejar sin sólidos cimientos esta armazón. Además, vicisitudes caseras... ¿Qué son vicisitudes caseras? ¿Cuál de ellas podría suprimir sin alterar la integridad del engranaje? El resultado de unas cuantas de estas vicisitudes era que yo no tenía nada que hacer en casa. No sólo porque no tuviese quehaceres, sino porque mi presencia misma era ociosa: había en la casa un cuarto de Barba-Azul donde no convenía que yo entrase. Pero en fin, esto requería hablar de la casa: quede para después.

Mi padre se fue a Valencia a los tres o cuatro días, pero la vida no se hizo más ordenada y yo quedé en libertad para hacer lo que quisiera. Entre las cosas que podía hacer lo que más me gustaba era salir con mis tíos, Paco o Mariano. Mariano venía algunos días por la mañana a buscarme para pasar todo el día en su casa, pero antes de comer dábamos una vuelta. Íbamos al cuartel del Conde Duque donde mi tío tenía que hacer no sé qué —firmar papeles, revisar cosas— el caso es que yo entraba en un sitio donde no entran chicas y todos me atendían, me miraban con un asombro simpático. Salíamos de allí y entrábamos en otro sitio no menos inadecuado: subíamos a la terraza de la cervecería Mahou, donde mi tío se bebía un par de *bocks* de cerveza. El primer día me preguntó qué quería y dije que una gaseosa de las de bolita. Mi tío dijo: —No sé cómo puede gustaros eso: la cerveza es mucho mejor. Yo me apresuré a decir: Bueno, pues cerveza. Pidió para mí un plato de patatas fritas y una caña. Me pareció horrible, pero no lo demostré; era lo que mi tío bebía, lo que bebían los hombres. Me la bebí entera y como la prueba siguió repitiéndose, a los pocos días me gustaba mucho. De allí íbamos a su casa, en San Bernardo, cerca del Bulevar, comíamos, mi tío dormía un poco la siesta y luego por la tarde volvíamos a salir de paseo, pero entonces el itinerario era otro.

Mi tío tenía un *hobby*, la cría de canarios, y en nuestras excursiones hacíamos visitas a sus colegas de afición para intercambiar opiniones y a veces ejemplares valiosos. Una de nuestras estaciones era una confitería en un callejoncito, que no recuerdo cómo se llamaba, cerca de la calle de Caretas. Allí, mientras mi tío hablaba de canarios, yo comía pasteles: los dos éramos incansables en nuestras respectivas aficiones. Otras veces fondeábamos en la pajarería de la plaza de Santo Domingo. El dueño, un hombre de cierta edad, tenía allí generalmente una pequeña tertulia y mi tío era acogido en ella con deferencia, como un buen cliente. Yo me ponía a jugar con cualquier gato o perro que anduviese suelto y a observar a los que estaban en jaulas. Pájaros desconocidos, que sólo había visto en estampas, estaban allí en gran número. Cardenales, garzas grises o blancas, bengalíes, criaturas delicadas, fragilísimas que se arrimaban unas a otras, posadas en el palo como si estuviesen ensartadas en un asador. Además, los utensilios para su crianza, las grandes jaulas con cajoncitos laterales provistos de alambreras semiesféricas para hacer el nido con un pelote muy

fino, blanco, que estaba empaquetado en los anaqueles. Los bebedores de vidrio o de porcelana, las espigas de sepia, para afilarse el pico llevándose un poquito de cal. La mayor parte de este material era para los canarios, que no tenían la timidez de los otros pájaros; estaban seguros en sus jaulas, sintiéndose atendidos y mimados por aquellos hombres que acercaban la boca a los alambres imitando su canto con un entre silbido y siseo al que ellos respondían, y se creaba un diálogo entre las bocas bigotudas y los piquitos piadores. Los canarios miraban al lugar de donde salía la llamada, ladeaban la cabeza y se erguían, tomaban una actitud que parecía de atención o de desafío y contestaban con un piído que tenía cierto acento interrogante; saltaban de un palo a otro más tensos, más coquetos que cuando no se ocupaban de ellos. Los aficionados comentaban sus cualidades, pero no sólo como cantores: había algunos que no valían nada, decía mi tío; se les notaba al primer golpe de vista; otros, en cambio: —Aquel moñudo, cruzado de verderón que me dio el otro día, añadió, ese sí que es *bragao*. La palabra me estremeció; me pareció obscena pero graciosa. Me pareció, sobre todo, incomprensible y expresiva como una mueca, como un ademán ¿amenazador, aterrador, prometedor?...

Me dispuse a observar al canario moñudo en cuanto llegásemos a casa y no le noté nada fuera de lo corriente. Pregunté a mi tío por qué había dicho que aquel canario era mejor que los demás: —Pues porque sí, porque lo es, dijo, y luego añadió ya sin contestarme a mí, como hablando consigo mismo: ¡Ya lo creo! Yo no pregunté más porque lo que quería saber era el significado de aquella palabra y presentía que no me lo iban a explicar, tenía que entenderlo por mí misma. Y yo creo que no lo preguntaba de tanto como lo entendía. Lo comprendía, por decirlo así, *demasiado*, es decir de un modo tan inmediato como si la comprensión me invadiese en forma de riada o de marea y mi mente razonante quisiera mantenerse a flote, sin zozobrar. Claro que es estúpido empeñarse en explicar cómo es el *no saber* o el saber *sin razonar*. A lo que más se parece es al oler. Bueno, también al ver, si es un ver que *da en el ojo*: el *coup de foudre* de la imagen. Era evidente que había algo en el canario que se podía ver, una excepcional gallardía.

¿Puede parecer verosímil que se recuerde a través de cincuenta años la cara de un canario tan claramente como la de un amigo? Yo recuerdo la de aquél, y creo que le reconocería entre mil. Tenía el cuerpo de un amarillo poco brillante, con algo como una sombra gris verdoso en algunos puntos y un moño revuelto verde oscuro. Las plumitas del moño que se curvaban hacia delante le formaban una especie de flequillo sobre los ojos muy negros, como los de esos hombres cetrinos de frente estrecha; pero luego el pico era tan sumamente delicado que denotaba inteligencia. También parecían expresar inteligencia las patas, que se agarraban al palo como manitas delgadas y fortísimas: sobre ellas se erguía muy tieso como para hacerse más alto. En la pechuga tenía también las plumas revueltas; le iban desde los lados hacia el centro y al encontrarse se entremezclaban y se le rizaban junto al cuello. Esto era lo que se veía en él y el sentido de todo ello era lo que se olía, aparte el olor real, material, que

llenaba su ambiente. Tanto en la pajarería como en casa de mis tíos había un olor intenso alrededor de las jaulas. En casa, además, el olor del huevo duro con que mi tío los alimentaba cuando estaban criando.

La antecocina, que era grande, estaba llena de jaulas; en las mayores las parejas, en las pequeñas las crías hasta que empezaban a definirse. Mi tío, mientras les mezclaba el alpiste con el mijo, les desmenuzaba la yema del huevo —al borde de la mesa el cigarrillo: tabaco negro de olor sombrío— mientras iba de una jaula a otra repartiendo a cada uno lo que le estaba indicado, hablaba con ellos o, más bien, hablaba solo comentando los pequeños acontecimientos de sus vidas. Yo siempre estaba con él pero la faena era larga y a veces me aburría: me iba a buscar otro entretenimiento, volvía, no quería que pensase que no me interesaba su afición favorita. Y un día le vi poniendo el comedero en una jaula pequeña donde había una canaria nueva, pero ya crecida. La pájara empezó a piar, abriendo el pico como las crías antes de salir del nido y aleteando con una especie de temblor convulso. Mi tío dijo, para sí mismo: —¡Mira esta chiquita, cómo está encelada! Yo guardé silencio; ni me acerqué a ver ni me fui. Me pareció que el olor de lo incomprensible se intensificaba.

La frecuentación de mi tío Paco empezó de la forma más corriente, me llevó una tarde al circo de Price. Salí muy entusiasmada y mi tío se sintió muy contento de mi entusiasmo, como recompensado por él. Charlamos mucho por el camino y me dijo que vendría a buscarme con frecuencia, pero que no siempre podría llevarme al circo porque las entradas eran del periódico y las había pocas veces. Yo le dije que viniera a buscarme aunque no hubiera circo y vino: cada tres o cuatro días venía y echábamos a andar. Yo era incansable, podía andar diez kilómetros sin sentir: llegábamos a veces a la Puerta de Hierro. Otros días vagábamos por los jardines de la Moncloa y siempre íbamos, como si fuésemos a hacer una visita, a ver al cisne negro que estaba en un estanque muy pequeño, solo, en un lugar sombrío. Yo no sospechaba que hubiese cisnes negros; el primer día que lo vi me pareció un ser sobrenatural. Su silencio y su quietud —resbalaba inmóvil sobre el agua— eran como los de una sombra que pasase sobre un muro; la sombra de un cuerpo que está más lejos, en otra parte. Había un banco de piedra frente al estanque y nos sentábamos allí a mirarle. Una tarde mi tío me contó «El Rey Lear» como quien cuenta un cuento. En aquel banco se reanudó mi vida intelectual; allí oí por primera vez los nombres de Shakespeare y Dostoievski, y la desolación del Rey Lear se personificó en la sombra del cisne negro, solo en su estanque, en el rincón más oscuro del jardín.

Cuando al día siguiente me llevaba mi tío Mariano a la cervecería, a la confitería, al parque de diversiones armado en el solar en que había de alzarse al poco tiempo la Casa de Correos, donde se había instalado el primer tobogán, por el que yo me deslizaba incansablemente mientras él bebía —incansable— *bocks* de cerveza, me

preguntaba si había salido el día anterior con mi tío Paco; yo afirmaba y entonces me decía: —A palo seco ¿no?... Negarlo habría sido inútil; todos sabían que mi tío Paco era un bohemio sin una peseta: vivía en casa del tío Joaquín que era ya anciano, sirviéndole de secretario, ayuda de cámara, enfermero y sobre todo de compañía porque la compañía era su cualidad o su virtud. Muy inteligente, muy culto, infinitamente bondadoso y en ponderación admirable, tan silencioso como hablador: nadie se aburría con él. Pero si no podía negar a mi tío que la tarde anterior no había merendado, tampoco podía decirle que eso no me importaba porque habría sido desvalorizar sus continuas invitaciones. ¿Me preguntaba yo entonces o me pregunto ahora si temía perderlas? Claro que lo temía, pero de sus invitaciones no sólo las docenas de pasteles, bocadillos, cerveza: yo daba el mismo valor a la tertulia en la pajarería y al breve paso por el cuartel. El mundo de mi tío Mariano me atraía, me divertía incluso cuando era realzado por algún rasgo de ordinariez. En él, aquello tenía gracia. No es ahora cuando lo pienso; lo pensaba entonces. Medité mucho en ello porque hubo algo que me hizo notar.

El misterio de Julieta, su comedia, su permanente representación avanzó un día hasta las candilejas. Habían venido los dos a cenar a casa de mi abuela. Cuando se quitó el mantel y se puso el tapete, con el café al lado empezaron el tresillo, mi abuela, mi tío y mi madre. Julieta y las otras se quedaron de espectadoras. Yo, que siempre estuve más despierta de noche que de día, trataba de ver en qué consistía el juego, pero ni lo entendía ni me interesaba. Y Julieta estaba muy locuaz. Tenía bonita voz, pero en su representación contaba el acentuar la cadencia, la indolencia criolla exageradamente. Habló de mil trivialidades y acabó contando un cuento verde. No precisamente pornográfico, sino más bien cochino. Una escena conyugal en la que se hablaba de pedos. Lo importante en el cuento era que la escena ocurría entre un poeta y su mujer. Moraleja: hasta en la vida conyugal de un poeta ocurre lo mismo. Mi abuela interrumpió el juego para decirle: —No tienen maldita la gracia esas porquerías. En ese momento, *la voz* no fue demasiado imperiosa, al contrario, sonó como insegura, como sabiendo que no podía imponerse al desastre. Julieta se rió con una ironía —entonces, en aquel momento mismo, ¡podría jurarlo!, vi cómo se reía— como sólo puede reírse un suicida. Lo vi entonces; no lo dije en el fondo de mi conciencia: lo sentí en el fondo de mi alma.

El suicidio, la muerte moral, la deshonra, son notas. Quiero decir que son notas musicales: sus gamas, sus alteraciones, sus trémolos tienen una verdad no superable por explicación racional alguna. La perdición de mi tía Julieta conturbó mi alma como la habría perturbado el espectáculo de su muerte. Y, además, yo me preguntaba: ¿por qué se deja perder? ¿Por qué se echa encima ese sayo que no encaja en su cuerpo y por qué se pavonea con él, desafiante? Su cuento no tenía maldita la gracia; ¿sería posible que mi abuela tuviese razón alguna vez? No, no era posible aunque acabase de decir algo que era verdad. Yo sentía que no sólo no tenía razón, sino que

era ella quien tenía la culpa de que mi tía hubiese contado aquello: Julieta lo había contado como con el propósito de molestarla, de inculparla, acaso.

Todavía otra cosa me dejaba perpleja: ¿por qué me resultaba tan trágica aquella escena, cuando a veces me habían hecho gracia los dichos de mi tío, del mismo color? ¿Es que Julieta les encontraba gracia? No, jamás: ella menos que nadie. Tal vez la única persona que pudiera encontrarles gracia fuese yo, pero por lo de siempre; por su distancia, por su exotismo disonante. Mi tío había nacido en Cuba, tenía el acento y el donaire auténticos que realzaban cualquier copla o proverbio ambientándolo, convirtiendo, no ya una palabra, sino su matiz o deformación peculiar en una proyección luminosa, tropical, antillana. Una cancioncilla, un refrán puesto oportunamente, le transformaban: dejaba de ser el pequeño coronel de bigote gris y nariz ganchuda —entonces todavía no había nacido el personaje que podía ser su doble: fisonomía, voz, carácter, dimensiones. Veinticinco años más tarde llegó al mundo Popeye el marino—, dejaba de ser el coronel frecuentador de cervecerías madrileñas y era el guajiro amigo de jarana, ocurrente, lleno de folklore. Yo le había oído a él la palabra que mi abuela desaprobaba y, para remate, en cuerda con otras igualmente afectadas de un aire incivil. Lo que me pasó cuando le oí soltar un refrán —muy sabio, como dicen— fue que la palabra grosera quedó eclipsada por otra perfectamente presentable, pero comprimida o reducida, abreviada, mermada en sus sílabas y, por ello mismo, como aguzada en su sentido, intensificada, punzante.

El refrán, en fin, cifraba un sentimiento humano muy común. Alguien, en la tertulia —creo que hablando de política— criticaba a los que no saben reconocer los defectos de sus obras. Mi tío replicó: —«A nadie le *jiée* su *peo* ni su hijo le *hase feo*». Lo que más me impresionó fue la deformación del primer verbo, que tardé un buen rato en comprender. ¡Le *jiée*, ha dicho!; me quedé pensando. ¿Qué será eso? Y tuve que rehacer toda la frase hasta dar con el verbo. Siempre me impresionó, me afectó o me sobrecogió encontrar una palabra en situación insólita. Siempre, desde una edad que no puedo recordar, los accidentes de las palabras, deformaciones, abreviaturas, transposiciones sintácticas me causaban una impresión parecida, no precisamente al miedo, sino al susto. La palabra, así trastocada, se convertía en duende porque la deformación casi nunca la desvitalizaba, sino al contrario, la mostraba en una nueva faz de su poder. Y yo la miraba fascinada, obsesionada en el empeño de pensarla en su novedad. Por esto el refrán había quedado en mi memoria como muy digno de consideración. Su grosería estaba para mí, en ese *jiée*, tajante. Era un individuo la palabra, un hombre, un tipo con navaja. ¿Cómo iba a dar importancia a lo demás? En cambio, al oír a mi tía ensartar porquerías correctamente, afectadamente, cínicamente, me pareció oír una corrupción del refrán gracioso. Las porquerías dichas por mi tía me angustiaban porque no podía pensarlas; no podía saber qué era lo que mi tía pensaba al decirlas. Yo llegaba a una conclusión: habla de eso por no hablar de otra cosa. No pude pasar de ahí: tardé años en saber de qué hablaba.

Dije que en la casa había un cuarto de Barba-Azul, pero en aquel tiempo nunca le llamé así. También tardé mucho en comprender su misterio, y tardé tanto porque la puerta estaba abierta: yo entraba allí siempre que quería, pero el caso es que mi entrada era inconveniente, y que nadie podía explicarme por qué lo era. La casa tenía una conformación arquitectónica, un sistema económico y una disciplina o régimen de vida. Por la puerta de la escalera se entraba a una antesala cuadrada que tenía, casi frente a la de entrada, otra puerta, la del gabinete del piano poco más ancho que la antesala, pero más profundo hacia el balcón, que quedaba en el muro frontero a la puerta. Entrando por ésta, en la pared de la izquierda, al fondo, había otra puerta que daba al comedor; habitación de esquina con dos balcones y otra puerta de acceso a otra habitación pequeña, poco mayor que el gabinete y con salida a la antesala. Este era el cuarto misterioso que casi siempre estaba abierto y que al abrirse tapaba con su puerta la entrada del pasillo, que empezaba en el mismo muro de la antesala donde estaba la puerta de la escalera. Nada más entrar se doblaba a la izquierda y el pasillo interminable tenía cuartos a un lado y a otro. Por esta estructura de muros, puertas y balcones discurría la vida de la familia, que se sostenía mediante otra organización menos fija y como supeditada a la primera.

Mi abuela no tenía pensión ninguna —de capital, ni hablar—, vivía del trabajo de sus hijas. Julieta y Clemencia eran profesoras de piano. Teresina tenía un Colegio de Señoritas, al que asistían ocho o diez chicas del barrio. La clase estaba instalada en la habitación cuya puerta tapaba el pasillo. Y sucedió que, en aquella casa donde había una habitación con toda una instalación escolar —cuatro pupitres dobles, una mesa para la maestra, un encerado y un par de mapas en la pared— yo no volví a estudiar un solo día. Yo no me senté jamás en aquellos pupitres —como alumna, se entiende— ni tracé en el encerado números u operaciones enojosas. Nunca se me explicó por qué y la cosa tomó un aspecto como si se debiese a mi falta de afición al estudio, a mi pereza, a mi indisciplina. Pero no se debía a eso: yo creía poder atribuirlo a la poca simpatía que me demostraba mi tía Teresina porque era natural que siendo ella quien mantenía el ejercicio escolar a diario, fuese ella quien continuase mi enseñanza. Sin embargo, no fue así; nadie me presionó para asistir a su clase y mi madre no volvió a dirigir mis estudios.

¿Hubo entre mi madre y yo un distanciamiento? No, sino más bien algo como un obstáculo interpuesto. El obstáculo constaba por lo menos de tres elementos reales y patentes. Uno —el más poderoso— persona, otro —harto importante— situación, otro, también real —más que real, verdadero, pero tácito— inconfesable por varias razones: confesarle habría sido anularle, hacerle frente. Traerle a la luz significaba vencerle en cierto modo y era demasiado poderoso como para dejarse iluminar: mi madre recobró con su papel de hija una docilidad resignada. Ella siempre me había hablado de la estrecha disciplina en que las había mantenido mi abuela, incluso en las épocas en que su posición era desahogada. En aquellas casas de patios enlosados por donde andaban descalzas las criadas indígenas, ella y Julieta se ocupaban de

quehaceres domésticos uno o dos días a la semana —para aprender, naturalmente—. Planchaban la ropa de sus hermanas menores, ponían piezas en la ropa de cama. Todo ello era alegre por la compañía fraternal y satisfactorio como es la obediencia con convencimiento. Ahora, en la casa de San Vicente Alta no había un cuarto de plancha con grandes cestos de sábanas, con docenas de camisitas y enaguas infantiles que exigían conocer el empleo del añil y el almidón. Ahora se recogía la ropa en el cuarto de mi abuela, junto al balcón; se ponía sobre dos sillas la tabla de planchar y se despachaba con rapidez y en silencio la tarea. Mi madre la reanudó porque ahora era ella sola la mayor y las dos pequeñas no jugaban a su alrededor mientras ella planchaba o cosía: trabajaban para mantener la situación.

Clemencia daba clases de piano en casa y fuera de casa. Teresina atendía a su Colegio de Señoritas —así decía el letrero de grandes letras blancas puesto en el balcón—. Mi madre cosía y cedía a la dominación de mi abuela, ahora no por convicción, sino por situación. Mi abuela no creyó nunca en el buen éxito del destino de mi padre en Valencia; mi madre, no estoy segura de que creyese y hasta me atrevo a pensar que mi padre tampoco creía. Valencia apareció para él como un proyecto razonable, pero el espejuelo era Madrid. Mis padres no pensaron más que en volar hacia él. Mi abuela les sintió llegar; desde un principio vio que caían en sus dominios y puso todo su esfuerzo en hacer el caso ventajoso. Lo primero era destituir a mi madre de su autoridad, hacerle sentir su tutela y para esto tenía que convencerla de que la educación que me había dado era errónea y mi carácter poco prometedor. Pero claro está que todo esto tenía que inculcárselo sin argumentos claros. Mi educación, respecto a conocimientos, era muy superior a la que recibían las discípulas de mi tía, casi todas mayores que yo, y esto era lo que hacía inconveniente mi aparición en la clase. El misterio estaba, no en que las chicas estuviesen más atrasadas, sino en que también lo estaba mi tía Teresina. Veintidós años, de una rara perfección física y de una absoluta obtusidad intelectual y psíquica. Egoísta y fría —empezaba ya entonces a padecer del corazón—, incapaz de interesarse por nada existente; no había estudiado ni demostrado disposición alguna. Mi abuela le había instalado aquel Colegio de Señoritas, que consistía en un letrero de cinc —letras de media caña, ocupando los dos balcones que daban a la calle de San Vicente— y unos cuantos trebejos escolares, con los que transmitía a unas chicas del barrio los elementalísimos conocimientos que recibiera, allá en el otro continente en una escuela de primera enseñanza. La aversión que me demostró desde el primer momento fue una especie de miedo a sentirse descubierta y desestimada por mí.

Mi abuela, lo que más detestaba en mí era el carácter y lo que la irritaba era no poder inculparme de nada en concreto porque yo no tenía esos defectos frecuentes en las chicas mal educadas: contestar mal, hacer eso que comúnmente llaman trastadas. De nada de eso se me podía acusar: mi carácter era aquello que mi madre presentía cuando me decía: —¡Te vas a crear un tipo! En efecto, me lo había creado, si no es que había nacido con él. Ese tipo era lo que mi abuela no sólo no soportaba, sino que

no concebía... Ella no podía comprender que existiese un ser, un pequeño ser de menos de diez años a quien jamás, por ningún medio podría someter, a quien jamás podría deslumbrar con su sabiduría —estaba acostumbrada a simularla con éxito—, a quien jamás podría inspirar el mínimo afecto al respeto humano. Esto último, con la agravante de que jamás —ella lo sabía— le faltaría al respeto como es frecuente que algunos chicos falten a sus mayores. Nunca hubo un roce entre ella y yo, nunca le di motivo para reñirme como se riñe a una niña: en nuestra lucha silenciosa, yo estaba a su altura y el hecho la escandalizaba tanto que procuraba disimular su escándalo. La lucha no era esgrima; no había juego descubierto: era un choque lanza en ristre a cada momento, en el que yo nunca fui desazonada.

A veces ni siquiera llegaba a comprender en qué consistía el choque. Tenía la insoportable costumbre de emplear expresiones que juzgaba originales o refinadas: decía *canelón*, en vez de *canalón*; decía, *por cima de*, en vez de *por encima de*. Cuando decía estas cosas —y otras muchas de este género— yo la miraba y ella sentía que habíamos chocado. Sentía que aquello, tenido siempre por más refinado que lo común, ante mí perdía su garbo, su prestigio. Y todo esto, de mirada a mirada. Sólo una vez hubo palabras porque se dilató exponiendo una larga teoría.

A las frases hechas como, «La criatura es un animal de costumbres», yo no decía nada; la miraba y basta. Pero un día, hablando de *tiernas generales* —había alguien de fuera, además de tías y tíos— la conversación recayó sobre el caballo; sus cualidades excelentes de inteligencia, nobleza, etc. Mi abuela dijo que era asombroso que un animal tan fuerte se dejase dominar tan fácilmente por el hombre y que ella había leído una explicación muy plausible: el caballo tenía la córnea de un aumento extraordinario y veía al hombre mucho más grande de lo que es en realidad. Yo la miré, pero esta vez debí de alzar las cejas y los hombros como ante un gran disparate. No la dejé mucho tiempo en el escándalo silencioso; dije con naturalidad: —Si ve al hombre más grande de lo que es, también verá más grande su pata. Fue tal el silencio que se hizo que creí que habían comprendido mal y añadí: —La suya, la del caballo. Pero habían comprendido perfectamente. Mi abuela enrojeció, le tembló la barbilla y desde su último fondo, no desde el fondo de su pecho o de su alma; desde su vientre —desde sus entretelas—, desde las plantas de sus pies —desde su base— subió *la voz*: yo la vi ir engolándose antes de sonar, la vi aspirando a resultar tonante y resultó estrepitosa, como un golpe de platillos. Mi abuela me miró, se quitó las gafas para mirarme y dijo: —¡SEÑORITA!... cuando se sabe tanto... No recuerdo qué más dijo y no sé qué forma gráfica dar a la desproporción de la primera palabra con las siguientes, que no sólo fueron más tenues y confusas, sino que decrecieron como para escabullirse, por saberse insostenibles, entre los vanos comentarios de los otros. El caso es que sonó la primera palabra, la que para mí estaba contrapuesta al FIAT porque su acción había consistido en deshacer un mundo y ahora, esta segunda vez que sonaba, se repetía como diciendo: —¡Aquí estoy! El tono, el ademán, la vaga sonrisa, todo la señalaba con sus atributos propios, para que no se pudiera dudar que era ella

misma, pero en todos ellos había un matiz diferente porque la ocasión era otra. Es decir, que aquélla —*la voz y la palabra o la palabra y la voz*— se adecuaba a una nueva suposición sobre mí. La primera vez adoptó la mímica halagadora, dando por supuesto, sin sospecha de error, mi incipiente vanidad; la segunda adoptó una ridícula actitud de respeto —como ante un doctor o una autoridad—, dando por seguro que la caricatura haría que oscilase mi aplomo. Pero no osciló: volví a alzar los hombros y las cejas, como ante las cosas obvias.

El mundo derruido era lo que formaba un obstáculo entre mi madre y yo, obstáculo que era como un montón de ruinas, cercadas por una barrera de silencio. Imposible hablar de los recuerdos como ella me hablaba antes, como se habla de lo que se puede recobrar, de lo que aparece con el prestigio de lo lejano, prometiéndonos el momento delicioso de la llegada. Ahora ya habíamos llegado. Claro que no a las palmeras ni a los patios de mármol, pero sí a los corazones, a las voces que poblaban lo evocado. Ahora estábamos ante una realidad que queríamos negar porque ella negaba la promesa. La negaba porque era el botón de muestra de la verdad, traído a esta luz. Y claro está que yo no esperaba encontrar en Madrid a mis tías con las indumentarias que mi madre me describía —vestidos de baile de organdí, gardenias en el pelo— ni con las que aparecían en algunas fotos que ella guardaba—, todas ellas reunidas con otras amigas haciendo labores en el jardín, vestidas con *matinéés* de tira bordada—, pero sí esperaba encontrar en lo que viese la huella de lo anterior, y no la encontraba.

En Valladolid sí quedaba la huella. Mi madre conservaba sus *matinéés*, que se ponía en el verano para sentarse a coser junto a la ventana que daba al patio. La luz de Castilla, la acacia del jardín contiguo asomando sobre la tapia podían ser la continuación de todo aquello, pero la vida en esta casa de San Vicente no, no lo era. Y no teníamos valor para comentarlo: lo vivíamos como una desgracia acontecida, como una pérdida: habíamos perdido nuestras Antillas. Este era el drama. Antes, cuando se trataba únicamente de distancia, las añorábamos y en esa forma las realizábamos y las vivíamos. Ahora callábamos su pérdida con una especie de bochorno. Mi madre sobre todo callaba como si hubiera prometido algo falso. ¿Sería eso o sería que su caída en el presente le hacía olvidar el lujo de la fantasía? Puedo extenderme en suposiciones, reunir y aquilatar detalles recordados, calculando todas sus posibles causas psicológicas. Lo que no puedo es consignar o reproducir la imagen del abandono, del olvido, de una especie de acomodación sin aceptación, por inercia. Una acomodación que era como un resultado impío, pero al fin y al cabo un resultado propio de aquello. Porque si habla —como podría hacerlo interminablemente— de la melancolía soterrada, de la inconfesable decepción, todo ello sale a la superficie y no fue así; no era ése el lugar que ocupaba. Todo ello era *el*

presente de todo lo otro. Mi madre, sin la menor duda, lo recobraba en aquella forma, se conformaba con ello.

Así como hay distintas memorias; la memoria mecanizada por la repetición, la memoria arraigada en los afectos, en las imágenes, etc., hay también distintos olvidos. El olvido mortal o mortífero que es pura destrucción, el olvido agónico —al que los místicos llaman aridez—, el olvido provisional o tal vez económico, como un sistema o modo de proceder que adopta la vida para sacudirse la angustia y seguir su camino, floreciendo y madurando a tenor de las estaciones: un olvido que evidentemente no es acción, pero en su pasiva quietud el poso se enriquece, el último estrato adormecido se conserva sin perder nada. En este olvido la mente, el alma, el ser en total está en barbecho. Sí, esto es fácil de comprender, pero es casi imposible de describir. Mi madre había olvidado nuestros recuerdos y descansaba en la irresponsabilidad filial. Una irresponsabilidad cargada de deberes y amenizada por minúsculos placeres. Unos y otros eran tan suyos como sus propios cambios físicos. Empezaba a engordar. En el último invierno de Valladolid ya se había quejado de que los vestidos le quedaban estrechos y ahora mis tías la llamaban gorda, por hacerla rabiar. Ella decía: —Sí, yo soy la gorda de la familia: de pequeña ya lo era. Y no se desesperaba porque las bromas mortificantes eran como los pellizcos infantiles: juegos de hermanas que se tiraban de las trenzas, que se perseguían por los corredores y acababan reunidas en torno a la merienda. Aquello mismo, el mismo juego, la misma golosina las reunía ahora en el comedor de la esquina —San Vicente y San Andrés— en torno al café con leche y la gran bandeja de ensaimadas. Todo ello era lo mismo, de otro modo.

Y también el sermoneo de mi abuela era el mismo a propósito del estudio. *La mujer* tiene que lograr su libertad económica, tiene que valerse por sí misma. Una profesión digna, cuando se tiene facultades para estudiar... Esto, en otros tiempos, era un sermoneo molesto para todas ellas en las horas de diversión, pero para mi madre concordaba con la inclinación natural hacia los libros, con la aspiración a una obra pedagógica. Ahora era una mera llamada al deber, pero el deber no estaba claro, no estaba sustentado por la vocación: estaba como disgregado en varios deberes difusos. Sin embargo, el sermoneo era el mismo y el descanso, la abdicación de la voluntad ante su persistencia rectora era tentadora como una fuente de juventud.

Este era el olvido de mi madre. El mío no era menor, no era menos impío: era más amargo y más arriesgado porque yo no abdicaba de nada. Al contrario, yo me cargaba de responsabilidades: la de mis actos, la de mis intenciones, la de mis afectos y la de mis juicios. ¿Es que todas estas tensiones parecen compatibles con el olvido? No, no lo parecen, pero en mí lo eran. Yo cargué sobre mí la responsabilidad de que mi madre abdicaba, sin poder hacer más que convertirla en un estado permanentemente vigilante. A mí misma me vigilaba poco porque siempre tuve seguridad de que yo no corría peligro, pero vigilaba a mi madre o más bien lo que se urdía a su alrededor. ¿Cómo y desde dónde lo vigilaba? Desde cualquier sitio y en

cualquier forma. Podía hundirme en el olvido sin miedo: con esto quiero decir que podía vivir trivialmente, desechar mis hábitos de meditación, mis inclinaciones a la excavación analítica como si jamás me hubiera ejercitado en ellos, con la seguridad de que si algo tocaba en el punto amenazado sonaría la alarma. Yo aceptaba o recogía —más bien aprovechaba— el presente como un residuo deforme, pero aún reconocible de todo lo que esperaba. Lo que encontré no era más que una libertad parecida al abandono que, bien administrada, me permitía explorar el mundo en escombros.

Los primeros días, cuando salí a la calle con mi madre, el barrio me pareció horroroso, pero pronto empecé a salir sola. Mi abuela decía que no había ningún inconveniente en que bajase a la calle a comprar cualquier cosa que se necesitase de momento, y bajaba porque las necesidades surgían con frecuencia. No podía mi abuela tener una criada en casa porque no quedaba un cuarto libre para ella; tenía una que venía por horas y que no daba abasto entre la limpieza, la compra y la cocina. De pronto faltaban huevos o azúcar; al ir a sentarnos a la mesa faltaban los *Litinés* para mi abuela. Yo echaba a correr por las escaleras y exploraba aquellos tres puntos: la huevería y pollería que estaba en nuestra misma casa, a la derecha saliendo del portal, la farmacia, que estaba a la izquierda, haciendo esquina a San Andrés, la tienda de comestibles —de ultramarinos— que quedaba en la esquina de enfrente. Nada de aquello era mejor que lo que había dejado, mi cuarto, mis juguetes, mi patio, los paseos con mi tía y toda una familia pendiente de mis caprichos o necesidades, sin embargo, con la conciencia clara de que había perdido mucho, me entregaba plenamente a lo nuevo. El fenómeno era un poco parecido al que se produjo en Rodilana al llegar y zambullirme en la realidad, olvidando todos mis sueños. Pero en Rodilana era explicable porque de aquello, que no era nada, yo podía decir: ¡es maravilloso! Ahora no podía decirlo, pero fuese como fuese, esto también podía poseerlo recorriéndolo y funcionando en ello. Porque me resultó fácil decir que aquel campo de sol me extasiaba, pero bajar corriendo, llegar al portal donde tenía su cuchitril de zapatero un viejo con barba patriarcales, detenerme un instante a mirar dentro, tal vez mirar sin detenerme y verlo todo, olerlo todo —olor horrible a suelas en remojo—, entrar en la huevería, en la farmacia, en la tienda y actuar, pedir la cosa necesaria y dar el dinero. No hay medio de ensalzar nada de esto y sin embargo en todo ello hay algo excelso. Se dice *tocar la realidad* porque lo supremo es el contacto. El riesgo que significa escuchar o pedir porque se nos va a contestar o a dar o negar algo, y al ejercitarnos en eso tocamos nuestra realidad, nuestros límites: cosa que a muchos les angustia o desespera. A mí no porque mi hábito de campar por el ensueño omnipotente e ilimitado, me facultaba para encontrar una sorpresa deliciosa en cualquier breve choque. No, esto no está claro. Si en mi vida onírica —nocturna o diurna— alargo la mano al objeto deseado, el contacto proviene de mi propia creación. Esto no quiere decir que lo creado en el sueño no sea un Verdadero contacto: lo es y puede serlo en una infinita gama de matices. En cambio, entrar en la

pollería, donde no se espera que pase nada, pero de pronto se oye el grito de muerte de un animal degollado, el aleteo de la agonía y, mientras tanto, se recibe un paquete de huevos envueltos en papel de estraza, áspero y no muy bien confeccionado, de modo que hay que tener cuidado de no dejarlos caer. Y todo esto es así y no de otro modo: todo es irrevocable y no tiene otra cara por donde pudiéramos mirarlo, de modo que seguimos mirando aquella porque aquella es la real, es la realidad que hemos tocado y que nos ha tocado a su gusto, según su ser; y contemplar ese su ser nos arrebató y lo olvidamos todo.

Pronto tuve compañía para aquellas excursiones. No figuré jamás entre las alumnas de mi tía Teresina, pero sí estuve en contacto con las de Clemencia. Mi madre sólo mantuvo su propósito de hacerme estudiar música y como Clemencia era accesible —una criatura simple, alegre y sin hiel— toleraba mi ineptitud, comprendiendo en su fondo mi poca afición que era tan poca como la suya. Quedó en seguida demostrado que yo no iría por ese camino, pero como tampoco le tenía aversión no me aparté del gabinete donde unas y otras hacíamos escalas y ejercicios. Mi tía tenía una discípula predilecta, por su simpatía y por sus dotes excepcionales. Era una chica un poco más pequeña que yo, tenía poco más de ocho años. Hija de una actriz del género chico, había sido recomendada a mi tía por doña María Tubau, de quien era ahijada, y como en su casa no tenía piano, además de dar una hora de clase estudiaba en el de mi tía todo el tiempo que quería y a cualquier hora.

En el régimen de casa de mi abuela contaba como nota fundamental la generosidad. No sé de dónde salía porque, mantenida por mi abuela, no podía tener categoría de caridad. Era una magnanimidad constitucional, es decir, una anchura o abertura hacia el prójimo, pero una abertura como la de una puerta mal cerrada, sin intimidad. En todo caso, me es preciso reconocer que para cualquiera que llegase se ponía un plato en la mesa, para cualquiera que necesitaba ayuda o enseñanza se prodigaba el esfuerzo. Así, Inés, anunciada un día por una tarjeta de doña María Tubau, llegó otro día a dar clase y al poco tiempo vivía prácticamente en casa.

Congeniamos en seguida. Tenía dos años menos que yo, pero era de una madurez increíble: una pequeña mujer. Sabía todo lo que yo ignoraba, pero en un principio nuestra amistad fue muy infantil y nuestras correrías por el barrio tenían como fin el cultivo de los gusanos de seda. Íbamos a comprarlos a una cestería de la calle del Dos de Mayo, a la vuelta de la esquina. Cruzábamos el taller, que era oscuro y estaba lleno del olor a los mimbres mojados. Varios hombres trabajaban en aquella especie de labor femenina, trenzado finísimo y complicado, que salía de sus manos con la perfección lineal que a mí me encantaba. Al fondo, en el patio, la luz caía como por una chimenea sobre unos cuantos tiestos de aspidistras puestos a los lados de una puerta: allí vivía la mujer que los vendía, con las hojas de morera para mantenerlos, cosa que nos daba ocasión para salir todos los días a buscarlas y a veces daba la

casualidad —o teníamos la suerte— de que las hojas se le hubiesen terminado y nos veíamos obligadas a emprender una pesquisa por todo el barrio hasta dar con ellas. Inés lo conocía perfectamente y me lo descubría en nuestras escapadas. Me decía que por la calle del Tesoro no debíamos pasar. —¿Por qué? —le preguntaba—. —Ya te contaré —me decía. Y no me contaba en seguida porque estábamos ocupándonos de los gusanos de seda; estábamos limpiándolos, considerando lo que habían engordado, lo que tardarían en hacer el capullo. Ni ella ni yo teníamos temas más interesantes.

Inés dominaba el piano de tal modo que mi tía esperaba hacerla pasar los dos primeros años en junio. En casa decían que era inteligentísima y que tenía una gran vocación. Inteligentísima sí que era, más de lo que suponían, porque a su inteligencia se añadía una densidad humana hecha de sufrimiento, que ella no dejaba ver a cualquiera. Pero en cuanto a vocación, si la tenía no ocupaba gran cosa sus pensamientos. Lo que tenía era una facilidad extraordinaria para la música; una facilidad semejante a la de los que practican el cálculo mental. Se sentaba al piano y tocaba, simplemente. Lo contrario de lo que me sucedía a mí: yo no sólo no tocaba, sino que percibía que jamás, en ningún caso, llegaría a tocar. En fin, jugando o estudiando el piano, pasábamos el día juntas. Luego, al oscurecer se iba ella sola a su casa, que no quedaba lejos. Yo sentía por ella algo enteramente distinto de lo que sentía por los demás. Las personas mayores, mis tíos en primer lugar, eran campos de experimentación en los que yo me ejercitaba, pero moviendo los peones a mi gusto, sin hacerles participar a ellos en el juego, como si los mirase desde arriba. Con Inés mi actitud era la contraria; siempre esperaba que iniciase ella las jugadas y las dirigiera según su criterio. Cuando Inés se iba a su casa yo recobraba mi posición elevada.

Entre mis tíos, el único a quien no miraba desde arriba era mi tío Paco Arimón. Tenía con él una confianza absoluta, que se había afianzado el primer día que me decidí a hablarle mal de mi abuela. No le conté lo del mundo destruido porque eso ni a mí misma me lo contaba: eso estaba en el fondo, pero le dije *la palabra*, traté de imitar *la voz* y le dije, en suma, que no podía aguantarla. Mi tío no me hizo ningún cargo de los que se acostumbra hacer a los niños; asintió, sonrió y dijo: —Es el ser más ridículo que se puede uno echar a la cara. Y con tanta fuerza de acusación como la mía, añadió: —Ha hecho de sus hijas unas imbéciles. Yo no pensaba contradecirle, pero empecé: —Mi tía Julieta... Me atajó: —Esa es la más imbécil de todas porque podía haber sido otra cosa.

Mi tío empezó a hablar de ella. Cuando llegaron era una belleza y demostraba ciertas condiciones fuera de lo común. Tendría entonces unos dieciocho años, pero nada, en cuanto se rascaba un poco se veía que no había nada en el fondo. Yo creí que iba a contarme su secreto porque él seguramente lo conocía, pero no, siguió hablando del tema, prescindiendo de ella. —Lo que menos se puede perdonar a una mujer es que sea decepcionante porque si desde un principio se la tiene por idiota, eso hasta

puede hacer gracia, pero la decepción... Es como si llevara peluca. Figúrate, de pronto se da uno cuenta de que es calva.

De todo lo que habló mi tío aquella tarde, que fue la primera que tocó ese tema, no recuerdo ni una sola frase, ni un solo concepto tal como él los expresó. Recuerdo muy bien el sentido de todo ello y he podido conservar la imagen de la mujer calva, que empleó expresamente para que fuese algo hiriente y comprensible para mí.

Pero habló toda la tarde del amor, de la belleza, de la armonía que tiene que haber entre lo de dentro y lo de fuera. ¿Oí por primera vez el nombre de Platón? Creo que sí, pero en la conversación de mi tío no había jamás acento didáctico; las cosas más elevadas o abstrusas no tenían jamás carácter libresco: estaban mezcladas de ejemplos o parangones muy plásticos y hasta de interjecciones castizas. Era una conversación de hombres —el plural corresponde a lo que era mi estricto sentimiento. En realidad, hablaba como un hombre habla con otro, sin dejar de tener en cuenta que hablaba conmigo; pero exponiéndose crudamente para que yo supiera cómo es un hombre.

Así llegamos a El Pardo. Cuando veníamos de vuelta ya había salido la luna y mi tío seguía hablando de mujeres. Otros nombres culminaban alrededor de ellas: ¿Balzac, Flaubert?, tal vez. La familiaridad con que mi tío pronunciaba esos nombres no dejaba de marcar su grandeza. Los nombraba no como quien nombra a un amigo, sino a los miembros de una casta —la casta de la amistad excelsa— que nos están esperando y hacia los que tenemos que ir después de caminar mucho.

Se intensificaron los discursos de mi abuela sobre la necesidad de independencia económica de *la mujer*, sobre lo conveniente que es ejercer una profesión que tenga porvenir, que dé seguridad en la vida. Aducía noticias y ejemplos de personas conocidas que acababan de ganar plazas por oposición en escuelas recién creadas. Mi madre no cambiaba de actitud ante sus insinuaciones, pero cada día estaba menos alegre y más cargada de preocupación. Las noticias de mi padre sobre Valencia no eran satisfactorias: no lo fueron desde el primer momento y, de pronto, empezaron a faltar noticias. En las primeras semanas escribía un día sí y otro no, pero a mediados de abril pasaron dos semanas sin carta. Los comentarios eran tan malvados como los silencios significativos. Yo no podía soportar la vida más que escapando de casa y por suerte mis tíos venían a sacarme con frecuencia. Uno de aquellos días, mi tío Mariano me llevó a comprar materiales para sus jaulas. Fuimos por la calle de Toledo a una enorme ferretería donde también era mi tío tratado como cliente. En seguida se puso un muchacho a su disposición y fue trayéndole para elegir variedades de cada cosa pedida. El alambre galvanizado, que examinaba largo rato considerando su grueso y su resistencia, las chapas de zinc para las bandejitas del suelo, que él mismo confeccionaba redoblando los bordes y soldando las esquinas para que no escurriera el agua.

Igual que la conversación con mi tío Paco sobre el amor era una conversación de hombres, igualmente lo era la conversación con mi tío Mariano sobre sus habilidades de artesanía y su arsenal de herramientas. Me enseñaba a manejar los alicates que cortaban el alambre como si fuera un hilo, me dejaba ayudarlo cuando empleaba el soldador, que ponía al rojo entre los carbones de la hornilla, en la complicada faena de ácidos y resinas con que limpiaba la chapa, untaba el soldador y derretía el estaño que brillaba y se deslizaba ligero por los dobleces que debía obturar. También me inició en la instalación de lámparas, enchufes y conmutadores; me enseñó a hacer un empalme, a poner una boquilla en un cable y conducirlo encerrado en un cajetín o por el marco de una puerta con pequeños aisladores de porcelana.

En aquel enorme almacén estaban los materiales para todas estas cosas, nuevos, limpios y brillantes.

Eran objetos rudos, que no estaban hechos para adornar, sino para cumplir su misión en el trabajo y para gastarse en el uso, pero eran tan atractivos como joyas, tan tentadores como golosinas. Y mi tío compraba más de los necesarios, por el placer de tenerlos y por una cierta vanidad, por sostener un coqueteo con el vendedor que así, viendo la superfluidad de sus compras, le consideraba más señor.

Aquella tarde, al ir hacia casa cargados con paquetes de herramientas, me preguntó mi tío: —¿Qué noticias hay de Valencia, no encontró casa tu padre todavía? —No sé —dije—, hace dos semanas que no tenemos carta. —¡Huyuyuy!..., a ése no le volvemos a ver el pelo. A lo mejor se ha echado una novia por allí. Le miré indignada, pero en seguida me di cuenta de que aquello era folklore, era una de esas cosas que se dicen a los chicos para ver qué cara ponen. Yo no puse ninguna cara, dije: —¿Qué idea! ¿Mi padre?... ¿Cómo se te puede ocurrir? Si fuera mi madre... No dije más y no me di cuenta de la cara que puso él.

En una reconstrucción como la que me propongo, el relato mantenido deriva inevitablemente hacia la falsedad o el artificio. Es necesario romperlo porque lo único seguro son ciertos puntos emergentes que jamás —¡jamás!— fueron atenuados por la lejanía. No sé qué pasó después o, más bien, no sé qué pasó inmediatamente después porque tardaron bastante en manifestarse los efectos. Mi tío seguramente se asustó demasiado y no se consideró con facultades para investigar mis intenciones, pero no lo echó en saco roto: se lo contó a Julieta, supongo, porque ello fue a parar a casa de mi abuela. Cómo se comentó allí, cómo estalló la cosa y cómo se trató de abrumarme con ella no podría relatarlo. Había ocurrido algo dramático y las escenas en que se desarrolló fueron pedestres, como resultan los grandes dramas representados por actores mediocres.

Esto lo pienso ahora, me valgo de este ejemplo para aproximarme al hecho en toda su complicación. La exactitud del ejemplo consiste sólo en mi habitual repudio de la forma prosaica, de la concreción degradante que tomaban las cosas sagradas al

formularlas *el vulgo*. *El vulgo* quiere decir la mente arrellanada en el lugar común. De modo que el *cómo* de todo aquello se hundió en el olvido, aunque fuese intensísima mi reacción. Pero no al *cómo*, sino al *qué* del hecho. En mi fondo, para conmigo misma, lo que seguía candente era la reflexión: ¿*Qué* es lo que he hecho y *por qué* lo he hecho? He cometido una mala acción contra mi madre y a conciencia de que era mala. La cosa ha llegado hasta ella y no lo lamento porque eso es lo que me proponía, ése era el único medio de hacerle el daño que necesitaba hacerle. El dolor de aquel daño no podía ser en ella más intenso que lo era en mí, pero no me arrepentía ni creía haberme engañado, ni menos haber mentido. Me confirmaba en ello el comprobar que la verdad del porqué sólo mi madre la comprendía. Las escenas burdas, los parlamentos en que rebosaba el lugar común, ensartaban alusiones a la formación monstruosa que yo había tenido, siempre pegada a los mayores, oyendo cosas que una niña no debe oír y, sobre todo —ésta era la tesis de mi abuela—, presenciando las escenas de celo de mi padre, que eran una continua ofensa a la reputación de mi madre.

Ella, tan fácil a las lágrimas, no lloró esta vez aunque el drama le afectó mucho, y, lo que es más extraordinario, no me dijo nada; ni la menor reconvención, ni la menor averiguación de mis motivos o propósitos al decirlo. Su silencio y su tristeza obedecían a que sabía claramente que yo tenía razón. Era un silencio en el que se multiplicaba o se ramificaba nuestro secreto. Mi madre tenía la seguridad de que yo, al decir aquello, no aludía a ninguna de las cosas de que hablaba mi abuela. Y tenía la seguridad no porque creyese en mi bondad ni en la inocencia de mis intenciones, sino porque sabía lo que había dentro de mi cabeza. Si yo era inocente en algo lo era precisamente en aquellas cosas de que hablaban. Reputación, honor, conducta, decencia, carecían para mí de su sentido usual porque ignoraba totalmente el lado de la vida erótica que la gente llama vergonzoso. Pero no es que considerase esas palabras carentes de sentido, no; es que yo les asignaba otro según mi sentir.

Es cierto que las escenas de celos de mi padre tuvieron gran peso en mis primeros años, aunque siempre percibí lo que había en ellas de comedia. Cuando me hacían indignar contra él por su trivialidad pensaba: ¡Es un chiflado! ¡Es inaguantable! Cuando me impresionaban por su violencia, no me detenía a calificarlas, veía que era un drama de sentimientos y lo compartía. Lo difícil de comprender es por qué, sabiendo que mi padre nunca, nunca jamás tenía razón, mi modo de sentir se asemejaba profundamente al suyo. Los celos aparecían en mi mente como un fenómeno atmosférico del amor. El parangón es más exacto de lo que parece. Fenómeno atmosférico porque es una afección genuina y forzosa de su orbe. Dijo Juana de Asbaje: «Hay amor, luego habrá celos. Hay celos, luego hay amor». Pero además el ejemplo sirve para indicar mi modo de comprenderlo entonces: lo comprendía como un niño —y hasta un perro— comprende el rayo, el trueno y el granizo sin necesidad de explicación. Son cosas que aparecen y conturban la marcha de la vida, no obstante, son naturales. Cualquier niño puede comprender o más bien

percibir en esa forma los fenómenos del orbe exterior y los del interior, pero especialmente tenía una antigua experiencia. En realidad, las dos eran igualmente antiguas, contemporáneas, y no sé cuál de ellas puede ser la causa y cuál el efecto. Mi agónica racha de duda religiosa era de la misma índole, con la misma fuerza conturbaba mi universo. Lo que buscaba a través de ella, la cosa sin la cual no podía vivir, era algo de la misma calidad, era algo que, por decirlo de algún modo, tendría que llamar *firmeza*. Respecto a la fe, un fondo donde anclar la esperanza: respecto a la fidelidad simplemente, constancia.

Esta era mi verdad, esto es a lo que había dentro de mi cabeza cuando expuse mi opinión ante mi tío o, más bien, cuando mandé a mi madre mi mensaje con él. Y mi madre lo descifró sin titubear: supo inmediatamente de qué hablaba. En las escenas melodramáticas con mi padre siempre me había irritado su mansedumbre, que era como una cierta aceptación del papel de víctima, con la que parecía querer complacerle. Era como si se aviniese a jugar un juego penoso para ella. En el drama provocado por mí no hubo lloriqueo de víctima, sino silencio mohíno de culpable.

Y por encima de todo esto —eternamente inextinguible sobre el ara de la memoria— la trivialidad cotidiana, la normalización de la vida porque a cosas de chicos no se les da importancia: se sabe que los niños hablan por hablar, sin saber lo que dicen, por echárselas de grandes, etc. Con esto ya se puede dormir. Y si además se soluciona la incógnita que dio motivo a la inquietud, entonces se vuelve a coser canturreando junto al balcón y a tomar a media tarde café con leche y ensaimadas.

El silencio de mi padre había obedecido a cualquier motivo sin importancia: un viaje de carácter profesional por la provincia, con el señor Michelena; dificultades para escribir, unos días, y otros olvido en el momento oportuno. Las cartas volvieron a llegar puntualmente un día sí y otro no, y volvieron con el mismo tono de velada insatisfacción. Las descripciones del campo de Valencia, del mar, que veía por primera vez, eran entusiastas, pero en cuanto al destino mismo, en cuanto a la vida en Valencia, a las posibilidades económicas que se vislumbraban, nada concreto; más bien una cierta desconfianza, con el retintín pesimista acostumbrado que mi padre empleaba para todo y que, al emplearlo, le daba un impulso de alcance incalculable. No había en casa de mi abuela lugar para una criada porque éramos muchas mujeres las que nos albergábamos allí —además de haber dos habitaciones reservadas para las clases—: mi abuela, mis dos tías, mi madre y yo. Pero, además, en la última habitación del pasillo —habitación grande y clara, estucada— vivían dos hermanas huérfanas, muchachas de clase media, muy pobres, que trabajaban en un taller de sombreros. Tenían alquilado aquel cuarto a mi abuela, pero no se las veía en todo el día: salían temprano y volvían ya oscurecido. No comían con nosotras: la verdad es que no sé cómo vivían, pero supongo que comían de algún modo porque de no ser así mi abuela habría intervenido. Eran, en fin, una nota más en aquel concierto de pobreza disimulada y sería que se extendía por el barrio de Maravillas, manteniendo lo que podríamos llamar su línea melódica, ricamente contrapuntada por

el pueblo y matizada por esporádicas disonancias de bohemia. El caso es que allá en el fondo del pasillo vivían Lola y su hermana, y al poco tiempo de llegar nosotras se empezó a hablar de que se iban de casa por no sé qué mejora de posición o de empleo. El cuarto quedó libre, pero mi abuela le tenía destinado, in mente, y esperábamos que volviese a ser ocupado en fecha muy próxima.

Le tenía destinado a su hermana, a la que esperaba recuperar por ese medio y con ella a su hija Blanca. Pero no, nada de cargar las tintas; esto no era un plan maquiavélico de mi abuela; era una combinación que se daba naturalmente por confluencia de dos víctimas de vida tan homogénea. La tía Juana, viuda de Zorrilla, vivía de una pensión que le pasaba la reina María Cristina, además de los derechos de las obras de su marido, que se representaban de vez en cuando. Por otra parte, mi tía Blanca estaba empleada en Teléfonos y las dos vivían en una pensión de señoras, en la esquina de San Andrés y Carranza. Su instalación era mucho más lujosa que la de mi abuela: la tía Juana no se avenía a dejar sus hábitos de mujer derrochadora y gastaba más de lo que podía. Tuvo que empezar a pensar en reducir sus gastos y trasladándose a casa de mi abuela las dos resolvían numerosos problemas. Quedó decidido que vendrían a primeros de mayo, pero no el día primero porque el día dos se celebraba el Centenario de la Independencia y las fiestas del barrio iban a culminar en aquel trozo de calle. Las tropas y toda la comitiva vendrían por el Bulevar y entrarían por San Andrés hacia la Plaza del Dos de Mayo. La tía Juana no quería dejar sus balcones sobre el Bulevar antes de esa fecha, así que fue desde su casa desde donde vimos la cabalgata de los Milicianos Nacionales. Había en casa de la tía Juana varios niños y niñas con los que estuve mezclada, cortando aleluyas y tirándolas por el balcón.

Aquí no cabe duda. El día dos de mayo de 1908 se celebró el Centenario de la Independencia y yo estaba en un balcón del bulevar de Carranza, tirando aleluyas con otros niños. Pero antes, muy poco antes, había ocurrido todo lo que va contado, más otras muchas cosas que por su puerilidad me falta el ánimo para contarlas. Pero es el caso que su importancia está en su puerilidad, extendida como una niebla. Así era, exactamente, como el que va entre la niebla y no ve al que viene en contra hasta que está a dos pasos; y como viene derecho choca con él: se dan un encontronazo, pero sigue cada uno por su camino y vuelve a cerrarse la niebla sobre ellos y vuelven a perderse de vista. Yo chocaba frecuentemente con mis dramas personales, me estrellaba contra ellos, pero como tenía que seguir, al poco tiempo se disipaban entre el hecho turbio y ciego de que *yo no era nadie*. Yo era un ser absolutamente impotente porque, en resumidas cuentas, yo era una niña. Esto, que si me lo hubieran dicho a los cinco años, me habría ofendido o herido en lo más sensible de mi personalidad, y que nadie jamás me había dicho, ahora me lo decían todos y todo. ¿Es que ahora no me sentía herida? Sí, profundamente herida cuando tocaba en ello mi

conciencia, pero el ochenta por ciento de las horas no tocaba. Era una niña, no por convicción, sino porque lo era, simplemente. Es decir, que ésa era una forma de la realidad por la cual me lanzaba, y esa realidad conducía a algo más radicalmente negativo, más impalpable y sin embargo patente: *yo no era nadie*. Yo ya no era el centro de nada. Circulaba a mi alrededor muchedumbre de tíos y tías, se daba el caso curioso de que seguía siendo sobrina única y nieta única, pero no era el centro de una familia. Y mi soberbia acumulaba en mi fondo una gran melancolía, pero el menor resentimiento porque mis pasiones se organizaban en un equilibrio racional, en un dominio de la situación. «Así es la vida», «Son cosas de la vida». Estas dos frases que subrayo tienen en general un acento amargo, pero es tonto suponer que sólo tienen ese acento. «Así es la vida», «Son cosas de la vida» eran conclusiones que podían brotar ante sus mejores reflejos, ante sus imágenes más apetecibles. Y no es que yo me dispusiera a aceptar una transacción fríamente estipulada, es que el equilibrio se producía ponderado naturalmente.

Unos ratos me hundía en la desesperación y en la añoranza de todo lo que había dejado. Valladolid, mi casa y mis gentes se agigantaban en el recuerdo o más bien se intensificaban y se depuraban: todo ello no era más que una visión, como la luz del Pipeire, indecible. No un recuerdo, sino una reminiscencia de mi ser, de mi *haber sido* allí. Y ahora todo me amenazaba, todo parecía ir a *deshacerme*. Pero no de un modo destructor o mortífero; todo amenazaba deshacer mi ley, extraviarme, torcer el rumbo magnético de mi voluntad. Teniendo, como tenía, plena conciencia de ello, parecería lógico que me hubiera reconcentrado en un aislamiento esquivo, pero no, todo lo contrario: me dispuse a asimilar cualquier alimento. Y, repito, entre la niebla: un olvido, un abandono, un choque. Otro abandono, otro olvido, otro choque y así sucesivamente.

Por suerte —por azar o por destino— seguía viviendo entre mayores, entre gente vieja. Ahora tenía una amiga menor que yo, pero era más vieja que todos los otros. Tenía el elemento noble de la vejez: experiencia, sabiduría; cosa de que carecían las personas maduras —sin madurez— que me rodeaban, de modo que con Inés empecé a practicar el componente más genuino de la vida femenina, la confidencia. Ahora no era sólo como la había sentido con aquellas chicas que jugaban a tener un niño, una confidencia de los cuerpos, ahora era una asistencia mutua y total de nuestra feminidad, nuestra esclavitud, nuestra vulnerabilidad con la que nos confortábamos, prestándonos una a otra lo que cada una necesitaba y la otra tenía. Yo recibía más que ella porque el conocimiento de la vida de que ella me proveía era para mí absolutamente necesario; mientras que los requilorios intelectuales y artísticos que le ofrecía yo eran para ella puro adorno.

En el mundo de las personas viejas, había otra casa de donde sin duda saqué algo, *la casa del tío*. Se le llamaba así al tío Joaquín, hermano de mi abuelo. Era una casa de hombres porque la tía Elvira, su mujer, era una viejecita silenciosa que vivía para complacerles a ellos. Además, era aquélla una casa de artistas porque el tío era —o había sido— crítico musical de *El Liberal* y a su casa acudían los cantantes que venían a Madrid del extranjero. En aquel tiempo empezaba ya a retirarse porque su salud no era muy buena; estaba enormemente gordo y se movía con dificultad. Yo le vi todavía una noche ponerse su frac para ir al Real, casi transportado por sus hijos. Las crónicas se las hacía Paco. Santiago, su hijo menor, era abogado y hacía las crónicas de tribunales, pero el ambiente teatral era el que prevalecía en la casa, mantenido por todos para que el padre no sintiera que iba llegando su fin. Joaquinito, el hijo mayor, era como su madre, poco animado, a pesar de ser el de mejor físico, alto y de facciones muy correctas. Santiago, en cambio, era feúcho, pero un poco *dandy*, hombre de mundo, de carácter encantador.

Santiago, cuando llegaba a comer entraba cantando canciones chistosas, con letras que inventaba adaptadas a la música de cualquier ópera para divertir a su padre, y durante la comida cantaba, pedía las cosas cantando o imitando a actores conocidos. Porque, como librepensadores que eran, decían que no respetaban los prejuicios tontos como el de que no se debe cantar en la mesa. En la mesa, decían, hay que mantener una continua alegría, la comida tiene que ser todos los días una celebración, no una mera función nutritiva como en los animales. Y Santiago me descubrió un día otro placer difícil, tal vez más que el de la cerveza; el queso Camembert. Yo estaba sentada a su lado y me dijo: —¿No lo has probado nunca? —No, dije. Me puso en el plato un buen pedazo: —Vas a ver; ésta es una de las cosas... —No encontró el adjetivo y puso los ojos en blanco. Lo comí llena de consternación, pero lo comí todo y le dije que era delicioso. Porque para mí era delicioso estar allí.

En casa del tío no había pequeñeces femeniles y había libros: un despacho con las paredes cubiertas de libros hasta arriba y, como ellos dormían la siesta, cuando iba a córner allí me encerraba después en el despacho y leía lo que se me antojaba. Creo que fue en aquel despacho donde leí por primera vez sola, voluntaria y aceleradamente. Leí muchas cosas, pero sólo recuerdo el día que leí «Don Álvaro o la fuerza del sino». Ya el drama me había conturbado como si el sino con su fuerza me hubiera empujado al libro y, oprimida por él, me asomé al balcón aunque el ambiente de la calle no era más ligero que el del despacho. Era una tarde calurosa aunque nublada, y no se veía un alma en todo lo largo de la calle —la calle del Caballero de Gracia—; el balcón era de un primer piso y yo estaba apoyada en la barandilla, pensando en lo que había leído. Tal vez no pensando: sumida en ello. Vi venir a un hombre por la acera de enfrente. Venía como de la Red de San Luis y venía titubeante, apoyándose en la pared, pero no traía el paso de un borracho. Venía muy

mal vestido, casi en andrajos, pero no era un mendigo ni un hombre del pueblo: tenía una cara como de payaso no sólo por la palidez, sino por los gestos que hacía: muecas trágicas, incomprensibles. Era imposible saber por qué hacía aquello —como venía muy despacio yo podía observarlo—, hasta que al fin se echó a llorar; se apoyó en la pared sollozando, sin contenerse. Con el hombro apoyado en el muro echó la cabeza hacia atrás como si tuviese el pescuezo descoyuntado. De pronto cobró fuerzas y llegó hasta el portal que quedaba frente a mí, se sentó en el poyo del umbral y sacó algo del bolsillo. Era una jeringuilla de inyecciones que llenó rompiendo una ampolla y que se aplicó en un muslo por un girón del pantalón. Se quedó un poco con los codos en las rodillas y la frente en las manos; a los dos minutos se levantó y echó a andar sin tambalearse, hacia la calle de Alcalá.

Cuando se levantaron mis tíos no conté nada; pensaba contárselo sólo a mi tío Paco. Me preguntaron por qué estaba tan mustia y dije: —No sé... Entonces sonó el primer trueno y empezó a caer un torrente de agua. Es la tormenta, dijeron.

Además de los libros, en casa del tío había otra cosa admirable, el gramófono con discos de los mejores cantantes. Toda la ópera italiana resonaba en aquel despacho, en voces inolvidables —Caruso, Anselmi, Tita Ruffo—. Yo conocía muchas cosas de oírseles a mi madre, pero otras las oía por primera vez y mis tíos se asombraban de que las aprendiese tan rápidamente y las cantase sin fallar en una nota. Cantaba con preferencia la parte del tenor porque no llegaba nunca a los agudos de la soprano y mis tíos decían que era porque mi voz iba a ser de contralto. Trataban de convencer a mi madre de que debía estudiar el canto porque tenía un gran porvenir, pero mi madre no acogió la idea y yo tampoco demostré gran interés. Cada vez me era más difícil —más odioso, más antipático— todo lo que se tuviera que hacer en público. Recordaba mis tiradas de versos en la iglesia con cierto bochorno, reconociéndome incapaz de hacer ahora una cosa así. Pero cuando adquirí el convencimiento de que actuar en público me estaba vedado fue cuando llevó mi tía a una de sus discípulas al Conservatorio. La acompañamos Inés y yo. Iba a examinarse de solfeo, que Inés ya había terminado, y estuvimos largo rato por aquellos pasillos llenos de chicas de todas las edades, de profesores, de monjas, de madres y padres que traían a sus pimpollos bien adornados con lazos y encajes, con pamelas de crin o de paja de Italia. Y la espera era inaguantable. Algunas chicas lloraban de miedo y yo me moría de angustia por ellas. Cuando salió una llorando y no de miedo, sino del convencimiento de haberlo hecho mal, de no haber dado una en el clavo, yo me eché a llorar. Se rieron de mí al verme llorar por el fracaso de una chica desconocida, pero yo lloraba por todas las chicas que pueden fracasar en el mundo y comprendí que a esa prueba no me sometería jamás. Por esta razón el teatro no me tentaba, aunque me gustaba tanto.

A la tía Juana le mandaba frecuentemente un palco el Teatro Español, de modo que el ambiente literario y teatral siguió ocupando gran espacio en mi vida, pero distante; nunca pude hacerme a la idea de que yo pudiera poner el pie en el escenario.

Admirando, adorando a los actores, creyéndoles seres afortunados y superiorísimos, pero yo no. Yo no afrontaría jamás un escenario ni un examen. Claro que como respecto al Camembert y a la cerveza, callaba mis impresiones porque no quería decepcionar a mis tíos. Ellos decían que yo iba a ser una segunda Bellincioni; hasta aseguraban que me parecía a ella. Santiago decía que el timbre de mi voz era de una limpidez extraordinaria, que sólo con oírme hablar se podía asegurar mis facultades. Si estábamos comiendo y en medio de algún silencio —infrecuente— yo decía de pronto dos o tres palabras, tales como: —Ayer salí... Sin dejarme terminar, él decía: —¡Lo ves, papá!, y lo decía imitando mi voz, acentuando lo que notaba en ella de cristalina o de sonora. El tío Joaquín exclamaba: ¡Es prodigioso, carajo! ¡Una verdadera Bellincioni!

La anécdota..., la anécdota es superficie, es lo pintoresco del hecho, dado como carátula gesticulante. Pero el gesto tiene su hontanar en lo más profundo; brota como una palabra indecible y se esfuma sin dejar siquiera un recuerdo concreto del que se pueda dar testimonio. Porque de uno que habla se puede decir: dijo H, pero de un gesto no se puede decir lo que decía, y decía algo. Hay gestos catalogados a los que es posible aludir, pero al hacerlo nunca se logra aludir a *aquel* gesto único porque el gesto era la voz de *un* único, y como gesto, *único en aquel*. ¿Se entiende? Tal vez no. La profundidad, el hontanar del gesto está en la entraña de un momento que no se puede repetir, y los hechos que ocurren entre varios únicos, comentables, curiosos, característicos, dejan de ser anécdota cuando se conocen las correspondencias subterráneas de sus conatos. A esto se le llama comúnmente *intimidación*. Yo le llamaría en algunos casos *familiaridad*, pero no en el sentido usual de esta palabra, que se emplea siempre para indicar confianza o comodidad en chancletas; familiaridad en sentido biológico, algo así como una pertenencia común, que origina un conocimiento extrarracional, un sistema de repercusiones en el que es muy difícil deslindar la nota que entendemos por poseerla en nuestra gama personal, de la que discernimos precisamente por su extrañeza; porque se separa de lo que es común al grupo, pero sabemos por qué se separa. Lo sabemos por conocer la historia del otro, sus intenciones, sus necesidades, sus limitaciones. Así, todo lo que pasaba en aquella casa, relatado con simple realismo, no pasaría de señalar unos caracteres pintorescos. Para mí era otra cosa. En cada juego, en cada ocurrencia o burla ingeniosa con que se bombardeaban yo les veía enteros, desnudos en su historia.

No es ésta una reflexión de ahora, es el recuerdo fiel de mi compasión de entonces. Yo sabía que Paco era un pintor fracasado y un escritor nonato: que no había hecho una carrera en vida de su padre por bohemia, por ineptitud tal vez. Que no se había casado o que no tenía amores porque era físicamente insignificante. Sabía que Santiago era mujeriego —lo sabía porque mi abuela se hartaba de pronosticar su destrucción que, en efecto, fue rápida—, poco interesado por su porvenir profesional, centrado sentimentalmente en la adoración de su padre y angustiado por el fin que se

anunciaba. Yo les veía en el juego de sus vidas como el que mira a un jugador por encima del hombro. Veía las cartas que tenían y seguía mentalmente sus cálculos.

Había en ellos una cosa que yo admiraba; no su talento ni su cultura, que era naturalmente muy superior a la mía, pero que yo estaba segura de sobrepasar porque yo sentía que la potencia de mi voluntad era mayor que la suya o, tal vez, que la suya era menor que la mía, lo que no es lo mismo porque yo no sentía que mis facultades fuesen excepcionales, sino que las suyas estaban como marcadas por el desánimo del que va sin rumbo. Y lo que admiraba —con una admiración conmovida— era que ellos mismos lo tomaban a broma. Pero no por frivolidad, no: por una aceptación valerosa de naufragos que siguen jugando a las cartas aunque vean que las ratas abandonan el barco. Jugaban, se caricaturizaban unos a otros, con afecto. Paco era, en general, la víctima de las caricaturas, pero él no sólo las aceptaba, sino que las acentuaba, presentaba voluntariamente el lado atacable y, si el dardo era certero, lo celebraba con regocijo. ¿Está ya dicho todo? No, pero lo que queda por decir es indecible. Primero, porque no se puede transcribir un soniquete, una cancioncilla socarrona. Segundo, porque aunque se pudiera, la ramificación de sus sugerencias sería un *román fleuve*. Como arroyuelos o como vasos capilares se extendían desde la vena de la canción hilos que se perdían en terrenos profesionales, sociales, sentimentales.

Estábamos terminando de comer —no sé cuándo; un domingo, a fines de mayo— y me dijo mi tío Paco: —Hoy no duermo la siesta; voy a hacer una cosa muy importante y tú me vas a servir de modelo. Tenía ya preparada en el despacho una carpeta de dibujo con papel y carboncillo. Me dijo: —Ponte ahí y extiende el brazo, como señalando a la mesa. Voy a dibujar un cartel para Poteau. Ya había ocurrido algunos días que mi tío no me había llevado de paseo por la tarde —yo iba a comer dos o tres veces por semana—, hacía unas salidas que tenían carácter de negocio y cuando el tío le preguntaba adónde iba contestaba siempre: —Voy a buscar a Poteau. Y Poteau era un inventor, un químico que acababa de inventar el «Nigrotán», un líquido como un barniz muy ligero para dar a los zapatos y evitarse el limpiarlos con crema o betún. Prometía ser un negocio fabuloso porque en la vida actual, para el hombre que carece de tiempo, resultaba sumamente práctico. Poteau estaba ya fabricándolo y había que hacer una buena reclame; poner el cartel en todas las esquinas.

Mi tío empezó a luchar con el papel Marquilla, esbozó una figura femenina que alargaba el brazo señalando, pero al tratar de ceñirse a la forma, el carbón indomable aunque frágil, traicionero porque se extendía por el papel aterciopelado, demasiado blanco, demasiado vulnerable; dejaba rastros indelebles, cundía por todas partes, lo ennegrecía todo. La figura se contorsionaba dentro de su niebla de carbón: más corto el cuello..., no, más largo. La inclinación hacia la izquierda..., no, hacia la derecha. Ni un trazo certero; un titubeo de impotencia, un laberinto de líneas al azar como producidas por aquellos elementos —papel y carbón— hostiles a la mano,

ofuscadores del ojo. Yo veía la lucha, oía el chirriar, como el de un cuchillo en el plato, si la frágil ramita carbonizada tenía un nudo. Aquella angustia que me era tan conocida se descubría ante mí centuplicada, fatalmente irrevocable, determinando el sino de un hombre. Y tal vez Poteau en su laboratorio estuviese luchando con su barniz igualmente negro e indomeñable. Tal vez lograrse un líquido al que se pudieran atribuir las virtudes necesarias para ser considerado una cosa muy práctica, pero no lo suficiente netas como para triunfar en la industria, que no valora la idea inspirada, sino el producto en marcha, eficaz, cumpliendo sin falla lo anunciado.

Yo no sé —pienso ahora— si Poteau tendría, como mi tío, una ignorancia o más bien una inadaptación a la novedad que trataba de conquistar. Seguramente él estaba más firme en su técnica porque el «Nigrotán» llegó a salir y era sin duda el proyecto de los finísimos líquidos que ahora se venden y que el hombre que carece de tiempo, en la vida actual, compra y usa. Pero la técnica de la reclame era entonces casi ignorada en España. Se conocían ya algunos grandes carteles como el del «Ferroquina», el de la «Emulsión Scott», pero la industria no había encontrado todavía su arte, estando, como estaba en su fase poética, profética. Se percibía desde Madrid un núcleo fértil en Barcelona. Yo lo percibía por su repercusión en el teatro. De allí venían las obras de Guimerá y Dicenta, de temas obreristas. Yo había detestado —imposible saber desde cuándo— las comedias populares con chulerías o gitanerías. Hasta las que más tarde he tenido que admitir como buenas, «La verbena de la Paloma», «La Revoltosa», en mis primeros años me eran insoportables; en cambio, los temas populares graves, dramáticos, los que traían a la escena ejemplares humanos a los que era muy difícil saltar desde «La vida es sueño» o desde «Doña María la Brava», pero que arrastraban tras de sí un clima místico, el clima del trabajo, éstos me cautivaban enteramente. Más que el *progreso*, el *trabajo* tenía una resonancia sagrada que me atraía y me hacía dar cuenta de que todavía no se había logrado su cántico. Bueno, lo que pensaba entonces era, en concreto, que había en todo ello algo misterioso —y por lo tanto, bello—, pero que no sabían revestirlo adecuadamente. Y no es que añorase en ello las lentejuelas de otros tiempos, no; es que veía que el dibujo tenía que ser más perfecto, más limpio.

Mi tío no logró acercarse ni a lo más mediocre de lo que aparecía en revistas o carteles: desistió. Tal vez desistió con gran sufrimiento, que no dejó ver porque aquél era el centésimo intento fallido de su carrera artística, y después de recoger sus bártulos siguió en su silencio, que no parecía melancólico, sino impasible. Tanto era así que mi tío le decía que tenía un aire oriental, que sus modales y su suavidad le daban un carácter japonés, que le sentaba muy mal llamarse Paco: había que llamarle Kotoito.

Y Santiago traía las noticias, no sólo de lo que se hacía, sino de lo que se preparaba en el mundo teatral. Se hablaba ya de la última obra de Chapí, «Margarita la tornera». Alguien, cuyo nombre no recuerdo, cantante o director de orquesta, le había hecho conocer trozos más bien decepcionantes. La música no era ninguna

maravilla y para remate se trivializaba aún más por la letra, que a veces tocaba a lo ridículo. Canturreó unas frases que se había aprendido en el acto: tan pegadizas eran:

Margarita misteriosa
que a Don Juan buscando vas;
soy la llama que te inflama,
soy Don Juan, Don Juan, Don Juan.

Por supuesto, Santiago acentuaba el ridículo despiadadamente con ademanes de divo y atenorando la voz. Hicieron pronósticos funestos para la obra.

Al fin salió el «Nigrotán» y Paco dijo que ya estaba a la venta en algunas droguerías. Ahora había que hacérselo conocer a los zapateros para que lo recomendasen. Mi tío dio la noticia en la mesa y Santiago le miró sin decir nada, pero yo vi que se reservaba algo succulento. Cuando terminamos de comer Paco se levantó y dijo: —Bueno, me voy... Santiago no le dejó terminar; se puso con rapidez en la puerta por donde iba a salir, cortándole el paso, y cantó dramáticamente, con el sonsonete de Chapí:

Kotoito misterioso,
que a Poteau buscando vas,
no le busques, Kotoito,
que está haciendo el Nigrotán.
¡Nigrotán, Nigrotán, Nigrotán!

El tío Joaquín lloró de risa y Santiago se dijo en su fondo: Era lo que nos proponíamos demostrar.

La repetición anhelada por Kierkegaard, brota a veces como la primavera con vestido nuevo. Yo sentía ante estas escenas lo mismo que sentía en Valladolid en las fiestas de Navidad o en los cumpleaños, cuando echábamos por la cabeza el rosario al festejado. Rito tradicional, pueril, si se quiere, pero emocionante, sorprendente y satisfactorio por ser la sorpresa esperada: porque el que va a ser sorprendido se pone en la posición conveniente, creyendo a cada rato que va a caerle en los hombros el rosario hecho de dulces y pequeños regalos, hasta que al fin le cae y se estremece de sorpresa. Todas estas cosas, tan provincianas, tan caseras, repetidas o más bien continuadas —continuentes, continuas— como los eslabones de una cadena, tenían aquí otro color, pero la misma temperatura. Aquí, en casa del tío, se jugaba con otros elementos: el calor no venía de la cocina, no tenía el olor del apio ni del pavo asado, pero también era una ofrenda condimentada con esmero. Era el juego intelectual, ligero como golosina y traído de fuera o intercambiado, mezclando el ingenio de unos con el de otros. Había, en fin, una interioridad en casa del tío que no había en casa de

mi abuela, donde también había juegos familiares, pero la puerta estaba abierta a cualquiera y la conexión familiar tenía más de hábito y de sumisión gregaria que de verdadera correspondencia. Por esto en casa del tío yo me sentía continuar. Y ahora, al transcribir sus chistes y agudezas, de espíritu un poco periodístico y lastrado por un escepticismo anulador, me alarma su trivialidad, me parece que no tiene sentido hacerles perdurar. Pero tiene un sentido inmenso, aunque yo no sé si lograré esculpirlo en mármoles.

Un viejo propósito que arrinconé, pero que no deseché nunca, es el de escribir un libro que tenga por título «Monumento a mis tíos». Fue sugerido, claro está, por el hecho de tener un tío con monumento y encontrar injusto que carezcan de él los otros. Yo me sentía en el deber de elevar uno a su memoria: un monumento de memoria, que sería como devolverles, con réditos, todo lo que fueron echando en mi hucha. Alimento de mi memoria, sustento y adherencia, consistencia, constancia. La repetición es la fuente de la constancia: fluye de pronto irregular, inesperadamente, pero su linfa siempre es la misma: una única, determinada emoción.

El monumento tendría que ser en un estilo tan romántico como realista: el estilo diecinuevesco que puebla los cementerios. Tendría que tener la dulzura transparente del mármol de Carrara, en innumerables figuras alegóricas gesticulantes, representantes de todas las pasiones y como lanzadas contra el viento —o arrebatadas por él— de la pasión. Túnicas y cabelleras flameando en el mármol, con esa admirable ficción del movimiento petrificado, como si su delicada blancura en vez de haber cuajado en una decantación secular, se hubiera estructurado en un ¡clic! de instantánea fotográfica.

Una cosa así sería mi monumento de memoria, perenne y fantasmal como una visión porque eso es lo que fueron ellos para mí, visión de humanidad. Los tíos —no los míos, los tíos en general— están a una distancia especialísima para ser mirados. Tenemos su filiación; en los tíos carnales incluso rasgos fisonómicos que sabemos lo que son *desde dentro*, semejanzas como ecos. Porque ésta es la cosa, ésta es la diferencia; ellos se reflejan en nosotros con gran exactitud, a veces con gran coincidencia de contornos, pero no nos pertenecen.

Lo que cuenta es el triángulo que se forma al decidirse la estructura de nuestra propia humanidad porque un hombre y una mujer nos han sido *dados* en el principio y *nos pertenecen*. Más que nosotros a ellos porque nosotros —los hijos— somos lo que ellos *nos dieron*, lo que ya ni ellos ni nadie puede quitarnos. Hasta podríamos decir que *somos* lo que les hemos *quitado* y seguimos quitándoles al alejarnos en la vida: ellos no nos quitan —aunque dejen la vida—. Para que nos quitaran tendría que deshacerse el nudo que *somos*. Por esto miramos sus vidas —las de estos dos que forman con nosotros el triángulo— de un modo diferente: no las miramos, las experimentamos —hasta cuando las reprobamos— como un tanteo ciego de nuestro *posible ser*, que querríamos o no querríamos *ser* porque sabemos lo que es *serlo*. En fin, los tíos merecen un monumento en piedras talladas o en páginas

romanticorrealistas, huracanadas, que los arrebatan como hojas o les desmelenen como llamas, y lo tendrán algún día.

Los padres no se perpetúan en actitudes estatuarias: ocupan el lugar dinámico y azaroso de la memoria donde siempre, en todo momento, se tiran los dados y puede salir su número. Sólo hay un sentimiento semejante —en realidad, es el mismo— y por serlo los dos están hoy en día en entredicho, los dos están aplastados por el peso de sus culpas. Porque culpas hay, es evidente, y de culpas se trata; ¡si se tratase sólo de virtudes! Bueno, lo grave es que hasta las virtudes se pueden convertir en culpas. El otro sentimiento a que aludo es el de *patria*: ya está dicho. Y no es digresión: es acumulación de datos a una determinada cosa que quiero aclarar. Me remito nuevamente a Quevedo porque se trata de lo que deseamos —tenemos, amamos, odiamos, conocemos— desde «antes, si puede ser antes». Es una conducta personal, con sus caprichos, extravagancias o aciertos; es una lengua que arrastra coplas y refranes, leyendas o hechos que se dan por verdaderos y que lo son igualmente —tal vez más— si son legendarios; ciertos tipos físicos, con sus movimientos genuinos, sus bailes, sus ritmos y melodías, ciertos olores y preceptos morales —uno estas dos categorías porque son las que más pueden resplandecer o entenebreceer la luz— cierta vegetación o aridez. Y todo esto sentido de un modo radical, como nuestra propia lejanía adonde apenas alcanza el último pelo subterráneo de nuestro ser y, sin embargo, tan inmediato y presente en nuestra verdad viva, y tan punzante como un acto de contricción. No sé si con todo esto logro señalar 10 que me propongo: algo que no es visión, sino conocimiento ciego: *evidencia ciega*, si no es demasiada paradójica.

Hubo probablemente algún detalle en una carta de mi padre que mi madre no me leyó o que, si me leyó, yo no creí importante porque nunca prestaba atención a las cosas relacionadas con temas oficiales, como empleo, ministerio, influencias... En cuanto sonaban esas palabras yo no oía. Así que algo debió de pasarme inadvertido, pero no a mi abuela. Las palabras poco interesantes para mí empezaron a aparecer en su conversación, pero animadas de un tono terminante, subrayadas por *la voz*. Cuando en la voz de mi abuela aparecía el engolamiento con que creía cobrar autoridad, yo, como autoridad no la sentía, pero barruntaba un desastre y me ponía en guardia. Así que empecé a oír con gran atención hablar de cambio de ministerio, de subida o bajada de liberales o conservadores y de algo que tenía un nombre atroz, *Catastro*. Luego, sonó otra palabra enteramente comprensible, que era la explicación de todo, *traslado*. Sobre esta idea, que juzgaban quimérica y que, en caso de no serlo, consideraban catastrófica, mi abuela empezó a pronosticar para mi padre el sino que corrían los que iban trasegándose de un destino a otro. La perorata fue larga y al fin llegó a una conclusión. *La voz* enfiló su chorro hacia mi madre: —Ya sabes lo que te espera: tu marido terminará siendo un cesante.

¿Sabía yo lo que este vaticinio —de ser certero— podía tener de importancia en la vida de un hombre? No, en absoluto. ¿Sabía las consecuencias materiales, las trabas y sacrificios en que la vida se vería envuelta ante la lucha con esa situación? No, no lo sabía. ¿Sabía lo que es un cesante? Lo sabía de un modo mítico: lo sentía. Además, y esto es lo más grave, sabía que el vaticinio de mi abuela no era erróneo. *Sentía* que mi padre *podía* ser un cesante, que tal vez *lo era* desde siempre. No fui jamás optimista, no me dije nunca frívolamente: las cosas no llegarán a tanto. No lo embellecí tampoco con intervenciones sobrenaturales —rebujuadas en mantos vienen las hadas—, lo tomé como lo que era; una cosa que *puede ser*. Lo único que no me presentaba la idea como enteramente negativa era que la palabra tenía para mí, si no prestigio, una especie de crédito. La sentía como algo que tiene un contorno, un trazo inspirador, un tipo o fórmula con su secreto y su intrínquis, sobre el que se puede escribir, se le puede llevar al teatro. La palabra, hasta, cuando designaba a un tipo cómico era grave y tenía su colateral o correspondiente trivial: otra palabra más jeroglífica, que no había podido entender por mí misma, y había tenido que pedir su explicación: un *silbante*. La oí en un trozo de «La Gran Vía» y pregunté lo que era: mi padre me explicó. Desde entonces esas dos palabras quedaron unidas como dos modos de ser una misma cosa, pero con una diferencia profunda. Un silbante, me parecía que podía ser un tipo incluso muy bien vestido, y que lo era porque no se le ocurría más: mariposeaba o pajareaba silbando. Un cesante era así porque había dejado de ser algo. Sabía muy bien que quería decir, uno que ha cesado en su cargo. Pero yo sabía que además quería decir, uno que se abstiene, que no es lo que podría ser porque ha cesado en su voluntad.

Cómo demostrar que yo todo esto lo sabía, lo sentía y lo comprendía hasta el último fondo sin lugar a duda, como dos y dos son cuatro, como conoce uno lo que lleva en su bolsillo, sin emplear jamás ninguno de los razonamientos que llevo expuestos. Repito, sólo los olores y las categorías morales conjuran sobre el alma nublados, rayos y truenos. Sería un esfuerzo vano tratar de explicar más el olor de todo esto.

Seguramente mi abuela notó que había despertado mi atención —nuestras miradas seguían comunicándose certeras— y procuró hablar veladamente cuando yo estaba delante, pero sus eufemismos y metáforas me resultaban transparentes —además de resultarme ridículos—, así que no me pasó inadvertido que tramaba una ofensiva o un plan estratégico alrededor de mi madre. Con mi tío Paco lo comenté varias veces; pero desde el punto de vista de lo ridículo, que él aprobaba sin darle importancia. A Inés, en cambio, le confié las aprensiones en que iba hundiéndome. Inés dijo: —Lo que quiere tu abuela es que tus padres se divorcien. ¡Cómo!, dije, si en España no hay divorcio. —Sí que lo hay: mis padres están divorciados. Pero si yo siempre he oído, dije... Entonces recordé conversaciones respecto a la hermana de

M. Blanadé, que era divorciada y que no estaba bien que mi madre la tratase porque en España es una cosa que está muy mal vista, etcétera. Inés me explicó que era diferente: aquí había una cosa que no era igual que la de Francia, pero que el resultado era el mismo: sus padres estaban separados, eso es lo que ella podía asegurar. Entonces me contó que estando ella estudiando en el gabinete había oído una conversación de mi abuela con mi madre en el comedor y que estaba segura de haber oído hablar de divorcio, pero, claro, delante de mí tenían mucho cuidado de no pronunciar esa palabra. Yo le pregunté si había oído lo que decía mi madre y dijo que sólo la voz campanuda de mi abuela llegaba al gabinete.

La voz, otra noche terrible en el cuartito del pasillo donde no había más que mi cama, una mesilla de noche y un pequeño estante en el que yo tenía los gusanos de seda en una caja de zapatos —ya casi todos dormidos en sus capullos— y sobre la mesita un lavafrutas de vidrio con las hojas de morera, envueltas en un paño húmedo. Estos detalles, esta *mise en scène* de mi noche terrible no sería importante si no fuese por el olor. Mientras me dure la vida la angustia de aquella noche, el acorralamiento, la soledad y la impotencia aparecerán en mi memoria impregnados de aquel olor. El olor fresco de las hojas y el olor más bien pútrido de los gusanos entre su excremento, entre las hojas roídas y ya marchitas. Tal vez sus mismos cuerpos despidiesen olor, el caso es que dentro del cuarto había una atmósfera en la que me empapaba como una esponja y mi desesperación era en todo semejante a *aquello*. Porque ahora puedo decir que olía a tal cosa, pero entonces no era más que estar en algo sumergida, penetrada por la tragedia que amenazaba deshacer mi mundo y no ver claro, no encontrar una posibilidad de acción.

Era estar sentada en la cama, a oscuras: en la pared de detrás de mi cabeza el rectángulo de claridad de la ventana, y ninguna salida. Era, además, querer oír *la voz*, querer saber cómo había dicho aquello, cómo habría sonado en *la voz* aquella palabra: querer saberlo para medir su poder. ¡Y no haber yo visto la cara de mi madre cuando lo oyó! Igual que aquella vez, siendo pequeñísima, había casi llorado a media noche por no ver la cara de mi madre ante la visión diabólica del «Fausto» —con qué ternura entonces, con qué confianza y seguridad de que lo que viera tenía que ser una imagen emocionada por el misterio. Con qué terror ahora, con qué sospecha de descubrir una aquiescencia o docilidad temerosa—, igualmente el desvelo me crispaba en una tensión que no amenazaba llanto, que me ponía ante la oscuridad como ante un jeroglífico que era forzoso descifrar; ante el silencio de la casa que era un secreto para mí. Yo estaba allí, despierta, enloquecida de furor y ellas dormidas con su secreto. Todo género de actos desaforados, de gritos y maldiciones, de palabras gruesas —gruesísimas que conocía bien y que nunca había pronunciado más que *in mente* brotaban en catarata hasta hacerme sentir que con ellas podría matar—. Y no les atribuía una virtud mágica, sino una especie de fuerza bruta, de pedrada. Iba

a su alcoba, me ponía delante de ella y antes que sonase *la voz* la derribaba. La lapidaba, la deshacía sólo con palabras. Me era fácil realizar incansablemente en mi fantasía aquel acto, como si fuese la centésima vez que lo ejecutaba, añadiendo modificaciones, perfeccionándolo; en cambio, no podía realizar la idea de despertar a mi madre. Sentía un impulso loco de sacarla de su sueño, de hacerla padecer conmigo mi angustia y mi desvelo, pero cuando trataba de imaginarlo sólo lograba verla dormida, sacudirla y no poder despertarla. La noche fue así, más o menos, hasta que el rectángulo de la ventana se hizo más claro y me dormí.

Por supuesto, no recuerdo lo que pasó al día siguiente: creo que no pasó nada. Sé, eso sí, que hice el propósito de hablar con mi madre, pero no era fácil, en casa era completamente imposible: tenía que ser cuando saliese con ella sola y esto ocurría pocas veces. Lo único que podía hacer, por el momento, era aumentar la vigilancia y la observación e intercambiar miradas con mi abuela. Miradas tan terribles, tan eficientes que *la voz* apenas se atrevía a sonar. Las medias palabras y las frases de sentido figurado aumentaron y ya, como recurso extremo, optó algunas veces por hablar en catalán: yo opté por cantar el romance de San Ramón Nonat para que viese que el catalán no me resultaba impenetrable. Confiaba ahora en que las conversaciones que guardasen muy bien en mi presencia podrían acaso ser captadas por Inés, pero no hubo nada que aclarase el asunto.

Y ocurrió que uno de aquellos días me levanté algo resfriada y con dolor de garganta. Mi madre dijo que iba a llevarme a que me viese el doctor Forns; entonces dije que sí, era muy necesario porque me dolía mucho. Dos motivos poderosos para fingir un dolor de garganta: uno, poder salir sola con mi madre, otro, ir a ver al doctor Forns, de quien tanto había oído hablar. Seguí quejándome y fuimos al otro día.

Mi propósito de sondear a mi madre era firmísimo, pero no estaba segura de cuál, entre los muchos planes que tenía trazados, sería el mejor para hacerla hablar. No quería decir que Inés había oído una conversación porque podría resentirse con ella; no me atrevía a asegurar que yo había deducido lo del divorcio porque siempre se había hablado de ello en casa como de una cosa que en España no se puede admitir, y al suponerla propuesta por mi abuela, que tanto había cacareado sobre lo de la reputación, me era muy difícil compaginar los dos conceptos: temía decir algo que mi madre pudiera desechar como puro disparate. La perplejidad y la concentración en la elección de sistema me hacía llevar un aire mohíno que, además, había ya adoptado al salir de casa como cara de circunstancias, pero que poco a poco la circunstancia misma fue eliminando lo que hubiese en él de voluntario y recalcando lo que tenía de gesto natural. Tanto que mi madre, sin mirarme porque mi madre y yo no intercambiábamos miradas —y tal vez fuera ése el modo que habíamos adoptado de entendernos con los ojos; no mirarnos, establecer un silencio de miradas que equivalía a decir: más vale no hablar—, mi madre, sin tomar siquiera el aire o el

acento del que empieza a decir algo, como si lo que decía fuese la continuación o un simple inciso o una afirmación o negación de lo que veníamos dilucidando ya largo rato, dijo suavemente, con un tono de agotamiento resignado: —Estás inaguantable. Yo no dije ni pío: seguí igual. Y no sólo porque tratase de dar gravedad al caso por medio del silencio, sino porque al verme de pronto metida en el tema de cabeza, sin necesidad de rodeos; de entrada en el punto culminante, me ofuscó.

Situación esta que puedo describir y analizar con tanta precisión como si fuera un objeto material puesto delante de mí sobre la mesa, porque es la reacción más fatalmente recurrente entre todas mis reacciones. Preparar, acumular con paciencia minuciosa detalles, facetas y puntos de vista para mi tesis o argumento y, al presentarse de pronto la ocasión de exponerlo, quedar abrumada por la avalancha que crece y se centuplica en un instante, arrastrando en torbellino —como si en un giro de increíble rapidez rebañase el hondón del recuerdo— todo lo que alguna vez —siglos antes— pensé sobre ello, todas las emociones que concuerdan con su tono, que quedaron algún día sin formular y que de pronto piden la vez, pugnan por imponerse, atropellando el presente. En fin, obstrucción, ofuscación, plétora de ideas o pasiones que anula la acción. Ante aquella frase: *Estás inaguantable*, la calle de San Vicente, ya cerca de Fuencarral, donde la calle parece recibir el afluente de luz que le da el espacio de la vía más ancha, se transformó en la calle de Núñez de Arce, en una tarde de verano, de sequía rabiosa, de mundo calcinado por el que iba mi madre —mi padre la llevaba cogida por el brazo. No del brazo, por el brazo como quien agarra un martillo— destrozando el país de un abanico. Aquel recuerdo brotó y yo me dejé invadir por él, le inhalé en una aspiración ansiosa, lo retuve, dándole al mismo tiempo libertad para difundirse como el humo del tren, que brota en un chorro denso y delgado de la chimenea y va ensanchándose y formando una gran nube sobre él a lo largo del camino.

Así seguimos mucho rato. Tomamos un tranvía: mi madre una vez sentada se sintió más segura y recomenzó: —Te estás comportando con tu abuela de un modo que yo no sé, yo no sé... Esta vez no recurrí al silencio, la atajé: —No digas que no sabes, porque sabes muy bien a qué obedece. Empezó una discusión sobre lo que sabía y lo que no sabía... Yo esperaba que alguna palabra me diese ocasión para aludir a las cosas que no se podían decir abiertamente. Mi madre trató de hacerme comprender las virtudes de mi abuela que, aunque tenía un carácter que parecía dominante, no era más que el resultado de los esfuerzos que había tenido que hacer en su vida para sacarlas a todas adelante, para conseguir que tuviesen una carrera, un medio de vida digno.

Aquí encontré la brecha: —Y ¿por qué se empeña ahora en que te pongas a hacer oposiciones?

—Bueno, porque ése es su modo de pensar: siempre fue así.

—No, ahora no es como siempre, afirmé con un retintín, ahora es más.

Mi madre percibió la dirección de mis intenciones y trató de poner fin al tema.

—¡Qué sabes tú cómo era antes!

Volvió a dilatarse la discusión sobre si lo sabía o no lo sabía, sobre todo lo que sabía por ella misma, sobre todo lo que ella me había contado en otros tiempos. Mi madre se removió en el asiento angustiada, incapaz de sostener que la realidad correspondía a sus relatos. Vi que miraba la correa del timbre para mandar parar porque ya estábamos llegando a la Puerta del Sol y me apresuré a decir: —Bueno, pero tú ¿vas a hacer las oposiciones?

Mi madre se levantó y yo también y, sin repetir la pregunta, me puse delante de ella como esperando. Me empujó un poco para que fuese saliendo y dijo, casi entre dientes: —Qué disparate.

Bajamos y volví a la carga: —Entonces ¿no las vas a hacer? ¿Por qué?

—Ya sabes que tu padre no quiere que las haga.

—Ah, y ¿no las vas a hacer?

—¡No te estoy diciendo que tu padre no quiere!

La situación estaba aclarada.

Desde la parada del tranvía hasta la Plaza del Cordón fuimos en un vuelo. El humo se había disipado y llegamos a la casa del doctor Forns. Cuadros por la escalera, cuadros en la antesala, cuadros en el salón donde entramos: un inmenso salón forrado de cuadros. Estatuitas, bustos sobre columnas, tapices, jarrones, alfombras, pero sobre todo cuadros. Allí donde se mirase había cuadros, me parecía que ni el techo estaba libre de ellos. Era el reino de los cuadros, y el conjunto me resultaba tan fascinante que no me detenía a mirar ninguno: era imposible elegir. Lo deslumbrante era abarcar el salón entero, mirarlo como lo miraba la luz que entraba por los balcones y se repartía por igual sobre los cuadros; brillando en los marcos, en las vitrinas, en los bronce: brillando sobre sí misma en haces dorados que entraban oblicuamente y caían en el suelo brillante.

A los pocos minutos apareció el doctor Forns, brillante y deslumbrante de belleza. ¡La repetición!... Sí, la repetición, saltando de su manantial el chorro infinitamente irisado. ¡Lo mismo!, era lo mismo que aquella vez, pero de otro color. También aquel día había llegado con una gran angustia y un temor indecible y el pequeño salón morisco me insufló la esperanza, que fue en el acto corroborada por el pequeño doctor de mirada oscura y autoritaria. Ahora había venido luchando por penetrar el secreto que me amenazaba y apenas lograda una cierta paz entraba en aquel lujo de belleza que, como siempre me ocurría, casi me intimidaba, casi me faltaba valor para mirar en detalle. Ya he hablado suficientemente de mi soberbia, de mis pretensiones de superioridad, etcétera; pues bien, ante la extrema belleza —extrema o superabundante hasta formar un horizonte— siempre sentí una gratitud y un temor sagrado que me hacía exclamar: ¡Señor, yo no soy digna! Claro que es ahora cuando defino el sentimiento con esta frase, pero el sentimiento, profundo y total, integral,

radical me invadía en esa forma tal vez a los cinco años: en lo que ahora estaba reseñando tocaba ya a los diez.

Y entre aquel lujo de bellezas apareció el doctor Forns, con ojos azules y barba rubia, abrazó a mi madre, a quien no veía desde los dieciséis años, me dio un beso, me colmó de elogios. Dijo a mi madre que ya sabía que había llegado a Madrid y que esperaba que fuese a verle; en fin, hablaron de mil cosas. Mi madre le dijo que, además de venir a verle, había venido porque yo tenía un poco de dolor de garganta. El doctor Forns me dijo: —A ver, abre la boca. Me miró y dijo que no tenía la menor importancia, pero que lo mejor sería quitarme las amígdalas. Mi madre asintió y fijaron un día para la semana siguiente.

Esta vez también habría yo vuelto a casa ansiosa de contar mis emociones, pero no había nadie con ganas de escucharme. Sin embargo, hablamos mucho de nuestra visita y hasta mi abuela preguntó con simpatía cómo estaba Forns. Era una evocación de otros tiempos que le daba ocasión para hablar de sí misma: —Cuando Zorrilla estaba enfermo... Cuando Forns era jovencito y venía a verle... Yo siempre le decía... De todo esto sólo recuerdo *la voz* en otro avatar o metamorfosis. Porque el engolamiento podía ser meloso, coquetamente armonioso, teatral, cortés —ésta había sido su primera aparición, que yo sentí como histriónica—, podía plegarse al diálogo evocado, remedando lo que le dijeron y lo que ella dijo. Estos relatos solían ponerme fuera de tino, pero ese día escuché, atentamente por saber más cosas sobre el doctor Forns y no lancé a mi abuela ninguna mirada anonadadora: la escuché hasta que se cansó de hablar.

Conté, por supuesto, a mis confidentes, Inés, Paco y Mariano mi excursión al paraíso. A Inés con todo detalle y ella me dijo solamente: —¿Tan guapo es? Sí, sí, afirmé, guapísimo. Mi tío Paco no parecía encontrar que fuese una preciosidad y hasta creo que llegó a decir que era sumamente fatuo. Yo estuve a punto de indignarme, pero me contuve porque percibí lo herido que se sentía mi tío ante tanta riqueza: Forns tenía todo lo que a él le faltaba. Mi tío Mariano no hizo ningún comentario especial; dijo algo así como: —Vaya, vaya, ¡con lo que a ti te gusta todo lo pinturero!, y me llevó de compras aquel día, mientras yo le contaba. Fuimos a su camisería donde todo eran cosas de hombres, así que no me compró nada, pero al volver hacia casa de mi abuela, viniendo por Fuencarral de la Puerta del Sol, por la acera de la derecha, nada más pasar la capillita esquina a Augusto Figueroa —donde yo siempre me sumergía un poco al pasar—, en una tienda indefinible —objetos de escritorio, juguetes, «El Pensamiento»— vi por primera vez unas muñequitas minúsculas todas de china, pero articuladas. La mayor no llegaría a tener diez centímetros. Los brazos y las piernas estaban sujetos por un alambre que atravesaba el cuerpo y les permitía moverse fácilmente, y sobre ese cuerpecito blanco y terso, sobre una cara ligeramente coloreada, una peluca de pelo natural —lo parecía— con la raya en medió, dividida en dos trenzas. Mi tío me dijo que eligiese la que más me gustase y elegí una de las mayores, con las trenzas rubias. La puse en la mesilla de

noche para dormirme contemplándola: aunque apagué la luz la contemplaba porque me sentía en un momentáneo oasis. El temor parecía disipado y la radiante visión, recordada desde nuestro barrio andrajoso, me hacía presentir facetas de Madrid todavía no descubiertas. Así que dormí maravillosamente, sintiendo la presencia de la muñeca sobre la mesilla.

Dormí tan bien que no me despertó la luz de la mañana como de ordinario. Mi madre entró a llamarme y la sentí en seguida porque mi sueño siempre fue muy ligero. Abrí los ojos y vi que mi madre me miraba con una atención intensa, como llena de temor. Casi sin moverse, tiró de las sábanas, me cogió de una mano y dijo: —Levántate en seguida. Yo salté de la cama y mi madre me llevó a la puerta. Dijo, señalando a la cama: —¡Mira lo que tenías en la almohada!... El hoyo que había dejado mi cabeza se señalaba en medio y en el sitio que había estado junto a mi cara había una mariposa blancuzca y peluda. Salí corriendo por el pasillo.

Mi madre sabía el horror que me inspiraban las mariposas —el único animal que me inspiraba, y me inspira horror— y no se atrevió a intentar cazarla por miedo de hacerla volar. No sé lo que pasó con ella; sentí un griterío porque todas se pusieron a darle caza, pero yo me encerré en el gabinete hasta que me aseguraron que ya no existía. Me decían que era natural si los gusanos habían hecho los capullos tenían que salir las mariposas. Sí, era natural, pero yo no había sospechado que fuera a posarse en mi almohada. A pesar de la impresión, el día siguió risueño porque tenía que ir por la tarde a casa del doctor Forns. Me dijeron que lo de las amígdalas era una cosa sin importancia; apenas se sentía. Y fui, pensando más en la contemplación que me esperaba que en cualquier otra cosa. Pero esta vez no fuimos solas; vino con nosotras mi tía Clemencia porque el doctor Forns nos había preguntado mucho por ella. Nos había dicho: —Ya tiene que estar hecha una mujer. Hace un siglo que no la veo.

La acogida fue calurosa; no se cansaba de decir lo bonita que estaba mi tía: — ¡Aquella chiquitina! ¡Quién lo iba a decir! Y esta otra promete salir a la familia. A ver, vamos a ver esas amígdalas.

Pasamos al consultorio. Una enfermera o ayudante le puso la bata blanca y el espejo en la frente. Me hizo sentar en un sillón y él se sentó frente a mí; me examinó la garganta, sin necesidad de oprimir la lengua porque yo sabía enseñarla. Dijo: —Muy bien, muy bien, es cosa de un momento. Entonces, de la mesita que estaba al lado con instrumentos cogió unas enormes tijeras que tenían en la punta de cada una de las cuchillas una media bolita, hueca y cortante por los bordes, de modo que al unirse —como las dos mitades de un cascarón de nuez— se quedaban con la amígdala dentro. Yo vi en un abrir y cerrar de ojos su espantoso funcionamiento y dije: —Pero ¿con eso las va a cortar? —Claro —dijeron todos a la vez—, apenas se siente. Yo dije: —¡Ah, no!, eso no. Luego ya no sé lo que dije. Empezó el forcejeo, primero persuasivo; ruegos, amenazas, apelación al pudor, a que ¡cómo no me daba vergüenza!, a que ¡qué diría el doctor Forns!... El forcejeo pasó a los hechos; trataron de sujetarme. Primero mi madre y mi tía, luego la enfermera y también el doctor. Yo

repartí patadas y mordiscos a todo el que intentó sujetarme la cabeza. No hubo medio. Salimos de aquel paraíso: mi madre y mi tía abochornadas, yo irritada, por supuesto, pero conservando la integridad de mis amígdalas, que no había cedido ni a la belleza del doctor Forns ni a la fuerza de cuatro personas.

Cuando llegamos a casa, los comentarios de mi mala educación y mi carácter — sobre todo de mi carácter— fueron interminables. Mi abuela trató de insinuar que si ella hubiera estado presente la cosa habría sido de otro modo, pero además de que mi madre y mi tía estaban seguras de que ninguna fuerza humana —sin matarme— habría conseguido dominar mi furor, yo la miré, y ella siguió haciendo afirmaciones, pero débiles, cada vez más débiles.

Me encerré en mi cuarto. La mariposa había salido del capullo amarillo; se veía bien el agujero. Era el único dorado; los otros eran blancos. Lo arranqué de las ramitas donde estaba entretejido y fui tirando de la seda, pero sin buscar la hebra. Fui deshaciéndole por capas, como se deshace un paquete de algodón, y logré una especie de gasa finísima. La seda quedaba aglomerada como el pelo en los fieltros, pero sumamente leve. Conseguí sacar un buen trozo y con él vestí a la muñeca. Quedó como una especie de túnica dorada; perfecta: ésta era mi palabra, perfecta. Lo anterior, lo ocurrido por la tarde ¿había salido mal o había salido bien?... Más bien, bien.

Ya llevaba unos cuantos días en casa la tía Juana, cosa que no alteró nuestra vida en absoluto. Apenas salía de su cuarto; era poco habladora: sólo cuando se enfadaba gritaba como una corneja, pero conmigo no se enfadó nunca. Yo con ella no intercambiaba miradas, sino sonrisas, así que nunca hubo choque. La llegada de la tía fue en los primeros días de mayo, pero con ella sólo vino la mitad de sus muebles; su cama, su cómoda y una gran butaca, una *bergère*. Las otras cosas que conservaba de cuando tenía casa y que en la pensión donde había estado ocupaban un saloncito con alcoba no cabían en casa de mi abuela y tuvieron que esperar a que estuviese desocupado lo que debía ser su alojamiento. Ello era un cuarto bastante espacioso que quedaba encima de nuestro comedor, con entrada por la puerta que daba acceso a las guardillas, y que era la habitación del portero. Hacía ya tiempo que el viejecito no lo habitaba porque cuatro pisos eran demasiadas escaleras para sus muchos años y se lo había alquilado a una mujer harto miserable, con una hija de físico miserable también, pero así y todo, algunos tipos mal carados empezaron a aparecer por la escalera, de noche, y los vecinos protestaron. El portero tuvo que hacerlas marchar y no fue fácil: se resistieron muchos días. Cuando se fueron, mi abuela le alquiló el cuartito al portero y vinieron los muebles de la tía, se metieron allí y nada más.

No pasó más: allí nunca pasó nada. Era una sola pieza de tres metros por cuatro —calculo ahora— que recibía la luz por la ventana de una tronera que quedaba sobre el tejado y delante de ella, entre las tejas, solía brotar una plantita de jaramago. Nunca

vivió nadie más en aquel cuarto y cuando yo empecé a frecuentarlo nunca me acompañó nadie. Ni siquiera Inés porque mi frecuentación del cuartito fue muy posterior al tiempo de estas memorias, pero su importancia, su clima de futuro, su densidad de posibles me fue evidente desde el primer día. Bueno, evidente no es la palabra: me fue sensible, me hirió, me fascinó como algo prometedor, deseable. Desde el primer día hice el propósito de adueñarme de aquel cuartito y, con la disposición natural que siempre tuve para rompecabezas y juegos de construcción, calculé en seguida que los muebles de la tía, bien acoplados unos con otros junto a la pared del fondo, no ocuparían más que una zona de metro y medio de ancho: lo demás del cuarto podía quedar completamente libre. La inspiración de todo esto ocurrió el primer día y tuve que esperar unos cuantos hasta llevarla a cabo.

Si insisto en esto es porque es raro sufrir una emoción parecida al *coup de foudre* cuando no es un ser humano lo que nos envía el flechazo. Es difícil imaginar cómo o cuál será el ente que murmura la promesa, sin formularla. Porque todo ello no es más que como el susurro de un bosque que nos informa —sin precisión, pero con seguridad— de la extensión frondosa que nos rodea. Yo me aventuré en ella el día que lo limpiaron. Mi abuela dijo que entre la muchacha que hacía en casa la limpieza y otra que venía a lavar de cuando en cuando podían enjalbregarlo, pero la tía dijo que ellas no podían llegar al techo y que había que limpiarlo enteramente, así que vino un albañil. Le estuve viendo trabajar del principio al fin. Subido a lo alto de la escalera con el cubo y la brocha, me veía abajo mirándole embobada y me decía: —¡Cuidado, que mancho!, y lanzaba la brocha chorreando hasta el techo. Una lluvia de gotas blancas trazaba en el aire una parábola con el garbo de su movimiento y yo las esquivaba, pero no me iba de allí. Y no me fui hasta que terminó. Al otro día la muchacha limpió la puerta y el suelo y también asistí a aquella faena en la que los olores crueles, tóxicos, de la lejía y el zotal iban arrojando, hasta borrar su rastro, los olores humanos que habían trasudado entre aquellas paredes, bajo el sol de las doce, o que tal vez en él invierno se habrían exhalado allí mismo en guisotes, sardinas fritas o emplastos para el catarro. Quién sabe, de todo eso y más estaban impregnadas aquellas paredes, pero lo combatimos. Ellas, fregando con arena y estropajo, yo haciendo planes, viviendo todas las cosas que *van a pasar allí*, porque todavía no han pasado más que algunas, pero tienen que pasar todas las otras: la promesa tiene que cumplirse. Por el momento, lo único que se podía hacer era tener aquello a cubierto, preparado para invadirlo en la ocasión oportuna.

El descansillo de arriba tenía una sola puerta, una puerta que no era ni siquiera de un sotabanco: era la puerta que daba al pasillo donde estaban las guardillas que correspondían a cada uno de los vecinos. Eran muy pequeñas y estaban en el sentido de la calle de San Andrés, que era la parte larga de la casa. Apenas se podía entrar de pie en ellas porque no tenían más altura que la oblicuidad del tejado. El cuartito era más alto de techo y estaba situado en la parte que daba a San Vicente. No llegaba hasta la fachada; hasta el alero también el tejado era oblicuo y sobre él se asomaba la

tronera que daba luz al cuarto. Le daba mucha luz, aunque la ventana no tendría más de medio metro de ancho.

Pero ¿por qué seguir hablando de este cuarto? No era como cuando se hace el conocimiento de un ser extraordinario que puede, por sí mismo, por su propia voluntad, intervenir en nuestra vida: era, más bien, como cuando se guarda en conserva un alimento delicioso. Yo vigilé su limpieza, me quedé en la puerta hasta que las muchachas salieron, cerré, bajé con la llave y se la di a la tía. Se la di y la tía me dijo: —Cuélgala en la antesala, con las otras. Así ya sabes que está allí. Eso es lo que yo quería, que fuese yo quien sabía dónde estaba la llave. Al día siguiente, cuando trajeron los muebles, la tía me dijo: —Ve a buscar la llave y sube a abrir a los hombres. También asistí a la instalación de los muebles; hice que los mozos de cuerda colocasen el armario ropero bien encajado en el rincón del fondo, al lado de la consola de mármol; lo demás les dije que lo dejaran de cualquier modo porque calculé que subiéndome encima de la consola podría acomodar sobre el armario las cuatro sillitas doradas y luego ir poniendo sobre la consola veladores, etagüeres, cachivaches pequeños. Había también dos butaquitas tapizadas con un damasco en tonos morados y verdes que tenían abajo, alrededor del asiento, una especie de *agremán* con madroñitos colgando. De la consola al otro rincón quedaba el espacio justo para una de ellas; la metí allí y puse la otra encima, cabeza abajo.

Cuando se fueron los mozos, la muchacha me ayudó a poner las sillas sobre el armario y todo lo demás lo acomodé yo sola, llenando cada hueco con el volumen adecuado y vi con satisfacción que los muebles ocupaban menos espacio de lo que yo pensaba. Cerré la puerta, colgué la llave en su sitio y fui a decir a la tía que ya estaba todo arreglado y la llave en su sitio.

Pero ¡cómo seguir hablando de todo esto! Porque el fenómeno más digno de comentario es que yo, además de intervenir en aquello todo lo que podía, pensaba en ello a todas horas. Pensaba tan intensamente que no he podido olvidar —¡después de tantos años!— ni mis pensamientos ni la imagen real de los objetos que los provocaban. Pensaba en todas las fases por qué había pasado; en el primer barrido que hicieron las chicas levantando un polvo denso que daba miedo —y tristeza— respirarlo. Luego, la humedad fresca del yeso ya inspiraba confianza y los desinfectantes, el formol, la lejía, que se llevaba mezclado a ella el barniz de la puerta, significaba la actividad, la renovación. Luego, seguía pensando en la colección de los muebles, combinando acoplamientos más justos para ahorrar espacio, aunque no era necesario, aunque no lo pensase por ninguna conveniencia práctica, sino sólo por la necesidad de pensar en ello... Porque una de las cosas en que más pensaba era en aquella butaquita que había puesto sobre su compañera, cabeza abajo. Veía los madroños colgando al revés, doblado su tallo sobre el *agremán* y las patas hacia arriba, dejando ver el fondo de la panza, en el que unas tiras de yute cruzadas sostenían los muelles. Por allí dentro, entre los muelles, del lugar en que se cruzaban las tiras de yute hasta la panza, que tenía un relleno de pelote, había un

espacio que nadie había mirado nunca. Si no se me hubiera ocurrido ponerla patas arriba yo tampoco lo habría visto. Y ésta era una de mis antiguas manías, aficiones, obsesiones, fantasías: pensar —vivir mentalmente— en esos huecos que están hechos para no ser habitados, para no ser descubiertos ni hurgados por nadie. A veces, en un detalle arquitectónico, el espacio que queda entre un depósito de agua y el techo o bajo la pila del fregadero, que parece sostenida por una forma cúbica, pero que está en hueco —el cubo formado por ladrillos y dentro tubos de desagüe, pegotes de yeso que quedaron de la obra— y que sólo se ve cuando tienen que hacer un arreglo en la tubería, imaginar lo que sería la vida en aquel espacio sin luz. Sin luz para nosotros, pero la araña que vivía allí cazaba bichos, tejía su tela y tenía sus aventuras allí dentro. Y si no hubiera ni siquiera araña... Porque hay otros huecos herméticamente cerrados, por ejemplo, una pelota de goma. Una vez encontré en el Campo Grande una, reventada, poco más grande que una naranja, de goma colorada, y nunca pude olvidar ese simple hecho, haber visto cómo era por dentro. En realidad, saber que durante mucho tiempo —todo el que hubiese durado la pelota entera— nadie había visto aquello. Nadie había visto que por dentro también era colorada, pero ¿era colorada cuando no estaba rota, cuando no le entraba dentro la luz? No, no era de ningún color; yo sabía lo suficiente para afirmarlo, sin embargo, gasté incalculable energía mental en imaginar el interior de la pelota entera, en *vivir* el interior de la pelota.

Tal vez padecí siempre la antítesis de ese padecimiento que denominan claustrofobia: una claustrofilia o claustromanía elevada a no sé qué potencia, ya que la manía de por sí es tridimensional, consiste en eso precisamente, en la delectación ante un reducto, que puede ser cúbico o esférico o de cualquier otra forma, pero cerrado en su volumen, en su espesor ignorado, virgen de la mirada del hombre. Elevada, por tanto, a una categoría imponderable, aunque no sin grados, no sin escala.

Bueno, es realmente arriesgado describir la osadía de sus últimos peldaños. Los primeros eran cosas mudas o ciegas, cosas materiales, inertes como las que ya he dicho. Las segundas eran ya de orden espiritual, de fenómeno humano, por ejemplo, ese cuadro que representa «El Tasso en su prisión». Ese cuadro me sugería algo así como un gran laboratorio o como un oratorio. Me parecía que aquel hombre, encerrado en un sótano oscuro, a solas consigo mismo, tenía que estar desbordando de inspiración, transformando el foco de luz que le entraba por la exigua ventana en pensamiento. Los terceros —o lo tercero o lo último o lo máximo— pertenecía a mi vida religiosa de franco-tirador.

No es fácil describir mi extravagancia religiosa, que no tenía nada que ver con lo que se pueda llamar creencia o increencia. Mis dudas, graves y angustiadas hasta la asfixia mental, no me inspiraron jamás la ocurrencia de poner peros a lo que me habían enseñado sólo que, muy conforme y convencida de que las cosas eran así, yo las vivía de otro modo. También vivía, por supuesto, el modo ortodoxo, pero mi

fantasía no reconocía barreras. Jamás pude realizar en mi mente lo que era la misa. La Sagrada Cena y la Eucaristía me eran tan evidentes como si hubiera sido testigo presencial, pero la misa no me sugería nada de aquello. Ya podían indicarme sobre el libro que leyese esto o lo otro: lo leía y no me decía nada. Sólo la campanilla en el momento de la Elevación me parecía que expresaba lo que estaba pasando. El trompetazo que largaban los militares en la Misa Mayor era otra cosa; la campanilla era como una vibración interior, como cuando se despierta uno bruscamente a media noche: era una llamada, un despertar al espíritu; en cambio, el clarinete también era un despertar, pero como para salir corriendo. La campanilla, las llamas de las velas y otra llamita que palpitaba en una lamparilla de vidrio rojo que estaba en la oscuridad de un rincón y la corriente del aire la agitaba continuamente: sólo las cosas que me diesen una impresión de vida y de interioridad tenían para mí eficiencia religiosa. Bueno, sí, había algo más: el canto gregoriano, ciertas frases litúrgicas cuya tonada era igual al color de algunos paños o cortinones que enmarcaban el altar, en los que el rojo y el azul —en cuerpo y alma— vibraban al unísono. Lo demás, no es que me pareciese mal, es que me dejaba indiferente.

Para salir de esa indiferencia me aventuraba mentalmente en imaginaciones desenfrenadas. Contemplaba el sagrario cerrado por una cortina blanca —raso y oro— y me concentraba en vivir su interior. Pero no es que me imaginase viviendo yo en él, no, hacía por imaginarlo sin nadie dentro, sin ningún ser humano. Claro que lo que imaginaba era que dentro de él vivía un ser extrahumano: ¿con forma humana? No exactamente forma, sino una imagen y semejanza inimaginable. Yo no veía su forma, pero sentía su belleza; sentía que era la Belleza —la Belleza y la Vida, la Verdad y la Vida, la Verdad y la Belleza—, por mucho que imaginase no llegaba a saber cómo era. Si hubiera creído saberlo habría sido falta de imaginación y no, eso no me faltó nunca: nunca lo imaginé imaginable. De lo único que tenía la certeza, lo único que lograba realizar *in mente*, era que vivía allí, que allí dentro algo —Alguien— vivía. Jamás pude plegarme a otra forma de oración en la iglesia; si no conseguía sumirme en esa contemplación me entretenía en observar los sombreros de las señoras. En observar cómo se abanicaba Magdalena Pimentel, a quien yo admiraba por su elegancia cuando la veía desde el entresuelo de mi abuela en la calle del Obispo, salir de su palacio guiando su tálburi, y que en la iglesia de San Esteban se sentaba cerca de mi padre —junto al altar de la Virgen del Carmen— y se abanicaba de un modo muy particular. Abría el abanico cogiéndolo por la guía, como todo el mundo, pero luego no lo sostenía dejando el dedo pulgar por la parte de fuera, sino que dejaba el índice y todo el dorso de la mano extendido: estilo que contraje, por simpatía, hasta que al cabo de los años —de muchos años— me di cuenta de que era sumamente afectado. Pero bueno, todo esto ocurría en Valladolid, es decir, que en mayo de 1908 todo esto estaba ya muy lejos. Fue necesario —o inevitable— traerlo a la superficie para corroborar mi emoción, mi *coup de foudre* o mi éxtasis ante el cuartito de arriba; prisión o santuario rebosante, brillante como un crisol. Fue también como arrastrado

al primer término por un hecho sorprendente: mi abuela me dijo un domingo que si quería ir con ella a misa.

Ella salía de casa muy raras veces, principalmente por no tener que subir las escaleras al volver. Por esta razón la mayor parte de los domingos no iba a misa; estaba muy gorda, tenía algo de reuma y no podía arrodillarse. Más bien, no podía levantarse si se arrodillaba y por eso no se atrevía a ir sola. Mis tías y mi madre —ya entonada con ellas— tardaban en vestirse y sólo llegaban a la última. Aquel domingo mi abuela quiso ir a misa temprano y me dijo que si quería acompañarla. Fuimos a Maravillas y ninguno de los temas o ejercicios mentales de otros tiempos pudieron repetirse. No pude abstraerme en ningún arrebato imaginativo y no pude observar sombreros porque no los había: observé a mi abuela todo el tiempo. Estaba muy natural, tan natural como pocas veces; sólo al levantarse del reclinatorio me alargaba la mano para apoyarse en mí y yo le ofrecía mi hombro, lo suficiente firme para sostenerla. Su esfuerzo no era fingido, pero procuraba exhibirlo discretamente.

Salimos de la iglesia y en vez de ir derecho a casa dijo mi abuela que tenía ganas de llegarse a un pequeño rastro o baratillo que se ponía los domingos allí cerca. Varias calles desembocando en un terreno irregular formaban una explanada que no se podía llamar plaza —San Andrés, Espíritu Santo, calle del Tesoro, Corredera y no sé si alguna otra— y allí se instalaban ropavejeros con trajes y zapatos usados, pero también con puestecitos de cosas viejas de todos géneros: joyas, herramientas, floreros, lámparas. Los revisamos todos y no encontramos ninguna ganga. Cuando ya desistíamos, vimos entre hierros viejos una palmatoria de bronce muy bonita. Era una hoja de parra tan detallada que parecía hecha de molde: el tallo se curvaba en forma de asa para poder cogerla y de él salía un pámpano que se enroscaba formando el sostén para la vela. Mi abuela dijo que era muy bonita, pero que una palmatoria es ya una cosa innecesaria. Yo dije que se le podía poner una velita artificial, con bombilla como las del piano. La miré por debajo y el pequeño cáliz formado por el pámpano, que estaba centrado en medio de la hoja para que quedase equilibrada, tenía un conducto hueco por donde se podía meter un flexible. Mi abuela dijo que saldría muy caro el arreglo, pero yo le aseguré que entre mi tío Mariano y yo lo haríamos. —¡Ah!, ¿también te enseña tu tío sus habilidades? —Sí —dije—, me enseña todo lo que sabe. —Entonces la llevaremos. Y, con el registro más imperiosamente dulce de *la voz*, revistiéndola de un señorío como para fascinar al minúsculo prendero, añadió: —Si no es muy cara... y le sonrió afablemente. Hubo breve un regateo y nos llevamos la palmatoria.

Mi abuela me dijo que si conseguíamos convertirla en una lámpara de cabecera sería muy útil para la mesilla de la tía, por lo estable. Ella veía muy mal y ya algunas veces había hecho caer la lámpara con un movimiento torpe: a ésta no le sucedería eso porque asentaba muy bien. Me la dio: —Tómala, tómala, que pesa tanto que no podría subir con ella la escalera.

¿Significaría esto algo semejante a una reconciliación, a un reconocimiento del comienzo erróneo o sería una táctica, simplemente, para ganar terreno en mi aprecio? No, puedo asegurar que mi abuela no creyó nunca que tuviese que hacer algo para ser apreciada porque no serlo le era inconcebible. Además, porque no tenía formada una idea enteramente negativa de mí: ella tenía el prejuicio —que había inculcado en sus hijas, en todas, hasta en mi madre— de que no se debe pensar mal de nadie: no se debe decir nunca que una persona es mala. Desde este punto de partida su bondad, maquinal como una registradora, marcaba siempre cifras módicas de humanidad, sin doble fondo. En mí lo único detestable era el carácter —vivo retrato de mi padre— y la pésima educación —responsabilidad de mi madre, débil en exceso— pero cuando mi carácter no se manifestaba era una chica como todas las chicas.

Y a fines del mes de mayo, en un año de primavera tardía, empezó a subir pronto la temperatura, a toda prisa. Mi abuela cuidaba sus tiestos, especialmente la diamela, que había traído desde Caracas y que conservaba con esmerada habilidad. El gran calor repentino permitía tenerla en el balcón y se pasaba la vida acechando el apuntar de los capullitos. Pero si era un espectáculo risueño el retoñar de las plantas, no lo era tanto el pulular de los tristes bichos caseros. Siempre me había dejado perpleja la vida parasitaria de esos seres que andan alrededor del hombre, procurando picarle o morderle, sin mirarle. No sin verle porque ven la mano que los espanta, pero no el conjunto, no saben cómo es el hombre a quien pican. Se acercan en silencio y pican en aquella masa enorme, que no saben cómo es, pero sí saben que es comestible. Y además procuran comer también lo que él come: merodean en cocinas, aparadores y despensas. Luego se meten en una grieta cualquiera, entre dos tablas, debajo de un mueble y se quedan allí, quién sabe haciendo qué.

El caso es que la despensa se llenó de cucarachas y hubo que combatir las. Se la desocupó primero de las cosas de bulto; tabla de planchar, una tina bastante grande que servía de baño —pocas veces—, cestos de varios tamaños. Al remover estas cosas salieron algunas, pero cuando se empezaron a desocupar los vasares donde había una quesera con tapadera de tela metálica, un cesto con tomates, una bolsa con pan duro que conservaban para rallar; al tocar todas estas cosas que eran su medio vital, se produjo el pánico, la desbandada de patitas huyendo por entre los papeles, titubeantes, tanteando el espacio con las antenas, parándose, achatándose un momento como para hacerse invisibles, pero en seguida recomenzando la carrera, en línea recta, en zigzag, sin saber que la habitación tiene una puerta por donde se puede huir, yendo sólo de un lado para otro. La muchacha las perseguía a escobazos y las alcanzaba antes que llegasen a la puerta. Yo administraba la caja de insecticida que, como novedad, me parecía mejor. Pero mejor no sé si para exterminarlas o para atacarlas con algo menos contundente que una escoba. Yo no habría podido jamás darle un golpe; los polvos siempre les dejaban una probabilidad de escape —creía yo,

al menos— y además, la caja de cartón en forma de fuelle lanzaba su chorro de un modo difuso, que no siempre las alcanzaba. El polvo amarillo se esparcía en el aire y soportar su olor era ya una expiación. Era aspirar, hasta la conciencia, el veneno. No había en aquel tacto el desahogo del escobazo y la carcajada triunfal con que la chica las eliminaba. Tal vez lo de echarles los polvos fuese más cobarde, aunque se quisiera confiar a la ventura su posible salvación: todo depende de cómo se hiciera. Yo no lo hacía como si lo echase a cara o cruz, yo conservaba como un nudo expiatorio en mi mente su imagen, huyendo ya condenadas por la carga de polvo amarillo en el lomo, hacia la muerte segura y lenta.

Mi observación de los insectos no fue nunca afición a la entomología; yo no habría tenido paciencia para estudiar su conducta, para reunir datos en gran número, como es necesario si se busca una ley: lo que yo pretendía era entenderlos a la primera. Entenderlos por su forma, por su expresión y, no dando a mi afirmación más responsabilidad que la que entonces correspondía a mis años, los entendía. La cabezota ancha del grillo —todavía no le había llamado Ramón «la cucaracha lírica»— le ennoblecía porque predominaba en él la panza como en sus inmundas parientes. Y además, su canto estelar, su llamada nocturna, brillante, como sólo puede brillar lo brillante en medio de la noche, le daba un lugar preeminente entre mis fetiches. Mi tío Mariano me había comprado uno, en su jaulita y como todo el mundo en casa —hasta mi madre— protestó, diciendo que era imposible dormir con aquel bicho cantando toda la noche, dije a mi abuela que me dejase ponerlo en el balcón del gabinete, que ella tenía lleno de tiestos. Allí, bajo las hojas de la aspidistra, estaría por la mañana a la sombra porque a él le gusta lo sombrío y por la noche no llegaría su canto a las alcobas, que daban todas a la otra calle. La instalación del grillo entre los tiestos me fue concedida y él cumplió su misión al oscurecer y no parando en toda la noche.

Si la misión del grillo era cantar, la misión del canto, su poder de conjuro suscitó un acontecimiento feliz la noche siguiente. Ya habíamos terminado de cenar y se disponían a empezar el tresillo, pero mi abuela se levantó de la mesa, pasó al gabinete y la oímos decir —casi gritar— con *la voz conmovida*: —¡Mirad, ha abierto la diamela! Sentí desde el comedor el aroma. Acudimos todos. Mi abuela había sacado el tiesto del aro en que estaba sujeto a la barandilla y lo había puesto en una mesita frente al balcón para que la viéramos bien porque era muy pequeñita. Era como una minúscula gardenia, de pétalos más encrespados y con un perfume intenso y suave, parecido al del jazmín, pero más denso o aterciopelado. Mi abuela se sentó junto a ella en una butaca, mi madre y mis tías alrededor y yo en el poyo del balcón. Desde allí percibía el acorde del canto del grillo y el perfume de la diamela.

Yo había ya observado —a cierta distancia— el esmero con que mi abuela cuidaba sus tiestos: en parte, conocimiento y habilidad natural, en parte, ostentación

de algo así como refinamiento, feminidad, delicadeza. Ella era una mujer que amaba las flores. Nada más levantarse las regaba, les quitaba las hojas marchitas, les ponía a su debido tiempo abono y, según la temperatura, las metía dentro o las dejaba fuera. Durante su faena matinal yo la había oído murmurar algunas veces como si hablase con ellas. Al día siguiente de aquella noche fue con su regaderita a prodigarles sus cuidados: yo me acerqué a oler la diamela y me enseñó cuatro o cinco capullos que estaban ya para abrir pronto... Me dijo: —Ahora, por la mañana, casi no huele porque está fría. —Es verdad —dije, y ella siguió su acostumbrado monólogo, como si estuviera sola. Le echó un poco de agua, quitando con la mano las gotas que habían caído en las hojas verdes, mientras decía: —Así, no hay que dejar gotas porque el sol va a ser de fuego. Hoy nos espera un día de calor... Ahora tiene frío la señorita... pero paciencia... No oí más aunque tal vez siguiese hablando. Me fulminó el oír llamarle a la diamela *señorita*. ¡A la diamela, su criatura dilectísima, mimada con desvelo! Pensé, ¿lo habrá dicho para que yo lo oiga? No, en absoluto. Es decir, no lo ha dicho recordando haberlo dicho otra vez, para mí inolvidable, ni sospechando que tal frase fuese execrada por mí. Lo dijo, en cierto modo, para que yo lo oyera, pero todo lo que decía, aunque estuviese sola, tenía el acento de lo que quiere ser oído. Oído por el espectador, por el público: el sujeto a quien dedicaba la frase no era quien tenía que oír —la diamela no oía— el sujeto era el objeto donde ella ponía su delicadeza: un objeto delicado que reflejaba sobre ella su calidad exquisita. Así, aquel día —aquella noche fatal— se había adornado a sí misma dándome el calificativo halagüeño; —¡a mí, tan niña en aquel momento, tan ansiosa de la imaginada prolongación materna!— porque, al dármele, ella se ponía en la actitud del que sabe obsequiar. Llamarme *señorita* era darme más de lo que me correspondía. Llamarle a la diamela *señorita* era demostrar su aprecio de la exquisita criatura, era saber tratarla. Y una vez más me hacía yo la reflexión de que mi abuela, al decirme aquello no había puesto mala intención: había puesto lo único que tenía: su vanidad, su histrionismo.

Mi abuela y la tía Juana eran hijas de actores, pero demasiado hermosas para arriesgarse a la vida del teatro, se habían casado muy jóvenes, lucidamente. La tía Juana no añoraba la escena porque su matrimonio había sido lo suficiente teatral: viajes a Roma y París, coronación del poeta en Granada, etc. Pero mi abuela no había salido de su modesta clase media. En América, con cierto desahogo económico; veladas tropicales, bailes, travesías con niñeras y loros, con un marido de muy buena presencia y de una gran bondad, se había sentido realizada. Luego, la avidez había llegado a tomar carácter de empresa; la había hecho venir a las candilejas como *prima donna* y ése era el título que se daba a sí misma. Estaba convencida de que era una gran mujer, una mujer de primer orden. Sólo que tenía que serlo en aquella casa de la calle de San Vicente, Alta, 28. Nunca conseguí tener una idea clara de si ella sufría con esto, de si se sentía desgraciada o feliz. Yo creo que lo que más me alejaba de ella —no precisamente por horror, sino por incompatibilidad esencial— era su

incapacidad de sufrimiento. Porque era frecuente oírle hablar de sus penalidades pasadas, de la pérdida de su marido —«un hombre como un castillo», eran sus palabras— que una pulmonía se había llevado en ocho días, que la había dejado con cinco hijas y seis pesetas en el cajón de la cómoda. Este relato brotaba a la menor ocasión: charlas con las insólitas visitas o simples evocaciones con sus propias hijas. Yo la escuchaba atentamente y nunca logré percibir un ligero acento de melancolía. El drama —que debió de ser pavoroso porque al aludir a él Zorrilla, en sus «Recuerdos» le da categoría de catástrofe— no le dejó más huella que la que pudiera haberle dejado su *début* o su promoción a un alto cargo. Su sonrisa casi imperceptible, que ella creía sonrisa de salón, era el único rictus que podía alterar su cara. En la cólera o en el bochorno que le causaba a veces un error cometido o un fracaso en la imposición de su autoridad, su expresión no cambiaba sus ojos, de un castaño claro, no relampagueaban nunca: dejaban ver el furor en su fijeza. Se petrificaban, se cristalizaban y, al mismo tiempo, su ser material, conmovido violentamente, le mandaba a la cara una oleada de sonrojo y un temblor incontrolable en la barbilla y en el labio inferior. Pero a pesar de esta dureza, en su representación cotidiana no dejaba nunca de adornar su figura con el colorete de la feminidad, y nada tan a propósito para este fin como su amor a las flores.

La diamela fue cortejada todo el día por criadas y vecinas. Pasó por la tarde doña Manolita, la mujer de don Mariano Vallejo —matemático de cierto renombre— que vivía al lado y que también tenía experiencia de ultramar —Filipinas, creo— y toda la biografía de la diamela se desarrolló por centésima vez. Los hechos —era una plantita que le había dado no sé quién y que había cultivado no sé cómo— no tenían nada de particular, pero al narrar vicisitudes de su desarrollo y conservación, reproducía los diálogos que había mantenido con sus sirvientes tropicales, admiradores de su maestría botánica. Al reproducir los diálogos, *la voz* tomaba los matices de la lavandera mulata, del negro jardinero, porque *la voz* era su máscara. Su espíritu histriónico se revestía de ella y la adaptaba a cualquier personaje. Claro que la adaptaba mal —si hubiera llegado a ser actriz habría sido pésima por exceso o hipertrofia de su histrionismo— la adaptaba a la cadencia y a los giros del país que evocaba, pero su engolamiento personal daba a las frases populares una falsedad bochornosa: —«Y me decía el negro: ¡Ay, niña Julia, qué mano santa para las flores! ... Nada de santa: basta con haber aprendido. Y él: —No, niña Julia, con esa ciencia hay que nacer»...

Era la primera vez que yo oía esa frase. Seguramente en alguna canción figuraría, pero al oírle yo me habría imaginado que se refería a una niña y no a un ser como mi abuela. Yo no sabía entonces el sentido que tiene en América —en nuestra América— designando a los que nacieron en buenos pañales —y nunca a los otros— a los que tuvieron ayas y nodrizas de varios colores. Me parecía inaudito, disparatado y obsceno que le llamasen eso a mi abuela y ¡sobre todo! que ella se atreviese a

repetirlo. Volví a sentir, por aquella frase, la pérdida de nuestras Antillas, pero la pérdida más cruel de todas las pérdidas: la de la fe en su anterior existencia.

No sé cómo formular lo que significaba para mí entonces ese derrumbamiento ideal, esa desconfianza retrospectiva, sin emplear términos de sentido social, tal como ahora se usan y que entonces no había oído. Si dijese que en ese momento mi abuela me hizo sentir el horror de la explotación del hombre por el hombre, diría algo recién confeccionado, pero al mismo tiempo —y no en la misma medida, sino en una magnitud imponderable— diría algo exacto esencialmente. Me hizo sentir el horror del rastacuero y hasta del negrero. Quede sentado que mi abuela profesaba ideas altamente liberales y además practicaba una generosidad innata en ella, que no tenía que fingir. Su trato con sus criadas y con las personas de clase humilde era irreprochable, magnánimo. Y yo conocía bien su conducta y la juzgaba claramente en toda ocasión, pero lo que yo percibía en aquel momento no tenía nada que ver con la conducta ni con las convicciones. Era una especie de anhelo, enseñoreado integralmente de su persona, que no tenía más viabilidad que la simulación. Ella quería en todo momento, por encima de todo, *figurar*. No había tenido talento suficiente para llevar a sus hijas a una esfera superior. Había hecho de ellas unas imbéciles, decía mi tío, y era verdad porque ella no tenía el sentido de lo superior. Sus pensamientos igualitarios no eran más que manga ancha, por comodidad, y tolerancia por miedo al error, por falta de adhesión —de amor, tal vez— a una cualquiera determinada forma mental. Era una sensatez la suya, adaptada a un patrón de sociedad democrática sin genio ni imaginación para fertilizarla y, consecuentemente, su insatisfacción pugnaba por atrapar algo, un alimento de cualquier calidad, con tal que su vanidad hambrienta pudiera darle, al paso, un mordisco.

Y bueno, todo ello pasó por mi mente en una procesión de imágenes sarcásticas, desoladoras por lo tanto, que arrasaban como la langosta el antiguo paraíso. Mi abuela en aquel momento se adornaba con sus negritos, se los colgaba como dijes, los arrastraba, encadenados a su vanidad, para que le cantasen la deleitable melodía: «¡Ay, niña Julia! ¡No, niña Julia!»... Aquello había sido nuestro Potosí —yo no hacía distinciones geográficas. La palabra Potosí, extendida a toda América, representaba el reino de Pomona, así como «El jardín de Borinquen» el de Flora— y nuestro Potosí y nuestro Edén, ¿han sido bambalinas?

Figurar, aparentar, querer parecer alguien: éstos eran los tabúes de mi padre. Si pongo su aversión a estas cosas en un platillo de la balanza y en el otro los negritos de mi abuela, ¿cuál de los dos cederá al peso cualitativo?

Mi padre también tenía miedo al error, pero no al suyo, sino al que los otros pudieran cometer respecto a él. Tenía un miedo pánico de que alguien pudiera pensar que él se creía más de lo que era. Y ésa era su forma —informulada, claro está— de creerse *lo más*. No se podía poner en duda que mi padre *era* un cesante porque él

mismo se había dado el cese de toda ambición. Puede parecer que esto obedecería a reconocerse sin condiciones suficientes para ninguna empresa. Tal vez fuera eso, pero también obedecería a considerar ese propio conocimiento como la condición máxima. No sé cuántas veces le oí dejar sentada su definición. Si alguien le hablaba de pretender un empleo brillante o de visitar a cualquier ministro o personaje o de tener de ordinario relaciones sociales que pudieran alguna vez servirle de ayuda, contestaba infaliblemente: —Yo no puedo hacer una cosa así. ¿Quién soy yo para pretender eso? Yo soy un Don Nadie. Sería ingenuo creer que esto fuera extrema modestia: todo lo contrario, era extremada soberbia. Era reconocerse en su desnudez y dar el Don al Nadie que era. Darle ese primer grado de nobleza o señorío y encastillarse en él, afincarse en ser nadie, pero *Don Nadie*. Es decir, que ese *Nadie* era el nombre propio de su personalidad, el nombre a que respondía con adhesión absoluta, con el que circulaba por su mundo. Un mundo al que se escapaba incluso de nosotras con la dama de sus pensamientos, su continua aventura. Esa fue la única novia que se echó mi padre, con la única que nos traicionó a mi madre, a mí y a España, con Doña Nada.

No sé cómo ni por qué me encontré una tarde yendo con mi tía Clemencia a ver a la Ino. Vivía desde hacía mucho tiempo en la pensión donde había estado la tía Juana y era amiga de todas mis tías, con una amistad sin congruencia: la Ino era un pájaro de otra especie. En primer lugar, eso de llamarle *la Ino* ya indicaba que hasta su nombre quedaba fuera de lo común. Se llamaba en realidad Inocencia, pero Ino era el nombre que ella confesaba, con el que firmaba sus cartas de letra enorme, vertical, en papel áspero con los bordes como cortados a mano. Y en mi casa —no sé si también en otros sitios—, donde no se acostumbraba a poner el artículo delante de un nombre, a ella se lo ponían porque su nombre abreviado resultaba demasiado masculino. ¿O sería por evitar el hiato? Tal vez; no sonaba bien decir vamos a ver a Ino. Pero yo creo que más bien le ponían el artículo porque era como decir: vamos a ver a esa loca que le da por llamarse Ino. Y la Ino sabía que su nombre y su poco de locura la vestían bien. Era una solterona —seguramente de más años que mi madre— que tenía buena posición. Nunca supe en qué consistía porque ésa es una de las cosas que nunca me interesaron, pero el caso es que vivía sin trabajar, tenía un cuarto magnífico con piano y gramófono y era muy elegante. Lo que más me intrigaba en la Ino era que, siendo rematadamente fea, no me desagradaba. Tenía estilo, era, podría decir incluso amanerada, pero su amaneramiento no era máscara: era que ella era así. Su físico mismo tenía contradicciones que no eran lo que comúnmente se llama defectos. Entre sus defectos no había contradicciones; todos correspondían a una mujer fea, alta, huesuda, de piel muy morena. Sólo los ojos no se podía decir que eran feos. Pero la contradicción que yo encontraba era que en la misma fealdad de sus rasgos había gracia. Sus manos, grandes y descarnadas, tenían movimientos admirables, y una

esclava de oro no muy gruesa corría por su antebrazo izquierdo sin poder adaptarse a él, sin encontrar una redondez carnal donde ceñirse. En ese cambio de lugar —caía sobre la mano si bajaba el brazo, se deslizaba hacia la sangría si lo levantaba, quedaba temblando y brillando, despegada, si lo mantenía horizontal—, en ese movimiento había un juego que tenía tanto de voluntario como de naturalmente elegante.

En fin, cuando llegamos, la Ino estaba sentada en una butaca con una pierna extendida sobre un escabel porque se había dislocado un tobillo; ésa era la causa de nuestra visita. Tenía puesto un kimono magnífico, pantuflas también orientales y, como el pie sano no se estaba quieto al lado del otro, la pierna subía y bajaba del escabel, se encogía o se separaba, y al abrirse el kimono dejaba ver un camisón de seda con encajes, rosado, delicado. Aquí estaba la contradicción: todos estos refinamientos se ceñían a una pierna hombruna que terminaba en un pie digno de un santo de palo. Yo me sentía muy bien revisando a la Ino punto por punto, nada me distraía de mi investigación porque la Ino y Clemencia apenas hablaban: eran dos criaturas que no tenían nada que decirse. Dijeron en el primer momento las cosas consabidas: relato de su accidente —un simple resbalón—, del tratamiento que seguía, de los días que tenía que estar inmovilizada. Luego empezaron a no saber qué decir, hasta que la Ino dijo: —Tengo unos cuantos discos nuevos. ¿Queréis oírlos o prefieres tocar tú un poco? Me dijiste el otro día que estabas estu... Clemencia no la dejó terminar: —No, no lo he estudiado bastante todavía; es mejor poner los discos.

Ni en eso coincidían. A mi tía, que llevaba años soportando sobre sus hombros el peso de la música —sin afición, sin redención— lo único que le gustaba eran las cosas acarameladas como el «Lamento indiano» o algo así. La Ino prefería cosas más fuertes: ella alardeaba de wagneriana y cuando cantaba —porque también cantaba— siempre era algo de un romanticismo desmelenado: «Como se arranca el hierro de una herida», «Rimpianto», algo en ese género. Le indicó a mi tía unos cuantos discos que estaban aparte: eran canciones populares de varios países americanos. Acababan de regalárselos, así que no los conocíamos. Fueron pasando guajiras y habaneras, cuecas chilenas, zambas argentinas. Clemencia sacó un disco del sobre y dijo: —Este es mejicano. Lo puso, era «La cucaracha». Una primera copla de sentido un poco picaresco y luego el estribillo.

¡Por qué ese estribillo!... La copla no estribaba en él; ni la primera ni la segunda —creo que eran cuatro, en total—, unas hablaban de las cosas que tienen las mujeres, otras de un tipo a quien querían ver colgado —me explicaron que eso aludía a cosas de política— y la voz del hombre que se arrancaba por entre el rasgueo de la guitarra, lanzaba los cuatro versos de un modo ligero, pero no trivial, sino terminante, como diciendo: ahí va, ya está dicho. Entonces el estribillo se abalanzaba sin un solo instante de silencio. Atropellaba a la copla que quedaba como minimizada, echada a un lado. En el estribillo las voces eran muchas y la guitarra, que había seguido a la tonada como en segundo plano, trotaba de pronto, galopaba entre la multitud

persiguiendo con su designación a ¡La cucaracha, la cucaracha!... Y la cucaracha estaba ya vencida, medio descuartizada; no podía caminar porque le habían arrancado las dos patitas de atrás... Pero ellos seguían señalándola con su nombre. El apelativo reiterado era el arma de los perseguidores —una vez había oído algo semejante, en la calle de Miguel Iscar, volviendo del campo al oscurecer. De una calleja lateral salieron unos chicos gritando: ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!... y aquellas dos palabras corrían detrás de un hombre como una jauría—, callaba el coro, volvía a insinuarse el dicho o chiste de la copla y volvía el estribillo a abalanzarse sobre ella.

En eso terminó para mí la visita a la Ino. Tal vez hablásemos de más cosas, tal vez pasase algo o entrase alguien en el cuarto. No sé, sólo sé que salimos —era ya de noche—, echamos a andar hacia casa en silencio y yo no pude apartar ni un instante de mi pensamiento la canción; el estribillo reiterado y reticente, insidioso, acusador.

Llegábamos a la mitad de la Plaza del Dos de Mayo y justo en el lado de la calle de San Andrés estaba la garita donde vendía chupetes de caramelo, pitos y estampas, una viejecita a la que los chicos llamaban la tía Caca. Tenía el puesto alumbrado por una luz de carburo y al pasar vi detrás del cristal un pliego de aleluyas que todavía le quedaban de la fiesta del centenario. No vi claramente más que una, pero recordé todas las que había visto, leído y recortado; es decir, no las recordé todas, sino sólo las de temas guerreros: cargas a la bayoneta, fusilamientos, ahorcamientos, pedreas, hombres con la lengua fuera, con la cabeza vendada chorreando sangre. Había algunas que estaban impresas en blanco y negro, pero tenían de cuando en cuando manchas rojas que representaban las manchas de sangre, y que al mismo tiempo eran un elemento de adorno. Aquellos pliegos, salpicados de anilina roja, eran los que más gustaban, los que más expresaban la idea del momento. Eran como las manchas azules que se pusieron de moda cuando pasó en el tren la princesa de Battenberg: un color que delataba la idea acariciada por todas las mentes. Pero ahora, en aquel mes y en aquella plaza, las manchas tenían que ser rojas sobre la tinta negra, sobre las figuras con la bayoneta calada que apuntaban y perseguían con el mismo furor que la canción también había canciones que aludían a aquellas manchas.

Íbamos ligeras, pasaríamos por delante del puesto en diez o quince pasos, tardaríamos diez o quince segundos, pero tal vez no dimos ningún paso y tardamos siglos. ¿Pudo suceder que yo pasase otra noche por allí con los mismos pensamientos? ¿Puede haber ocurrido que a través de los años yo haya repetido en mi mente esa escena cien veces, glosándola, ampliándola y cargándola con ideas más maduras que las que entonces pudieron acometerme? No sé, pero siento la plétora de aquel momento, el cúmulo condensado en mi cabeza —en mi pecho, en mi garganta, en el latido de mis venas— como una nube cargada de enigmas. Eran ciertas conjunciones, ciertos emparejamientos incomprensibles los que me paralizaban, no sé si por miedo de comprender tanto. Es decir que yo me decía a mí misma que no comprendía aquellas cosas, pero su tono, su melodía, su timbre patético vibraba dentro de mí tan neto como para hacerme cerrar los ojos. Era algo así como cuando

quiere uno ver el rayo, pero descarga el rayo y se cierran los ojos. Eran las coplas alternadas de la horca y el degüello con las mujeres, que son la perdición de los hombres y que, unas cosas y otras, son jaleadas por la multitud con la frase reiterada —¡cómo expresar su cadencia, su tristeza, su infamia! «¡La cucaracha, la cucaracha!»...— sobre la negrura y la suciedad de la cucaracha lisiada las manchas rojas como adorno, como llamada de atención. Y allí mismo, en la plaza, junto a la puerta gloriosa, las horribles imágenes de la carga a la bayoneta. Pero los nombres, los dos nombres flotaban sobre aquella gesta, blancos, purísimos, en mármol de Carrara. Estarían en aquel momento a oscuras, en la Moncloa, allí, junto al paseo donde tantas veces me había parado a contemplar su serenidad llena de impulso.

La primera vez que vi el monumento a Daoiz y Velarde me pareció el monumento a la amistad. En su actitud, en sus formas de un neoclásico —con toda la modestia y la sumisión amorosa del neoclásico, con todo su anhelo de *repetición*—, de un neoclásico casi escolar, había algo fraternal, una consonancia de mellizos en el seno de la eternidad. Y allí era donde habían caído, rodando entre las manchas rojas y la tinta de imprenta. Es evidentemente dudoso que yo pensara aquella noche todas estas cosas, pero tan cierto como que vivía y respiraba, es que sentía hasta el delirio todo esto, y más.

Luego, llegamos a casa; ya estaba puesta la mesa y comimos. Seguramente cenamos el *guisado*, ese *ragout* que llamamos con nombre tan genérico que cuadraría a cualquier otro parecido, pero que cuando lo nombramos sabemos muy bien de qué se trata. Se trata de ese plato pobre aunque abundante, basto, fácil de hacer, que señala los fines de mes y la falta de humor para refinamientos de cocina.

En mi madre aquella noche —o tal vez otra muy próxima— el humor era más que sombrío; me pareció notar que tenía los párpados rojos. Por la mañana había habido carta de mi padre y no me había leído más que lo que decía para mí, dos líneas. Le pregunté qué más contaba y me dijo que nada de particular, pero algo más debía de haber. Como en cuanto terminábamos la cena se enfrascaban en el tresillo y ahora era mi madre la que lo componía con mi abuela y la tía Juana, no pude preguntarle nada; me fui a la cama pensando preguntarle al día siguiente. Pero al día siguiente mi madre tenía un aspecto normal. Le pregunté, sin embargo, y me dijo que no pasaba nada en absoluto. Redoblé la observación, que ahora tenía que estar solamente a mi cargo porque Inés estudiaba mañana, tarde y noche con mi tía al lado. Inés estaba exhausta, pero resistía con una docilidad admirable. En casa decían que con entusiasmo, pero yo sabía que no: lo que la mantenía era una especie de sentido del deber o de sentimiento del sino: ella sabía que aquello era su vida y que o morir o seguir.

Inés comía en casa todos los días para no perder tiempo, y en los pocos ratos en que podíamos hablar tratábamos de inventar algo que nos permitiese salir un poco a

nuestras correrías. Los gusanos ya habían terminado: ahora frecuentábamos un lugar que acabábamos de descubrir.

De todas las personas de la casa, la que menos interés —casi podría decir la que menos existencia— tenía era mi tía Teresina. Además, conmigo mantenía una actitud hostil para alejarme de sus alumnas. Como entre ellas no había ninguna que valiese la pena, me mantuve voluntariamente alejada. Sin embargo, algunas veces nos daba pequeños encargos demasiado difíciles para la muchacha: cosas para la clase, papel, tinta, gomas u otras cosas que convenía elegir bien. Y un día entramos a comprar en una imprenta que había en la Calle de la Palma, muy cerca de la Plaza del Dos de Mayo. Nos despachó una señora de cierta edad. Al fondo de la tienda, un señor, también de muchos años, manejaba una máquina de imprenta. El ambiente nos gustó mucho. La máquina al fondo, en un lugar tan oscuro que parecía imposible que viese lo que hacía, repetía su vaivén con un rugido agradable. El ruido no era estrepitoso, se podía hablar cerca de ella y nosotras hablamos largamente: hicimos preguntas y respondimos a todas las que nos hicieron, que fueron muchas. El señor no decía nada, trabajaba callado y solamente sonreía a veces, pero la señora se informó de todas nuestras actividades y aficiones. Nosotras no nos conformamos con contarle, sino que llegamos a la demostración práctica. Es decir que acabamos cantándole y recitándole todas nuestras canciones y versos. Era tan cordial, tan cariñosa y, sobre todo, su sonrisa de alegría cuando nos veía aparecer era tan sincera, que a nosotras nos encantaba tenerla como público. Pero no era público, en realidad, no había en ella nada intimidante: era como una chica más que seguía el juego desde detrás del mostrador y que nos esperaba como esperan los chicos al que viene a jugar con ellos cuando están en algún encierro. En la imprenta entraba muy poca gente, se pasaban los días allí los dos solos, con el vaivén de la máquina que no paraba, y nuestra llegada era como la hora del recreo.

Inés pasó brillantemente los exámenes. Dos años despachados con dos sobresalientes. En casa se festejó mucho, pero ella tenía una melancolía atroz y decían: —Es natural, está agotada del esfuerzo que ha venido haciendo. Pero estaba más agotada de pensar en lo que iba a hacer. Su madre tenía una contrata en provincias y se la llevaba al día siguiente.

Parecería que no pudiesen tener la menor relación estas dos cosas, el éxito profesional de Inés y el descontento de mi padre respecto a su destino. Sin embargo, se conjugaban a veces en la conversación de mi abuela, formando enlaces complicados y en medio de la trama quedaba yo, como una mosca en la telaraña.

Se trataba de hacerme ver —no de decirme, ni proponerme, ni sugerirme— lo que tenía, de hacerme ver con qué contaba: algo que no era mi pasado, pero sí mi origen.

Se trataba de hacerme comprender que no tenía una defensa a mi espalda, pero sí una probabilidad de porvenir, el trabajo. Una carrera digna, la emancipación económica que tiene que tener *la mujer* si no quiere ser esclava, etcétera. Inés se abriría ella sola su camino, sin tener que depender de nadie, etcétera. Era verdad, Inés, con la concentración de un funámbulo, pasaba sobre el mundo en la cuerda floja. Aquello valía la pena, era el esfuerzo titánico de un ángel, que tenía grandeza porque el sino le había dado a aquel ser un arma en su propio ser. Pero no era ése mi caso, ni mucho menos la vía de salvación que se me mostraba. Se trataba de hacerme comprender y aceptar lo sensato; una carrera corta, que me pusiese pronto en condiciones de subvenir a mis gastos, porque una muchacha tiene que vestir bien, tiene que poder presentarse, etcétera. Mi madre decía que también podría hacer una carrera larga. Yo había hablado de estudiar medicina y mis dos tíos Marianos —graciosa coincidencia— habían dicho que costearían cualquier carrera que eligiese. Mi abuela argumentaba que con las carreras importantes *la mujer* tiene luego que afrontar la lucha por los puestos. No basta tener un título, para situarse en un lugar destacado, *la mujer* se ve expuesta a tener que pagarlo, etcétera.

Por aquellos días —fin de curso— vinieron a casa unos jóvenes amigos de mi tía Clemencia. Acababan de terminar su carrerita de Correos y venían flamantes, con uniforme y todo. Mi tía cantaba para ellos —supongo que para uno solo— el «O Mari», coqueteaba, se lanzaba a unas escaramuzas de frases graciosas, ingeniosas, ocurrentes. De todo aquello yo no tenía que decir más que una cosa: ¡No! No, a lo que fuese. No, a las reflexiones sobre mi falta de base. No, a la salvación por medio del estudio. No, a un posible matrimonio con uno de aquellos jóvenes que hacían chistes y tenían su carrerita corta. Mi NO, no era un satánico «Non serviam» porque eso sólo puede ser *person to person* y aunque veía la voluntad de mi abuela armada de todas sus armas, no me rebelaba contra ella porque no la temía. Yo la temía cuando sus fuegos apuntaban a mi madre, pero no cuando me apuntaba a mí. Yo decía NO al callejón sin salida, a la oscuridad irrespirable. Como la mosca zumba en la telaraña, con una única nota, un único esfuerzo con el que la rompe o se rompe, mi NO era una actitud mantenida, vibrando en la oposición irreductible.

Y también llegó un día a comer mi tía Blanca hablando del fin de curso: —Acabo de encontrar a María Atienza, dijo. Venía muy contenta porque ha tenido un premio en la Escuela de Artes y Oficios. Ya había yo oído decir que dibujaba muy bien.

Empezaron a hablar de ella. Yo no sabía quién era María Atienza; de la conversación deduje que era alguien que se relacionaba con la casa donde habían vivido ella y la tía Juana. El caso es que hablaron de la chica —mucho mayor que yo— y de la escuela. Estaba allí mismo, en la calle de la Palma y tenía fama de ser muy

buena. Allí daba clase de dibujo doña Fernanda Francés, una pintora muy distinguida, una señora muy respetable.

No quise oír más o acaso no pude oír más. La puerta se abrió sobre un cielo luminoso. ¡La repetición! La Constancia, una deidad piramidal, inamovible, me sonreía y al mismo tiempo me reprochaba: «¿Por qué andas buscando escapes o soluciones arbitrarias, sabiendo que yo, la misma, la de siempre, estoy aquí, a dos pasos?» De todo lo que acababa de oír lo único que quedó en mi cabeza fue el lugar donde se encontraba la escuela. Creo, incluso, que le pregunté a mi tía dónde había encontrado a aquella chica y ella dijo que allí mismo, viniendo por la calle de la Palma, antes de llegar a la del Dos de Mayo: salía de la escuela, que quedaba un poco más hacia la calle Ancha. Medí mentalmente la distancia que había desde nuestra casa a la escuela y era la misma, más o menos, que había en Valladolid de mi casa al Museo. Una distancia abarcable para mí, en mi actual libertad, que no habría fuerza humana que me impidiese recorrer. Si en el invierno llegase a haber dos palmos de nieve en la calle, nadie me llevaría en brazos, pero yo iría aunque lloviesen chuzos de punta.

Algo se me atravesó en la mente: mi decisión era firmísima, pero ¿podría llevarla a cabo? ¿Sería factible mi acceso a la escuela? En la de Valladolid mi situación era privilegiada: ahora, nada semejante podría darse. Seguramente no tenía edad para matricularme, pero si no pedían documentos, podía decir que tenía un par de años más; estaba alta y fuerte como para poder decirlo. Cumplía los diez al día siguiente, tres de junio.

¡Al día siguiente!... Cayó sobre mi alma una sombra negra. Era la sensación que experimentaba siempre ante lo irreparable, ante lo que ya no puede ser o, más bien, ante lo que no fue cuando debía haber sido y ya pasó su hora, ya no es posible que sea porque sólo podía haber sido ayer o antesdeayer o anteanteayer. Una reflexión que trataba de ser, si no consoladora, al menos razonable, venía a mi cabeza; ya soy muy grande, los juegos infantiles tienen que ir acabando. Yo, además, siempre deseé salir de lo infantil y, sin embargo, esto. Sí, esto —o aquello, más bien— tenía que terminar, pero no de aquel modo. Tenía que haber formulado ello mismo su fin, que habría sido como retirarse después de haber cumplido su misión. Ese terminar no sería muerte, sería, por el contrario, consumación, remate de lo que queda aquí por haber llegado hasta aquí. En cambio, no haber sido cuando tenía que ser, era un acabamiento, una extinción de algo que se muere por el camino, sin haber cumplido la etapa.

Lo que se había extinguido era una canción; no, un canturreo, tampoco: una frase que se repetía y tomaba un ritmo festivo, como una alborada que tamborilease a la hora de despertar. Duraba una semana. Antes de oírse el menor ruido por la casa, cuando la luz, que siempre fue mi despertador, se me filtraba por entre las pestañas, la voz de mi madre venía por el pasillo repitiendo:

Sólo faltan siete días
pa que cumplas cinco años.

Tiene que escribirse así, en forma de copla, aunque no tiene rima. El *pa* era necesario, excepto en el año sexto, en que pudo ser *para* y así quedar en dos frases octosílabas. Claro que en la primera tenía que sufrir modificaciones. Cuando el monosílabo *seis* estaba en la primera frase había que añadir algo: *Ya sólo faltan seis días*. Cuando faltaban cinco el *ya* no era necesario, ni cuando faltaban cuatro. Volvía a serlo cuando faltaban tres y cuando faltaban dos. En el último, las dos sílabas del *sólo* se repartían en *Ya no falta ningún día...* El canturreo venía lentamente por el pasillo, luego se arrojaba sobre mi cama en un abrazo.

Claro que esto tenía que terminar, pero no como los Reyes Magos, por no poder sostenerse ante la razón. La estricta verdad es que no tenía por qué terminar en un momento dado; no había ninguna razón para que en aquel año, décimo de mi vida, no hubiera apuntado un solo día, aunque yo veía bien claro que por aquel pasillo no se podía oír aquel canturreo. Allí, en aquella casa, no había posibilidad de alborada para mí. No habría tampoco rosario, ese rito provinciano, viejo y tradicional como la enramada que armaba mi tía Eloísa el día de San Juan, para mí, aunque ella era la Juana. Ella había nacido la noche de San Juan, exactamente a media noche, por eso se llamaba Juana Eloísa —el día de San Eloy sigue al de San Juan— aunque sólo usaba su segundo nombre. Y conservaba el culto de esa noche mágica en que la carne —no la carne humana; «toda carne», habría que decir, como cuando se habla del Diluvio— centellea en la cópula, como si el acto fuese una feliz ocurrencia, no empañada por la maquinal costumbre. Porque todo es brillante y súbito en esa noche, y mi abuela —Sinforiana— contaba a todo el mundo que quería oírla el parto radiante, con los balcones abiertos sobre la calle por donde pasaban los mozos cantando y, sin sufrimiento apenas, la llegada de aquella niña que era como una manzanita. Mi tía, que ya no podía esperar el amor, ni en aquella noche ni en ninguna otra, armaba la enramada para mí. Ponía alrededor del balcón —por dentro, naturalmente— ramas que traía de no sé dónde con perejoles y cerezas colgando. Cerezas y peritas de San Juan que no pertenecían a esas ramas, pero que ella ataba con hilos para que yo tuviera aquella visión de ofrenda campestre. Porque mi tía tenía esa generosidad certera e inspirada de las personas cargadas de eros. No era la suya la generosidad racional e impersonal de mi abuela, era un sentido justo de la dádiva, como una percepción infalible del deseo del otro, informulado, como una respuesta a lo que no fue preguntado, pero pía por serlo.

Y claro está que todo aquello tenía que terminar porque todo había sido hecho para nutrirme y por eso, por haber tenido tanto, me encontraba ahora con tantas fuerzas. Pero es que eran muchas las que necesitaba para afrontar la nueva dieta. La verdad es que no sé si fue aquel día, el anterior a mi décimo cumpleaños o si fue, a partir de aquél, todas las vísperas de ese día a lo largo de mi vida. Sólo recuerdo con

certeza haber experimentado una especie de rubor al sorprenderme canturreando yo misma —in mente— «Ya sólo me falta un día». Lo que sentía era una especie de bochorno que se convertía en perplejidad porque la sugestión de aquellas palabras me llevaba a la situación exacta de cuando las oía venir por el pasillo, es decir de cuando eran lo que se me daba, con lo que se me despertaba aunque, ya despierta desde un rato antes, lo esperase. Mi madre me despertaba con aquello —como se sorprende con el rosario al que lo está esperando y sin embargo se sorprende— aunque estuviera despierta, porque lo estaba, fija en la idea de que me iba a despertar. Y con una seguridad, con una confianza absoluta en que aquello no podía faltar. Era tan seguro que no se le daba categoría de emoción ni de efusión: era un juego, al que se respondía con una risa, con un estrujón, con un salto: era un juego, simplemente. Ahora era cuando ya no se sabía lo que era. Porque antes, cuando era un juego, lo que sabía perfectamente es lo que era yo, además de lo que quería ser y estaba segura de poder ser. Por eso tomaba todo lo que se me ofrecía, sin pensar más que en ser yo, en llegar a ser la que tenía que ser aunque no imaginase cómo llegaría a serlo. Es decir, sí que lo imaginaba porque yo no puedo ser de otro modo. Pero la diferencia estaba en que antes, ser tal como yo quería significaba responder, mostrar un resultado o un edificio; algo que contendría todos los sillares que me habían labrado. Ahora, ser yo significaba seguir en mi centro, bien aplomada y decir NO, NO, NO, a todo lo que me propusieran. Bueno, decir NO, sin decirlo porque si lo dijese, eso sería en cierto modo responder.

Me es necesario, además de serme espontáneo, emplear a veces términos hiperbólicos que, en mí, tienen un sentido de interjección, de imprecación, de conjuro o, simplemente, de pistoletazo. Necesito para mi tranquilidad emplear palabras colosales y así dejar la cosa sentada, cuando no clavada, cuando no pulverizada. Este modo de ser me ha ocasionado numerosos equívocos. Dije, *decisión inquebrantable*, *oposición irreductible* y dije que todo esto sin decirlo, sin siquiera acceder a comunicar mi negación. Tal afirmación sugiere una actitud mohína, hace suponer que para mantenerme en ese distanciamiento hostil mi aire sería esquivo y mi expresión sombría. Bueno, pues no lo eran. Era natural y alegre —sin fingimiento, conste—, era una cosa y otra simultáneamente. Los breves chispazos de mis primeros años, que yo llamaba mis iluminaciones, ahora, en mi reciente madurez, eran como condensaciones de energía centrípeta. ¡Otra definición hiperbólica! Eran, simplemente, como hacer arqueo —mental y rápido—, como tocarse el bolsillo y calcular, y tener la seguridad de que lo que se lleva en el bolsillo es la pistola, saber también que alcanza y poder marchar tranquilamente por el descampado que se abre delante y que no se sabe adónde conducirá. Así pues, yo iba natural y alegremente por el descampado. Crecía y engordaba a ojos vistas porque el nuevo clima, la nueva alimentación, todo estimulaba mi vida física y mi abuela y tías daban más crédito a

mi naturaleza que a mis opiniones. Con frecuencia decía que añoraba Valladolid y que encontraba Madrid detestable. Pero la añoranza no me quitaba el apetito, ya en casa se hacían lenguas de mis inclinaciones y mi abuela apareció cuando estaba desayunando con Clemencia y me dijo: —Me he acordado de que hoy cumples diez años, así que suprimiremos el cocido y haremos empanadillas, que es cosa que te gusta. —Sonreía, me levanté, le di un beso—. Piensa a ver qué postre te apetece, continuó. Era evidente que yo quedaba incluida en la zona de la generosidad. ¿Por qué no? No hay que juzgar ni menos condenar a nadie: no hay que crearse enemistades ni aislarse, ni distanciarse...

Por debajo de la comida festiva, por debajo de algún regalillo de los tíos poderosos, de las cartas de Valencia y Valladolid, por debajo de todo ello la idea fija de ir a inspeccionar la calle de la Palma.

En un pequeño aparte con mi madre le dije que me gustaría ir a aquella escuela de que había hablado mi tía y, como siempre que se trataba de hacer o estudiar algo, me dijo: —Bueno, muy bien; ya veremos cuando empiece el curso. Pero yo no podía esperar tanto sin saber si era posible. Pensé en recurrir a mis tíos, pero uno por demasiado ajeno al asunto, otro por demasiado pobre —por lo tanto, impotente, y lo que es peor, apático— comprendí que no serían de gran ayuda. Al fin di con la persona que seguramente podría informarme, la señora de la imprenta. No tardé mucho en conseguir un encargo callejero que justificase el tiempo necesario para llegar hasta allí.

Los señores de la imprenta conocían perfectamente la escuela: surtían de todo lo necesario a las chicas que iban a ella. Lo único que no sabían era si había una edad marcada para ingresar, pero por lo demás me aseguraban que era completamente gratuita. Bastaba con llevar un sello de diez céntimos para poner en el lugar donde se hacía la inscripción. Magnífico: estaba a mi alcance. Lo único que me preocupaba era lo de la edad y la señora de la imprenta me dijo que fuese yo misma a informarme. Yo le confesé que estaba dispuesta a decir que tenía veinte años, si fuese necesario, y valía más no demostrar demasiado interés para que no se fijasen en mí. Me dijo entonces: —Si vas hoy o mañana todavía, habrá por allí chicas que estén terminando sus ejercicios y a la salida te pones a hablar con alguna y se lo preguntas.

Sí, ése era el mejor plan, pero todo aquello tenía que hacerlo yo, yo sola. Desde el fondo de mi alma llamé a gritos a Inés. Si ella hubiera estado allí ¡cómo habríamos ido las dos, cómo habría sabido ella a quién acercarse, con quién trabar conversación y así, como quien no quiere la cosa, averiguar todo! Cuando íbamos juntas parecía que teníamos más diferencia de edad porque yo estaba más alta de lo corriente a mis años y ella era pequeñita para los suyos, sin embargo, allí donde fuésemos yo la dejaba hablar y no hacía más que asentir a sus decisiones. Ella se entendía con cualquiera y en todas partes le hacían más caso que a mí. Le hacían caso precisamente porque parecía más niña. Ella, para cualquiera, era una niña extraordinaria, yo era una mujer pequeña y como incompleta. Siempre tenía la

impresión de que se me transparentaba la infancia y, claro está, quería tajarla con una arrogancia desproporcionada: eso me hacía odiosa a muchos. Pero es que yo lo sentía, estaba segura de que en cualquier ocasión podía asomar en la forma de un movimiento indeciso, como los de los bebés de seis meses. La infancia que yo sentía dentro de mí no era puerilidad ni chiquillería: era fragilidad, blandura, viscosidad embrionaria. Era una especie ele apagón, que podía acontecerme tan súbitamente como las iluminaciones. Podía estar contoneándome como una damisela —como una SEÑORITA, ¡oh, cielos!— y de pronto balbucear, cometer cualquier acto torpe y anheloso como el de un crío de pocos meses, que alarga la mano a los objetos y no es capaz de asirlos.

Hundida en esta angustia, que ahora describo y entonces nadaba, eché a andar calle de la Palma abajo, hacia San Bernardo. Descubrí en seguida la Escuela de Artes y Oficios. La gran puerta me pareció que estaba cerrada, pero estaba entornada. Entonces tengo que entrar, me dije, y entré. Tengo que preguntar algo. Bajaba por la escalera un bedel y vio en seguida que yo no era de la casa. Me preguntó a quién buscaba y dije que quería saber si habían terminado ya los ejercicios de fin de curso. Me dijo: —No, todavía quedan algunos. Hoy tienen el de dibujo geométrico. —Y ¿sabe usted si terminarán hoy?, aventuré. —Que han de terminar: tienen para tres o cuatro días. —Ah; bueno, muchas gracias, dije y traté de escapar porque sentí que se me acababa la cuerda, pero me di cuenta a tiempo de que se me olvidaba lo más importante. Y ¿a qué hora salen?, pregunté. Temiendo que mis preguntas le estuviesen hartando, añadí con una sonrisa: Tengo que venir a esperar a una amiga. —Los de la mañana ya se han ido; salen a las doce. Los de la tarde a las cinco y media. Le di las gracias otra vez y eché a correr. Cuando salía ya, deslizándome por entre las dos puertas entornadas, oí que me decía: —¿Cómo se llama tu amiga? Volví la cabeza y dije: Inés. —Conque Inés, ¿eh?..., se quedó diciendo.

Corrí como loca hasta casa. El primer paso había sido dado sin tropiezo. El retintín con que el hombre se quedó murmurando me molestaba: lo borré y entré afectando naturalidad. Pero el color de mi cara, que echaba fuego, no se podía disimular. La mesa estaba puesta, mi madre consternada, mi abuela conservando la serenidad. Clemencia más bien intrigada y Teresina... Por primera vez Teresina se expresó respecto a mí. Mi madre me preguntó de dónde venía en aquel estado y yo dije cosas vagas: —Sí, ya veo que me he entretenido mucho. No sé cómo me las he arreglado para tardar tanto. Pero ¿no te ha ocurrido nada?, dijo mi madre, apremiándome. Nada, nada, contesté. Entonces Teresina se dejó oír: —¿No te decía yo que no le había pasado nada? Las chicas me ponen a mí al corriente de las andanzas de ésta con Inés. Desde que se han hecho amigas de la tía Caca y van a cantarle «¡Si yo hubiera querido dejar de ser traperas!» ¿Quién ha dicho?, grité, cortándole los vuelos, pero no quise descender a decirle que mentía. Vi que durante mi ausencia había difundido el chisme. Seguramente alguna chica nos había visto en la imprenta cantando y se lo había contado, pero las chicas no se inventan lo de la tía

Caca: era ella, resentida porque Inés y yo no nos mezclábamos con sus chicas —ella misma hacía lo posible por evitarlo— tenía que señalar con algo degradante nuestra diferencia.

Todo esto lo vi de un golpe, pero al mismo tiempo vi que mi madre, que había sufrido durante casi una hora, temiendo un accidente, en vez de tranquilizarse se angustiaba temiendo que yo pudiera mentir. Me dije, bueno, esta aprensión es la que hay que borrar únicamente y del todo, y conté, ce por be, todo lo que había hecho.

Yo misma acabé por comprender lo innecesario de haber obrado así. Mi familia tenía el *parti pris* de dar como bueno todo propósito de trabajo o de instrucción; no había ningún motivo para temer que se opusieran y, claro está, no se opusieron. Mi madre me dijo que no tenía más que haber preguntado lo que quisiera saber y me hubieran dado todo género de detalles. Lo de la edad, por supuesto, no la tenía, pero ya se vería el medio de arreglarlo. Ya te dije, añadió, que a principios de curso nos ocuparíamos de ello. Todavía falta mucho.

Muy bien, ya era un hecho; estaba prometido: no había por qué hablar más hasta el próximo curso. Pero tal vez había yo tratado de guardar el secreto porque presentía que se iba a hablar mucho, demasiado.

Un hilo más en el tejido de la telaraña, un golpe más de lanzadera, recurrente, insistente, unas veces abrupto, otras en suave insinuación oblicua. El impracticismo de una carrera artística. Si no se es un genio, ya se sabe, el final es la bohemia. Y una mujer, ¿cómo abrirse paso una mujer? Nadie toma en serio a una mujer artísticamente... El tema brotaba en cualquier momento; en la mesa, en las conversaciones mezcladas a los quehaceres domésticos, mientras se cosía o se planchaba; mientras se pelaban las judías verdes o se escogían las lentejas. Consideraciones que se referían a lo que es hoy la vida, en general, hasta que un día el tejido se ciñó a mi alrededor apresándome en la trama, fijando mi atención en un punto para que no pudiese hacerme la desentendida. La lanzadera, naturalmente, movida por mi abuela.

Se puso a hacer mayonesa y me dijo que fuera echándole el aceite en un chorrito fino, de modo que estábamos como ligadas por el chorrito de aceite, que no se podía interrumpir porque se cortaba la salsa. Y en seguida empezó a fluir el tema. —Bien está que..., pero pensar que... ¿Triunfos, éxitos *una mujer*?... Ya ves, tienes el ejemplo de tu tía Julieta: también quiso ser artista. Como inteligente, no se puede dudar. Y tenía una presencia que llamaba la atención. No pasaba inadvertida, no. Sin embargo, ya ves lo que consiguió...

El hilo de aceite que yo dejaba caer formaba en la ensaladera una culebrilla porque me temblaba la mano. Y me temblaba porque pensé; es que mi tía Julieta es calva. Me trasladé mentalmente a la Moncloa para escapar a todo aquello; me vi cerca ya de la Puerta de Hierro oyendo a mi tío hablar del amor y en aquel momento

—creo que fue en aquel momento, pero lo que es seguro es la conexión de estas dos ideas—, en aquel momento recordé algo tristísimo; un cuento que siempre me había conmovido, me había desgarrado de piedad, «Requeja y Marraja». Seguí el cuento por la Moncloa al oscurecer.

Mi tío decía: —Figúrate, de pronto se da uno cuenta de que es calva, y yo veía que el rey al darse cuenta la tiraba por la ventana. Claro que lo que mi tío sugería era más comprensible, más cómico. El cuento era un puro disparate, pero ¡tan lleno de emoción! Porque Requeja no era calva; era Requeja, blanca como una cuajadita. Bueno, eran blancos los dos dedos que se chupaba, porque era tonta. Y Marraja no le dejaba ver al rey más que aquellos dos dedos... Toda esta reflexión comenzó en la cocina mientras fluía el aceite por el piquito de la aceitera, pero no sé dónde terminó.

Por supuesto, no terminó aquel día. El cuento, conocido desde los cinco años — ¿Por qué se le cuenta ese cuento a una niña de cinco años? ¿Qué es lo que puede entender? A esta pregunta sólo se puede contestar con otra pregunta: ¿Qué es entender? ¿Se puede llorar de piedad, se puede barruntar lo inexorable del sino en algo que no se entiende? ¿Por qué las frases enfáticas, subrayadas en su generalización por mi abuela: «*En la mujer...*, *para la mujer...*, *a la mujer...*», por qué eran ridículas y no podían amedrentar a nadie que no fuese idiota, mientras que la historia de Requeja partía el corazón? Y lo partía de un modo no enteramente altruista: allí, dentro del cuento sin énfasis, contado como para rústicos, se sentía revolotear, pavoroso, el sino de *la mujer*.

El cuento, en verdad, era inagotable porque mi tío había dicho que lo que no se le puede perdonar a una mujer es que decepcione. Claro, el rey no lo tolera y la tira por la ventana. Mi tío se creía rey, y lo era, puesto que sabía distinguir cuándo una mujer es calva. Mi tío Mariano no lo distinguía. Pero es que Julieta ¿no era mucho más desgraciada que si la hubiesen tirado por la ventana? Era más desgraciada porque era ella misma quien se tiraba. ¿Podrá una persona decepcionarse a sí misma? Un día pensé que mi tía se reía como sólo podría reírse un suicida porque, claro, ella no había sido velada y adornada por Marraja. No, la marrajería de mi abuela era otra cosa. ¿De qué la acusaba mi tío? De haber hecho de sus hijas unas imbéciles. Pero ¿lo habría hecho ella o sería, simplemente, que eran así? ¡Y eran tan bonitas!...

Otra cosa me pasmaba en el cuento: Marraja lleva a su hermana ante el rey cubierta con un velo espeso y le muestra sólo los dos deditos blanquísimos que ella se chupa. A mí esto me daba un asco atroz y, sin embargo, no me desramaba el enigma del cuento. Yo entendía, con una evidencia mezclada de terror, todo eso de la «celestes carne de *la mujer*» porque si no lo hubiera entendido no habría asociado con Requeja la pasiva belleza de mi tía. Lo entendía, además, porque lo que me conmovía era la historia de Requeja, en la que toda la acción era de Marraja, y cuando había visto vivir la historia de Marraja no me había conmovido. Allá en Rodilana, acucillada junto a las trévedes, mi tía Casilda recogía el hollín de la panza del puchero, rebañaba con un cuchillo medio milímetro de humo acumulado, lo mezclaba con vaselina en

una cajita de hoja de lata y con aquello tapaba sus canas, segura de llevar a buen término su negociación —como la llevó, en efecto, pronto hubo noticias de que todo había sido consumado.

Una conclusión que diese un mínimo de orden a este fárrago de puerilidades era volver a parapetarme en el NO, NO, NO. No me dominarían, no me deformarían los vaticinios con de, en por, sin sobre, tras *la mujer*. Para que yo me conmoviese era necesario que el caso —o la cosa— tuviese un nombre. Yo podía llorar por Requeja o Julieta, por Marraja o Casilda, pero por *la mujer*... Por Inés también lloraba, aunque confiaba en su fuerza, pero su esfuerzo me dolía en el alma. Lo que más me apenaba era conocer su secreto, que nadie más que yo conocía —enteramente, ni ella misma —, por esto la admiraba, pero no me servía de ejemplo. NO, NO, NO, yo no iría jamás por ese camino. Porque todos creían en la vocación de Inés, pero yo sabía que la música quedaba para ella, como el cubreteclado de fieltro, encerrada entre las teclas y la tapa en cuanto se cerraba el piano. Me apenaba verla matarse a estudiar, con la tenacidad de un picapedrero: un acorde, otro acorde, una escala, un trémulo, todo perfectamente ejecutado, enérgicamente pulsado, marcado y medido con limpieza y luego, nada más. Después de la última nota, saltar de la banqueta —apenas le llegaban los pies al suelo— y olvidar el tormento.

No, yo no emprenderé jamás un trabajo que sea un tormento. Mi padre o no trabajaba o trabajaba con placer, pero no, tampoco seguiré el camino de mi padre porque yo quiero más placer. Yo quiero algo que sea arrebatador, que sea además rápido como un chispazo y que arrebate también a los otros —a algunos, por lo menos—, que los transporte. Que los transporte del sitio donde estaban a otro mejor.

Esto es lo que me había hecho anhelar tanto estudiar medicina. Me parecía que era lo más, la cumbre de lo que podía hacer un ser humano: sacar a otro del dolor, del peligro, de la muerte. Era como un acto mágico o divino —sacar ánimas del purgatorio o peces de la sartén—, pero, sobre todo, era un acto de confianza que elevaba indeciblemente el mero hecho de ponerse alguien delante de alguien. Eso era lo que a mí me subyugaba: uno va con su dolor, o con su mal, o con lo que sea, lo pone ante otro y el otro lo mira. Así como en el desafío, dos que están uno frente a otro y se miran porque van a darse muerte —ese mirarse, ese descubrir la intención es lo atroz; ese decir: vamos a matarnos—, en esto es todo lo contrario: uno se pone frente a otro y el otro mira, ve lo que tiene y se lo quita, lo borra o lo arranca si es preciso. Por esto no cedí a la seducción del doctor Forns, porque sabía que no era necesario. Yo fingí mi dolor de garganta y él no lo percibió. Era como mentir al confesor. Pero aquí el pecado es el del médico, que no debe dejarse engañar. Tal vez el confesor también se deje y entonces ¿qué pasa? ¡Quién sabe lo que pasa! En cambio, ante el médico que no pregunta nada difícil de decir, no hay más que ponerse en cueros encima de una mesa y dejar que él recorra con sus ojos y con sus manos y

aparatos todas nuestras vísceras y, por sus propios medios, sepa dónde está el mal. Nada más admirable que esa autoridad de la mirada que ya ha visto lo que pasa y, sin necesidad de explicarlo, lo toma a su cargo. Bueno, lo más admirable de todo eso es cuando ya no cuenta ni la mirada, ni la palabra, ni la sugestión. Porque un hombre con el vientre abierto está dormido —se ha dejado dormir voluntariamente: ha confiado a otro su despertar— y otro tiene en sus manos todo, sencillamente todo lo suyo. ¡No es fabuloso eso de que un hombre pueda meter la mano en el vientre o el pecho de otro y el otro, dormido, sepa, esté absolutamente seguro de que es para extirpar el mal y poner, o reconstruir, o introducir, más o menos por la fuerza, el bien! Siempre sentí que la confianza era la cumbre de la humanidad. Claro que no conocía la definición de Nietzsche, «El hombre es el animal que puede prometer», pero eso es lo que siempre creí que era —que era necesario que fuese—, un ser que vive y respira la promesa, la fidelidad, la verdad, y si no, no respira.

Tiempo atrás había yo expuesto a mi madre mi deseo de estudiar medicina y, claro está, lo había aprobado. Pero poco después, uno de los días dramáticos en que se hacía patente mi inepticia ante una cuenta de multiplicar, mi madre me había dicho que no me hiciese ilusiones; jamás llegaría a hacer una carrera. —Te inclinas a la medicina —dijo— porque crees que no se necesitan números —no era por eso, ¡oh, no!—, pero te equivocas. ¿Y la química, crees que te la puedes saltar? No lograrás en tu vida pasar un mal bachillerato.

Era verdad, era una triste verdad. Entonces ¿cómo lograr eso otro, el transporte, la salvación, el acceso a lo extremado, a lo culminante? ¿Cómo es posible que algo que deseo con todas mis fuerzas sea ello mismo, la cosa deseada, la que se me muestre como inalcanzable? Y la barrera estaba en mí misma; no era nada exterior contra lo que pudiera luchar y, sin embargo, yo no podía ceder, tenía que ser irreductible para mí misma.

No, decididamente, yo no podría nunca conformarme con ese placer que deleita a mi padre o más bien le entretiene. Es lo que él dice algunas veces, un pasatiempo, y lo que yo quiero es todo lo contrario, un cazatiempo. Una de esas cosas que detienen el mundo o que lo abarcan por los cuatro costados. Sí, hay otra cosa que también es un cambiar miradas. No es precisamente la mirada de la confianza en la que uno da a guardar su vida a otro, sino un mirar algo que está puesto ahí para que alguien lo mire. También en eso hay la confianza de Un secreto. Un secreto a voces, que muchos lo oyen y lo ven y no lo entienden, pero para el que lo entiende es un don, y un transporte y un arrebato.

Dije un día en la mesa: —¿Qué casa es ésa —sin esperar la respuesta, senté mi juicio— tan misteriosa, tan encantadora; esa casa que parece un castillo hecho con flores? Se negaban a entender por mi descripción y yo expliqué que la había visto viniendo con mi tío Mariano por la calle de Fernando VI. —¡Ah, ya! —dijo mi abuela—, la casa de Gaudí. Y ¿quién es Gaudí? Entonces, con el tono más leve de la voz, como si la ligereza del acento marcara lo trivial del tema, dijo: —Uno de esos

modernistas... La palabra me llevó a las figuritas verdes y la casa me pareció como el busto o el retrato —idealizado— de una casa: una casa mujer; una casa ninfa adornada con flores. Dije: —¡Es maravillosa! Hubo sonrisas, repetí: —¡Es maravillosa! Eso —esa casa y toda su casta— estaba ya entre las cosas a las que yo no diría nunca NO, sino sí. Eso era digno de ser mirado, pero yo quería más.

Una larga espera, conteniendo la impaciencia con la seguridad de la promesa. Mientras tanto, merodear por la calle de la Palma, pasar y repasar a cualquier hora, ver todas las fases del inmenso portal a todas las horas del día. Llegaban chicas por la mañana con carpetas y cajas de dibujo: imposible hablarlas. Las veía entrar en la escuela y pasaba de largo, incapaz de abordar a una sola. Eso a primera hora, luego, cerca ya del mediodía, las puertas estaban entornadas. Por la tarde volvían a estar abiertas de par en par y pasaba de prisa porque el bedel me miraba con una sorna intolerable.

¿Por qué? Este es un misterio que no quedó aclarado en mi infancia, ni en mi juventud, ni en mi madurez o como se llame a esta de ahora. No sé por qué siempre me ha ocurrido eso; dar con una persona que, sin que haya el menor motivo, sin que entre ella y yo exista el mínimo asunto ni posibilidad de relación alguna, me mira de un modo atravesado, podría decir burlón, impuro, malévolo. No sé por qué y nunca llegaré a saberlo, pero presiento que la causa está en mi cualidad más positiva. Para definirla tendría que emplear una frase más bien indecorosa —¡jamás la habría pronunciado en aquel tiempo!— una frase que había oído a las mujeres —*las mujeres* no es lo mismo que *la mujer*— respecto a los hombres: «se ha propasado». Esto me parecía indecente, pero el caso que yo me propasaba —me propaso— continuamente y con cualquiera, en mi violento propósito de comunicación. Yo había sentido mientras interrogaba al bedel que me excedía en algo; entonces traté de ser amable y me excedí en la amabilidad. Me fui corriendo antes de excederme en el rechazo, pero algo quedó desequilibrado por mi conducta. El caso es que cuando estaba el bedel en la puerta pasaba de prisa y tan escondida en mí misma que era como si no hubiera pasado.

Un día, al desembocar en la calle de la Palma, le vi venir de la escuela trayendo un gran fajo de papeles y a buen paso, como si se dispusiera a emprender una caminata. Me metí en una tienda hasta que pasó y en seguida eché a correr hacia la escuela. Estaban abiertas las dos puertas, tres o cuatro chicas entraban en ese momento en la portería, seguramente a recoger sus notas: las atendía el portero. Entré, nadie se fijó en mí. Llegué hasta la escalera y vi yesos colgados en la pared: un relieve de varias figuras con ropajes plegados, una cabeza de caballo, otra de un guerrero.

Siguiendo por el olor, como un perdiguero, descubrí en un rincón del portal mismo el arca de la arcilla. Estaba cerrada, pero no necesitaba verla abierta para saber

lo que contenía, y encima de ella había una mano enorme, rota. Seguramente la habían puesto allí para componerla. Se había roto por la mitad del antebrazo y dos dedos, el anular y el meñique, estaban rotos también y puestos junto a ella. La mano era diez veces mayor que una mano de hombre: me acerqué y estuve mirándola dedo por dedo. No me intimidaba, no sentía ante ella lo que ante los cuadros, dificultad para entrar en su atmósfera, al contrario, una proximidad como si me hablase. Una tranquilidad y un misterio al mismo tiempo; algo así como decir —¡Ah, esto es el misterio! Y no hartarse de mirarlo.

Al otro día, las puertas estaban cerradas enteramente. Había terminado toda actividad en la escuela, pero yo seguí pasando a diario y pensando: cuando se vuelva a abrir, en septiembre, por esta puerta entraré al mundo.

Río, 1968



ROSA CHACEL (Valladolid, España, 1898 - Madrid, España, 1994). Rosa Clotilde Cecilia María del Carmen Chacel Arimón fue una escritora, novelista y poetisa española. Vivió exiliada por muchos años en Brasil y Argentina. Su estilo se caracteriza por una técnica narrativa anticonvencional muy preocupada por la introspección psicológica. Vinculada a la *Revista de Occidente*, en su narrativa aparecen las influencias de José Ortega y Gasset, Marcel Proust y James Joyce. También escribió con éxito cuentos, relatos, novelas, poesías, ensayos, biografías y diarios. Considerada como perteneciente a la generación del 27, fue Premio de la Crítica en 1976 por *Barrio de Maravillas*. En 1987 se le otorga el Premio Nacional de las Letras. En 1990 recibió el Premio Castilla y León de las Letras.